



CONTRÁTAME Y GANA

Nicolás López Cisneros

se

El espionaje del siglo XXI es el realizado entre grandes corporaciones. Es frecuente leer en la prensa noticias de juicios multimillonarios entre empresas conocidas a causa de la utilización fraudulenta de patentes.

Era el detective más caro y exclusivo del mundo. Sus servicios solo estaban al alcance de importantes corporaciones a las que les habían robado sus secretos y necesitaban urgentemente recuperarlos. Ninguno de sus encargos tenía nada de vulgar o corriente, pero cuando aceptó su último trabajo, no podía imaginar que las cosas se iban a complicar tanto: la chica, el cliente y el objeto a recuperar.



Nicolás López Cisneros

Contrátame y gana

Contrátame y gana - 1

ePub r1.0

Titivillus 28.02.2018

Título original: *Contrátame y gana*
Nicolás López Cisneros, 2014
Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*“Basta el instante de un cerrar de ojos
para hacer de un hombre pacífico
un guerrero”.*

Samuel Butler

1. Robo Nocturno

Nueva York. Viernes 13, Junio 2014

El helicóptero que sobrevolaba la noche de Nueva York, no llamaba más la atención con el sonido de su hélice, que cualquiera del resto de ruidos nocturnos que a aquellas horas, poblaban una de las ciudades más grandes y bulliciosas del mundo.

Teniendo en cuenta que prácticamente cualquiera de las grandes compañías que tenían una delegación en la ciudad, disponían de uno de aquellos aparatos para facilitar los transportes que sus altos ejecutivos realizaban en un radio de acción de cien kilómetros y que lo usaban con tanta frecuencia como un taxi, ninguno de los habitantes de la ciudad levantaban la vista para fijarse en ellos.

A ello, evidentemente contribuía la inmensa altitud de los edificios que estaban ubicados en aquella área. Sí era difícil alcanzar con la vista los tejados de los mismos, mucho más lo era siquiera vislumbrar aquellos pájaros de acero que se perdían en la profunda oscuridad que reinaba en aquella noche sin luna.

Los cuatro hombres, encapuchados y vestidos completamente de negro que iban dentro de aquel medio de transporte, pensaban que había sido un gran acierto la elección de aquella fecha para llevar a cabo sus acciones. Mientras se acercaban a su objetivo, repasaban mentalmente el plan trazado.

—¿Está todo claro? —preguntó el que parecía ser el líder.

—¡Por supuesto! —respondieron los restantes asintiendo con la cabeza.

—¡Sincronicemos nuestros relojes! —volvió a decir el líder.

—¡Danos la hora! —comento otro de los encapuchados.

—Son las veintitrés horas y quince minutos. Cuando yo lo diga, poned los segunderos a cero.

—¡Cuándo digas! —respondieron el resto.

—¡Ahora! —dijo cuando vio que todos estaban con la mano en sus cronómetros y pendientes de su palabra.

Estaba orgulloso del equipo que tenía bajo su mando. Viendo que todos estaban listos y esperando el momento de ponerse en marcha se dirigió hacia el piloto.

—¿Falta mucho para llegar a nuestro objetivo?

—Unos dos minutos.

—¡Avísame cuando lleguemos!

Al cabo de aproximadamente ese tiempo, el piloto dirigiéndose hacia el grupo, volvió a llamar a su jefe.

—Ya hemos llegado al edificio. Es ese de ahí —dijo señalando con la mano la azotea de uno de los rascacielos.

—¿Esta despejado?

—Eso parece. En estos momentos la zona de aterrizaje, está libre de otros helicópteros y tenemos bastante buena visibilidad.

—¡Acércanos a la esquina oeste del edificio!

—¿Aquella que tiene la cámara de vigilancia sobresaliendo un metro sobre el tejado?

—Esa misma.

—Pero nos captará y filmará.

—Tú hazme caso y no te preocupes. Espera a que en su giro apunte hacia el interior del edificio y aprovecha ese momento para pasar a su lado por el exterior. ¡Empieza a moverte! —le ordenó, palmeándole en el hombro.

El líder se dirigió esta vez hacia el interior del helicóptero y se aproximó hacia un encapuchado que tenía en su lado izquierdo una extraña arma. Estaba compuesta por lo que parecía un rifle tradicional al que habían añadido en su parte posterior, un cilindro de unos cinco centímetros de diámetro y veinte centímetros de longitud. El cilindro parecía contener un espeso líquido que era lo que disparaba en lugar de balas.

—¿Listo? ¡Acércanos a la esquina oeste del edificio!

—Preparado y atento.

—¡No tendrás una segunda oportunidad! El cilindro solo tiene una carga.

—No te preocupes. No fallaré.

El jefe de aquel conjunto de hombres, se separó del tirador para no molestar y dejar que se concentrase en lo que tenía que hacer. Los otros dos hombres echándole una mano, abrieron las puertas del helicóptero y se agarraron al borde de las mismas dispuestos a saltar.

El piloto fue aproximando suavemente el helicóptero al edificio, con la idea de pasar a unos dos metros por encima de la cámara de video de seguridad mientras esta describía su giro. En el preciso momento en que faltaban un par de segundos para que el helicóptero apareciese en el ángulo de visión de la cámara, el hombre disparó. En vez de brotar una bala o sonido alguno de la misma, lo que surgió por el cañón del extraño rifle, fue un líquido amarillo y viscoso que roció el dispositivo electrónico, tapando la óptica del mismo y por tanto eliminando su capacidad de vigilancia.

La semana anterior pensando en cómo solventar el problema de la cámara de video, a uno de los integrantes del grupo viendo un reportaje por televisión sobre la gran cantidad de palomas que habitan en las grandes ciudades y los daños que hacen sus excrementos en los edificios, se le había ocurrido que no debía ser infrecuente, el que si los tejados se veían a menudo rociados por las deposiciones de las palomas, parte de dichas heces fuesen a parar a las cámaras de video.

No sabían si la idea funcionaría, pero les había parecido innovadora y decidieron ponerla en práctica. Dudaban mucho que un vigilante de seguridad cayese en la cuenta de que el líquido que cubría en ese momento la cámara no viniese de un pájaro, sino de un rifle parecido a los que los niños utilizan en la playa para jugar a peleas de agua. Lo más incómodo y difícil había sido

recoger pacientemente los excrementos de paloma, y mantenerlos viscosos durante unos días sin que se solidificasen.

—¡Rápido! ¡Rápido! —ordenó el líder del grupo al piloto—. ¡Aproxímate lo más cerca que puedas del tejado!

El piloto descendió hábilmente el helicóptero hasta llegar a aproximadamente unos dos metros por encima del mismo.

—Es lo máximo que me puedo arrimar sin dañar las aspas con cualquiera de las antenas del edificio.

—¡Ok! ¡Saltamos ya! —ordenó al resto del grupo.

Rápidamente, con una habilidad y disciplina propias de quien ha realizado muchas veces aquellos mismos movimientos, los hombres vestidos de negro saltaron de uno en uno, sin realizar el más mínimo ruido al chocar sus botas de goma con el suelo del tejado. Uno de ellos se acercó para ver cómo había quedado el estado de la cámara de vigilancia:

—¡Jefe! No corremos peligro de que nos hayan captado. La óptica está totalmente tapada y por el olor que echa, nadie dudará que el líquido que la recubre es excremento de aves.

—¡Perfecto! Tenemos unos quince minutos antes de que los vigilantes suban a inspeccionar lo que ha pasado y limpien la cámara.

El hombre que había realizado el disparo y comprobado el estado del dispositivo de video, escondió el rifle de tal forma que los vigilantes no lo localizasen en su inspección, con la intención de recogerlo en su regreso al helicóptero.

Con su vestimenta de camuflaje, se movieron por el tejado como sombras indistinguibles de la oscuridad de la noche hasta localizar la puerta que daba a la cabina de ascensores del edificio.

Uno de ellos, sacó unas ganzúas de uno de los bolsillos de su traje y en menos de un minuto y sin hacer el menor ruido abrió la puerta. La mantuvo así hasta que sus compañeros pasaron a través de ella. Una vez todos dentro, la volvió a cerrar comprobando antes que la puerta desde el interior se abría con la manilla de hierro, de manera que no hiciese falta recurrir a las ganzúas para volver a hacerlo.

—¡Daos prisa en montar las poleas! ¡Y aseguraros bien los arneses!

Dos de los hombres del equipo sacaron de las mochilas que llevaban a las espaldas, dos juegos de poleas de acero con una cuerda de alpinismo enrollada en cada una de ellas y un pequeño motor eléctrico.

Aseguraron las poleas sólidamente mediante un mosquetón a la infraestructura que sujetaba los ascensores y conectaron los motores eléctricos que las accionaban a los enchufes de que disponía la cabina de ascensores.

El edificio constaba de dos hileras de tres ascensores cada una, y los hombres colocaron cada juego de poleas entre dos ascensores de cada hilera, asegurando de esta forma que no hubiese choques entre ellos en el descenso. Una vez verificados que los anclajes de las poleas estaban debidamente sujetos, uno de ellos comentó:

—¡Listo jefe!

—¡Pues allá vamos!

En otras circunstancias, el equipo de asalto habría decidido que el funcionamiento de la polea fuese manual, mediante el accionamiento de una manivela, dejando a un hombre que se encargase del descenso y posterior ascenso del grupo. Debido a la gran altura existente entre el tejado y el

suelo del edificio y la velocidad a la que debían moverse, el hacerlo manualmente hubiese agotado la capacidad física de cualquiera de ellos. Además prolongaría excesivamente en el tiempo, la duración del ascenso del grupo, facilitando el que fuesen descubiertos.

Como tampoco debían, por el peso adicional y el estorbo que suponía en el transporte, el cargar con un cable eléctrico adicional que pudiesen lanzar paralelo a la cuerda de cada polea en el momento de instalarlas y que funcionase como un mando similar al que utilizan desde el suelo los operarios que manejan las grúas de la construcción, se había optado por accionar los motores de las poleas mediante un mando a distancia que funcionaba vía radio.

Los cuatro hombres amarraron sus arneses a las cuerdas y descendieron por las mismas. Mientras bajaban pasaron cerca de los ascensores tomando nota mental de que cuatro de ellos estaban en la planta baja y los otros dos por debajo del octavo piso.

Gracias a la utilización del mecanismo eléctrico, el descenso se produjo a una velocidad considerable, lo que les permitió alcanzar el suelo en solo quince segundos. Una vez allí abrieron una leve rendija en las puertas que daban al corredor de uno de los ascensores que no se encontraba en la planta baja y echaron un vistazo por los pasillos.

—¿Veis algún vigilante?

—No jefe.

—¡Adelante! ¡Vamos! ¡Rápido! ¡Rápido!

Abrieron las puertas y saltaron al corredor, desde donde buscaron las escaleras para descender hacia el sótano. Corriendo, pero sin meter ruido, descendieron dos plantas por debajo del nivel del suelo y se encontraron en un espacio cerrado, en donde solo había una puerta metálica.

—Como nos habían dicho, la puerta es blindada, pero la cerradura no —dijo en un susurro el mismo hombre que había abierto la del tejado.

—¡Ábrela! ¡Rápido!

—¡Sin problemas! —replico con autosuficiencia.

Una vez abierta se encontraron en una habitación vacía en donde solo se apreciaba una enorme estructura de lo que parecía ser una caja fuerte. El hombre de las cerraduras se acercó a la misma y mirándola con la visión de un experto dijo:

—Es la marca y la referencia exacta que tu informador nos había dicho.

—¡Perfecto! ¡No te entretengas!

—¡A la orden jefe!

Se notaba que era un profesional. A pesar de la tensión del momento, preparó las herramientas que necesitaba con minuciosidad y orden. Empezó a perforar la caja fuerte en un punto cercano a la cerradura con un taladro en cuya boca había una broca de diamante de medio centímetro de diámetro.

Cuando había perforado unos veinte centímetros, introdujo en el boquete un explosivo al que puso un detonador, que a su vez conectó con un cable que fue desenrollando de una bobina. A una señal suya el grupo retrocedió sobre sus pasos hasta salir del cuarto y ponerse a cubierto detrás de la puerta blindada.

La cerraron para estar más seguros. Sin esperar ninguna orden adicional, el experto en cerraduras apretó el mando del detonador y una explosión amortiguada por el aislamiento de la habitación se oyó en el interior del mismo.

Sin más dilación, los cuatro hombres entraron de nuevo y se dirigieron a la puerta de la caja fuerte. Vieron que la cerradura había reventado y la puerta se encontraba entreabierta.

—¡Este explosivo es sensacional! ¡Hace cinco años hubiésemos necesitado diez kilos más del existente entonces para conseguir hacer lo mismo! —dijo satisfecho el que se había encargado de la detonación.

—¡Venga deprisa! ¡A por lo que estamos buscando!

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Unos cinco minutos antes de volver a los ascensores.

Se encontraron con que el interior de la caja fuerte tenía el tamaño de una enorme habitación y que sus paredes estaban divididas en compartimentos con forma de armarios empotrados de un metro de anchura y otros dos de altura, en cuyas puertas se podían leer diferentes nombres.

El líder del grupo buscó un nombre en concreto, y cuando lo halló, dirigiéndose hacia el experto en cerraduras exclamó:

—Este es nuestro objetivo. ¡Ábreme esta puerta!

Como el constructor había depositado su confianza en la teórica imposibilidad de abrir la puerta de seguridad de la caja fuerte, las cerraduras de las puertas interiores estaban previstas más por resguardar la intimidad de cada armario que porque fuesen complicadas de violentar. Una vez más el especialista en pocos segundos abrió la puerta.

El líder del grupo rebuscó en el contenido del armario y al cabo de unos instantes exclamó:

—¡Ya es nuestro! ¡Abrir más puertas para despistar sobre lo que estábamos buscando y aquello que os parezca más valioso y fácil de convertir en dinero contante y sonante nos lo llevamos! ¡Tenéis tres minutos!

Este comentario dio lugar a una actividad frenética en la cual, mientras el especialista abría las puertas, el resto se dedicaban a revolver entre los contenidos de los armarios y meter en sus mochilas aquello que les parecía más valioso y fácil de transportar. A los tres minutos exactos el jefe ordenó:

—¡Tiempo! ¡Nos vamos!

Como accionados por un resorte los cuatro hombres, salieron a todo correr por el mismo camino por donde habían llegado, subiendo los dos pisos y llegando a los ascensores en breves instantes. Al llegar abrieron las puertas de uno de los ascensores, descendieron al suelo entre los mismos, se ajustaron los arneses y uno de ellos accionó el mando de activación de las poleas para producir el ascenso. Las cuerdas no se movieron.

—¡Mierda! —exclamó uno de ellos.

—¡Prueba de nuevo! —ordenó el líder.

—¡Ya lo hago! —menciono el que tenía el mando—. ¡No funciona!

—Pienso que no funciona por la distancia que hay hasta el techo.

—¡Pero cuando hemos bajado si ha funcionado! —exclamo otro con cierto nerviosismo.

—No tenemos tiempo para pensar, solo para actuar ¡Subámonos a ese ascensor! —ordenó el líder.

Dos de ellos, unieron las manos formando un escalón, impulsando al jefe del grupo y al cuarto de ellos a subir al techo de un ascensor parado en esos momentos en esa planta. Una vez allí, estos ayudaron a su vez a los de abajo a auparse a la plataforma.

—¡Ayudadme a abrir la trampilla que da al interior del ascensor!

—¿Cuál es la idea? —dijo el especialista en cerraduras— denotando en su voz más curiosidad que desconfianza.

—Uno de nosotros dentro del ascensor pulsará los botones para que este ascienda. Espero que una vez lleguemos a una altura suficiente el mando que activa los motores de las poleas empiece a funcionar y nos permita ascender hasta la cabina de los ascensores. Si no es así tendremos que hacer el resto de la subida a pulso desde donde se pare el ascensor.

—Bajo yo mismo —se ofreció el experto en puertas.

—Inicialmente pulsa de diez en diez pisos.

—¿Y por qué no pulso directamente el piso más alto?

—Por si acaso, prefiero dejar el ascensor en un piso intermedio que no deje pistas de la ruta que pretendemos seguir. No tengo claro que pueden estar haciendo los vigilantes en este mismo momento.

—¡De acuerdo jefe!

—Nosotros mientras, impediremos que las cuerdas de las poleas se enreden con los cables de los ascensores mientras subimos.

Mientras el resto de sus compañeros permanecían en el techo, el hombre bajó al interior del ascensor y lo puso en movimiento. Al llegar al piso diez y ver que no le comentaban nada pulsó el botón del piso veinte. A la altura del piso dieciocho el hombre que manejaba el mando a distancia exclamó:

—¡Jefe! ¡La polea ya responde!

—¡Para el ascensor en el siguiente piso y ven aquí arriba! —exhortó al hombre del interior del ascensor. Tendiéndole una mano lo aupó al techo del mismo.

Ya todos en el techo, repasaron una vez más las sujeciones de los arneses y utilizaron el mecanismo eléctrico de las poleas para subir la distancia restante al cuarto de mantenimiento de los ascensores. Al trepar al suelo, pararon para tomar aliento, momento que aprovechó el líder para sacar una radio de uno de los bolsillos del traje y ponerse en contacto con el piloto del helicóptero.

—¡Ven a buscarnos! —ordenó tajante.

Abrieron una rendija la puerta exterior, cerciorándose de que no había nadie esperándoles. El hombre del rifle lo recogió de su escondite y mirando la cámara vio que la habían limpiado. Se situó cerca de la misma y aprovechando el tiempo empleado por la cámara en su giro de vigilancia, la roció de nuevo inutilizándola.

En pocos segundos la sombra inapreciable en el fondo de la oscuridad que era el helicóptero, se fue acercando hasta quedar a unos dos metros del tejado. Se oyó un siseo al ser arrojada una escala de cuerda desde la puerta del helicóptero y sin esperar más, los cuatro hombres subieron ágilmente por la misma y se dejaron caer en los asientos del aparato.

—¡Misión cumplida chicos! ¡Vamos a celebrarlo! —exclamó con satisfacción el que comandaba aquel equipo de profesionales.

Había sido un golpe eficaz y rápido, sin dejar huellas, ni disparar un tiro.

2. Salvando a Mónica

Nueva York. Lunes 16, Junio 2014

Como hemos aprendido a través del paso del tiempo, la naturaleza humana tiene tendencia a seguir cometiendo errores. Otra de las constantes es la de obtener beneficios tentando al destino. Por eso existía gente como Sergio. Se encontraba ese lunes por la mañana conduciendo desde su casa en Andorra al aeropuerto de Barcelona. Mientras conducía su BMW 535 por la autopista a la altura de Lérida, pensaba en el encargo que había recibido el día anterior y lo que le había costado decidirse a aceptar el caso. Bueno, todavía no sabía si hacerse cargo del asunto, por lo que iba a entrevistarse con el posible cliente para tomar una decisión al respecto. Hacía unos pocos días que había terminado con su caso anterior y consideraba que necesitaba un merecido descanso.

Cuando pasaba por debajo de las vías del tren de alta velocidad, meditaba sobre la profesión a la que se dedicaba y que lo único que era seguro era que no existía el concepto de horario laboral. Hacía cuatro años que estaba en la profesión, si se le podía llamar así, ya que no se encontraba dentro de las profesiones habituales que uno decide ser cuando es pequeño y sueña en lo que será mañana.

Sergio se autodefinía como detective tecnológico y cuando lo comentaba con sus presuntos clientes, más de uno le preguntaba qué hacía un detective tecnológico en un mundo como el nuestro.

La historia venía de unos años atrás, cuando Sergio Equiza estaba decidiendo qué hacer con su vida. Desde pequeño le había encantado la acción y había pasado mucho tiempo practicando deportes competitivos y de cierto riesgo. Empezó como todos los niños de España con el fútbol, después se pasó al *rugby* y siempre compaginó todo ello con el judo, en el que durante muchos años había participado en competiciones nacionales siendo cinturón negro.

En los estudios no le iba mal y desde muy pequeño siempre había comentado en casa que iba a ser ingeniero industrial, aún sin tener muy claro a que se dedicaba un ingeniero.

Fiel a su idea se encontró un buen día en su tercer año de carrera de ingeniero industrial con las habituales perspectivas de una vez terminada acudir al primer anuncio del periódico para comenzar su vida laboral, cuando surgió algo que cambió el rumbo de su vida de manera radical.

Un amigo suyo, tenía a su vez un amigo de toda la vida, que tenía una empresa, que tenía un problema. Dicho problema consistía en que al amigo de su amigo le habían robado mediante

espionaje industrial, una patente que iba a revolucionar su sector. Su amigo no sabiendo a quién acudir se lo había comentado de pasada en una noche que habían quedado para tomar unas cervezas.

Más por curiosidad que por otro motivo, Sergio realizó ciertas pesquisas y más fácilmente de lo que esperaba recuperó lo que habían robado antes de que la empresa ladrona fuese capaz de hacer copias de los planos del invento y por lo tanto de sacarle partido.

El amigo de su amigo (al que le pondremos de nombre Joaquín Mendiluce) le recompensó con cien mil euros, y aunque en ese momento a Sergio le pareció que su trabajo le había resultado muy barato al individuo aquel, le sirvió para ganar su primer dinero, como dicen las notas biográficas de los magnates. También y más importante para aprender que antes de empezar un trabajo hay que cerrar bien el precio del mismo. En definitiva fue su primera clase práctica de una de las tantas cosas que no te enseñan en la universidad, como puede ser el valorar tu trabajo. Principalmente si tu trabajo no es capaz de hacerlo cualquiera.

Con aquel dinero en sus manos y durante varios días estuvo dándole vueltas a la cabeza, pensando en la rentabilidad del tiempo empleado en la solución de aquel problema de espionaje industrial. Por un trabajo de unos pocos días había conseguido el equivalente a lo que un ingeniero industrial con quince años de carrera con una trayectoria ascendente y a base de semanas de trabajo de cincuenta horas conseguía ganar en un año.

Tenía un dilema, seguir el camino que habían emprendido promociones enteras de ingenieros antes que él, con un resultado en el mejor de los casos como el comentado anteriormente, o se inventaba una nueva profesión: su nueva vida a partir de entonces y un riesgo para el mañana.

En esos días, debido a la catastrófica situación económica mundial, estaba de moda por parte del gobierno el fomentar el que los jóvenes montasen sus propias empresas. La juventud de aquel momento se aburrió de oír lo de convertirse en jóvenes emprendedores.

Para Sergio lo de ser un joven emprendedor se convirtió en aquellos días de devanamiento cerebral en analizar detenidamente que es lo que quería emprender y de que medios disponía y que problemas se le planteaban a la hora de dedicarse a ello. A la profesión que quería emprender la denominó detective tecnológico. Los medios con los que contaba eran su entusiasmo y su imaginación para lo de inventarse una nueva profesión. Sus conocimientos de artes marciales y su buena forma física, para lo de detective. Sus conocimientos técnicos, (que para algo era casi ingeniero) para la parte de tecnológica. Por la parte comercial, aparte de darse cuenta que debía llevarla él mismo, su análisis del mercado le llevo a determinar que la demanda era escasa, siendo por otro lado la parte de la oferta aún más escasa. O eso pensó él en aquel momento, dado que jamás había leído ni oído nada sobre alguien que se dedicase a lo mismo.

Decidió arriesgarse pero con dos condiciones: una es que acabaría la carrera para cumplir con la parte del apellido de su profesión que decía tecnológico y segundo, que si no encontraba otro caso (empezaba a adquirir la jerga detectivesca) antes de que acabase con el dinero ganado, se replantearía lo de abandonar su nueva profesión seriamente.

Tanto en aquel entonces, como hoy en día uno no ponía en el periódico un anuncio ofreciendo sus servicios para solucionar problemas de espionaje industrial, por lo que no tenía muy claro por dónde empezar a buscar a su clientela. Una vez más como algunas veces pasa en esta vida, la suerte le sonrió y como dice el refrán “más vale llegar a tiempo que rondar un año”.

En aquella época el espionaje industrial no estaba ni tan definido, ni tan establecido, ni tan

vigilado por las empresas como en la actualidad, por lo que las compañías, además de desprotegidas, estaban confundidas, despistadas y bastante desorientadas con respecto a quien dirigirse y como obrar. Uno de los aspectos por los que se denomina espionaje industrial se debe a que las nuevas patentes tienen mucho de secreto, por lo que acudir a la policía en la mayoría de los casos puede destapar la sorpresa generando el que los accionistas de a pie pierdan la confianza en la empresa, ocasionando problemas en el accionariado y el efecto contrario al que el avance tecnológico iba a producir.

Es decir en vez de aprovechar una posible ventaja competitiva se encuentran con un declive financiero debido a un efecto negativo con las acciones. Esto se acentúa más si la empresa cotiza en bolsa. Por tanto la confidencialidad y la efectividad en la resolución de sus casos era el aspecto principal en que se sustentaba el negocio de Sergio.

Estaba empezando a gastarse sus beneficios, cuando Joaquín Mendiluce, le proporciono su segundo caso: de nuevo a un amigo suyo dueño de una empresa, le había ocurrido algo similar. Además de negociar sus emolumentos con mayor reflexión que la primera vez (esta vez cobró un millón de euros), se dio cuenta de quienes iban a ser sus futuros clientes y de cómo posibilitar el generarlos. La forma de tener continuidad iba a ser una cadena de amigo a amigo con problemas similares.

Fue fomentando entre sus clientes el que dejaran caer discretamente en sus círculos sociales el que había una empresa (suena más serio que si dices un chico de veintitrés años), que se dedicaba a solucionar este tipo de situaciones. De esta forma fueron surgiendo poco a poco más clientes que dieron viabilidad económica (y bastante lucrativa) a la profesión que se había ido forjando con los buenos resultados en sus trabajos.

En un momento de su carrera (el séptimo u octavo caso) y conforme se daba cuenta de que los clientes aceptaban sus tarifas sin rechistar, surgió un caso con una multinacional, lo que además de poder incrementar sustancialmente sus honorarios le permitió tener una nueva perspectiva de cómo podía ampliar su ámbito de actuación a mercados internacionales y globalizarlo. También eran frases que estaban muy de moda.

Para adecuarse a las necesidades de sus nuevos clientes consideró oportuno realizar varios cambios en la forma de organizar su empresa. Lo primero era la necesidad de apartar de forma radical la manera de vivir su vida profesional de la de disfrutar de su vida personal. Era particularmente importante el desligar de su vida profesional todo aquello que lo pudiese relacionar con los lugares donde vivía su familia y amistades, y el generar dos personalidades distintas, haciendo lo posible para que fuese imposible el llegar a una personalidad a partir de la otra y viceversa.

Era necesario que sus amigos y familia no supiesen a que se dedicaba en su trabajo y principalmente que las personas con las que contactaba en su trabajo no consiguieran llegar a las personas a las que quería.

Conforme sus trabajos eran más lucrativos, había aprendido a negociar mejor y a incluir en su remuneración acciones de la empresa que se iba a beneficiar de su investigación. Conforme aumentaba el nivel de complejidad de sus casos y el interés mostrado por sus clientes en resolverlos, aumentaba la peligrosidad con que se comportaban sus enemigos. En algún caso se habían dado situaciones verdaderamente tensas y peligrosas y lo que menos deseaba era verse chantajeado a través de las personas que le importaban para que se apartase de una determinada

investigación.

Es curioso como uno puede conseguir varias personalidades distintas de una manera absolutamente legal sin contactos extraños en el hampa y sin pasar por tugurios de luces lúgubres, jugándose el tipo de malas maneras. Lo único que tuvo Sergio que hacer para conseguir la primera fue denunciar en la policía que había extraviado su documento de identificación, y dentro de la más absoluta legalidad renovó su documentación teniendo dos copias válidas. Con su vieja documentación fue a la oficina de registro y solicitó dos cambios que están legalmente permitidos en España.

Cambió su nombre de Sergio por Juan y alternó el orden de sus apellidos de Equiza López por López Equiza. Aprovechando la similitud de las palabras a la hora de escribirse y el hecho de que este tipo de modificaciones en la oficina a donde acudió todavía seguían realizándose de forma manuscrita, entró llamándose Sergio Equiza López y salió llamándose Juan Lopes.

Si pensaba dedicarse al mercado internacional debía conseguir una personalidad internacional, por lo que buscó un país en donde fuese fácil nacionalizarse (normalmente es cuestión de tener dinero) y que le permitiese cambiar su nombre de nuevo al nacionalizarse.

De los posibles países que le surgieron como candidatos, decidió arriesgarse con Andorra, habida cuenta de lo fácil que había sido y seguía siendo para los españoles con dinero el nacionalizarse en ese país. Eran celebres los casos de tenistas que se habían nacionalizado en Andorra para matar dos pájaros de un tiro, el vivir cerca de su país de origen y el disminuir los pagos que tenían con Hacienda.

Decidió que dicha circunstancia le era favorable, ya que le permitía ir a cualquier parte del mundo en cuestión de horas de una forma ágil desde España, a través del aeropuerto de Barcelona. Y desde Francia a través de Marsella. Además siempre le había encantado conducir y mediante un paseo en coche se podía plantar en cuestión de tres a cuatro horas en casa de sus padres en Pamplona. Ellos pensaban que trabajaba de ingeniero en una multinacional con sede en Barcelona.

Al nacionalizarse en Andorra había conseguido de una forma relativamente sencilla transformar su nombre en John Locker. Siempre se le había dado bien el conseguir atraer con su físico y galantería a las mujeres, por lo que no le fue difícil convencer mediante frases a medias a la funcionaria que le atendió que no estaba de acuerdo en cómo se relegaba a las madres en el aspecto de la utilización de sus nombres y apellidos a la hora de generar la documentación de los habitantes de un país.

Le dijo que él siempre se había sentido más cercano a su madre que a su padre, no comprendía por qué se tenía que llamar Juan López en vez de John Locker que era el apellido de su madre inglesa y que siempre él y su madre habían querido que ostentase.

Aliñada la historia con una pronunciación con marcado acento inglés y su cara de niño de no haber roto un plato en su vida, fueron suficientes para que la funcionaria pensase que era adecuado que una persona de madre inglesa, se pudiese llamar como su madre quería y más cuando estaba cambiando su vida al nacionalizarse en un nuevo país.

De esta forma y en sus inicios internacionales se juntó con tres documentaciones totalmente legales. Dos españolas una como Sergio Equiza y otra como Juan Lopes (con esta última en algunos países podía pasar como portugués) y una Andorrana con nombre inglés (John Locker).

Esta última es la que decidió usar normalmente para trabajar por dar la sensación de nacionalidad norteamericana, cosa que se encargaba de fomentar en sus clientes mediante

insinuaciones al respecto. Con ello convencía a sus clientes que estaba a la última en procedimientos de trabajo y en tecnología.

Le gustaba el haber buscado intencionadamente que su apellido (Locker) significase cerradura en inglés, que era lo que en mayor o menor medida, más o menos física o virtual, los ladrones de sus clientes habían forzado para apropiarse de los secretos industriales y en no menos ocasiones él había tenido que forzar para recuperar los bienes de sus clientes. Posteriormente y con los nuevos contactos que fue generando, el tema de disponer de múltiples personalidades se hizo más sencillo y habitual.

Una vez solucionado el aspecto de su documentación y personalidad fue necesario el generar el entorno adecuado para su nueva identidad. Estaba claro que su trabajo se pagaba muy bien y conforme iba solucionando casos, su caché ascendía. Nada más lejos de su intención que el parecerse a los clásicos detectives de las películas americanas que arriesgaban el pellejo para llegar a pagar la mensualidad del alquiler de su despacho y que empleaban el poco dinero que les quedaba para emborracharse en la barra de un bar llenando los huecos de tiempo hasta que apareciese el siguiente cliente.

Otro aspecto que le parecía importante era tener presente que la fuente de sus ingresos, la composición de su empresa y el éxito o no en la resolución de los problemas de sus clientes, dependía exclusivamente de él. Desde el principio había decidió que a partir del momento en que pudiese permitírsele económicamente, dedicaría parte de su tiempo e ingresos a formarse en diferentes áreas de conocimiento que le hiciesen incrementar sus habilidades y que mejorasen su eficacia y eficiencia a la hora de resolver las situaciones a las que se enfrentaba.

Ello pasaba por ampliar su formación, tanto a nivel intelectual, como de preparación física. Su filosofía con respecto a esta mejora personal era “si pagas lo suficiente encuentras profesionales que te preparan para todo”. De esta forma fue seleccionando áreas de conocimiento como idiomas: hablaba suficientemente bien inglés, chino y francés (esto último facilitado por la proximidad de Andorra a Francia que permitía que pasase bastante tiempo en estancias cortas en Francia practicándolo). Se manejaba suficientemente bien en Alemán y Japonés (fuente de clientes de problemas complejos y elevadas tarifas). Además en los tiempos en que vivía era complicado sobrevivir si no se era un experto en informática, principalmente en aspectos de codificación, seguridad de sistemas y otros ligados con la protección de la información.

Avanzaba por la autopista aquella mañana de junio, reflexionando sobre lo que hasta ese momento conocía del nuevo caso que le habían planteado. Para empezar el presunto cliente sabía cómo contactar con él. Sergio evidentemente no se anunciaba en la prensa, ni tenía una página web en donde publicitar su empresa.

Desde el principio de su vida profesional había confiado en que sus clientes satisfechos trajesen a otros clientes, debido principalmente a varios motivos.

Primero, los asuntos a los que se dedicaba debían permanecer en el más absoluto secreto por lo que no era procedente que se supiese y en la mayoría de los casos eso incluía a la propia policía. Que un particular se dedicase a resolver desapariciones de material reservado no parecía adecuado.

Segundo, queriendo ser fiel a mantener su identidad en el máximo de los secretos, prefería tener como clientes a aquellas empresas que venían por decirlo de alguna forma “recomendadas”.

Por último y no menos importante los casos a los que se dedicaba eran cada vez más

complejos y lucrativos, por lo que esta vía le permitía decidir si le interesaban o no de una forma más segura, ya que las empresas que requerían de sus servicios sabían las reglas del juego.

Como era partidario de utilizar la tecnología, había ideado una forma de asegurar que los contactos establecidos, venían efectivamente de un cliente satisfecho y no de una filtración en el sistema. Contaba con la ventaja adicional de que al utilizar sistemas de comunicación electrónicos, se podía contactar con cualquiera en cualquier lugar del mundo de forma inmediata y no era necesario el que se produjesen contactos personales para decidir sobre ciertos casos.

Dicho sistema consistía en que los clientes que querían contactar con él, debían enviar un correo electrónico a una dirección determinada, conteniendo el mensaje “Me gustan los entresijos tecnológicos” y anexando en el correo un archivo que contuviese la descripción del problema que el presunto cliente tenía. Para evitar que por equivocación hubiese un error en el envío o en la red de comunicaciones y dicho archivo no fuese a parar a otro destinatario, el archivo estaba codificado con un programa diseñado a medida por un amigo de Sergio.

Solo había entregado el programa de codificación a sus antiguos clientes, advirtiéndoles de la importancia de no perderlo y que era el método que debían emplear para ponerse en contacto con él, si de nuevo ellos o algún amigo suyo necesitaba de sus servicios. Hasta la fecha no había habido ningún error en el sistema, por lo que no había sido necesario cambiarlo y seguía confiando en él.

El mensaje que había recibido esta vez tenía el siguiente contenido:

«Mi nombre es Carl Murray, Presidente de Softplay, Inc. Recorro a sus servicios porque en mi empresa se ha producido un asunto de extrema gravedad que puede cambiar desfavorablemente en los próximos años el rumbo del sector en el que operamos. Un amigo común ha sido el que me ha hablado de la especialidad en la que usted trabaja, explicándome como en el pasado usted le resolvió un problema similar. Me ha asegurado además la total confidencialidad que usted utiliza en la prestación de sus servicios. Él ha sido el que me ha confiado este sistema de comunicaciones.

No importa el coste de sus honorarios ya que el asunto del que le hablo además de importante para mi empresa es extremadamente urgente, por lo que necesito que usted se haga cargo del mismo a la mayor brevedad posible. Preferiría que el resto de lo que le tengo que contar se haga en persona, por lo que le espero cuanto antes en mi despacho de Nueva York, cuya dirección es...».

Después de haber leído varias veces el texto, dudaba entre encargarse o no del asunto, pero al final le había picado la curiosidad del alarmismo que llevaba implícito el mensaje y había decidido tener una entrevista personal con el remitente antes de decidir su participación o no en el asunto. Como prefería tener algo de tiempo para recabar más información sobre la empresa y su posible situación en el mercado, había remitido a su presunto cliente un correo electrónico citándose para el miércoles en sus oficinas de Nueva York.

Si algo le preocupaba a la hora de trabajar, además de hacerlo con las herramientas más seguras y el no dejar ningún tipo de rastro, era el conseguir la mayor información posible de las empresas y hombres para los cuales debía trabajar. En varios de sus casos había conocido a

expertos de seguridad informática y en un mundo donde la información se movía a través de las redes, era absolutamente necesario tener amplios conocimientos sobre la forma de transmitir. Hacer segura la información enviada y, a veces, cómo colarse en algunos sitios sin ser detectado para obtener información privilegiada y, por supuesto, confidencial.

Tenía claro desde que empezó a vivir de esta profesión que, si se ganaba la vida localizando secretos tecnológicos desaparecidos, era indispensable el que conociese a fondo los sistemas de seguridad en sus diferentes vertientes, tanto a nivel físico como lógico. Le había costado mucho tiempo el contactar con especialistas de diferentes sectores dedicados a seguridad, debido principalmente a que la gente que se dedicaba a estos trabajos que muchas veces bordeaban la legalidad, no estaban dispuestos a traspasar sus conocimientos a nadie.

A base de paciencia, tiempo, garantías de confidencialidad y mucho dinero, había conseguido que algunos especialistas le formasen en sus diferentes áreas de conocimiento, pero había alguien con el cual había sido imposible llegar a tener una conversación de persona a persona, a la manera tradicional y no únicamente a través de redes de comunicaciones.

Le gustaba que le llamasen “*Opengate*” (puerta abierta) y precisamente era por su facilidad en colarse por cualquiera de ellas, si eran puertas basadas en ordenadores. Sergio había dado con él de forma totalmente casual curioseando en grupos de discusión de temas de seguridad en Internet. En uno de ellos había conseguido dar con la dirección de correo que utilizaba para participar en el foro.

Había intentado seguirle el rastro a través de su dirección de *email*, para al final darse cuenta de que el *email* era el final de un camino que estaba muy bien cubierto y que no permitía llegar al origen del mismo. Esta preocupación por no descubrir la verdadera personalidad le recordó a sí mismo e intento averiguar más de “*Opengate*”. En los contactos electrónicos que tuvieron lugar posteriormente y en base a las conversaciones que tuvieron mantenidas, Sergio se percató de que era un verdadero profesional en el manejo de la informática, las redes, sus secretos y como romper las barreras de seguridad de los mismos.

Sergio siguió intentando quedar con él para mantener una entrevista personal, pero no fue posible debido principalmente a que “*Opengate*” pensaba que la insistencia de Sergio tenía algo que ver con la policía y que andaban buscándole. A pesar de que aparentemente consiguió convencerle de que no tenía relación con ningún estamento policial, no consiguió lograr que se viesen, por lo que al final llegaron a un acuerdo: “*Opengate*” no le transmitiría sus conocimientos, ni quedarían nunca para verse, pero sí trabajaría para él cuando Sergio lo necesitase.

Desde entonces, habían mantenido relaciones laborales y prácticamente de una manera u otra participaba en la mayoría de los casos de Sergio. Habían establecido una forma segura para ambos de ponerse en contacto, establecer el coste de los servicios y de efectuar los pagos.

En esta ocasión Sergio le había solicitado que recabase información sobre *Softplay, Inc.*, su presidente y que le consiguiese los planos del edificio donde estaba localizada la empresa. Debía tener la información lista para ese lunes a la noche cuando Sergio llegase a Nueva York.

Con estos pensamientos y la seguridad de que una vez más “*Opengate*” cumpliría con su parte llegó al aeropuerto de Barcelona donde estacionó su coche en el aparcamiento de la terminal internacional. Sacó del maletero una maleta con la ropa y otros enseres necesarios para pasar varios días fuera, así como una mochila que se echó al hombro. Miró el sol que hacía en Barcelona y pensó que era un buen día para volar. Entró en el pabellón su terminal y se fue

derecho a los servicios de caballeros en donde se dispuso a cambiar su aspecto.

Como ya tenía previsto que papel iba a interpretar en su primera parte del vuelo que le llevaría a París, en los últimos días no se había afeitado, se desaliñó el pelo con los dedos y se sacó la camisa por debajo del jersey estirando las puntas en sentido diferente, dejándolas de forma asimétrica.

Para terminar con su caracterización extrajo de la mochila unas gafas de concha que le dieron el aspecto de la persona bohemia que deseaba aparentar. Llegó al mostrador de las taquillas del aeropuerto en donde alquiló la setenta y siete, que era su número favorito para no tener que memorizar cada vez un número.

—Perdone —preguntó a la chica que atendía el mostrador—. ¿Hay alguna limitación en cuanto el tiempo que se puede tener alquilada una taquilla?

—En principio no —respondió solicita— aunque, pensándolo mejor, con nuestro actual sistema informático, si el alquiler supera un mes, la nueva normativa internacional de seguridad para los aeropuertos nos obliga a abrir la taquilla y registrar lo que en ella exista.

—¿De verdad? —pregunto Sergio mostrando síntomas de curiosidad.

—Por supuesto, no abrimos ningún paquete —dijo la asistente del mostrador, poniendo cara de profesionalidad—. Los pasamos por los rayos X del aeropuerto y los devolvemos a su sitio de nuevo.

—Me alegra conocer —alegó Sergio poniendo cara de satisfecho— que los paquetes que uno deja en esta consigna están bien cuidados y que no corren ningún tipo de peligro.

Se alejó andando hacia las taquillas de acero inoxidable situadas en una esquina de la terminal y localizó rápidamente la setenta y siete. Depositó en la taquilla las llaves del BMW y la documentación que utilizaba en España, así como parte del dinero que llevaba. No lo iba a necesitar hasta la vuelta. Se quedó con su mochila y una maleta llena de ropa utensilios de viaje. Además contaba con varias documentaciones falsas disimuladas en el fondo de la maleta entre revistas, junto con otros dispositivos necesarios en su trabajo. No llevaba nada encima capaz de relacionarlo con su personalidad real.

Llegó al mostrador de facturación para recoger los billetes a las 14:00, con una hora de anticipación a la salida del avión. Esperó cinco minutos en la fila mientras las personas que tenía delante iban facturando sus equipajes. Cuando llegó su turno, intentó dar la apariencia del típico viajero francés que todo lo que ve le parece divertido y que intenta ser agradable en el trato con la gente, paliando así la deficiencia de su conocimiento del idioma local.

—Buenos días —saludó en un mal español con un fuerte acento francés a la azafata del puesto de facturación— vengo a recoger unos billetes que reservé ayer por Internet.

—¿A nombre de quien, señor? —pregunto cortésmente la azafata.

—Señor Francois Dideron, de París, para servirle a usted, señorita —respondió con tono cortés Sergio.

—¿Tiene usted el localizador del vuelo? —preguntó de nuevo la azafata.

—Por supuesto señorita, mi número es el 45W673J4 —respondió de nuevo Sergio con una sonrisa digna de un anuncio de dentífrico.

—Aquí está su reserva señor Dideron. ¿Clase turista verdad?

—Sí señorita. Mi empresa ha decidido hacer recortes presupuestarios y ya no nos llega para billetes de primera clase. ¿Me podía dar asiento de no fumador?

—El vuelo de aquí a París es inferior a dos horas, por lo que todos los asientos son de no fumador.

—Me alegro de que así sea. No soporto los humos en sitios cerrados.

—¿Desea facturar algo?

—Sí por favor, esta maleta.

Una vez terminado el ritual de poner la tira de papel de identificación de la maleta, colocada esta en la cinta transportadora y recibir el billete de la azafata, Sergio se dirigió hacia el control de pasaportes y revisión de equipajes. Mientras paseaba hacia el mismo, adquirió una revista deportiva de bicicletas de montaña para pasar el rato en el avión.

Llegó al control de equipajes, donde depositó su mochila para su revisión por el dispositivo de rayos x. Mientras pasaba por la puerta de detección de metales, pensaba como siempre que se encontraba en esa situación en la sensación que pasó la primera vez que había cruzado un control similar con su pistola de cerámica en la mochila.

Aunque el fabricante de la misma, un industrial al que había ayudado en un caso anterior, y sus conocimientos de ingeniera sobre nuevos materiales le habían instado a creer que era indetectable, hasta un buen rato después de haber pasado el control no desapareció la tensión del momento vivido.

Desde entonces habían sido muchas las veces que había pasado por aquella misma situación, por lo cual la tensión había dejado paso a la costumbre y lo único que afloraba a su rostro cuando atravesaba el control era una sonrisa.

Enseñó a la policía del control su billete y se encaminó hacia su puerta de embarque. Viendo que ya era posible subirse al avión, atravesó el último control del aeropuerto en donde te verifican y recogen el billete y accedió al aparato. Una vez en este se acomodó en su asiento y sin esperar al despegue se reclinó y se puso en manos de Morfeo. Su capacidad de dormir en cualquier situación y lugar era una de sus mejores armas frente al cansancio, ya que como él decía cualquier momento era bueno para recargar las pilas.

Se despertó como solía ser habitual en él cuando el avión tocó tierra con el tren de aterrizaje. Salió del avión y pasó por la zona de equipajes, para recoger de la cinta transportadora su maleta. Atravesó el control de pasaportes y se dirigió hacia los servicios de caballeros. Al ver cruzado en la puerta de los mismos e impidiéndole el acceso, el carro de limpieza de la señora encargada de acondicionar los baños, decidió darse una vuelta de varios minutos.

Era curioso, pensaba para sí mismo, lo fácil que hubiera sido coger un avión directo desde Barcelona, o bien hacer el vuelo en las mismas dos etapas, facturando la maleta directamente, con lo que ahora estaría en la sala de viajeros en tránsito sentado cómodamente esperando su vuelo de enlace. Pero claro, la seguridad era enemiga de la comodidad, como bien había aprendido en su vida profesional.

En el momento en que te relajas, tu rival tiene más fácil acceder a tu información y por eso era necesario encubrir a su verdadero yo haciendo dos cambios de personalidad para un simple viaje Barcelona—Nueva York. Con estos pensamientos y haciendo que leía la revista que había comprado en Barcelona, se encaminó de nuevo hacia los servicios.

La señora de la limpieza ya había terminado sus quehaceres y tenía la puerta de acceso despejada, por lo que rápidamente extrajo de la maleta su maquinilla de afeitar eléctrica y en un par de minutos había hecho desaparecer la barba de varios días y conseguido un perfecto

rasurado. También sacó de la maleta un tubo de gel para alisar el cabello que se aplicó en la suficiente cantidad como para conseguir domar el pelo y obtener un peinado de ejecutivo.

Como se decía en broma para sí mismo, había que tener cuidado, ya que si te pasabas en la cantidad, en vez de un peinado de ejecutivo de empresa, lo que conseguías era un peinado de guaperas barato de discoteca. Se quitó el suéter que llevaba y le dio la vuelta. Ese suéter reversible era uno de las prendas de su vestuario más útiles. Se la habían hecho a medida en una tienda especializada en Madrid.

Por un lado parecía una prenda desgastada por el tiempo, muy conveniente para una personalidad con aspecto de dejadez, como podía ser un artista, o el bohemio que acababa de interpretar, y por otra parte era un suéter impecable, como recién salido de la tienda y con etiqueta de marca italiana. Propio de un directivo de empresa, que gustaba vestir a la última moda pero con estilo deportivo.

Además sustituyó sus gafas de bohemio, por unas de montura con cristales al aire, que tanto se llevaban en la actualidad entre los ejecutivos de empresa. Terminó su disfraz cambiando la documentación francesa por otra americana, alisándose la ropa, introduciendo la camisa dentro del suéter y transformándose con estos cambios llevados a cabo en un par de minutos, desde un bohemio descuidado a un ejecutivo vestido con la apariencia de preferir la ropa cómoda para viajar.

Adoptó al caminar el paso de persona decidida y que pisa fuerte, en su camino hacia el mostrador de facturación del vuelo París—Nueva York. Al llegar a la fila se fijó en que dos personas por delante de él había una rubia que llamaba la atención con su presencia. Mediría un metro setenta y ocho, figura de modelo de portada de revista y un pelo rizado muy cuidado. Todo esto iba disfrazado dentro de un traje de chaqueta y pantalón que le daba la apariencia profesional de la típica mujer en viaje de negocios, pero que Sergio experto en la fisonomía femenina dedujo que si cambiaba su atavío actual por un vestido de fiesta, más de un hombre perdería el vuelo por contemplar semejante mujer.

Mientras estaba cavilando estos pensamientos, apostó para sí mismo que el rostro debía hacer juego con el resto de la figura y casi se disloca el cuello intentando mirarle a la cara. Pero entre que los dos hombres altos delante de él en la fila, estaban intentando hacer lo mismo y que la rubia no volvía la cabeza, estaba quedándose con las ganas y sin saber si se había ganado a sí mismo la apuesta.

Viendo que el aspecto visual estaba complicado decidió intentar captar su voz en el momento en que llegase a hablar con la azafata del mostrador. Tuvo que esperar que se atendiese a tres viajeros más hasta conseguirlo.

—¿Me entrega su billete? —le preguntó la azafata a la rubia desconocida.

—Aquí tiene —respondió esta con una voz que a Sergio le pareció de lo más sensual, aunque en esos momentos reflejaba bastante cansancio.

Al cabo de un par de minutos de teclear en la pantalla del terminal, la impresora le suministró a la azafata la tarjeta de embarque.

—Señorita Mónica Glaría —le explicó— su asiento es el 12B y su vuelo sale de la puerta de embarque A34 a las catorce treinta.

Sergio, no se lo podía ni creer, la azafata no había mencionado toda la información pero sí la suficiente. Si no habían cambiado las disposiciones de las salidas de los aviones, el vuelo que

salía a las catorce treinta por la puerta de embarque A34 era el suyo. Lo había leído andando por los pasillos del aeropuerto en los monitores que anuncian las salidas y llegadas de aviones, ya que tenía la costumbre de memorizar esa información para no perder tiempo a la hora de localizar la puerta de embarque de su avión.

Estaba pensando en esto, mientras la rubia se alejaba sin que le hubiese podido ver el rostro, debido a que los dos tipos de delante seguían ejerciendo de muralla y ella no volvió la cara en su dirección.

Una idea que le hizo sonreír le vino a la cabeza y decidió ponerla en práctica un par de minutos más tarde cuando le llegó su turno en el mostrador.

—¿Me entrega su billete? —preguntó la azafata de forma automática.

—Aquí tiene señorita —respondió Sergio en un perfecto inglés y obligando a la azafata a utilizar ese mismo idioma.

Tras poner cara de persona que no tiene claro que lo que va a decir a continuación sea lo adecuado, preguntó con tono dubitativo:

—Me han llamado hace unos minutos al móvil desde mi empresa y me han comentado que por casualidad, se encuentra en el avión, una compañera de trabajo: la señorita Mónica Glaría. ¿Sería posible que me diese el asiento de al lado suya?

—Un momento por favor señor Michael Johnson —respondió en tono impersonal la azafata.

Después de teclear la consulta en el ordenador, le dijo:

—Ha tenido usted suerte. Hoy el avión no va completo y le puedo cambiar el asiento de al lado de la señora, sin molestar a ningún pasajero.

—Muchas gracias —dijo cortésmente Sergio, recogiendo la tarjeta de embarque y alejándose hacia la puerta donde tenía que tomar el avión.

Mientras se dirigía a la puerta A34, utilizó de nuevo la revista para ocultar su rostro detrás de ella y así poder echar un vistazo a la zona a la que se acercaba, dificultando a su vez el que a él le identificasen. Cuando estaba a unos metros de los asientos dispuestos junto a la puerta de embarque para esperar los últimos minutos antes de embarcarse, divisó a la joven. Estaba en una esquina apartada del resto de los pasajeros hablando por su teléfono móvil. Esto le permitió observarla más detenidamente sin que ella se apercibiese, ya que estaba enfrascada en la conversación sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor.

Tal y como había imaginado era una auténtica belleza, con un rostro ovalado precioso que denotaba una personalidad fuerte y segura de sí misma, enmarcado por unos ojos de un azul profundo. Sergio le echaba unos veinticinco años. Se sentó en una silla no muy lejana detrás de una columna que se interponía entre ambos, de tal forma que este obstáculo arquitectónico, la revista que seguía tapando su rostro y el que ella continuase hablando por el móvil le permitieron seguir observándola de vez en cuando sin llamar su atención.

Cuando faltaban quince minutos para las catorce treinta, una azafata llegó al puesto de control de la puerta de embarque, encendió el terminal de ordenador y abrió la puerta de acceso al "finger" que conducía al avión.

Como activados por un resorte la mayoría de los pasajeros se levantaron de sus asientos y se pusieron en una fila, entregando conforme les llegaba el turno, su tarjeta de embarque a la azafata del puesto de control.

Sergio, en vez de levantarse decidió que como nadie le iba a quitar el asiento del avión

prefería esperar unos minutos más sentado y entrar en el avión sin los apretones que se daban los pasajeros en su prisa por ser los primeros en llegar a su puesto y depositar su equipaje de mano.

Decidió aprovechar ese tiempo observando los movimientos de la belleza rubia, que en esos momentos se despedía de su interlocutor, recogía su bolso de mano y análogamente al resto del pasaje se encaminaba a la fila de entrada al avión. Tal y como iba vestida y la situación en que se encontraban era difícil de determinar pero a Sergio le pareció que tenía cierto andar felino, de mujer en forma, segura de sí misma y que va por la vida con las cosas muy claras.

Cuando solo quedaban cuatro o cinco pasajeros, se levantó a su vez del asiento y se encaminó hacia el avión. Una vez validada su tarjeta de embarque y atravesado el “*finger*” llegó a la compuerta que daba al avión: un Boeing 747 de vuelos intercontinentales. Una azafata de forma cortés le preguntó:

—Buenos días señor. ¿Me permite su billete?

—Aquí lo tiene señorita.

—Su asiento es de primera, sección no fumadores, siguiendo este pasillo, detrás de aquella cortina a la derecha.

—Muchas gracias.

Anduvo unos pocos pasos y alcanzó su asiento, extrayendo de su mochila un libro de *marketing* que estaba de moda en la actualidad y que le ayudaba a completar su disfraz de ejecutivo de empresa moderna. Acto seguido depositó la mochila en el compartimiento de equipajes ubicado por encima de los asientos y se acomodó en el suyo.

—Buenas tardes —dijo a la rubia de al lado de una forma cortés pero impersonal.

—Buenas tardes —respondió ella en un tono similar.

Se sentó en el sofá ancho de cuero, cuya calidad y dimensión solo estaba disponible para los pasajeros de primera clase. Así como para un vuelo de un par de horas, era más natural para pasar desapercibido el perderse entre los pasajeros de clase turista, Sergio no consideraba recomendable para estar descansado y enfrentarse a un trabajo al otro lado del océano, estar intentando coger una posición cómoda en un asiento estrecho durante más de siete horas de vuelo. Siempre que realizaba vuelos intercontinentales lo hacía en primera, lo que le permitía aprovechar las horas de vuelo para echar una cabezada y llegar a su destino totalmente descansado y listo para la acción.

Mientras ella ojeaba la típica revista depositada en la redcilla del asiento de delante, con artículos de moda, entrevistas a personajes de actualidad y el catálogo de productos que se venden a bordo libre de impuestos, él le miró las manos, apreciando lo delicado de las mismas.

Tenía unos dedos largos y finos, de uñas cuidadas, lo suficientemente largas para ser muy femeninas y lo suficientemente cortas para que no le entorpeciesen al utilizar su herramienta de trabajo habitual que probablemente fuese un ordenador. Según apreció Sergio, el esmalte de las mismas hacía juego con su estilo siendo de un rosa suave que más parecía brillo que pintura. Para terminar el conjunto lucía una cadenilla de oro delgada en la mano derecha y un fino reloj de acero y oro, que era elegante sin ser excesivamente llamativo. Especialmente se fijó en que no llevaba ningún anillo, ni de compromiso, ni de casada.

Volvió a abrir el libro de *marketing*, que a base de vuelos similares, había leído unas diez veces y del que sin lugar a dudas estaba preparado para realizar un examen del mismo si fuese necesario. Estuvo leyéndolo durante unos quince minutos, al cabo de los cuales, dirigiéndose a su

acompañante le comentó:

—Perdone, ¿le molesta si intento dormir unas horas?

—No, pero con una condición —le dijo ella con un tono de duda, como si le hubiese costado hacer el comentario.

—¿Que condición? —preguntó a su vez Sergio con cara de persona sorprendida.

—Que me deje leer ese libro, mientras usted duerme. Es que... —añadió ella sonriendo— lo he buscado en más de diez librerías de Barcelona y en ninguna de ellas les había llegado todavía.

Se pasó la mano por el pelo echándose un mechón del mismo, hacia atrás y continuó.

—Mi nombre es Mónica Glaría, trabajo en el departamento de *marketing* de *Sheldon & Stuart* y me encanta leer libros que hablen de mi profesión. De este en concreto me habló muy bien un colega de Madrid, está muy de moda y en la mayoría de las librerías se les ha agotado.

—Encantado de conocerla, soy Michael Johnson, Director General de *Johnson Ideas, Ltd.* de Florida y casualmente también me dedico en mi profesión al *marketing*. Ahora mismo me dirijo a analizar las características de un nuevo trabajo para ver si en mi empresa nos interesa hacernos cargo del mismo y presentar la oferta correspondiente o no.

—Si no es indiscreción, ¿sobre qué va el asunto?

—No estoy muy puesto, ya que el recado lo tomó un empleado de mi empresa hallándome yo ausente, pero somos una de las compañías propuestas para un contrato de tres millones de dólares en una fase inicial. Si durante los próximos meses que dura este trabajo satisfacemos las necesidades de la empresa, podemos llegar a firmar una ampliación por otros tres años más.

Haciendo un gesto teatral que quería representar “así es la vida”, Sergio continuó explicando las características del trabajo de la tapadera que había elegido.

—Así que aquí me ve, estaba terminando de preparar la presentación de las primeras fases de nuestro proyecto actual para una empresa francesa, cuando ante una llamada desde mi compañía haciendo mención a un nuevo y lucrativo contrato, he tenido que salir volando y nunca mejor dicho hacia Nueva York, con más predisposición y ganas que conocimiento de causa.

Es más, he dispuesto del tiempo justo para que mi secretaria me cogiese el billete de avión y llegar al mismo, sin tener reservada una habitación de hotel en mi destino. Cuando bajemos del avión, llamaré para ver si tengo cama para esta noche o tengo que irme a dormir a Central Park.

Mónica que al hablar de temas relativos a su profesión se había interesado más por el posible compañero de profesión preguntó:

—¿No conoces por lo menos a que se dedica la empresa?

—Sí, eso sí. Mis colaboradores —sonriendo para sus adentros pensando en cómo estaría a estas horas buscando información “*Opengate*” y si se le podía considerar personal de su empresa — conociendo que el nombre de la compañía es *Softplay, Inc.* están recopilando información de la misma. Los primeros datos localizados a través de internet, nos indican que es una empresa dedicada a la fabricación de componentes electrónicos, principalmente microprocesadores que utilizan terceros en la fabricación de dispositivos electrónicos de todo tipo, desde electrodomésticos a equipos musicales, pasando por ordenadores.

—Entiendo que si el contrato a firmar es del importe que has mencionado, y piensan dedicar esa cantidad al *marketing* en seis meses, es que no les va mal —añadió ella en tono profesional.

—Eso espero —asintió con énfasis Sergio—. Dedicar tiempo y esfuerzo a lanzar al mercado empresas que después tienen problemas para pagarte es frustrante y agotador tanto personalmente,

como financieramente.

Considerando que no era inapropiado y para favorecer el acercamiento, aprovechó el último comentario para guiñarle el ojo y reírse.

—Ya lo creo —añadió ella mientras sonreía mostrando unos dientes perfectos y blancos como perlas.

Dejando la revista que tenía entre manos en la redecilla, Mónica continuó.

—Perdona, pero estos temas me parecen tan apasionantes que no te estoy dejando dormir.

—Y yo descortésmente no suelto mi libro —añadió con otra sonrisa Sergio.

Nada más decir esto le entregó el libro, procediendo acto seguido a reclinar el asiento para estar en una posición más cómoda para echar una cabezada.

—Ah, y se te gusta quédatelo. Mi librero que es muy eficaz en estas cosas, ya me conseguirá otro ejemplar.

—Muchas gracias, eres muy amable pero no puedo aceptarlo.

—No seas tonta, no es más que un libro, no un anillo de compromiso —dijo sonriendo para quitar importancia al comentario.

Al mencionar esta última frase ella se ruborizó y no queriendo darle más importancia al asunto, decidió aceptar el libro.

—Muchas gracias de nuevo.

—De nada. Por favor, si no te importa, despiértame cuando dentro de un par de horas pasen las azafatas con la comida. Después de lo que pagamos por un billete de primera es un desperdicio no hacer honores a lo que nos sirven.

—De acuerdo. No te preocupes. Yo te despierto —aseguró ella.

—En serio, no te de pena despertarme por más cara de felicidad que veas en mi rostro —recalcó Sergio con otra sonrisa—. Soy capaz de despertarme y volverme a dormir en un tiempo récord, tantas veces como sea necesario.

—Hablas como un padre al que un hijo recién nacido despierta varias veces por la noche.

—Dios me libre de semejante situación —aseveró él con un gesto teatral—. A pesar de que me encantan los niños, mi involucración en los negocios, no me ha dejado a día de hoy, ni contraer matrimonio, ni en consecuencia tener hijos.

—Te comprendo perfectamente —asintió ella, reflejando en su rostro cierta tristeza—. A mí tampoco. Mi excesiva entrega al trabajo me ha impedido casarme. Es más, ni los novios me duran mucho tiempo.

—Eso sí que no me lo creo. —Alegrándose en su interior de que los derroteros de la conversación le hubiesen llevado a conocer aquella información en la que estaba interesado—. Yo en su lugar tampoco quisiera estar con una chica, guapa, inteligente y con un hablar cultivado como tú, durante mucho tiempo.

Ella le amenazó en broma con darle con el libro en la cabeza. Sergio sonrió para sus adentros. Había roto el hielo entre ambos y conseguido que la conversación fuese distendida y fluida. Sabía que a ello además de su forma agradable de comportarse, también había contribuido su cara de chico guapo con pinta de no haber roto nunca un plato.

—Lo digo en serio —aseveró simulando un gesto severo, aunque cómico—. El hecho de estar con una chica así durante un tiempo prolongado, nos provoca en los hombres una disminución del ego más considerable que lo que estamos dispuestos a permitir.

Ahora sí que Mónica no pudo reprimir una carcajada, luciendo de nuevo una boca jugosa y perfecta en opinión de Sergio.

—No me lo había planteado de esa manera. Pero a partir de ahora en mis nuevas relaciones lo tendré en cuenta. ¿Qué es mejor que la próxima vez me haga un poco más la tonta o me ponga un poco más fea? —dijo sin poder sujetar su risa.

—Lo siento Mónica, pero en tu caso no creo posible ni lo uno, ni lo otro. Por lo que tendrás que llevar dicha carga, por lo menos hasta los setenta años —prosiguió con la broma Sergio.

Y dicho esto y guiñándole el ojo una vez más, giró su cuerpo en dirección al pasillo y cogió postura para echar una siesta.

Al cabo de lo que a él le pareció un breve momento notó que una mano delicada, se le posaba en el hombro y le despertaba con suavidad.

—Dormilón, es la hora de la comida —le dijo Mónica acercándose a su oído.

—Gracias —susurró él haciéndose más el dormido de lo que en realidad estaba.

Desde siempre había poseído la habilidad de despertarse lúcido de forma instantánea. No cómo la mayoría de las personas que necesitan de varios minutos y un par de cafés, para ir despejándose. Mientras se desperezaba pudo apreciar a través de la ventanilla del avión, que al volar en la dirección de avance de la tierra, seguía luciendo un sol brillante.

—¿Has averiguado que hay en el menú?

—Varias ensaladas a elegir de primero. De segundo filete con guarnición o lenguado *Menier* —respondió Mónica.

—Creo que me tomaré una de esas ensaladas, a poder ser con pollo y el filete con guarnición. La siesta me ha abierto el apetito.

—Sí. Hay ensalada con pollo a la que también me apunto. Pero de segundo probaré el lenguado.

—¿Qué tal el libro? —pregunto Sergio, terminando de acomodarse en el asiento.

—Más interesante incluso de lo que había pensado en un primer momento. Ya sabes que a veces los libros técnicos parecen prometer nuevos conocimientos, y cuando los lees son más de lo mismo. De nuevo muchas gracias.

En esos momentos llegó a su lado la azafata que venía con el carrito de la comida. Les preguntó que deseaban comer. Sergio pidió los platos que Mónica y él habían seleccionado. Volviéndose hacia ella le preguntó:

—¿Deseas algo de vino para comer?

—Uhm, no sé, ¿qué me recomiendas?

—Señorita —preguntó dirigiéndose de nuevo a la azafata—. ¿Tienen Marqués de Cáceres?

—No señor. De vinos solo tenemos Burdeos.

“Casi meto la pata”, pensó para sí Sergio. “¿Qué hace un americano, pidiendo un vino de La Rioja en un avión de *Air France*?”.

—Disculpe. No soy bebedor de vino pero hace unos meses estuve en España y me dieron a probar esa marca y me pareció estupendo. Desde entonces cada vez que quiero quedar bien ante una mujer, pido el mismo. Aunque... —volviéndose con una sonrisa en la boca hacia Mónica añadió— casi nunca me sale bien.

—Azafata —dijo Mónica sin poder evitar la sonrisa que afloraba en el rostro de Sergio— sírvanos el Burdeos que a usted le parezca bien y así podremos ampliar los conocimientos de vino

internacional de este caballero.

La azafata les sirvió la comida y el vino. Cuando ya movía el carrito de aluminio cromado cargado de enseres, señalando por la ventanilla, les indicó que en breves minutos podrían ver la estatua de la Libertad, ya que se estaban acercando a su destino.

—Me gusta ver la estatua cuando vuelvo a los Estados Unidos —dijo Sergio como el más patriota de los americanos— me da la sensación de solidez que mi madre me inculcó desde pequeño diciéndome que siempre vela por nosotros. A mi edad, no he podido o no he querido quitarme esa idea de la cabeza.

—Sí —afirmó Mónica—. Desde luego es uno de los mejores símbolos que tiene vuestro país.

Mientras comentaba esta última frase, Mónica se giró hacia la ventanilla acercándose al cristal con intención de mirar por la misma para ver si la estatua aparecía por el horizonte. Un gesto así, era lo que Sergio llevaba esperando durante toda la comida. Con sumo cuidado y sin provocar ningún ruido desplazó la copa de ella lo justo para que al volverse para sentarse en su posición normal, su mano al girar encontrase la copa en su camino y la volcase por encima del suéter que llevaba Sergio. Este pegó un salto de su asiento con cara de sorprendido aparentando esquivar el vino derramado, aunque su gesto provocó justo el efecto contrario.

—¡Disculpa! ¡Disculpa! —exclamó ella con gesto de aflicción.

—No ha sido nada, no te preocupes, —dijo Sergio con gesto tranquilizante—. Ya no me gustaba este modelo.

—No seas tan educado. Es un suéter de Armani, que costará unos 400 dólares. ¡Qué torpe he sido! —añadió ella disgustada.

—En serio no te preocupes —volvió a decir Sergio cortés— y olvídate de ello como yo: es decir, de inmediato.

“Bingo”, pensó Sergio para sus adentros, le había salido perfecta la jugada, ya había conseguido que Mónica se sintiese agradecida con él por haberle regalado el libro y ahora estaba consiguiendo que se sintiese culpable de haberle manchado la ropa y en deuda con él. Quizás intentase compensarlo de alguna forma. “Quizás”, pensó, me salga bien el plan que me he trazado.

—Pero me siento incómoda... —prosiguió Mónica.

—¿Por una simple prenda de vestir? Lo doy por bien empleado por el hecho de haber conocido a una chica guapa y simpática como tú.

—Que galante eres. Cualquiera de los hombres que conozco se hubiesen puesto como una furia por manchar su amado Armani.

—¡Qué estupidez! —añadió Sergio dando por zanjado el tema.

Con el fin de cambiar de tema de conversación y evitar el que ella se siguiese sintiendo incómoda le preguntó:

—¿Te parece que compartamos un taxi para acercarnos desde el aeropuerto a la ciudad?

—Por mi perfecto.

—Eso me permitirá disfrutar un rato más de tan agradable compañía.

—¿No lo dirás por mi habilidad con las copas? —dijo ella echándose a reír y dando por terminado el episodio del vino.

Al cabo de unos minutos la azafata anunció que iban a aterrizar y que se abrochasen los cinturones de seguridad, por lo que se acomodaron para hacerlo.

Una vez recogidos los equipajes y después de atravesar el control de aduanas, se encaminaron

hacia la salida del abarrotado terminal. Conforme avanzaban por los pasillos, Sergio vio una pared en donde había varias cabinas de la compañía telefónica local. Mientras se acercaba a una de ellas que estaba libre, le dijo a Mónica:

—Voy a llamar a la oficina, a ver si han conseguido realizar una reserva en algún hotel de esta ciudad.

—¿Por qué llamas de una cabina telefónica en vez de un teléfono móvil? —preguntó ella con un leve aire de sorpresa.

—Justo antes de salir de viaje se me agotó la batería de mi móvil, por lo que decidí guardarlo en mi maleta.

—¡Qué oportuno! ¡Siempre pasa lo mismo! Cuando más lo necesitas, te quedas sin batería. ¿Quieres usar el mío?

—No. Muchas gracias. Las llamadas internacionales cuestan dinero y no deseo generarte gastos. Además esta cabina según veo, funciona con tarjetas de crédito, por lo que pagaré con la tarjeta de la empresa.

—Si es así, de acuerdo.

Sergio marcó un número de teléfono y la señal de línea vacía comenzó a sonar, al cabo de varios segundos un mensaje de contestador automático se oyó por el teléfono:

—No me he dado cuenta del cambio de hora —dijo Sergio mientras acercaba el auricular a la oreja de Mónica—. Escucha.

—Este es el contestador automático de *Johnson Ideas, Ltd.* Nuestro horario de oficina es... —era el típico mensaje grabado en un contestador para captar llamadas fuera del horario de oficina.

—No hay nadie. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Llamare a nuestro Director Comercial, George, a ver si sabe algo.

Sergio colgó la llamada y volvió a marcar un nuevo número. Al cabo de unos segundos exclamó:

—Hoy no es mi día. Tiene el móvil apagado —dijo moviendo la cabeza con un gesto de ligereza desesperación, Volviendo a colocar el teléfono a una altura que le permitiese a Mónica escuchar el mensaje emitido por el teléfono del otro lado de la línea.

—Soy George. Ahora mismo no me encuentro disponible, pero deja tu mensaje y en cuanto pueda te devolveré la llamada —y el teléfono emitió el típico pitido que permitía dejar un mensaje.

Esta vez Sergio mirando a Mónica, encogió los hombros en un gesto de resignación mientras dejaba un mensaje en el contestador.

—Hola George, soy Michael —mencionando la personalidad que había adquirido— he llegado a Nueva York y no he podido contactar con nadie en la oficina que me diga que hotel me habéis reservado en esta ciudad. En cuanto enciendas el móvil llámame. Es urgente.

Miró con detenimiento a Mónica, para ver si su actuación la había convencido. La preocupación genuina de compañerismo que reflejaba su rostro le demostró que así había sido. Sergio se había encontrado otras veces en situaciones similares, por lo que había decidido contratar varias líneas de teléfonos para dejar mensajes que le convenían simulando empresas o teléfonos particulares en función de lo que le conviniese.

Hacía años que la tecnología existente permitía cambiar los mensajes en remoto, por lo que

era capaz de hacerlo pocos minutos antes de necesitarlo. En esta ocasión que había tenido suficiente tiempo para pensar que personalidad iba a utilizar lo había realizado antes de coger el avión desde una cabina en Barcelona.

—Bueno, vamos a coger ese taxi y acercarnos a la ciudad, allí decidiremos.

—Te veo durmiendo en la calle —repuso Mónica.

Allí estaban los dos, en la fila de la parada de los taxis, esperando a que les tocara el turno de coger el suyo. Cuando depositaron el equipaje en el maletero del taxi y se acomodaron en el asiento trasero, el taxista de aspecto sudamericano, les preguntó:

—¿A dónde les llevo señores?

Efectivamente el acento era de sudamericano, pensó Sergio. Mónica se volvió hacia él y le preguntó a su vez:

—¿A dónde te llevamos?

—Como te he dicho en el avión —le recordó Sergio— no tengo reservada ninguna habitación de hotel, por lo que si te parece vamos primero a tu casa y después el taxista me llevara de hotel en hotel hasta encontrar una habitación.

—¡Ja! —exclamó el taxista de forma irónica—. Hay una convención multitudinaria de médicos y otra de economistas en la ciudad y no hay forma de encontrar una habitación, ni en una pensión del Bronx.

—¡No será cierto! —exclamó Mónica en español.

—Como se lo digo señorita —aseveró el taxista también en español—. Desde que llevo en esta ciudad, y ya van a hacer cinco años de eso, no he visto nunca tan repletos los hoteles. Los propietarios de los mismos se deben estar frotando las manos y van a marcar este día en el calendario.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó preocupada Mónica.

—No te preocupes por mí, ya me las arreglaré.

—Señores —repitió el taxista— ¿a dónde vamos?

—Mónica, ¿en dónde te dejamos a ti?

—A la avenida 43, portal 841.

El taxi se puso en marcha y a los pocos minutos se sumergió en el denso tráfico de Nueva York. Durante el trayecto Mónica, se sumió en un silencio reflexivo del que no salió hasta llegar a su domicilio.

—Aquí estamos, señorita —comentó el taxista volviendo el rostro hacia atrás mientras lo decía.

—Bueno, Mónica aquí nos separamos —dijo con voz triste Sergio—. Ha sido un auténtico placer el conocerte. Si no tienes inconveniente ¿me darías una tarjeta para que te llame la próxima vez que venga a Nueva York?

—¡Baja conmigo del taxi! —replicó ella.

—¿Queeeeé? —exclamó sorprendido.

—¡Qué bajas conmigo! —dijo ella también muy seria.

—Señores o me pagan y se bajan o me dicen otro destino y nos movemos —replicó el taxista con urgencia—. Tengo mucho trabajo.

—¡Hágame una nota! —le dijo Sergio mientras le tendía un billete de cincuenta dólares.

El taxista le redactó y firmó la nota con los datos del trayecto, entregándole esta y el cambio.

Ambos se bajaron del vehículo y descargaron el equipaje del maletero, depositándolo sobre la acera. Eran sobre las siete de la tarde, hacía una temperatura agradable, y el cielo estaba claro y sin nubes.

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido? —preguntó Sergio expresando curiosidad en su rostro.

—De lo poco que te conozco creo que eres una persona decente, por lo que no puedo permitir que vayas de hotel en hotel buscando alojamiento para acabar vete tú a saber en qué tugurio de mala muerte.

—A lo mejor el taxista ha exagerado y no es tan grave como lo ha pintado —repuso Sergio.

—Lo siento, pero no dormiría tranquila pensando en ello. Quiero que duermas esta noche en mi piso.

—No sabes cuánto te lo agradezco. No quisiera ser una molestia y mañana mismo encontraré alojamiento en un hotel.

Sergio se encontraba dando saltos de alegría internamente, recogió las maletas de ambos y se dispuso a seguir a Mónica hasta su apartamento. Aunque a lo largo del vuelo, se había trazado ese plan en su cerebro y no perdía nada por probarlo, no había pensado que le saliese tan redondo.

Había encontrado un alojamiento que no dejaba rastro, por lo menos durante su primera noche en Nueva York. La chica le había caído bien y tampoco deseaba mezclarla en sus asuntos.

Mónica vivía en un piso de un bloque de edificios moderno, en donde según le pareció, por el tipo de decoración del edificio y la poca vida que mostraba, probablemente la mayor parte de las personas que residían allí, eran también ejecutivos de diversas empresas que vivían en régimen de alquiler, y que pasaban breves espacios de tiempo en aquellos pisos entre viaje y viaje de trabajo.

Eran las ocho de la tarde, y aunque para aquellas horas, la mayoría de los componentes de las familias neoyorquinas vuelve a casa, en aquel edificio fríamente decorado con acero y cristal, no se habían cruzado con ninguna otra persona que entrase o saliese por el portal.

Subieron a uno de los cuatro ascensores que había en la planta baja y Mónica pulsó el botón del piso noveno. Su apartamento era el novecientos quince y cuando abrió las dos cerraduras de seguridad que daban acceso al mismo exclamo:

—¡Ya estamos en mi casa!

Pero su tono no plasmaba, esa alegría que uno siente cuando vuelve a aquello que verdaderamente llama hogar. Sergio echo un vistazo más agudo que la indiferencia que su mirada mostraba al repasar visualmente el salón en donde se encontraban. Era un salón amplio para lo que se espera de un apartamento de soltera con muebles modernos pero funcionales.

Los muebles que había eran de tipo biblioteca, de estos que en el centro mediante luces simulan que tienen una chimenea de leña, ocupaba el centro de la pared principal. En una esquina un par de sofás de tres más dos plazas en la típica disposición en ele y en otra esquina una mesa alta de cristal, en la que podían comer cómodas unas cuatro personas.

Al final del salón se veía una puerta que debía conducir al baño, la cocina y el o los dormitorios. Todo se veía perfectamente limpio y ordenado, con ninguna cosa fuera de lugar. Con la apariencia típica del lugar donde una o dos veces por semana viene una persona a limpiar y no se ha tocado desde entonces. Sergio con esa costumbre adquirida de persona que analiza las cosas intentaba relacionar a Mónica con lo que veía en aquel salón. Le pareció que la mayoría de muebles y adornos que estaban depositados en aquel apartamento eran objetos que venían incluidos dentro del alquiler y no apreciaba a simple vista cosas personales de Mónica.

—¡Que apartamento más bonito, ordenado y bien cuidado tienes! —dijo cortésmente.

—Me he mudado a él hace un mes, y está como me lo encontré. Todavía no me ha dado tiempo a hacer cambios, y por el tiempo que paso en él, no sé si me decidiré a hacerlos.

—De todas formas —aseveró Sergio— la ubicación del apartamento dentro de esta inmensa urbe que es Nueva York, no está nada mal. Es un sitio tranquilo y seguro.

—No sé si eso, se puede afirmar de alguna zona de Nueva York, pero pienso que esta zona no es de las peores. El motivo real de cambiarme a este apartamento es que se encuentra a cinco minutos en Metro de mi actual trabajo, y eso en Nueva York, sí que es un lujo. El apartamento es más caro que el anterior en que vivía, pero el que sea más espacioso, esté en esta zona más segura y tan cerca de mi trabajo, me compensa ampliamente. ¡Ven! —le dijo Mónica conduciéndole a través de la puerta que había visto al final del salón.

Como se esperaba, esta puerta daba a un pequeño *hall*, en donde se veían otras puertas. Mónica le explico a continuación:

—Esa es la cocina, aquel el servicio, aquella otra un pequeño estudio, esa mi habitación y esa otra la habitación de invitados. De vez en cuando viene algún familiar, amigo o amiga a visitarme y pasar unos días —le comentó Mónica mientras encendía la luz de la lámpara del techo y le hacía pasar la puerta del cuarto de invitados.

Mientras atravesaba a su vez la puerta, Sergio vio un cuarto relativamente pequeño, pero bien aprovechado, que probablemente en su origen se había diseñado para ser otro pequeño trastero. En él se habían dispuesto una cama de un metro diez de ancho, una mesilla de noche y tres estanterías para dejar los libros, lo que cumplía perfectamente el objetivo de ser un cuarto para unas pocas noches.

—Deja tus cosas donde quieras, y ponte cómodo. Yo voy mientras a dejar las mías. Te espero en la cocina para ver que tenemos para cenar.

—Creo que acabaré pronto —dijo Sergio mientras sonriendo depositaba su maleta y mochila en el suelo—. Si te parece ve a dejar tus cosas y yo voy a refrescarme un poco en el servicio.

—De acuerdo.

Terminadas ambas sus respectivas tareas se encontraron al cabo de unos minutos en la cocina, en donde Mónica que había llegado un poco antes, estaba echando un vistazo al frigorífico.

—Con los dos o tres yogures que hay, las cuatro piezas de fruta y un par de botellas de zumo, no vamos a saciarnos —dijo mientras abría la puerta del congelador—. Y aquí no hay mucho más, añadió volviéndose hacia él y mostrándole una *minipizza*, de una sola ración.

—¿Qué quieres que hagamos para cenar? —preguntó de forma solícita Sergio.

—La verdad es que hoy no he desayunado más que un café y la comida del avión no es lo que se dice abundante, por lo que mi estómago empieza a quejarse. Por otra parte, me apetece estar cómoda en casa y no vestirme para salir a cenar.

—¿Qué te parece —comento Sergio— si tal y como estamos bajamos a la calle y en cualquier tienda cercana, compramos algo que nos apetezca? Ya que tú me permites pasar la noche, yo haré de cocinero, mientras te relajjas en el sofá.

—¡Es la mejor oferta que me han hecho hoy! —exclamó Mónica contenta.

—Pues ¡vamos a por ello!

Como era una noche de temperatura agradable, decidieron salir tal y como estaban vestidos a la calle sin coger ninguna chaqueta ni complemento adicional. Bajaron en el ascensor sin

encontrarse con ningún vecino y una vez ya en la calle, Sergio comentó:

—¡Uhm! Una noche ideal para pasear un poco.

—¡Y tanto! ¡Así de paso abrimos un poco más el apetito!

—A mí no te creas que hace mucha falta. Estoy bastante hambriento —repuso Sergio.

—No te preocupes, la tienda está a cinco minutos de aquí.

Y así fueron hablando de temas intrascendentes y paseando tranquilamente mientras disfrutaban de calles que estaban desocupadas, tanto de coches, como de transeúntes. Se notaba que en la zona no había muchos establecimientos nocturnos y que constaba principalmente de oficinas y edificios de apartamentos residenciales.

Solo vieron un *pub* una manzana antes de llegar a la tienda de alimentos. Esta era el típico comercio que vende un poco de todo, desde el periódico, hasta unas salchichas, pasando por aquellos alimentos, refrescos, licores y cervezas de uso más habitual. Locales que están abiertos las veinticuatro horas del día con el fin de aprovechar a aquellos clientes que tienen horarios de trabajo que no coinciden con los de los habituales hipermercados, así como de aquellos clientes que o bien están de paso y se detienen a coger alguna botella o algo para picar. También a aquellos otros que se han dejado algo de comprar en el hipermercado o de aquellos que reciben visitas imprevistas como era el caso de Mónica aquella noche.

El local se llamaba “Despensa Nocturna”. Conforme entraban por la puerta Mónica comentó:

—No esperes que encontremos grandes manjares en esta “despensa”.

—No te preocupes, el cocinero procurará ser imaginativo.

—¡Buena falta te va a hacer!

—Ya veremos. Aunque para mí, lo importante en una cena siempre es la compañía —añadió con tono zalamero Sergio.

—Gracias por lo que me toca, pero esa es la excusa utilizada por los cocineros mediocres —respondió Mónica riéndose.

—Pues veo que esta vez, a mí, no me va a valer de mucho.

Después de este comentario se separaron buscando cada uno en los tres pasillos que tenía el comercio. Sergio vio en uno de los estantes un sobre de comida preparada, que le trajo recuerdos de cuando estudiaba en la universidad y no pudo resistirse a la tentación. Después, en la zona frigorífica de carnes envasadas, se decantó por un paquete de carne que le pareció lo mejor que había a su disposición. Cogió adicionalmente algo de queso y un *brick* de tomate triturado y frito.

Agregó a lo anterior una botella de vino de California como acompañante de la comida, un par de latas para postre y una botella de licor para la sobremesa. Todo esto lo metió en la cesta que tenían a disposición de los clientes en la entrada del establecimiento y pensando que ya era suficiente, llamó a Mónica:

—¡Mónica! ¡Ya tengo la compra! —llamó Sergio.

—¡Pero si no he tenido todavía tiempo de ver nada que me convenza! —repuso esta con cara de perplejidad.

Apresurándose en acercarse a la caja con el fin de ser el que pagase el importe de las cosas que había cogido Sergio añadió:

—No te preocupes y confía en mí. Pero espera ahí y no te des la vuelta hasta que haya pagado. No quiero que veas los ingredientes, solo el resultado final.

—Vale “Chef” —respondió riéndose Mónica.

El tendero, una persona de unos sesenta años de ascendencia asiática, ni se inmutó ante los comentarios de Sergio y Mónica. Tenía la típica mirada de aquella persona que no espera nada en la vida, que ha visto demasiadas cosas y que a lo único que aspira es a que sus clientes no le causen problemas y pueda retirarse al finalizar su turno de trabajo tranquilamente a casa.

—Cuarenta y siete dólares con cincuenta —dijo con voz desprovista de energía.

—Tenga buen hombre —dijo Sergio mientras depositaba un billete de cincuenta dólares sobre el mostrador—. ¡Quédese con el cambio!

—Gracias —respondió el anciano con la misma voz desprovista de vitalidad.

Sergio introdujo la compra que había realizado, en la típica bolsa de papel marrón, que suelen repartir en estos establecimientos.

—Ya te puedes dar la vuelta, que está todo guardado.

—¿Seguro que el Chef no necesita nada más? —pregunto riéndose Mónica.

—Seguro. Confía en el Chef —añadió Sergio siguiendo la broma.

Sergio se echó en el brazo derecho la bolsa y con Mónica a su izquierda comenzó a caminar de regreso al apartamento. En el cielo nocturno iluminado por las luces de la ciudad, se veía una luna en cuarto menguante.

Cuando estaban a unos sesenta metros del *pub*, vieron como tres jóvenes bien vestidos con trajes de ejecutivos salían del mismo. Iban cantando en voz alta y dando voces con aspecto de estar celebrando algo. Aparentemente en dicha celebración habían bebido varias copas de más. Al ir acercándose fueron captando frases de la conversación.

—¡Somos los mejores! —alardeaba un rubio alto, como de un metro ochenta, con cara de guaperas y traje azul marino.

—¡Y que lo digas! —afirmó su compañero de la derecha, un moreno de la misma estatura, vestido con traje marrón oscuro a rayas y con la corbata también marrón, aunque de un color más claro.

—¡Somos los mejores y estamos en la cima! —repitió el tercero de ellos, también moreno con el pelo engominado hacia atrás, algo más bajo y fornido, con un traje gris oscuro.

Los tres iban bien vestidos aunque debido a las copas de más y la juerga que arrastraban, llevaban las corbatas ladeadas, las camisas salidas de los pantalones y alguna de las solapas de los trajes levantadas.

—Un trato de cuatro millones de dólares. ¡Cerrado y sin despeinarnos! —prosiguió el rubio.

—¡Nos merecemos algún premio! —añadió el del traje marrón.

—Por lo menos una buena comisión y unos días de vacaciones —remató su colega.

—Esa es la pinta de directivo triunfador, pagado de sí mismo en la que espero no llegar a convertirme en la vida —comentó Mónica en voz baja, poniendo un gesto de asco en su bonito rostro.

—Sí. A algunos se les sube el éxito y las copas a la cabeza.

—Seguro que se han metido algo más que copas.

El trío de individuos formaba un círculo mientras hablaban entre ellos y o bien no les habían visto hasta ese momento por su disposición en la acera o bien no habían hecho caso a una simple pareja que caminaba. Pero al acercarse a unos diez metros, la luz de una farola incidió de lleno en el rostro de Mónica, dejando constancia de su belleza. Como activado por un resorte, el rubio guaperas exclamó:

—¡Eh! ¡Mirad que tía!

Al oír esa expresión en boca del rubio, los otros dos se volvieron hacia Mónica, y el individuo del traje gris después de hacer un recorrido de arriba abajo con cara libidinosa exclamó apreciativamente:

—¡Maciza! ¡Pero qué buena estas!

Puede que debido al alcohol o puede que por haber ingerido otras sustancias más peligrosas, como Mónica había comentado, el tono y las frases de los tres borrachos fueron subiendo de tono.

—¡Eh guapa! ¡Ven con los reyes de la noche! —volvió a gritar el rubio.

—¡Deja ese tío de mierda y ven con los triunfadores de la semana! —agregó envalentonado el del traje gris.

—¡Eso! ¡Eso! Pudiendo elegir ¿cómo puedes ir con eso? —agregó con voz despectiva refiriéndose a Sergio, el del traje marrón.

Sergio cambió la bolsa al brazo izquierdo y con un tono que reflejaba absoluta tranquilidad, comentó en voz baja a Mónica:

—No te preocupes, no les mires y no les respondas. No merecen la pena. Pasaremos a su lado como si no existiesen —le explicó con un tono de voz tan suave y tranquilo, como si estuviese comentando el tiempo que hacía esa noche.

—Vale, lo intentaré —respondió en voz baja ella y con un acento un tanto nervioso.

Aprovechando que la acera era bastante ancha, cuando faltaban unos pocos metros para que se cruzasen con el trío juerguista, Sergio desvió a Mónica del camino de los otros tres que estaban cerca del bordillo, con el fin de esquivarlos arrimándose más a la pared. En ese momento el rubio haciéndose el ofendido exclamó:

—¡Mira los tortolitos Jack! ¡No quieren roces con gente como nosotros!

—Sí. No debemos ser de su clase social. ¡Eh! ¡*Pichoncitos!* —añadió en tono burlón el del traje gris.

—¡Rubia! ¡Dame un beso a mí y no los guardes todos para ese! —dijo el del traje marrón, sacándole la lengua obscenamente a Mónica.

—Sí. Uno para Marc y otro para mí —añadió de nuevo el rubio. Señalando primero al del traje marrón y después a sí mismo, como para indicarle a Mónica el orden a seguir en su propuesta de ronda de besos.

Mónica y Sergio ya estaban a la altura de los tres, por lo que Sergio interponiéndose entre Mónica y los tres individuos, arrimó a Mónica un poco más a la pared y trató de pasar rápidamente para dejarlos atrás.

—¡Que no nos ignoréis! —les chilló el del traje marrón.

—¡Si queréis pasar la rubia nos tendrá que dar un beso! —dijo el del traje gris.

—¡Eso como mínimo! —exclamo el rubio continuando haciendo gestos obscenos con las manos y el cuerpo.

Llegado ese momento los tres hombres perdiendo los papeles, se miraron y dando rienda suelta a un subidón de adrenalina, se acercaron a la pareja. El del traje gris y el del traje marrón oscuro, se aproximaron a Sergio uno por cada lado con la intención de agarrarlo por el hombro e inmovilizarlo, mientras el rubio del traje azul se abalanzaba a por Mónica.

—Métele mano a fondo a la rubia, enséñale lo que es un hombre como dios manda —chillo el del traje marrón.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Y después nosotros! —agregó el del traje gris.

Lo cierto es que no vieron ni de donde les llegó el huracán. Sergio levantando la mano derecha, asestó un golpe con el canto en el puente de la nariz al moreno del traje gris y mientras se oía el crujido del hueso al quebrarse, con la pierna derecha propinó un patadón al del traje marrón justo en el menisco de la rodilla izquierda que emitió un sonido parecido al anterior de la nariz al romperse. Pivotando sobre la pierna izquierda y siguiendo con el giro que había imprimido al cuerpo al lanzar la patada, cogió velocidad para descargar de nuevo otra patada con la pierna derecha. Esta vez el objetivo elegido fue la entepierna del rubio que había detenido su avance hacia Mónica al ver el ataque a sus compañeros. A tenor de la expresión de su cara era probable que no volviese a tener apetito sexual en una larga temporada.

—¡Me ha roto la cara! —gimió el del traje gris sangrando profusamente por la nariz.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme! ¡No puedo andar! —gimió también el del traje marrón agarrándose la rodilla.

El rubio que había intentado abalanzarse sobre Mónica, solo boqueaba, pretendiendo coger aire sin poder decir palabra. Sergio depositó con suavidad la bolsa de la compra en el suelo junto a una sorprendida Mónica que le miraba con la boca abierta y se acercó al del traje marrón, mientras este aterrorizado chillaba desde el suelo:

—¡No te acerques a mí! ¡No te acerques a mí!

—¡Vaya! ¡Vaya! Ahora no pareces el rey de la noche —ironizó Sergio.

Le echó la chaqueta hacia atrás inmovilizándole los brazos y le sacó la cartera del bolsillo interior. Extrajo la documentación y volvió a dejarle la cartera en el bolsillo. Repitió el proceso de quedarse con la documentación de los otros dos que se debatían entre quejidos en el suelo. Cuando terminó les dijo con una voz fría como el hielo.

—Tengo vuestra documentación y por lo tanto sé dónde vivís por si necesito localizaros. La próxima vez que nos crucemos en la misma acera, no seré tan benévolo. Si esta chica —dijo eludiendo decir su nombre— se tropieza en esta calle y se roza levemente la rodilla, el brazo o le veo alguna vez con una tirita en cualquier parte de su cuerpo, pensaré que habéis sido vosotros y os visitaré. ¿Está claro?

Aunque sabía que no estaban en condiciones de responder rápidamente, para añadir más presión e intimidar a los tres personajes, Sergio agarró violentamente del traje al que tenía el menisco roto y mirándole a los ojos le repitió fríamente:

—¿Esta claro?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Está claro! —exclamó entrecortadamente agarrándose la rodilla con las manos.

Mirando por el rabillo del ojo a Mónica, Sergio vio que la escena le estaba resultando violenta y desagradable, por lo que decidió dar por finalizada la situación y recogiendo la bolsa y agarrando suavemente por el codo a Mónica, se la llevó de allí con paso lento pero firme.

Mónica estaba callada, pero se reflejaba en su tenso rostro que deseaba formular algún tipo de pregunta, por lo que Sergio cuando llegaron al portal del apartamento de ella, parándose un momento y mirándole a la cara le dijo:

—¡Venga! ¡Suéltalo!

—¿Que suelte el que?

—Lo que deseas preguntarme desde que abandonamos a aquellos *personajillos*.

—No, no es nada —dijo ella intentando zafarse.

—¡Venga! Hasta que no lo sueltes no estarás tranquila.

—Allí, con aquellos tres... —dijo ella intentando buscar cuidadosamente las palabras que quería pronunciar.

—¿Si? —le animó de nuevo él.

—No pasaste nada de miedo. Estabas...

—Por supuesto que pasé miedo, estaba aterrorizado de lo que nos podían hacer, sobre todo a ti —le interrumpió Sergio.

—No es cierto y no solo no pasaste miedo, sino que te movías como pez en el agua. Es más —añadió ella— no he visto nunca a nadie tan tranquilo en una situación así.

—Afortunadamente para ti, seguro que no has visto muchas. No exageres lo que pasó.

—¡No exagero nada! —dijo levantando la voz—. No tardaste más que unos segundos en hacerte con el control de la situación y en anular a aquellos individuos. Y eso que no me dio tiempo a percatarme de todo lo que pasaba por lo asombrada y confusa que estaba. Pero sobre todo me impresionaron tus ojos. Estaban fríos como el hielo y tus movimientos fueron como si el tiempo transcurrido circulase en dos velocidades, una la de nuestros pobres asaltantes a cámara lenta y otra la tuya a velocidad acelerada. Lo cierto es que ellos no tuvieron ni la más mínima oportunidad enfrentándose a ti.

—¡Bah! Eso era porque esta noche estaban borrachos y el alcohol les afectaba en sus reflejos y en su capacidad de reacción —intentando quitarle protagonismo a la situación—. En otras circunstancias más normales lo hubiéramos pasado verdaderamente mal y la situación probablemente no hubiese tenido el mismo final.

—Sigo sin estar de acuerdo contigo y pienso que estas intentando aliviar la conversación —insistió ella—. Me temo que ni en sus momentos más lúcidos y despejados te hubiesen tocado un pelo. ¿Me has mentado en el avión y eres un policía o algo así?

—No, no, tranquila Mónica, te lo explico —comentó Sergio en tono tranquilizador mientras trataba de aplacar la reacción nerviosa de ella—. Hay muchas personas que tienen cualquier tipo de profesión como banquero, abogado, carpintero o repartidor de *pizzas* y en su tiempo libre hacen deporte, corren o se ejercitan en artes marciales. Si compruebas los datos de este país en cuanto a gimnasios de boxeo, kárate, judo o incluso *kickboxing* veras que prácticamente hay uno en cada barrio de ciudad. Yo soy una persona normal que trabaja en una empresa de *marketing* como te he dicho y que en su tiempo libre le gusta hacer deportes de riesgo entre los que se encuentran las artes marciales. La única ventaja adicional que poseo es que yo los practico desde niño a nivel de alta competición y por lo tanto no me pongo nervioso cuando me veo envuelto en una pelea callejera.

Ella estuvo unos momentos moviendo la cabeza suavemente de un lado a otro como si la explicación recibida no le convenciese del todo. Cuando la situación empezaba a hacerse incómoda exclamó:

—¡Perdóname! ¡Pero todavía no sé si creerte! Nunca me había visto envuelta en una situación de este estilo, y me imagino que tardaré un poco en asimilarlo. ¡Estoy impresionada por tu actuación!

—Piensa que lo único que hice fue repeler la agresión producida por una cuadrilla de individuos peligrosos por su estado y que intentaron hacernos daño al atacarnos violentamente. Desde el principio y en todo momento intentamos rehuir la confrontación. El desenlace de la

situación fue resultado de sus propias acciones. Espero que no me culpes por no sentir ningún remordimiento por haber salvado a una chica guapa de unos presuntos violadores. Jamás he sentido aprecio por los cobardes que sintiéndose seguros e impunes intentan aprovecharse de aquellos que consideran más débiles y sin capacidad de defenderse.

Mientras hacía esta presentación de los hechos, intento que la cólera que sentía internamente en pensar en la cantidad de veces que esos individuos posiblemente habían hecho algo similar con otros resultados para la chica atacada, no se trasluciese ni en su tono de voz, ni en sus ojos, ni en sus gestos. Por otra parte pareció como si ella desde un nuevo punto de vista analizase los minutos anteriores y la idea del peligro real que había podido correr se fuese haciendo paso en su cabeza. Estuvo unos instantes moviendo la cabeza suavemente de un lado a otro como intentando apartar de su cabeza cual hubiese el escenario si Sergio no hubiese sido capaz de defenderlos.

—Disculpa. Pero creo que todavía no puedo creer que me haya pasado esto a mí —dijo ella en tono más comedido—. Me has salvado de aquello que más aterroriza a cualquier mujer y en vez de darte las gracias, estoy aquí reprochándote que les dieses su merecido a una panda de cobardes que se lo merecían.

—No me debes ninguna disculpa, has reaccionado de manera excelente ante una situación complicada. Cualquier otra persona en una situación tan violenta como la que has vivido todavía estaría histérica chillando.

—Gracias por tus palabras, pero todavía no se me han pasado los nervios —añadió mientras le enseñaba como sus manos mostraban un ligero temblor.

—Eso no es nada que no se cure con una buena cena —respondió él con una sonrisa tranquilizadora—. Venga olvidémonos del tema.

—Sí, será mejor —sentenció ella.

Volvieron en silencio al apartamento con paso ágil y al entrar por la puerta del mismo, ella para romper el incómodo silencio que se había creado preguntó:

—¿Desde cuándo practicas artes marciales?

—Judo desde los seis años. De niño vivía en un barrio pobre de la ciudad en donde las peleas callejeras eran frecuentes desde que tenías prácticamente la capacidad de andar, por lo que mi padre pensó que era mejor que supiese defenderme. Además yo era un niño con mucha vitalidad y aunque en la mayoría de los casos siguiendo los consejos de mi padre no las empezase yo, no tenía ningún reparo en acabar las riñas y peleas en las que me enzarzaba.

—¿De verdad?

—Sí, te podría contar muchas historias de peleas, pero eso no mejoraría tu imagen de mí —comentó con actitud de niño travieso.

—Y eso ¿dio lugar a que tu padre te enviase a Judo?

—Sí, decía que además de hacer que aprendiese a defenderme de situaciones comprometidas, probablemente serviría para que no me metiese en ellas.

—Y ¿resultó?

—Sí. Sirvió para que tuviese peleas más que de sobra dentro del tatami del gimnasio y canalizase de esta forma mi energía dentro del Judo. Además cuanto más y mejor conoces las técnicas de defensa y ataque personal, más seguro te sientes y menos necesidad tienes de ponerlas en práctica tontamente.

—A tenor de lo que he visto hoy, no puedo estar más de acuerdo contigo. En lo tocante a

seguridad ni has pestañado.

No queriendo profundizar en el tema de la pelea, Sergio guardó silencio y siguió buscando en los armarios y cajones los utensilios de cocina que necesitaba para preparar la cena. Dándose cuenta ella de que había vuelto a caer en comentar aquello que ambos habían decidido no volver a hablar, por lo menos aquella noche, le hizo otra pregunta.

—Todo lo que he visto antes, ¿eran llaves de Judo? ¿Se dice así no?

—Sí, se dice así —respondió sonriendo—, pero lo que has visto no era Judo. Cuando después de unos cuantos años de practicarlo intensamente y tras varias competiciones, alcancé el cinturón negro, decidí que me apetecía aprender más sobre otras disciplinas y continué aprendiendo aikido, kung—fu y otras artes marciales menos conocidas. Lástima que en la actualidad y debido a la cantidad de trabajo, tengo poco tiempo de seguir profundizando en mis conocimientos.

—O sea que estas fofo y bajo de forma —dijo ella irónicamente.

—No, me temo que no —respondió Sergio con una sonrisa cínica mientras se levantaba el suéter y dejaba al descubierto por unos segundos unos abdominales duros como la piedra.

—Eso me temía —y en un rápido gesto intentó lanzarle un pellizco al estómago.

Sergio había reunido sobre la encimera de la cocina todos los utensilios y especias que consideraba necesarios, sin haber extraído todavía de la bolsa, la compra que habían realizado. Comentó como dirigiéndose a un público más numeroso:

—¡Venga! ¡Al salón mientras el chef prepara los platos!

—¿No quieres que te ayude?

—No, o no sería una sorpresa. Además va siendo hora que te relajés del largo día que has tenido y de las emociones vividas. Vete al salón y espérame tumbada, tomándote algo de vino.

—Creo que es el mejor consejo que he recibido en toda la jornada y voy a hacerte caso.

Se dirigió al salón, mientras a sus espaldas Sergio sacaba de la bolsa los alimentos adquiridos y se ponía a manejar los pucheros con la experiencia de la persona que vive solo y se tiene que hacer la comida frecuentemente.

Al cabo de un rato, Sergio apareció con un par de cacerolas con las tapas ocultando su contenido y se encontró a Mónica tumbada en el sofá, con la mesa del salón preparada, con los platos, servilletas y cubiertos dispuestos para dos personas. Mirando en ambas direcciones un par de veces y dirigiéndose a Mónica como si supuestamente la regañase comentó:

—Veo que me has hecho caso parcialmente. No tenías que haber preparado la mesa. Era suficiente con que me hubieses dicho donde estaban las cosas. Lo hubiese hecho yo.

—Un chef que se precie, no puede dedicarse a esas menudencias —respondió riéndose a la vez que se levantaba, desperezándose del sofá.

—Veo que no te tomas en serio mis conocimientos culinarios. Ya veremos qué opinas cuando pruebes los platos.

—Vale, vale. A ver con que me deleitas.

Cuando Mónica llegó a la altura de la mesa, Sergio con un acto ceremonial le retiró la silla para que se sentase y a continuación levantó la tapa de la primera cacerola. De esta salió un aroma que a Mónica le pareció exquisito.

—¿Qué es?

—Arroz a la Milanesa —respondió Sergio mientras le servía una respetable ración.

Al probar la primera cucharada de arroz, Mónica cerrando los ojos y con expresión de deleite

exclamo:

—¡Está delicioso! ¿Dónde aprendiste a hacer este plato?

—Cuando estudiaba, en el piso de solteros donde vivía, cada día nos tocaba cocinar a uno y procurábamos ser imaginativos.

—Pues, ¡está buenísimo! ¡No se cómo has conseguido los ingredientes en esa tienda tan sencilla!

—Lo siento, pero no está bien decir los secretos de cocina.

Para sus adentros Sergio pensaba que no podía decirle sin perder algunos puntos, que la imaginación consistía en con el poco dinero que se tenía como estudiante, comprar algo de arroz y una bolsa de plato precocinado saborizante, que al mezclarlos y que con la práctica se convertía en un plato bastante aparente. Al ver el plato de precocinado en la tienda, se había acordado de aquellos tiempos y no se había podido resistir a la tentación. Además el acompañarlo con el vino de California ayudaba a crear una comida bastante agradable.

—¿Cuál es la sorpresa del segundo plato?

Como respuesta Sergio se limitó a retirarle el primer plato, levantar la tapa de la segunda cacerola y servirle otra ración.

—¿Qué es esto? —volvió a preguntar ella, mientras veía la carne en salsa roja que él había servido.

—¡Pruébalo y opina!

—¡Uhm! —exclamó ella— es una especie de carne con un tomate frito muy fino y que lleva algo de... —hizo una leve pausa y añadió como quien sabe la pregunta de un concurso de televisión— algo de queso.

—¡Respuesta acertada! —sonrió con un guiño de complejidad— pero no te diré nada más para salvaguardar el secreto.

Como en el caso del primer plato, la receta preparada por Sergio era sencilla pero efectiva. En la tienda había visto lomo de cerdo, que había frito en una sartén para posteriormente echarlo en la cacerola. Le había añadido una salsa fina de tomate con lonchas de queso diluidas en él. Al terminar de comer ambos, recogió los platos y se encaminó hacia la cocina.

—¡Eh! ¡Espera que te ayudo! —exclamó Mónica.

—¡No te muevas! ¡Todavía falta el postre!

A los dos minutos regresó de la cocina con una fuente y dos platos de postre, que depositó en cada lado de la mesa.

—Para finalizar, nada más sencillo y digestivo que una macedonia de frutas.

—¡Eres genial! ¡Justo lo que necesitaba para una buena digestión!

Una vez más y por la experiencia de su época de estudiante se había fijado en la fruta que había en el frigorífico de Mónica y que comenzaba a pasarse. Con la lata de macedonia que había comprado en la tienda y la fruta del frigorífico había creado una macedonia más natural que la de lata haciéndola a su vez más variada y jugosa.

Una vez terminada la cena Sergio recogió la mesa y llevó todos los platos, vasos y demás restos de la mesa a la cocina. Mónica al verlo se levantó para ayudarle, pero este se lo impidió amablemente, aunque sí dejó que lo acompañase a la cocina donde se dispuso a fregar la vajilla, las cazuelas y los utensilios de cocina que había usado. También arrojó a la basura las sobras de la cena.

—¡Eres un amo de casa ideal! —bromeó ella.

—¡Ni lo sueñes! —contestó él—. Es la única forma que se me ha ocurrido de pagar el alojamiento.

—Después de lo que has hecho esta noche por mí ni se te ocurra decir eso —repuso Mónica mientras recordaba la experiencia vivida en la calle y cambiando de tema añadió—. Como te desenvuelvas tan bien en todas las tareas de la casa, espero que tu negociación dure varios días y aprovechemos para darle la vuelta a la casa y ponerla en orden.

—¡Exagerada! Tienes un apartamento muy bien ordenado.

—Será porque es pequeño y paso poco tiempo en él.

Una vez terminada de arreglar la cocina y de dejar las cosas en su sitio, volvieron al salón en donde se sentaron cada uno en un sofá.

—¿Quieres una copa de algo? —pregunto Mónica.

—Me parece que no es buena idea —exclamo Sergio mirando su reloj de pulsera— entre unas cosas y otras nos han dado las tantas de la noche y por mi encantado, dado que la reunión con mi futuro cliente es mañana por la tarde y no he de hacer nada por la mañana salvo intentar buscar un hotel para no molestarte más. Es decir no tengo prisa en levantarme, pero seguro que tú tienes que madrugar. ¿A que sí?

—Pues sí, tengo que terminar un trabajo y asistir a un par de reuniones, pero me encontraba muy a gusto. —Agachando el rostro levemente con timidez agregó—. Además no es molestia tenerte aquí.

—Gracias —dijo él con sinceridad.

Viendo que ella se resistía a levantarse, fue Sergio el que poniéndose en pie exclamó.

—¡A dormir señorita! ¡Qué mañana hay que trabajar!

—De acuerdo ángel de la guarda —y al escapársele esta frase involuntariamente no pudo más que pensar en cuanto de verdad encerraba esa expresión si se tenían en cuenta los acontecimientos que habían tenido lugar a lo largo de la noche.

Mientras se encaminaban a sus habitaciones, a Sergio se le vino una idea a la cabeza:

—No tendrás una conexión a Internet en el apartamento que no te importe que utilice. Me gustaría mañana hacer unas consultas y conectarme al correo de mi oficina.

—Sí. Tengo una conexión de datos como cualquier ejecutivo de hoy en día que depende en gran medida de la tecnología para realizar su trabajo. Por supuesto, no me importa que la utilices.

Abriendo la puerta del cuarto que Mónica le había dicho que hacía las veces de un pequeño estudio, encendió la luz. En el interior del pequeño cuarto se podía ver una mesa de trabajo con un ordenador y un dispositivo junto a él, que tenía la pinta de ser un *cablemodem* de los que tanto abundaban en Estados Unidos para conectarse a Internet mediante fibra óptica. Además en el cuarto se podían apreciar un aparato de gimnasia de los de caminar sobre una cinta transportadora y colgada de pie mediante un gancho una bicicleta de montaña. Al ver los diferentes aparatos que había en la habitación, Sergio sonriendo exclamó.

—“*Mens sana in corpore sano*” —señalando alternativamente el ordenador y la cinta de andar.

—¡Qué más quisiera! No hago tanto deporte como me gustaría. Esa bicicleta debe estar ya oxidada.

—Si lo deseas, le echare una ojeada. A mí me encanta andar en bicicleta y entiendo un poco

de su mecánica.

Una de las mejores formas que tenía Sergio para hacer deporte y disfrutar de la naturaleza a la vez, era hacer bicicleta de montaña en Andorra. Lo empinado de las laderas de las montañas hacia que diez minutos de bicicleta por los senderos de las mismas fuesen equivalentes a una hora empleada en un gimnasio.

A Sergio le encantaban aquellos paseos en los que había ratos en donde el esfuerzo que debías realizar, no te dejaba tiempo más que para pensar en cómo introducir más aire en los pulmones y otros, en donde descendiendo a toda velocidad, cualquier descuido hacia que te rompieras la crisma. Eran breves momentos de libertad y tranquilidad que se permitía entre trabajo y trabajo. Además la realización de ese deporte había conseguido que tuviese las piernas duras como piedras. Disfrutaba haciendo en su bicicleta los ajustes y mantenimientos necesarios para mantenerla siempre lista. Le gustaba engrasarla, ajustar los frenos y cambios y hacer las sustituciones de piezas que fuesen necesarias. Él pensaba que los ratos que pasaba trabajando en la bicicleta en su garaje de Andorra, debían ser equivalentes a los que pasaban otros montando las piezas de un rompecabezas o haciendo modelismo.

—¡No te molestes! Suelo andar muy poco. Antes la usaba los fines de semana por el parque, pero hace ya unos meses que no la utilizado.

—¡No me extraña! ¡A mí tampoco me apetecería teniendo la bici en esas condiciones! En cuanto la veas ajustada ya verás cómo cambias de opinión.

—No, si al final vas a ser un «manitas».

—Solo es otra forma de pagar la estancia —dijo él con una sonrisa.

—¡Venga! ¡Deja ya ese tema! ¡No me debes nada! —repuso con un ligero tono de enfado.

—¡Vale! ¡Vale! ¡No haré más bromas con eso!

De todas formas al ver la bicicleta un plan se había ido formando en la mente de Sergio para la mañana del día siguiente.

—Ya me dirás mañana si tu portátil puede conectarse a mi instalación —comentó Mónica.

—Creo que no habrá problema —mencionó Sergio mientras observaba con aire de experto la conexión del ordenador de Mónica— este tipo de conector es el mismo que utilizo yo.

—¡Perfecto! Pues vamos a dormir que ya me está entrando sueño.

—Buenas noches. Que duermas bien —dijo guiñándole el ojo Sergio.

—Tú también —bostezando mientras se dirigía cansada a su dormitorio.

*“Millones de personas vieron una manzana caer;
pero Newton fue el único que preguntó porqué”.*

Bernard M. Baruch

3. Conociendo a su cliente.

Nueva York. Martes 17, Junio 2014

A la mañana siguiente cuando Sergio se despertó, le pareció que Mónica ya había salido del apartamento, pero para cerciorarse la llamó en voz alta:

—¡Mónica! ¡Mónica! ¡Buenos días! ¿Estás ahí?

Al ver que nadie le contestaba, abrió despacio la puerta del cuarto de Mónica y asomo ligeramente la cabeza en la habitación comprobando que efectivamente esta no se encontraba allí. Dejó la puerta entornada como la había encontrado y se dirigió al estudio donde había dormido, donde se desvistió para posteriormente ir al baño a darse una ducha rápida. Decidió que para lo que pensaba hacer aquella mañana lo mejor era ponerse la ropa cómoda que llevaba en su maleta. Se preparó una taza de café que se tomó con deleite mientras se daba una vuelta por el salón. Andando y estirando los brazos vio que en la mesa junto al sofá, Mónica le había dejado un mensaje escrito.

«Buenos días, espero que hayas dormido bien. Gracias por la noche de ayer. ¡Fue fantástica! Tanto la cena como la compañía. Además he pensado en lo que pasó con los individuos aquellos y creo que me comporté contigo de una forma infantil y que me encuentre en deuda contigo.

Espero que no se te ocurra irte a un hotel y que esta noche me prepares otra buena cena. Te dejo una copia de las llaves del apartamento junto a esta nota y dispón del mismo como quieras. Los martes no viene la señora que se encarga de la limpieza del apartamento por lo que no tendrás que dar explicaciones a nadie. Que tengas suerte con tu entrevista de hoy y nos vemos a la noche».

Se estaba encariñando con Mónica y le molestaba utilizarla de esta manera, por lo que decidió ponerse a trabajar para no darle más vueltas al tema. Extrajo de su mochila el portátil y lo conectó a la toma del ordenador de Mónica. Cualquiera que hubiese visto el portátil, lo hubiese catalogado como un ordenador nuevo, de marca conocida y absolutamente normal. El aspecto del aparato se ajustaba a la forma de pensar de Sergio, que pensaba que el mejor sitio para esconder un huevo era un gallinero. Es decir, en un lugar en donde el objeto a disimular no llamase la

atención.

En un ordenador como el suyo toda la información almacenada era tremendamente confidencial y estaba codificada e ilegible para ojos inexpertos. El *software* instalado estaba orientado a la realización de operaciones y comunicaciones seguras aunque exteriormente pareciera solo un ordenador nuevo fácil de encontrar en cualquier distribuidor de informática.

Dicha impresión permanecía al arrancarlo, ya que el ordenador se quedaba esperando con la pantalla en blanco, como si este no funcionase. En realidad el ratón táctil del ordenador, en los primeros momentos de su puesta en marcha se comportaba como un escáner de huellas dactilares esperando a que para permitir el acceso se pasase sobre él los dedos pulgar, corazón y meñique, en ese orden. Es decir validaba las huellas dactilares de la persona que deseaba entrar. A continuación la pantalla cambiaba a un tono gris y se quedaba de nuevo esperando a que se pronunciase una palabra de paso, a través del micrófono incorporado en el portátil.

Con este procedimiento de actuación se validaba que la palabra fuese la correcta y que además el patrón de voz concordase con el de Sergio. Estas medidas de seguridad de acceso se complementaban con medidas físicas. Si alguien intentaba apropiarse del disco duro extrayéndolo del portátil para instalarlo en otro ordenador y obtener la información que en él residía, unos pocos gramos de explosivo se activaban al retirar la carcasa de forma inadecuada y convertían el disco duro en chatarra inservible.

Una vez reconocido el usuario por el sistema de seguridad del ordenador, se conectó a Internet mediante un navegador y escribió la dirección de la página web con la que contactaba con “Opengate”. En dicha página se encontraba un fichero con un determinado nombre y fecha. Verificó mediante el *software* instalado en su portátil la autenticidad del fichero y validó que su creador había sido “Opengate”.

Al establecer su relación se habían intercambiado ficheros de firmas electrónicas con las cuales eran capaces de validar si los creadores de la información que se intercambiaban eran ellos o por el contrario dicha información había sido manipulada e interceptada. Comprobado mediante el protocolo de verificación que la red de comunicaciones y la información eran seguras, procedió a descargar el fichero en su ordenador para analizar su contenido.

El fichero estaba formado a su vez por la unión de varios ficheros. Al separarlos y empezar a leerlos encontró información acerca de *Softplay, Inc.*, una biografía de su presidente y los planos de la empresa en su ubicación en Nueva York. Después de analizar la información que “Opengate” le había suministrado llegó a la conclusión de que una vez más se había ganado con creces el importe que le pagaba.

Decidió buscar una imprenta digital en donde pasar los planos a papel, por lo que copió el fichero de su ordenador a un pequeño dispositivo, de los que se habían puesto de moda y que se denominaban llaveros USB. Dichos dispositivos tenían un tamaño físico de las dimensiones de un mechero pequeño y disponían de una considerable capacidad de almacenamiento de información, la cual se introducía o se extraía del llavero sin más que conectarlo a una de las entradas del ordenador, siendo un sistema eficaz y discreto de transportar información.

Acordándose de lo que le había dicho a Mónica sobre revisarle la bicicleta, se le ocurrieron un par de ideas de cómo emplear la mañana. Cogió las llaves del apartamento y bajó a la calle a buscar una tienda de deportes en donde encontrar algo de grasa para la cadena de la bicicleta y un par de llaves *Allen* para ajustar los frenos y los cambios. Nada más empezar a dar unos pasos por

la acera, se encontró un puesto de venta de prensa, preguntando al vendedor:

—¿Tiene el New York Times?

—Por supuesto, tenga.

—Disculpe —añadió Sergio entregándole un billete de cinco dólares— sabe ¿si hay cerca alguna tienda de deportes que venda bicicletas?

—Está usted de suerte señor —repuso amablemente el vendedor— a la vuelta de ese edificio hay una.

—Muchas gracias —dijo Sergio recogiendo el cambio.

Se encaminó hacia el edificio que le había indicado el vendedor de periódicos paseando tranquilamente. Al recorrer unos cien metros vio la tienda. Ocupaba una planta del siguiente edificio y los enormes ventanales que daban a la calle estaban repletos de carteles ofreciendo los productos que vendían, así como las ofertas del momento. Sergio cruzó la puerta y se dirigió hacia un puesto de información que vio cerca de la entrada, en donde una joven atendía las dudas de los clientes.

—Perdone señorita, ¿la sección de accesorios de bicicletas? —preguntó amablemente.

—Al fondo a la derecha, en la zona de deportes de exteriores cerca de las raquetas de tenis —repuso en tono cortés la joven desde detrás del mostrador.

Sergio se adentró en la tienda y al cabo de un par de minutos localizó las estanterías donde se exponían diferentes complementos para los practicantes del ciclismo. Como es habitual en estos establecimientos todo estaba perfectamente ordenado, por lo que no le costó mucho tiempo encontrar lo que estaba buscando: un bote de grasa, unos cables para los cambios y los frenos y un juego de herramientas que le sirviesen para ajustar los diferentes componentes de la abandonada bicicleta de la casa de Mónica.

Pagó en efectivo para no dejar rastro electrónico de su paso y de nuevo se acercó al mostrador de información, donde ahora se encontraba una joven diferente a la que le había atendido antes. Se dirigió a ella con cara de despistado y le preguntó con la misma fórmula:

—Perdone señorita, ¿me podía indicar dónde puedo encontrar una tienda de impresión digital o fotocopias?

—Si por supuesto. Hay una muy grande aquí mismo a la vuelta de la esquina. Yo suelo ir alguna vez a hacer fotocopias cuando tenemos averiada la de la tienda.

—Muchas gracias. Espero encontrarla fácilmente.

Sergio pensó que de cara a la realización de aquellas compras era estupendo el que Mónica viviese en una zona tan céntrica en donde en escasas manzanas podía encontrar todo lo que necesitaba. Salió de la tienda de deportes y nada más doblar la esquina vio un establecimiento en donde se anunciaban todo tipo de trabajos de impresión empleando según rezaban los carteles, las últimas tecnologías. Era un alivio que en Nueva York todo fuese a lo grande, pensó para sus adentros mientras atravesaba la puerta del establecimiento.

Se puso en la fila donde varias personas esperaban su turno para fotocopiar apuntes, libros, imprimir fotos de cámaras digitales y un sin fin de otros trabajos en donde estuviesen involucrados el papel, la tinta y las tecnologías digitales de impresión.

Cuando le llegó su turno en la fila preguntó al barbudo dependiente de detrás del mostrador:

—¿Podrían imprimirme los ficheros de dentro de este dispositivo? —inquirió Sergio enseñándole la llave USB.

—¿En qué formato están?

—Para los que empiezan por la palabra documento, con un microprocesador de textos cualquiera los podréis imprimir. Para los que empiezan por la palabra planos, será necesario que dispongáis de algún programa compatible con AutoCAD. ¿Hay algún problema?

—No ninguno. ¿A qué tamaño los quiere?

—Bastante grandes y ponme también un estuche en donde llevarlos. Los documentos encuadérnamelos con algo sencillo, canutillo de plástico o una espiral será suficiente.

—Ahora mismo, no tardo nada.

Dicho y hecho. Al cabo de unos minutos el muchacho apareció con un librito compuesto por los folios encuadernados y un cilindro de plástico en donde traía los planos. Sergio los cogió para echarles un ojo y vio unos planos de aproximadamente un metro de largo por ochenta centímetros de ancho. Satisfecho de la calidad de los mismos los volvió a guardar en el cilindro y se los puso debajo del brazo junto con el librito. Pagó lo que el dependiente le pidió y abandonó la tienda rápidamente para dirigirse al apartamento de Mónica.

Mientras volvía sobre sus pasos vio lo que le faltaba de adquirir para finalizar las compras que tenía previstas para esa mañana. En un escaparate de una tienda de electrodomésticos, estaban expuestos móviles de diferentes marcas y modelos.

Se acercó a una de las estanterías del establecimiento y eligió un *smartphone* de última generación de tarjeta prepago. De esas que tienen un saldo determinado que vas agotando según vas haciendo llamadas.

Compró un par de tarjetas adicionales para recargar el móvil más adelante. Pagó al dependiente y considerado que había terminado las compras se dirigió al apartamento de Mónica.

Lo primero que hizo fue, trasladarse al cuarto de trabajo donde tenía el ordenador y activar el móvil mediante las tarjetas prepago, para así tenerlo disponible de inmediato. Acto seguido estudió la documentación sobre *SoftPlay, Inc.* y su presidente. Carl Murray era un hombre de negocios del tipo de personas trabajadoras que se han hecho a sí mismo. Hijo de una familia humilde consiguió estudiar ingeniería en la especialidad de electrónica en la universidad de Yale, gracias a la beca que le proporcionaron sus buenas notas. Cuando terminó sus estudios empezó a trabajar en empresas especializadas en componentes electrónicos y fue subiendo en el escalafón ejecutivo, cambiando de vez en cuando de empresa.

A la edad de cuarenta años y con amplios conocimientos en el sector decidió montar su propia empresa. Solicitó un préstamo a un banco y después de varios meses de diseño, consiguió fabricar un prototipo que presentó a un fabricante de electrodomésticos. Dicho prototipo costaba la mitad de dinero y tenía un diez por ciento más de rendimiento que el que el fabricante utilizaba en ese momento, pero el fabricante no quiso apostar por un nuevo emprendedor y su empresa. Lejos de desanimarse fue a la competencia con argumentos más comerciales que técnicos y esta vez sí decidieron creer en su idea.

El resultado fue que pudo sacar a flote su empresa y tuvo que contratar a más personal para atender a la demanda. Posteriormente vinieron otros microprocesadores y otros sectores industriales para su negocio. En la actualidad *SoftPlay, Inc.*, era una empresa bien considerada en el sector electrónico y con beneficios anuales constantes.

Una vez analizado el historial de la empresa, se puso a estudiar los planos con detenimiento, ya que había decidido comprobar las medidas de seguridad de *SoftPlay, Inc.* personalmente y le

gustaba conocer en detalle los sitios en donde se tenía que mover, independientemente de que lo que tenía que buscar. Si de algo estaba convencido a pesar de la escasa información disponible hasta el momento, era de que en esa investigación seguro que tenía que dedicarse a encontrar algún material desaparecido de alto secreto industrial.

Los planos describían el edificio completo y antes había pertenecido a un banco. Después de un vistazo general, se centró en la planta veinte, donde se encontraban las oficinas de *Softplay, Inc.*, En un primer análisis le pareció que se dedicaba a albergar las oficinas de los altos ejecutivos de la empresa, en donde estos debían recibir a las visitas importantes. Los locales industriales los debían tener en otro sitio.

No vio nada especial salvo el despacho más grande que lógicamente debía pertenecer al presidente. Tomo nota mental de todos los accesos de ascensores, escaleras interiores y escaleras de emergencias que llevaban dentro del edificio a las oficinas de *Softplay, Inc.*

Habiendo terminado de estudiar los planos, estaba guardándolos en el cilindro que les servía de estuche, cuando sonó el teléfono del salón. Decidió que no iba a coger el aparato, ya que no era su apartamento. Al quinto pitido oyó decir al contestador automático:

—“Este es el contestador automático de Mónica Glaría, al oír la señal deje su mensaje”.

—“Que profesional” —pensó Sergio para sus adentros.

A estas palabras, prosiguió un silencio que duró escasos segundos hasta que se oyó una voz excitada al otro lado de la línea que gritaba, presumiblemente debido al ruido de fondo que provenía del lugar donde se encontraba:

—¡Michael! ¡Michael! ¡Si estás ahí coge el teléfono por favor!

Escuchando como la voz de Mónica le llamaba por el nombre del personaje que había adoptado, se levantó de un salto y se acercó a grandes zancadas al salón donde rápidamente levantó el teléfono.

—Hola Mónica —dijo con una voz que reflejaba la alegría que sentía—. ¿Cómo va el día?

—Pues como siempre en este oficio, con imprevistos —repuso ella— te llamaba precisamente por ello.

—¡Cuéntame! ¿Te puedo ayudar en algo?

—Me temo que no. Esta mañana al llegar a la oficina, mi jefe me ha dicho que tenía que salir urgentemente para Chicago con el fin de tener una reunión con un posible cliente. Ahora mismo te estoy hablando desde la terminal del aeropuerto y a pocos minutos de embarcarme.

—Se nota por el ruido de fondo —convino Sergio reconociendo los típicos mensajes del personal del aeropuerto por los altavoces.

—Sí. En este aeropuerto siempre hay un jaleo enorme. Como te iba diciendo, me voy a Chicago, por lo que estaré esta noche fuera. ¿Has hecho algo con respecto al hotel?

—Todavía no —respondió Sergio.

—“Maldita sea —pensó para sus adentros— lo ha pensado mejor y prefiere que abandone su apartamento. Es normal cualquiera tomaría esa misma decisión con respecto a un extraño que ha conocido el día anterior y se está alojando en tu casa”.

—He estado haciendo unas compras hace un rato —añadió continuando con la conversación— y me he dejado el móvil cargando aquí en tu casa. Ahora mismo me has pillado marcando para contactar con el personal de mi empresa.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó ella al otro lado de la línea— si estás llamándoles ¡cuelga

ahora mismo!

—¿Por qué? —preguntó él con una exclamación sorprendida.

—Ya sabía yo que un caballero como tú, no iba a aceptar la invitación de compartir el piso con una pobre chica sola —dijo enfadada—. ¿Qué te dije anoche?

—Pues, pues... —contestó el balbuceante e intentando dar con la frase adecuada— que me quedase. Pero no quería aprovecharme de tu confianza.

—Lo sabía, una persona de tu nivel y con tus gustos —dijo ella bajando el tono de voz y como si de repente hubiese caído en la cuenta de algo añadió— no se encuentra cómodo en mi humilde apartamento. Seguro que la cama en donde has dormido esta noche es la más pequeña de los últimos diez años.

—No, no es eso, en absoluto. Nada más lejos de la realidad. Ayer fue una de las mejores noches que he pasado en los últimos meses.

—Entonces, ¿te quedarás? —pregunto ella esperanzada.

—Si no te molesta, por mí perfecto.

—Tonto, ¿qué te acabo de decir? Además me estás cuidando la casa durante mi ausencia.

—Entonces y acatando tus ordenes, no hay más que hablar, me quedo —sentenció Sergio.

Si el chillido interno de alegría que dio para sus adentros lo hubiese exteriorizado, probablemente se le hubiese oído desde la península Ibérica.

—¿Y tú que tal vas con la preparación de la reunión? —se interesó ella.

—Pues la estaba repasando cuando me ha llamado mi cliente —mintió Sergio— y me ha dicho que le han surgido ciertas complicaciones. Que retrasamos la cita hasta mañana a las once que nos veremos en su despacho.

—Bueno. Más tiempo para prepararla y poder documentarte.

—Si eso es cierto. Con ello mejoraré la presentación y además entre las compras de esta mañana están las necesarias para poner en orden tu bicicleta.

—¡No será verdad! —exclamó Mónica— no pensaba que lo que dijiste ayer fuese en serio.

—Por supuesto, te dije que lo haría y en unos minutos me pondré manos a la obra. Además, ya que hoy voy a tener bastante tiempo libre, me daré una vuelta para probarla por un parque que he visto cerca de aquí.

—¡Mira qué bien! ¡Aquí una pobre y sufrida mujer trabajando y el señorito paseando en bicicleta tranquilamente por el parque! —dijo ella en tono de broma.

—En fin. ¡Qué se le va a hacer! —suspiró Sergio de forma exagerada, ironizando la situación—. Cosas del destino.

—Por cierto, ¿me das tu móvil, por si necesito llamarte y no estás en el apartamento?

—Faltaría más, toma nota —dijo con total aplomo, mientras sacaba del bolsillo la tarjeta del móvil que acababa de comprar, y le decía los dígitos que componían el número de teléfono como si lo repitiese de memoria y fuese su móvil de toda la vida.

—Tú también toma el mío. Por si acaso me quieres llamar tú —dijo Mónica mientras ella le transmitía los números del suyo.

—¿A qué hora llega tu vuelo mañana? —preguntó como si fuese solo una cuestión de curiosidad, cuando lo que verdaderamente quería es conocer de qué tiempo disponía para hacer lo que tenía previsto.

—Después del mediodía, si la compañía cumple sus horarios.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—No gracias, podría haber retrasos y tú tienes que estar pendiente de tu cliente.

—¡Ok! Pero en cuanto llegues me llamas.

—¡Por supuesto! —respondió ella alegremente.

—¡Buen viaje!

—¡Hasta mañana! ¡Y a por ellos!

El haber escuchado la agradable voz de Mónica y el seguir contando con poder seguir con ella en su apartamento, le había puesto de buen humor. Decidió que ya era hora de ponerse manos a la obra con la bicicleta. La desmontó del soporte en el que estaba colocada y presionando sobre las cubiertas de las ruedas y apretando y aflojando los frenos, se percató de que las ruedas estaban deshinchadas y los frenos desajustados.

A continuación probó los cambios, viendo que estos iban duros y necesitaban también ser ajustados. Además al pasar la mano por la cadena, notó que estaba seca y falta de aceite. Terminado el análisis se remangó y empezó por hinchar los neumáticos a la presión adecuada. Después desmontó todos los cables de frenos y los sustituyó por los nuevos tras haberlos engrasado con el material del bote de grasa adquirido en el hipermercado del deporte. Cuando estuvo satisfecho de la suavidad con que frenaba la bicicleta, pasó a los cambios.

Los ajustes de piñones y platos le llevó algo más de tiempo ya que tuvo que revisar, engrasar y sincronizar la parte más delicada de una bicicleta: los engranajes del cambio. Para finalizar limpió con papel de cocina toda la bicicleta y lo poco que había manchado del suelo.

“Bueno, ya está” —se dijo para sus adentros—. “He conseguido que una bicicleta a punto de ser tirada a la basura, parezca casi recién comprada, pero no sabré si las apariencias engañan hasta que la pruebe”.

Cogió un casco de ciclista que había junto a la bici, un plano de las calles de Nueva York que vio en una estantería del cuarto de trabajo de Mónica, unos candados para proteger la bici y su mochila con algunas herramientas que consideró que podían hacerle falta. Acto seguido se puso un chándal que llevaba en la maleta, así como una gorra de béisbol y unas gafas de sol, que en su conjunto le ocultaban el rostro.

En cuanto puso el pie en la calle se subió en la bicicleta y comenzó a rodar pausadamente en dirección a la calle en donde se ubicaba SoftPlay, Inc. En una ojeada al plano del callejero de Nueva York había estimado que en unos veinte minutos de pedaleo tranquilo llegaría allí.

Aprovechando el buen tiempo y el no tener prisa, se decidió a aprovechar el paseo y disfrutar del panorama que ofrecía la ciudad a la hora del mediodía, eso sí, teniendo bien presente lo loco y descuidado que es el tráfico en una ciudad tan grande.

Como había calculado, después de un rato de pedaleo habiendo tenido que esquivar a varios conductores y taxistas que estuvieron a punto de atropellarle, leyó un rótulo con el nombre de una calle que le sonaba estar cercana al edificio de *Softplay, Inc.* Paró la bicicleta y se subió a la acera para no ser arrollado por un coche que pasaba en ese momento. Extrajo el callejero de la mochila y comprobó que efectivamente la siguiente calle paralela a la que se encontraba era donde quería llegar.

Vio una tienda con mucho trasiego de gente y decidió dejar la bicicleta amarrada allí a una farola delante de la puerta. Después de colocar los candados como le pareció más seguro, se encaminó andando hacia las oficinas de *Softplay, Inc.* A los dos minutos estaba junto al edificio.

Para observar la manzana con tranquilidad, entró en una librería situada en frente, desde la que simulando que observaba las estanterías de libros y revistas se dedicó a observar la entrada al edificio y como eran sus accesos. Vio que la entrada al igual que muchos otros bloques de oficinas, estaba custodiada por personal de una empresa de seguridad que tomaban el nombre de las personas que accedían y les asignaban una tarjeta de visitante. El procedimiento habitual de control de accesos a un edificio de oficinas de empresas.

Cogió un libro de una estantería como si le interesase su interior y en el momento en que dirigía su vista a la entrada, vio como un camión de muebles se acercaba al edificio y aparcaba a un costado del mismo en un callejón de descarga. Del camión se bajaron varios hombres, abrieron las puertas traseras del camión y se dispusieron a descargar muebles de oficina para alguna empresa ubicada en el edificio.

“Esta es la mía” —se dijo para sus adentros abandonando rápidamente la librería y acercándose con disimulo al camión. En un momento en que los hombres estaban dentro del edificio transportando muebles, cogió un par de sillas de la trasera del camión y enfiló la puerta que estaba abierta de acceso al edificio. Con la vestimenta deportiva que llevaba y los muebles que acarrea cualquiera que le viese, pensó, le tomaría por uno más de los hombres del transporte.

Como había supuesto, el guardia de seguridad que vigilaba esa puerta de entrada al edificio, al verle le tomó por uno más de los de la mudanza. Con las sillas por delante de su pecho y rostro y las gafas y la gorra que llevaba puestas, no sería fácil que el guardia de seguridad que estaba vigilando se quedase con su rostro. Además tenía pinta de aburrido y tampoco prestaba excesiva atención al que suponía personal de transporte de muebles.

Nada más doblar la esquina del pasillo, abandonó las sillas, suponiendo que en su recorrido al camión alguno de los auténticos transportistas de muebles las recogería y las llevaría a su destino.

Empezó a recorrer el edificio sin prisas analizando las medidas de seguridad del mismo. Pronto vio que las dos primeras plantas y probablemente alguna de las del sótano estaban desocupadas, seguramente dedicadas a almacenes de archivo de documentación. A partir de la tercera, empezaban a aparecer las plantas de oficinas. Pronto apreció, que como en cualquier lugar de aquella inmensa ciudad, cada persona iba a sus quehaceres y nadie se fijaba en los demás y menos en un vulgar mensajero o repartidor.

En cuanto a seguridad, no era un edificio especialmente protegido, ya que las medidas que había apreciado iban más encaminadas a proteger el control de acceso que a la vigilancia del interior. Ejemplo de ello era que los guardias de seguridad y las cámaras de vigilancia estaban orientadas a vigilar el exterior. No había visto ninguna cámara, ni otros dispositivos de control en el interior, lo que esperaba que facilitase su tarea.

En vez de tomar el ascensor, decidió que los primeros pisos los subiría por las escaleras, para ver si en estas había medidas de seguridad extra. Después de subir siete pisos tampoco vio ningún indicio de vigilancia especial en ellas. Ya en el piso octavo, decidió coger el ascensor hasta el piso en donde se ubicaba *Softplay, Inc.* Al abandonar el ascensor, de un vistazo observó lo que ya había leído en la documentación, es decir que toda la planta pertenecía a la empresa. Habían centralizado la entrada en una puerta de doble hoja con el logotipo de la empresa. Otro par de puertas simples que se veían, tenían la apariencia de permanecer siempre cerradas.

Viendo que en la planta no había otro sitio a donde ir que la puerta doble decidió seguir

recorriendo el edificio, por lo que de nuevo se dirigió hacia las escaleras y siguió subiendo pisos, deteniéndose antes en el rellano de cada planta para observar con detenimiento la composición de las oficinas y los accesos de que disponían. Por fin, cinco pisos más arriba del dedicado a ubicar a *Softplay, Inc.* encontró lo que estaba buscando en su recorrido. Un local vacío disponible para alquilar. Era una de las posibilidades en las que había pensado durante el ascenso dentro del edificio.

En un bloque tan grande de oficinas y en una ciudad tan cambiante en el aspecto empresarial como Nueva York era normal que alguna de las oficinas que componían el edificio estuviese o bien en alquiler porque alguna empresa la había dejado, o bien sin utilizar, porque alguna empresa había adquirido más metros de los que necesitaba en la actualidad en previsión al futuro, o bien una empresa lo hubiese adquirido recientemente y estuviese acondicionando el local antes de ubicarse en él.

Estas ideas se habían visto reforzadas en el momento en que había aparecido en la puerta del edificio el camión de transporte de muebles y como la oficina que vislumbraba no tenía aspecto de haber sido visitada ese día supuso que había algún local más pendiente de comprar o alquilar.

Teniendo tan cerca su primer objetivo, redobló las precauciones y desde los escalones anteriores al rellano y asomándose levemente estudió por dos veces las paredes y techos intentando descubrir posibles sistemas de detección. *A priori* y siguiendo la tónica del resto del edificio tampoco le pareció que hubiese ningún tipo de dispositivo. En total la planta disponía de otras dos oficinas dedicadas a empresas, contando la que estaba en estado de alquiler. Aunque en los momentos que había estado observando la planta nadie había entrado o salido de esas oficinas no se podía arriesgar a que le pillasen intentando colarse en la oficina vacía, por lo que esperó unos segundos antes de hacer su siguiente movimiento.

Extrajo de su mochila las ganzúas necesarias para abrir la puerta, un poco de resina epoxi y un par de minúsculos detectores de movimiento. Rápidamente colocó los detectores de movimiento en las oficinas que estaban ocupadas y un poco de resina en la junta de las puertas para retrasar el movimiento de las mismas. Si alguien intentaba abrirlas desde dentro mientras él estaba ocupado con la oficina de alquiler, la resina entorpecería la apertura sin impedirla, mientras los detectores le enviaban una suave señal acústica de alarma a un receptor que llevaba colgado del cuello, dándole los segundos suficientes para que dejase su trabajo y simulase que estaba cogiendo el ascensor. Si el intruso era alguien que subía por el ascensor, ya había comprobado que el ascensor al llegar a la planta y antes de abrir las puertas emitía la típica señal acústica de ascensores de empresa que avisan a los ciegos de la parada en el piso que se ha seleccionado, por lo que esta señal producía los mismos resultados que los detectores.

Sin perder un instante empezó a manipular la cerradura y a los escasos diez segundos, ya la había abierto. Como había supuesto una oficina vacía despertaba escaso interés en los ladrones y por lo tanto no era necesario dotarla de medidas específicas de seguridad. No sonó ningún tipo de alarma.

Volvió sobre sus pasos, retiró los detectores y la resina, hecho lo cual atravesó la puerta que había abierto y la cerró sin ruido. Paseó por la oficina viendo que las persianas estaban bajadas y el mobiliario estaba compuesto de un par de mesas y varias sillas. La oficina estaba limpia y sin polvo, por lo que dedujo que se limpiaba con relativa frecuencia. Como no tenía nada que hacer hasta la noche puso la alarma de su reloj de pulsera a las once de la noche, desconectó el móvil y

decidió echarse a dormir hasta esa hora. Con la experiencia de las diferentes aventuras por las que había tenido que pasar, había aprendido que cuando tienes que entrar en acción, cuantas más fuerzas tengas mejor, por lo que hay que aprovechar cualquier momento previo para descansar. Por ello era capaz de dormir a cualquier hora y en cualquier sitio y condición.

Colocó un sensor en la puerta, ya que más vale prevenir que curar y por las casualidades de la vida, podía ser aquel día el que tocase limpiar la oficina. Además si se daba el caso anterior y con el fin de ocultar su presencia a primera vista se echó a dormir detrás de la mesa.

Cuando sonó la alarma del reloj dando las once, se despertó inmediatamente totalmente despejado y no dejando que el reloj diese más de tres pitidos.

—¡A trabajar! —se dijo a sí mismo.

Sacó un pasamontañas y unos guantes de cuero muy finos de su mochila y al ponérselos junto con el chándal oscuro que llevaba puesto, completó su camuflaje nocturno. Hizo unos ejercicios de estiramiento para desentumecer los músculos y estar en condiciones. Como solía decir él, siempre hay que estar listos por si es necesario salir corriendo y esa noche tenía muchos puntos para ser una de esas veces.

Sacó los planos que “*Opengate*” le había suministrado y los analizó con una linterna, cubriendo el foco de luz para que no se viese desde la calle. Memorizó la distribución de las diferentes dependencias que componían las oficinas de *Softplay, Inc.* y su situación con respecto a los accesos desde los ascensores y las escaleras. Tanto las normales como las de emergencia.

Recogió los detectores, se echó su mochila al hombro, salió de la oficina y se dirigió hacia la planta veinte por las escaleras. Iba escuchando si se producía el menor ruido, atento a la posible ronda de los guardias de seguridad. Llegó sin ningún contratiempo a las puertas principales de *SoftPlay* y vio que en la planta no había ninguna cámara de videovigilancia. Se paró delante de las puertas, para analizar la dificultad de entrar. Se apreciaba una vez más que gran parte de la confianza en la seguridad se basaba en la del edificio ya que la puerta era robusta, pero no antiatracos y la cerradura era de puntos de ajuste pero no tenía varios puntos de anclaje ni era de las de última generación.

Había un pequeño videoportero apagado al lado de la puerta que debían utilizar para ver quién deseaba entrar y la recepcionista de la empresa abrir la puerta automáticamente desde el interior. Evidentemente solo lo tenían encendido durante el horario de oficina.

De todas formas Sergio no era de los que dejaban las cosas al azar y repasando el marco de la puerta vio un cable que conectaba la apertura de la puerta con una posible alarma. Al no tener ni una conexión ni un teclado exterior, la alarma era de las que al abrir la cerradura contabas con varios segundos para desactivarla antes de que se pudiese en marcha y alertase a los guardias del edificio.

Preparó las ganzúas para abrir la puerta y el material que consideró que necesitaría para desactivar la alarma. Puso su reloj electrónico en modo cronometro y la linterna en la boca. Respiró hondo, contó hasta cinco y se puso a trabajar en la cerradura, a los pocos segundos la había abierto, pulsó el cronometro y siguió el cable de la puerta hasta un pequeño cuadro que había al lado de la misma.

Detrás del cuadro había un teclado para desactivar la puerta. De un vistazo se dio cuenta de que el teclado era de los típicos sistemas de alarmas sencillos. Sin perder tiempo con la combinación soltó la tapa e hizo un puente con los cables verde y rojo lo que indicaba a la alarma,

que se había cerrado el circuito a tiempo y no era necesario que se activase. El puente era equivalente a pulsar la combinación correcta, pero en este caso más rápido y efectivo. Cerró la puerta y se apoyó contra ella mirando el tiempo que marcaba el crono.

—Doce segundos. Sigo estando en forma —se dijo sonriendo para sí.

Mientras, apuntaba la linterna al suelo y hacia un barrido para ver la disposición del mobiliario, avanzó por las oficinas hacia el interior de las mismas, apagando y encendiendo brevemente la linterna para orientarse y no tropezar. Al cabo de unos segundos se encontró ante el despacho del presidente de la compañía, tal y como indicaba el letrero de la puerta. Antes de abrirla recorrió con los dedos el marco con el fin de detectar si había medidas de detección adicionales. Al no encontrar nada extraño la abrió y se introdujo en su interior.

—“¿Dónde estará lo que busco? —se dijo en voz baja a sí mismo y en tono de humor añadió—. Y sobre todo, ¿qué es lo que busco?”.

Decidió que lo primero era empezar por el dónde, por lo que revisó los lugares en donde la gente guarda las cosas: los cajones de la mesa y los armarios del despacho. Aparte de archivadores y papeles no encontró nada especial. Decidió buscar una caja fuerte y miró también en el lugar típico de todas las películas: el cuadro detrás de la mesa. No había nada. Para pensar con comodidad se sentó en la silla donde en teoría lo hacía a diario el presidente de la compañía y se puso a pensar donde escondería este hombre algo valioso que deseara tener a su lado.

Por otra parte también pensó que podía estar equivocado y que como cualquier persona o empresa guardase las cosas valiosas en el banco y no en aquella oficina. Decidió darle unos minutos más a la primera opción.

—“Piensa, piensa, piensa —se repitió a sí mismo— ¿dónde guarda este hombre sus tesoros?”.

Recorrió de nuevo con la vista ya acostumbrada a la oscuridad del despacho los diferentes muebles y objetos distribuidos a lo largo de la sala. Su experiencia le decía que normalmente un hombre disfruta con tener sus secretos al alcance de su vista aunque permanezcan ocultos a la de los demás.

Basándose en esta premisa volvió a recorrer el despacho pausadamente, hasta que lo descubrió. El presidente de SoftPlay, Inc. era según toda la documentación que había leído un amante de la técnica y no del arte. Sergio fijándose en los armarios, tenía en ese momento al alcance de su vista, un objeto metálico que imitaba a un cubo de Rubik, pero de unas tres veces el tamaño habitual del que se vendía en todas las tiendas del mundo. Se levantó rápidamente hacia él, cruzó la habitación y lo cogió en sus manos. Como había supuesto era macizo y pesaba un montón. No se podía ver su interior, pero de igual manera que el cubo en que estaba inspirado se podían girar sus partes.

En vez de los colores del típico cubo de plástico, al ser metálico, tenía dibujadas diferentes figuras en cada una de las caras que componían el cubo, por lo que en este caso montar el cubo era equivalente a que todas las facetas que componían cada una de las caras del cubo tuviesen las mismas figuras.

Deseó fervientemente no equivocarse en su intuición y en lo primero que se fijó fue en que afortunadamente las facetas de cada cara del cubo eran nueve, es decir tres rebanadas que giraban sobre un eje central, como en el juguete que se había vendido en las tiendas de medio mundo. Si hubiese sido el lugar donde Sergio guardaba sus secretos lo hubiese hecho de cuatro o cinco rebanadas lo que equivalía a hacer su resolución prácticamente imposible sin contar con los

medios adecuados. Hoy en día eso equivalía a tener un ordenador con el programa adecuado, a un matemático excelente forofó de los juegos de lógica o a los dos juntos. Afortunadamente el presidente de SoftPlay, Inc. había confiado más en que no se encontrase el escondite que en la dificultad de abrirlo.

Sergio conocía la solución del cubo de Rubik, porque en su juventud había estado de moda el jugar con el cubo y a él le servía para quedar bien delante de las chicas como un chico avisado. Memorizó la posición inicial de las caras y las posiciones por las que iba pasando, ya que deseaba dejar el objeto tal y como lo había encontrado. Giraba las caras del artefacto con la seguridad y velocidad que da el estar ante un objeto familiar y en escasos segundos situó las caras en la posición correcta. Cuando esto se produjo se oyó un chasquido y Sergio se encontró con que el cubo se desmontó entre sus manos. Sus reflejos bien entrenados reaccionaron a tiempo e impidió que las piezas cayesen al suelo, aunque cuando las depositó sobre la mesa se dio cuenta que algo se había deslizado desde el interior del cubo.

Analizando detalladamente el mecanismo que lo componía también vio que no era tan inofensivo como pensaba al principio. Si hubiese intentado abrir el cubo violentamente, una fina capa de explosivo que recubría las juntas habría explotado por la fricción entre las mismas y habría destrozado el interior del dispositivo haciendo desaparecer su contenido o por lo menos volviéndolo inservible para cualquiera que quisiera hacerse con él.

Separó las tres piezas que componían el cubo y cogió de la mesa el objeto que se hallaba en su interior. Era un *pendrive* USB, no más grande que un mechero. En cualquiera de los casos un dispositivo para almacenar mucha información y transportarla fácilmente. El diseño que tenía en la mano podía utilizarse como un colgante al final de una cadena y llevarse al cuello.

Se quitó la mochila, extrajo su ordenador portátil de ella y lo encendió. Rápidamente atravesó los sistemas de seguridad y se encontró ante las ventanas gráficas de su sistema operativo. En ese momento quitó la capucha que protegía el conector USB de la llave y la conectó a su portátil. En pocos segundos su sistema operativo lo reconoció y él pudo ver el contenido del mismo, formado por tres ficheros. Miró la hora y vio que el tiempo iba pasando, por lo que decidió apresurarse.

Copió los ficheros a su ordenador y mientras lo hacía se le ocurrió la idea de sustituir los ficheros originales por otros. Para ello dividió cada uno de los ficheros con un programa muy usado en internet para trocear un fichero en varias partes, con el fin de enviarlo o almacenarlo en sistemas que solo permiten una determinada capacidad. Después con otro programa pegó a cada una de las cabeceras de los ficheros un trozo de otro fichero inservible del mismo tamaño que el retirado con el programa anterior. Esto tenía el fin de que el tamaño final fuese el mismo.

Así conseguía que el fichero inicialmente funcionase igual que el que lo había generado y que el tamaño de los ficheros fuese el mismo que el original. Evidentemente llegado a la mitad del fichero este dejaba de funcionar. Borró del llavero los ficheros originales y depositó los nuevos que había generado.

Decidió que ya había terminado su misión allí, por lo que volvió a dejar el *pendrive* en el interior de la curiosa caja fuerte y montó el cubo de nuevo situando las caras en la misma posición en la que las había encontrado. Retrocedió sobre sus pasos hasta la entrada de las oficinas y como era importante no dejar huella de su visita, puso un papel metálico que unía los cables cerrando el circuito eléctrico de la alarma de nuevo. Cuando a la mañana siguiente alguna persona abriese la puerta el papel se deslizaría hasta el suelo y el sistema de alarma funcionaría normalmente sin que

nadie se apercibiese de lo que había pasado la noche anterior.

Bajó las escaleras del edificio con muchas precauciones, ya que habiendo realizado la parte complicada de su incursión, no era cuestión de descuidarse y de que lo pillasen en ese momento. Se paró un momento en el descansillo de la primera planta y extrajo la linterna y los planos de su mochila para echarles un vistazo. Como había supuesto, las ventanillas que había en la escalera por la que había bajado servían para airear el edificio y daba al callejón sin tráfico que servía para descargar camiones como el que esa mañana le había servido de tapadera para entrar.

Abrió la ventana que daba al exterior, se asomó y calculó la altura que había a la calle: unos cuatro metros. Era un salto del que probablemente saldría ileso, pero no tenía ganas de arriesgarse por un tema tan tonto, por lo que extrajo una cuerda de alpinismo de su mochila hizo varios nudos en una punta hasta formar un nudo grande y atrajo la ventana con la cuerda hasta arrimarla a presión contra el marco. Sin aflojar la presión se subió a la ventana y se deslizó por la pared hasta llegar fácilmente al suelo. Al desaparecer la presión sobre la hoja de la ventana esta se separó del marco y dando un tirón a la cuerda, esta cayó a sus pies.

La metió en la mochila, anduvo hasta su bicicleta, soltó los candados, se montó en ella y volvió silbando a su apartamento. Era poco más de la medianoche y había terminado su incursión exitosa y rápidamente.

Después de haber dormido plácidamente, se levantó completamente descansado. Se dio una ducha y desayunó un poco de zumo que había en el frigorífico, unas tostadas y un café. Animado se fue al salón y viendo que eran las nueve de la mañana, es decir no excesivamente temprano decidió hacerle una llamada a Mónica. Cogió el papel en donde había apuntado el número de móvil que ella le había dado y lo marcó. Al cabo de unos segundos oyó la sensual voz al otro lado de la comunicación:

—Mónica, soy Sergio. ¿Te pillo en mal momento? ¿Puedes hablar? —adoptó la fórmula típicamente educada de inicio de una conversación cuando llamas a un móvil y temes interrumpir lo que esté en ese momento realizando la persona a la que llamas.

Sergio temía que como había ido a un tema de negocios, hubiese tenido que prolongar la jornada cenando con el cliente o bien con amigos o colegas de aquella localidad y la estuviese molestando.

—En absoluto —le contestó Mónica— nuestro cliente quería que cerrásemos el trato con una buena cena, pero he alegado que llevaba varios días durmiendo poco y que si no me recuperaba, al día siguiente no iba a ser persona. Ha insistido un poco pero al final lo ha entendido.

—Por lo que oigo, te ha salido bien la entrevista con tu cliente.

—¡No ha estado nada mal! He conseguido un nuevo contrato. No muy grande, pero mi empresa llevaba meses detrás de firmar algo con este cliente. Cuando le demuestre como trabajo, seguro que iré ampliando el negocio. Ahora me voy a acercar a su oficina para que me firme unos papeles.

—Pues si esta mañana me sale así de bien mi entrevista, te invito a celebrarlo por la noche. — Sergio hizo una leve pausa y añadió—. Si una chica tan maravillosa como tú, no tiene la noche ocupada.

—Espera, que mire mi agenda. Uhm..., has tenido suerte, hoy casualmente la tengo disponible —estaba claro que Mónica se estaba divirtiendo con la situación.

—Pues esta tarde nos vemos. ¿A qué hora llega tu vuelo?

—Sobre las cinco, ¿vas a venir a buscarme? —preguntó ilusionada.

—Por supuesto. Una vez que acabe con la reunión de la mañana, no tengo más compromisos, o sea que tengo la tarde libre, para ir a por ti, y si te parece bien, damos una vuelta.

—Me parece un plan estupendo.

—Pues a trabajar y hasta la tarde.

—Igualmente. ¡A por ese contrato y nos vemos luego!

Cuando Sergio colgó el teléfono se quedó pensativo. Por una parte Mónica le parecía una chica fantástica: guapa, inteligente, independiente y divertida. Es decir la mujer ideal para hacer feliz a cualquier hombre. Debido a su trabajo y como sabía que le era muy difícil mantener una relación estable, el planteamiento general de sus salidas con mujeres era superficial y no iba más allá de salidas esporádicas con chicas que no buscaban relaciones a largo plazo. Hacía tiempo que Sergio no se encontraba tan a gusto en presencia de una mujer y le daba la sensación, de que a Mónica por su forma de comportarse, le empezaba a pasar algo similar.

Por otra parte Sergio sabía que cuando se acabase su investigación, él desaparecería de su vida e iría en busca de otros casos, en otras ciudades. Normalmente dejaba que en situaciones similares las relaciones con las mujeres fluyesen a la velocidad que ellas querían y cuando desaparecía no le daba más importancia, porque generalmente había sido satisfactorio para ambas partes, ya que él nunca generaba falsas expectativas y en la actualidad casi nadie quería compromisos a largo plazo.

Apartando esos pensamientos de su cabeza, se dispuso a conocer a su cliente, ver qué pinta tenía el caso y si le convenía o no aceptarlo. En unos minutos hizo una copia de seguridad de los ficheros de su portátil a una llave del tipo donde había sustraído los ficheros, se vistió para la ocasión con un traje azul de ejecutivo, de marca muy cara y bajó a la calle a por un taxi que le llevase a las oficinas de SoftPlay, Inc. Después de un breve trayecto por las congestionadas calles de Nueva York llegaron a su destino. Pagó al taxista, echó una ojeada a la hora en su reloj de pulsera de marca cara y conocida a juego con el traje y con paso tranquilo atravesó el *hall* de edificio.

Se paró delante del mostrador de recepción en donde el vigilante de seguridad le preguntó con voz indiferente:

—¿A quién viene a ver?

—A Carl Murray, presidente de SoftPlay, Inc.

—¿Tenía cita previa?

—Por supuesto. A las once de la mañana. Es decir dentro de cinco minutos.

El guarda siguió indiferente con el procedimiento habitual.

—¿Ha estado usted antes aquí? Es por si tenemos su ficha en el ordenador.

“Si tú supieses, de mi excursión de ayer”, pensó Sergio mientras respondía:

—No, no he estado en mi vida en este edificio.

—Por favor, enséñeme alguna documentación para que registre su entrada.

—¿Es suficiente el pasaporte?

—Sí señor.

Cuando el guardia de seguridad, terminó con el registro le dio una tarjeta de visitante.

—Cuando salga, por favor me la devuelve. Para subir a la planta veinte, tiene que coger el ascensor cuatro que está por aquel pasillo a la derecha —le indicó el guardia señalando el sitio

con la mano.

—Muchas gracias.

Sergio avanzó hasta uno de los ascensores, que en esos momentos estaban en la planta baja, observando donde se hallaban ubicadas las cámaras de seguridad y hacia donde apuntaban. Se introdujo en el ascensor y pulsó la planta veinte. Era rápido, por lo que no tardó mucho tiempo en alcanzar su destino. Cuando salió al pasillo de la planta en el pasillo, se hizo el despistado, demorándose, leyendo los carteles de las puertas, simulando que verdaderamente no había estado nunca allí y que no sabía cuál era la entrada adecuada.

Ya ante la puerta de SoftPlay, Inc. se detuvo y pulsó el timbre. A los pocos segundos el videoportero junto a la puerta emitió un zumbido al ponerse en marcha y se oyó una voz que emergía de la misma y que educadamente preguntaba:

—Buenos días. ¿Que deseaba?

—Soy Michael Johnson y tenía una cita a esta hora con Carl Murray.

—Un segundo por favor.

Al cabo de unos instantes, cuando la recepcionista verificó la cita, se le oyó decir:

—Pase por favor señor Johnson.

Sonó un leve chasquido al accionarse la apertura de la puerta y Sergio pasó al interior de las oficinas donde la recepcionista ya se acercaba hacia él.

—Sígame por favor. El señor Murray le está esperando en su despacho.

Sergio aprovechó para echar un vistazo a la luz del día a la oficina, mejor que el que había tenido oportunidad de hacer la noche anterior. Por la decoración desplegada, llegó a la conclusión de que había tenido razón en sus primeras impresiones. La compañía utilizaba ese local con fines comerciales. Los muebles eran de madera, elegantes y de buen gusto, en vez de los típicos muebles blancos y funcionales que hubiese habido si fuese una oficina operativa. Daba la sensación además de que allí solo se encontraban los despachos de la alta dirección y el departamento comercial.

Sergio siguió a la recepcionista que avanzaba a buen paso, hasta el despacho del presidente. Le abrió la puerta y le indicó que pasase. En el interior Sergio vio a una persona de unos cincuenta años que se dirigió hacia él tendiéndole la mano. Carl Murray era una persona de color, tenía una altura de un metro ochenta, corpulento, derrochaba energía y vitalidad y se movía con un porte elegante, acentuado por el traje y zapatos que llevaba. Ambos eran de corte clásico, probablemente italianos y presumiblemente caros. Daba la imagen del hombre que está acostumbrado a dirigir firmemente una empresa y a su personal.

—Buenos días. ¿Qué tal ha ido el viaje?

—Estupendamente. Sin ningún percance digno de reseñar —respondió Sergio, sin aclarar que no acabada de llegar y que ya llevaba un día en Nueva York.

Notaba que a su vez Carl Murray, le observaba detenidamente intentando averiguar qué tipo de hombre era Sergio. Sus inteligentes ojos intentaban analizar su expresión y cualquier ademán o gesto que realizaba. Como la recepcionista permanecía todavía en la puerta, esperando alguna indicación, Murray le preguntó:

—¿Desea un café? ¿Quizás un refresco?

—Un poco de agua será suficiente, gracias.

—Alison, ten la amabilidad de traernos un botellín de agua para el señor Johnson y un café

para mí. Y por favor no me pases ninguna llamada y que no nos moleste nadie.

—Si señor Murray —respondió solícita la recepcionista.

Independientemente del trato formal, se apreciaba que Carl Murray era amable con sus empleados, lo que a Sergio le pareció positivo. Odiaba a los directivos prepotentes a los que les gustaba dejar bien claro a qué parte del escalafón pertenecía cada uno en todo momento.

—Si le parece, sentémonos ahí que estaremos más cómodos.

Dijo esto, encaminándose hacia una gran mesa de reuniones rodeada de varios aparentemente confortables sillones de cuero desde donde se debía realizar la gestión de la empresa entre Carl Murray y su comité de dirección.

—Independientemente de que lleguemos a un acuerdo, me parece más cómodo y agilizaremos la conversación si nos dejamos de tratar con excesiva formalidad. Llámame Michael.

—Me parece perfecto. Llámame Carl.

—Bueno, tú dirás que ocurre y que deseas de mis servicios.

—Se me hace raro el mantener este tipo de conversación, jamás me había encontrado en una situación como esta y a pesar de haber negociado con gente diversa sigue pareciéndome extraño el que esté sentado aquí contigo.

—Eso solo significa que no lo has necesitado antes y eso es muy, muy bueno —comentó Sergio intentando hacer que el comienzo de la conversación fuese más sencillo.

La situación que se estaba produciendo era frecuente y repetitiva para Sergio. No era fácil que el dueño de una empresa se sentase ante un desconocido y le confesase que debido a una equivocada vigilancia o protección de un secreto empresarial, éste había quedado al descubierto dejando a su compañía expuesta a perder la ventaja que el secreto le iba a dar en la carrera competitiva de la industria moderna.

Si no se solucionaba a tiempo, aquello acarrearía generalmente una pérdida ingente de dinero, imagen corporativa e inevitablemente el hacer el ridículo en los círculos en los que se movía. Hablar de todo ello se hacía cuesta arriba a personas acostumbradas al poder y a tener todo bajo control. Una de las virtudes de Sergio, era que en aquellos momentos se comportaba como un auténtico relaciones públicas.

—No hace falta que de momento me des todos los detalles. Si prefieres me vas contando datos generales y si consideras que soy la persona apropiada profundizamos más en el tema.

—Bueno la verdad es que para mí esta es la primera vez, y que al no tener experiencia en estos casos, no tengo claro cómo se plantean estas negociaciones. Además la contratación de personas o empresas que presten servicios como los tuyos, no se hacen a través de los anuncios de prensa. Es más, no conozco a nadie más que lo haga. Contacté contigo gracias a que hace unos días estaba desesperado contándole mi caso al único amigo íntimo al que me atreví a comentarle la situación en que me encuentro, y él casualmente había sido cliente tuyo.

—Me alegra de que toques este tema. En mi profesión, en la que nos dedicamos a manejar y vivir de los secretos, es imprescindible el ser muy estricto con la seguridad propia y la de nuestros clientes. Antes de seguir adelante necesito conocer el nombre de la persona que te suministró la forma de ponerte en contacto conmigo.

—Es Marc Phenton de Phenton Steel Industries.

—Respuesta correcta. ¿Qué tal está?

—Estupendamente, te envía recuerdos y una vez más las gracias. Debido a la favorable

resolución que hiciste de su caso, pudo sacar a tiempo al mercado su producto, su empresa ha prosperado y está ganando una fortuna.

Sergio era especialmente escrupuloso en lo tocante a la seguridad, por lo que solo trabajaba en casos en los que la persona o empresa que requería sus servicios venía recomendada por un antiguo cliente. Hasta la fecha el método no le había fallado y no andaba precisamente falto de empresas que requiriesen sus servicios, por lo que no tenía sentido alterar su manera de aceptar los trabajos. A cada cliente le había regalado al finalizar con éxito su caso, una pequeña calculadora de las dimensiones de una cajetilla de tabaco con la mitad de espesor. Las instrucciones que les había dado era que cuando algún amigo de su confianza, lo que era requisito indispensable, estuviese en algún problema parecido al suyo debían introducir la fecha en la calculadora y está les suministraría un código irrepetible que Sergio reconocería como suyo.

Este código tenía una validez de veinticuatro horas y antes de ese plazo había que introducirlo en una página web junto con los datos de contacto necesarios para que Sergio conociese algo del caso y poder ponerse en contacto con el presunto cliente. Entre la información que solicitaba, el dato más sensible era el de valoración estimada de la pérdida producida por la sustracción del bien o secreto profesional, ya que últimamente con la cantidad de trabajo que tenía era el parámetro que mejor determinaba la importancia del caso y si debía o no hacerse cargo de él. Además en proporción a este valor él establecía sus honorarios.

En función del código, Sergio conocía perfectamente quien era el antiguo cliente que lo había suministrado. El hecho de preguntárselo a Carl, no tenía otro objeto que validar lo que ya sabía. En algunos casos esporádicamente y si lo consideraba oportuno, se ponía en contacto con el suministrador del código, para obtener información adicional.

—Bueno, empecemos con lo que ha pasado a mi empresa. Sería infantil por mi parte comentarle que lo que te voy a contar, es absolutamente confidencial y no debe salir de estas paredes.

—Como comprenderás, si lo hubiese hecho en alguna ocasión hoy no estaría en esta mesa delante tuya.

—¡*Touché!* Lo siento. Es que no me acostumbro a que esto me haya pasado.

—No te preocupes, comprendo tu situación. La he visto en innumerables situaciones.

Carl Murray, respiró hondo demostrando una vez más lo que le costaba empezar lo que él entendía como una confesión de su baja efectividad a la hora de proteger sus secretos.

—Como sabes, mi empresa se dedica a la construcción de microprocesadores comunes a diferentes dispositivos. Sistemas de control para aviones, coches, barcos, sistemas industriales y un largo etcétera.

—Por lo que he estado ojeando, la evolución de tu empresa ha sido favorable en los últimos diez años.

—Sí, hemos tenido suerte en nuestros descubrimientos técnicos y una magnífica labor de nuestro departamento comercial que ha conseguido introducir nuestros microprocesadores en diferentes industrias de diversos países.

—No creo que en el aspecto técnico, solo haya sido suerte —comentó Sergio.

—No, la verdad es que la suerte ayuda, pero sin un equipo de ingenieros como el que tenemos no se consigue nada. De todas formas como bien sabrás hay muchos inventos fabulosos que se quedan en la oficina de patentes porque nadie cree en ellos o porque no se tienen los suficientes

medios para promocionarlos o venderlos.

—Sí. Eso es cierto —asintió Sergio con la cabeza.

—Los comienzos de nuestra empresa fueron duros —añadió Carl y por un momento su cara reflejó una cierta mirada hacia el pasado y cierta nostalgia por los momentos vividos— y los que sobrevivimos a ellos, tenemos presente que aunque ahora pasamos momentos de bonanza, no debemos relajarnos en nuestro quehacer diario. Procuramos no hacer apuestas arriesgadas en los negocios y asegurar bien en qué inversiones nos introducimos para no perjudicar el valor de nuestras acciones en bolsa.

—Pero... —dijo en voz suave Sergio, haciendo de puente para que viendo lo que le costaba centrar la conversación reanudase su historia.

—Una empresa de carácter tecnológico como la nuestra no puede vivir permanentemente de las rentas de los inventos pasados, por lo que debe combinar los ingresos de los dispositivos que tiene en el momento presente con el diseño de nuevos prototipos que surtan al mercado en tiempos venideros. Dentro del mundo de la electrónica se le denomina renovación tecnológica y es inevitable para la buena marcha del negocio. Estamos obligados a ofrecer a nuestros clientes mejor tecnología, más diminuta y al mismo precio que la anterior, para que en la disputa con nuestra competencia sigamos avanzando.

—Lo describes como una guerra de guerrillas: técnica y comercial.

—Desgraciadamente es así —dijo Carl con unos gestos que indicaban que no se sentía particularmente orgulloso de ello.

—Tengo que darte la razón. Desgraciadamente también en eso se basan las necesidades de mis clientes.

Carl Murray, bebió un sorbo de su taza de café, momento que aprovechó Sergio para beber también su vaso de agua y servirse otro. Carl mirando el fondo de su taza reanudó su conversación y por el tono de la misma Sergio se percató de que estaban llegando a la parte principal de la misma.

—Hace unos meses mientras uno de nuestros ingenieros trabajaba en el desarrollo del nuevo prototipo de uno de nuestros microprocesadores, al cambiar por error el diseño de varios de los transistores, dimos con un microprocesador que no servía para los fines que pretendíamos ya que la medida en los valores que nos daba en el aspecto de control no eran los que buscábamos. Normalmente los productos defectuosos antes de arrojarlos a la basura, se analizan por el departamento de control de calidad con un conjunto exhaustivo de pruebas de laboratorio con el fin de evitar caer en los mismos errores en el futuro y así aumentar nuestro fondo de conocimiento. Ya sabes, hay que aprender de lo bueno y de lo malo.

—Así es. Como nos recuerda frecuentemente el dicho popular: “nadie escarmienta en pellejo ajeno” —parafraseó Sergio.

—Pues bien —continuó Carl— dentro de los test se analizan un montón de cualidades de los microprocesadores. Encontramos que en los análisis referentes a comportamiento gráfico los valores obtenidos eran sorprendentes.

—¿Cuánto de sorprendentes? —preguntó Sergio.

—Cien veces más rápidos que los procesadores gráficos actuales.

—¡Uau! —exclamó Sergio.

—Sí, eso mismo fue lo que pensamos nosotros. Para ver que no estábamos equivocados

repetimos varias veces los test y añadimos otros enfocados exclusivamente a análisis gráfico. Los resultados no arrojaron dudas, habíamos descubierto un potente microprocesador gráfico.

—¡No está nada mal!

—Sí, pero no es lo mismo las prestaciones de un microprocesador en el laboratorio sometido a pruebas específicas del fabricante, que su puesta a comercialización. Nuestro microprocesador se calentaba demasiado y no aguantaba más de una semana trabajando en continuo.

—Es decir había que pulir el invento.

—¡Eso mismo! Vimos que las posibilidades eran inmensas. Las empresas de videojuegos ganan miles de millones de dólares cada año con la venta de consolas, así como los vendedores de tarjetas aceleradoras gráficas para ordenadores personales también dedicados a juegos. Además podíamos cubrir adicionalmente un segmento menor aunque también lucrativo, como es el de tarjetas gráficas para ordenadores utilizados en diseño industrial, arquitectura y decoración. ¿Sabes cuál es el motor de todas estas tarjetas y videoconsolas?

—Sí. El microprocesador gráfico.

—¡Eso es! Lo que nosotros pretendíamos era suministrar procesadores gráficos a aquellas empresas que nos lo solicitasen.

—*A priori* parece un buen negocio.

—¡Buenísimo! Nuestras expectativas más conservadoras estimaban unos beneficios anuales superiores a los de los últimos cinco años y probablemente en aumento.

—¿Y...? —preguntó Sergio.

Carl se sirvió otro café, antes de proseguir. Sergio apreció que la historia que le estaba contando la había vivido su interlocutor intensamente.

—Como te iba diciendo, seguimos trabajando en la mejora del microprocesador hasta que conseguimos que los análisis nos determinasen con escaso margen de error que su vida útil iba a superar los cinco años de trabajo en continuo, tiempo más que aceptable para un microprocesador de estas características. Terminada esa fase, era necesario desarrollar un *software* que fuese capaz de aprovechar todas las capacidades del microprocesador.

—Así venderíais a los fabricantes de tarjetas y videoconsolas el conjunto completo, para que el desarrollo que ellos tuviesen que hacer fuese mínimo y a su vez aumentase su rentabilidad.

—Correcto. Además decidimos introducir el *software* en el interior del microprocesador mediante un proceso complejo, lo que haría más indivisible su unión y más difícil de copiar. Hoy en día hay que desarrollar los componentes pensando que tu competencia va a desmontar pieza a pieza tus dispositivos para intentar saber cómo están contruidos y apropiarse de la tecnología que tus competidores requieran.

—Es decir al introducir el *software* complicabais a vuestros competidores el que pudiesen copiar vuestro invento.

—Sí. Además diseñamos el microprocesador de tal forma que si alguien intentaba abrirlo, el componente en donde residía el *software* se destruía y por lo tanto fuese imposible acceder al mismo.

—Lo teníais todo bien pensado.

—Eso creíamos nosotros. Tomamos todas las precauciones que se nos ocurrieron separando totalmente los equipos de desarrollo del *software* y del *hardware*. Es más, los separamos geográficamente.

—Explícame eso mejor. Por favor.

—Decidimos que el proyecto debería mantenerse en el más absoluto secreto debido a la importancia del mismo para el futuro de nuestra empresa y la pérdida material que ello nos supondría, si alguien se hacía con nuestro invento.

Carl se paró un momento en su relato y un suspiro de resignación se le escapó involuntariamente. Sergio creyó adivinar que por su mente pasaba el hecho de que a pesar de haber tomado las medidas de seguridad que consideraron necesarias, éstas al final no habían surtido efecto. Siguió prestando mucha atención y demostrándoselo con su actitud a su interlocutor.

—Dentro de las medidas iniciales que tomamos —prosiguió Carl— como acabo de mencionar estuvo la de separar el desarrollo del *hardware* del *software*. La parte del *hardware*, en la cual éramos más expertos, decidimos que se haría en el laboratorio que nuestra fabrica tiene a cien kilómetros de aquí. La parte del *software* después de tener varias reuniones internas de nuestro comité de dirección barajando diferentes opciones, acordamos encargársela a un equipo experto en programación de microprocesadores gráficos. Esto acortaría el tiempo de desarrollo, no ocuparía recursos internos de la empresa y mejoraría la calidad del producto final. Además nuestras estimaciones del coste del trabajo eran parecidas a desarrollarlo internamente.

—Entonces se decidió definitivamente el que vuestra empresa externalizase la realización del *software*. ¿A quién subcontractasteis el trabajo? —preguntó Sergio.

—Siempre que encargamos labores de este tipo a proveedores lanzamos una oferta a los que consideramos adecuados para el proyecto con el fin de obtener diferentes alternativas y precios. Mediante un proceso de selección muy exhaustivo se van desbrozando las diferentes cualidades de cada oferta y obteniendo lo mejor de cada una de ellas. En ocasiones, como en este caso, lo realizamos en varias fases. En la primera de ellas, reunimos en un documento los mejores aspectos de cada una de las ofertas, lo enviamos y recibimos su respuesta. Después descubrimos nuevas funcionalidades en las ofertas que nos entregan los proveedores que nosotros no habíamos tenido en cuenta. Redactado un nuevo documento con los requerimientos se lo hacemos llegar y ellos nos envían una segunda propuesta o tercera. De la revisión pormenorizada de estas iteraciones obtenemos la opción definitiva elegida.

—¿Cuánto tiempo os llevó la selección del proveedor? —inquirió Sergio.

—Cuatro semanas —respondió Carl—. Teníamos prisa por continuar con el proyecto, pero sabíamos que no debíamos tomar una decisión equivocada por precipitación. Al final decidimos adjudicar el desarrollo al profesor Bjarne Haavio y a su equipo.

—¿No es un genio finlandés, con excelente reputación en el mundo de los cálculos de movimientos simulados por ordenador y renderizado de imágenes?

—Precisamente —contestó Carl. Se notaba por la expresión de su rostro que le había sorprendido el que Sergio estuviese al corriente de esa parte del mundillo tecnológico—. ¿Conoce al profesor?

—No personalmente, pero si he leído varios artículos suyos.

—Curioso. No es un tipo de lectura habitual que aparezca en las revistas de los kioscos —añadió Carl.

En este punto de la conversación dio la sensación de haberse generado un punto de inflexión. Hasta este momento, Carl había ido contando la historia despacio y sin mucha convicción de que Sergio hubiese seguido los detalles técnicos, es decir con el tipo de actitud con la que se trata a un

neófito en la materia. El hecho de mencionar que leía artículos técnicos del calibre de los que escribía Bjarne Haavio, había servido para que Carl cambiase radicalmente su opinión con respecto a Sergio.

—Así, que decidieron contratar a Bjarne Haavio y a su equipo —dijo Sergio para que Carl retomase la conversación.

—Así es. Después de rechazar al resto convocamos una reunión en donde estuvimos repasando con él los diferentes aspectos de la oferta y matizando algunos puntos de la misma. ¿Desea una copia del documento y conocer el detalle de la misma?

A pesar del ofrecimiento del que hacía gala Carl, Sergio creyó por el aspecto de su rostro que no se sentía comfortable con entregar a un extraño al que todavía no había contratado, documentos confidenciales de su empresa. Sergio considerando que no era necesario hacerle pasar por aquel mal trago en ese momento, se lo hizo saber.

—Gracias por tu confianza, pero creo que en este momento no es relevante para conocer el argumento general de lo que ha pasado.

—De acuerdo. Sí que es necesario que conozcas que con el fin de mantener el más absoluto secreto durante el desarrollo del *software*, tomamos medidas muy estrictas de confidencialidad y salvaguarda de la información. Para ello como te he mencionado anteriormente decidimos separar geográficamente los dos desarrollos. Pues bien, el desarrollo del *software* se realizó en Turku.

—¿Eso no es Finlandia?

—Sí, decidimos hacerlo en el país de Bjarne Haavio. Geográficamente estaba lo suficientemente lejos. A su vez el profesor y su equipo trabajarían con su calidad de vida habitual, lo que generaría menos tensiones. También por seguridad, alquilamos una nave industrial prácticamente blindada, en las afueras de la ciudad, tecnológicamente acondicionada pero sin comunicaciones exteriores de voz o datos. Estaba prohibida la utilización de móviles y un equipo de seguridad especializado, además de velar por la seguridad del edificio y del personal, verificaba a la entrada y salida del personal que nadie se llevase información: ni en papel ni en soporte magnético.

—La gente ¿no se sintió molesta?

—Antes de su participación en el proyecto se les explicó que era necesario. Además cobraban un plus por ello. No hubo ningún problema.

—¿Quiénes conocían la globalidad del desarrollo?

—Por parte del equipo de Bjarne Haavio, solo él y su director técnico Hauser Trans. Ellos dividían el desarrollo en módulos para que cada persona del equipo de desarrollo solo tuviese en su poder trozos inservibles aislados. La unión de los diferentes módulos según las especificaciones dadas, y las pruebas de rendimiento y calidad las hicieron solamente entre ellos dos.

—En el aspecto de seguridad, parece que estaba bastante bien diseñado.

—Para lo que nos ha servido. Bueno..., sigamos —añadió con resignación—. Hace un mes y sobre la planificación prevista se acabó tanto el desarrollo del microprocesador, como del *software*. Era el momento de juntar todo y analizar el resultado final. Se envió el programa de *software* desde Finlandia en trozos separados, criptografiados y por diferentes medios al laboratorio de nuestra fábrica: correo ordinario, mensajería e Internet. Allí introducimos el *software*, en el microprocesador. Por cierto, para que sepamos de que estamos hablando a partir

de ahora lo denominaré por su nombre en clave “Phylon”.

—¿Cuál fue el resultado?

—Increíble, un veinte por ciento superior al valor estimado inicialmente. Ello nos ponía a la cabeza de los procesadores gráficos, por encima de los valores que los fabricantes actuales esperaban obtener dentro de tres o cuatro años. Imagínese lo que significa estar en el mundo tecnológico tres años por delante de tu competencia.

—Suen a éxito tecnológico y por ende, económico.

—Así, es.

Otra vez el presidente de SoftPlay, Inc. No pudo evitar el que se le escapase una exclamación de resignación.

—Hace doce días terminamos todas las pruebas satisfactoriamente y decidimos pasar al proceso de producción y comercialización. Quisimos aprovechar el que coincidiese con que hoy es el décimo aniversario de la empresa, para celebrar con ese motivo una fiesta a la que estuviesen invitados los presidentes y máximos ejecutivos de las empresas fabricantes de videoconsolas y tarjetas aceleradoras gráficas. Los invitados de fuera de la empresa no saben la sorpresa que les vamos a dar, ya que queremos analizar el impacto que les va a causar y ver sus reacciones ante la misma. Al enterarse todos a la vez, nadie nos puede acusar de favoritismos y el verse los unos a los otros les provocará una sensación de urgencia en la carrera de ser los primeros en hacerse con el producto.

—Por decirlo de alguna forma, les trata a todos igual para que no haya suspicacias y lo que verdaderamente les está indicando es que se den prisa. Que la subasta por el premio gordo va a empezar y que debieran ir tomando posiciones.

—¡Eso es! —añadió Carl—. Pero nos hemos quedado compuestos y sin novia.

—¿Puede explicarse mejor? —preguntó Sergio.

—Sí. Después de la verificación de las pruebas y para enseñarlos en la fiesta, trasladamos por separado un prototipo del microprocesador y otro del “Phylon” a este edificio. El procedimiento de inserción del *software* en el microprocesador también es complicado y secreto, por lo que al tenerlos por separado, confiábamos en mostrarlo en la fiesta sin riesgo. El microprocesador lo guardamos en una caja fuerte en el sótano de este edificio que anteriormente era un banco. Cuando se convirtió en oficinas se mantuvo la caja fuerte, alquilándola a aquellas empresas que desearan salvaguardar algo en su interior. Pues bien, hace cinco días, no sabemos quién, solo que eran un equipo de profesionales, se introdujo en el edificio, abrieron la caja fuerte y se llevaron de la misma nuestro microprocesador. A la policía le hemos dicho que se llevaron unos componentes electrónicos importantes, pero sin darles ninguna explicación adicional. Y esta es la situación actual. Nos han robado el prototipo del mejor microprocesador gráfico de la historia.

—Teniendo en cuenta que no tiene nada para enseñar a sus presuntos compradores, ¿va a suspender la fiesta y por lo tanto la presentación del nuevo microprocesador?

—Imposible. Eso echaría por tierra nuestro trabajo, nuestro prestigio y nuestra credibilidad. Nadie volvería a creer en nosotros y las acciones de nuestra empresa caerían en picado en la bolsa.

—Desde ese punto de vista la situación no tiene buena pinta. Por lo tanto vas a continuar con el espectáculo como si nada hubiese pasado.

—Sí. Desde el punto de vista de la presentación no se nos plantea ningún problema. No

pretendíamos hacer ninguna prueba en directo con el microprocesador. Solo íbamos a enseñarlo. El resto era presentar sus características más importantes y una simulación en pantallas de televisión gigantes. Nuestra misión de hoy era poner el cebo. Aquellas empresas interesadas ya contactarían con nosotros y a ellos sí les enseñaríamos el microprocesador trabajando. Por lo tanto desde este prisma no vamos a cambiar nada. En cierto modo nosotros tenemos la jugada ganadora, sabemos cómo desarrollar el *software* y el microprocesador, las instrucciones de fabricación están en nuestro poder, tenemos la fábrica adecuada para hacerlo y esperamos gestionar la patente la semana que viene. Es decir controlamos todo el proceso y podemos fabricar el nuevo microprocesador rápidamente. Unos diez mil unidades por semana.

—¿Entonces dónde reside el problema? —preguntó Sergio.

—En que uno de nuestros mayores esfuerzos a la hora de fabricar el microprocesador era la protección del mismo ante espionaje industrial. Como te he mencionado, habíamos diseñado un complicado proceso para introducir el *software* en el microprocesador y después sellarlo. Nuestra estimación era que nadie antes de veinticuatro meses iba a ser capaz de romper la protección que habíamos conseguido. El microprocesador depositado en la caja fuerte de este edificio, era un microprocesador vacío de *software* y por lo tanto incompleto ya que por sí mismo no funciona, pero en lo que no habíamos caído era que a su vez al estar vacío, dejaba al descubierto nuestro diseño de cómo introducir el *software* y después sellarlo. Es decir la persona que ahora tiene el microprocesador, tiene en su poder, dos de nuestros más importantes secretos: el propio microprocesador y al descubierto el sistema de seguridad entre microprocesador y el *software*.

—¿De qué tiempo disponemos?

—Unos diez días antes de que averigüen para qué sirve el microprocesador y entiendan el proceso de introducción de *software*. Unos ocho meses antes de que tengan un sistema completo de microprocesador y programa. ¿Es triste verdad?, a nosotros nos costó todo el proceso tres años y nuestras ilusiones se pueden trincar en ocho meses —se notaba un deje de amargura en su voz—. Claro que nosotros partimos de cero y no contábamos con un prototipo en perfecto funcionamiento que copiar.

—Me estás diciendo, que si decides contar con mis servicios, ¿tengo entre ocho y diez días para recuperarlo antes de que lo destripen y sean capaces de obtener su diseño y proceso de fabricación?

—Más o menos, el robo se produjo el sábado por la noche y habrán necesitado unos días para llegar a su destino y hacer el canje con quien los haya contratado, por lo que en función de sus expertos y tecnología día más o día menos ese es el plazo del que disponemos. Quien haya sido, va a poner toda la carne en el asador: Si ha llegado hasta aquí pondrá todos los recursos humanos y técnicos necesarios para acelerar el proceso. No tenemos tiempo —añadió levantando la voz por primera vez durante la conversación.

—¿Tiene alguna idea de quién ha podido ser?

—Ni idea. Nosotros somos nuevos en el mundo de los industria gráfica y todavía no conocemos sus entresijos.

—Entiendo, que como medida de seguridad adicional habrá que proteger el *software* del “Phylon”.

—Por eso no se preocupe, ya he tomado mis medidas y está donde nadie creo que lo busque. Adicionalmente vamos a obtener las patentes en aquellos lugares del planeta en donde, no nos

cubra la patente norteamericana con el fin de estar posicionados ante la posible competencia que pueda surgir.

Sergio se levantó de la mesa, y adoptó la actitud que usa una persona cuando necesita estirarse después de un largo rato sentado y decide pasear para tomar una decisión o buscar las palabras adecuadas para explicarse correctamente. Carl, adoptó la pose relajada de aquel que entiende la situación y espera tranquilamente a que el otro esté preparado para dar una respuesta. Este era el momento que Sergio había estado preparando. Tomándose algo más de tiempo se acercó paseando hacia el armario en donde estaba depositado el cubo de Rubik metálico. Cuando consideró que el momento de tensión se estaba alargando más de lo necesario y Carl podía pensar que no encontraba una respuesta adecuada a su pregunta, se dispuso a responderle.

—Usted, es un buen empresario, probablemente uno de los mejores de la industria tecnológica existente en la actualidad. En su vida cotidiana está acostumbrado a enfrentarse a situaciones típicas de un hombre de negocios de su *status*: luchas con competidores, lanzamiento de productos, retos comerciales, apertura de nuevos mercados y otras similares. Pero dentro de esas escenas diarias, no están las de ser objeto de un ataque realizado por uno o más especialistas en asaltar los sistemas de seguridad ajenos. Estás desconcertado y probablemente muy enfadado por tener que enfrentarte a una situación que no controlas. En este momento estás hablando con la única persona con la que has podido contactar y no sabes cómo validar que soy el hombre que necesitas. Evidentemente tienes un problema, ya que estás ante una decisión que debes tomar y no dispones de los parámetros habituales que estás acostumbrado a manejar. Tú deseas recuperar un objeto importantísimo para el futuro de tu empresa en los próximos años y yo me tendré que enfrentar a vete a saber qué retos para hacerlo. Quizás esperes que salga con una demagógica exposición de mis virtudes como especialista en estas tareas y que te intente convencer con mis argumentos verbales esperando que te aporten esa dosis de confianza que necesitas falta para contratar mis servicios. Bueno yo no soy así, porque la situación para mí es muy simple. Tú querías ocultar algo, que alguien te ha robado, y ahora tenemos que encontrar a ese alguien o por lo menos tu procesador. Y, yo,.....

En este momento, Sergio se dio la vuelta hacia el armario dando la espalda al presidente de SoftPlay, Inc., se oyó un leve ruido y cuando se dio la vuelta le enseñó el cubo desmontado en la mano izquierda y el disco duro USB en la derecha.

—... me gano la vida descubriendo cosas que la gente se empeña en ocultar.

El golpe de efecto que había provocado Sergio, había tenido éxito. Carl Murray había abierto la boca y tenía una expresión de asombro en su cara digna de una fotografía. Tardó varios segundos en recuperar el habla.

—¿Cómo lo ha hecho?

—¿El qué? ¿Descubrir el sitio dónde había escondido el *software*? o ¿abrir su caja fuerte? Lo siento pero todavía no me ha contratado para que busque lo que ha perdido. Y como en los trucos de magia, nadie cuenta gratuitamente los secretos de su negocio.

Sergio se acercó al sofá en el cual seguía sentado Carl y depositó en la mesa delante suya, el disco USB.

—Como se suele decir, la pelota está en su tejado. ¿Qué piensa?

—Que su demostración me ha convencido. Como se suele decir, vale más una imagen que mil palabras. Entiendo que antes de firmar el acuerdo o lo que hagas en estos casos me tendrás que

exponer tus condiciones y yo ver si estoy dispuesto a aceptarlas.

—Como comprenderás el acuerdo que vamos a establecer está basado única y exclusivamente en la confianza, por lo que no va a ver ningún documento firmado que refleje nuestra relación, no nos conviene a ninguno de los dos. Las condiciones bajo las que trabajo son las siguientes. Es probable que sea necesario el moverme con agilidad y sin problemas de dinero, por lo que debiera disponer de dos cuentas bancarias con dos tarjetas cada una: VISA y *American Express*. Con el objeto de que una u otra me sirva en cualquier lugar al que vaya. No voy a gastar más dinero del estrictamente necesario pero ambas cuentas debieran tener fondos no inferiores a treinta mil dólares en todo momento. No me importa a nombre de quién o en qué banco de qué país estén las cuentas, lo que es imprescindible es que las tarjetas funcionen sin problemas para cubrir los gastos derivados de mis investigaciones. En cuanto a mis honorarios como comprenderás no son baratos. En todo mercado, el producto o servicio se rige por la ley de la oferta y la demanda. Que yo sepa solo has encontrado mi oferta. Si tengo éxito en mis averiguaciones y te devuelvo el microprocesador antes de que a tu empresa se le ocasione ningún perjuicio comercial recibiré dos millones de dólares en efectivo y otros dos en acciones de tu compañía.

—Pero... ¡eso es inconcebible! ¿Para qué quieres acciones de mi empresa?

—Si lo piensas bien, lo que estoy haciendo es involucrarme a nivel personal, ya que desde ese punto de vista, consideraré que los ladrones también me han robado a mí. Además asumo cierto riesgo, en vez de cobrarte los honorarios reales en dinero, te cobro más barato esperando que algún día las acciones suban. Es decir, participo en tu proyecto.

En este momento hubo un tenso silencio. Lo que ambos sabían era que si el microprocesador se recuperaba y tenía el éxito que los directivos de SoftPlay, Inc. esperaban, las acciones de la compañía subirían como la espuma.

—Y si, ¿no tienes éxito? —preguntó en voz baja Carl, como queriendo ahuyentar de su mente semejante hecho.

—Nunca hasta la fecha se ha dado el caso, y de nuevo tienes que hacer un acto de confianza sobre que lo que te digo es cierto. Solo conoces mi efectividad en el caso de Phenton Steel Industries y por supuesto, no te voy a poner en contacto con mis otros clientes. De todas formas si eso ocurriera ambos perderemos. En mi caso, solo tendrás que abonarme diez mil dólares por día. Habré perdido mi tiempo y por tanto la oportunidad de trabajar en otros casos que me han ofrecido también estos días y que rechazaré en el momento en que me digas que quieres contar con mis servicios.

—¿Quiere eso decir que debo darte una respuesta ahora mismo?

—No. Esto no es el póquer. Ambos somos hombres de negocios y sabemos que el tiempo es oro y las decisiones hay que tomarlas a tiempo. Mi próximo avión no sale hasta las siete horas de esta tarde, por lo que —mirando su reloj añadió— dispones de ocho horas para decidirte. Mi número de móvil es el 624567834. Te agradecería que me llamasen en cuanto tomes una decisión, sea a favor o en contra. Si decides no seguir adelante, no te preocupes, nunca más volverás a tener noticias mías.

Una vez más se produjo un silencio entre ambos interlocutores. Sergio, se levantó de la mesa, le dirigió una última mirada y se encaminó hacia la puerta.

—Espera —dijo Carl Murray con ansiedad— ambos sabemos que no tengo otra alternativa disponible. Si todo sale bien yo y mi empresa, haremos un gran negocio y lo que me pides no será

una exageración, ni un abuso. Pero me has pillado a contrapié. Jamás nadie me había pedido acciones de mi empresa como moneda de cambio de un servicio y no lo estoy asimilando bien. Creo que si me hubieses pedido ese importe en dinero, no me lo habría tomado así.

—Lo entiendo, pero aunque no te lo acabes de creer en este momento, es la forma en que me gusta involucrarme en los negocios en los que participo. Para mí también sería más fácil el pedirte dinero y cuando acabe desaparecer de tu vista. Pero... —añadió haciendo una pausa— no sería tan divertido. Tal y como pinta el caso, es probable que me juegue el tipo, y por tanto prefiero que sea así. De todas formas si lo deseas, mi oferta de esperar hasta la salida de mi vuelo sigue en pie.

—No, no es necesario —dijo respirando hondo— ya he tomado mi decisión, y no quiero perder más tiempo. ¿Por dónde piensas empezar?

—Me gustaría visitar ya mismo si es posible el lugar del robo. Es decir la caja fuerte del edificio y el camino que siguieron los ladrones, para ver si reconozco el “*modus operandis*”. Además quisiera tener unas fotos del microprocesador que estoy buscando. Tener entre mis manos aunque solo sea unos segundos otro prototipo aunque no sea operativo, con el fin de familiarizarme con él.

—Está bien, lo tendrás todo para dentro de un par de horas.

—Otra cosa, me gustaría acudir esta tarde a la fiesta, para conocer a la gente de este mundillo. Nunca se sabe quién es tu enemigo.

—No hay problema, le diré a mi secretaria que te entregue una invitación.

—Si no te importa, quisiera dos invitaciones. Vendré acompañado para no llamar la atención. Preséntame como un posible interesado en adquirir el producto. Entiendo que estarás muy ocupado con los últimos retoques de la fiesta de esta tarde. Con que dispongas de alguien que sepa cómo se efectuó el robo y me acompañe por el edificio guiándome por la ruta que siguieron, me es suficiente. No deseo quitarte más tiempo.

—Perfecto —y pulsando el interfono que le conectaba con su secretaria le dijo—. Alison, prepara dos invitaciones para la fiesta de esta noche y si está Gordon, el responsable de seguridad que suba.

—Ahora mismo, señor Murray —respondió solícita Alison.

Después levantándose, le dio a entender a Sergio que la entrevista había terminado y se dispuso a acompañarle hasta la salida. Aprovechó para asegurarle que haría todo lo posible para entregarle en la fiesta las tarjetas de crédito con fondos para gastos. Al traspasar la puerta de su despacho, se encontraron a la secretaria, que se acercaba para tomar el relevo de su jefe y llevarlo hasta la salida.

—Señor Murray, Gordon está ahora de servicio y ya sube por el ascensor —y dirigiéndose hacia Sergio añadió—. Aquí tiene sus invitaciones.

—Muchas gracias —respondió cortésmente Sergio.

—¡Hasta la tarde! —añadió Carl mientras cerraba la puerta de su despacho para preparar la celebración.



—Son las seis menos diez. En unos minutos llegará nuestro cliente —dijo el jefe del grupo.

—¿Vendrá con nuestro dinero? —preguntó uno de los hombres.

—Espero que por lo menos con otro tercio —respondió el jefe—. Acordamos que nos

entregaría un tercio al comienzo del trabajo, otro tercio al entregarle lo que hay en esa caja —dijo señalando un pequeño paquete que estaba depositado en una mesita cercana— y el último tercio al finalizar el trabajo.

—¿Crees que cumplirá? —preguntó otro de los hombres.

—En unos minutos lo veremos.

Estaban en el salón de un piso, alquilado como cuartel general para realizar el trabajo que les habían encomendado. El grupo de hombres eran los que habían realizado el golpe en Nueva York que esperaban para cobrar su parte.

Estaban en ese momento jugando a cartas, para pasar el rato hasta que llegase su cliente. Al cabo de unos minutos, a la hora prevista, se oyó llamar a la puerta.

—Abre tú —le dijo el jefe a uno de sus hombres señalándolo con el dedo.

Al ser unos profesionales, a pesar de no esperar ningún ataque por sorpresa, por costumbre se pusieron tensos y echaron mano de las pistolas que llevaban encima. El señalado por el jefe desenfundó también su arma y se acercó sin meter ruido a la puerta principal del apartamento, situándose en un lateral de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja.

—Soy Richard Crancy.

Como era la persona que estaban esperando, abrió la puerta con la mano izquierda mientras ponía la derecha en la espalda ocultando la pistola.

—Pase por favor.

El hombre que cruzó la entrada era alto, atlético e iba vestido con ropa informal. Se movía con tranquilidad a pesar de saber que estaba entre cuatro peligrosos mercenarios.

—¿Habéis cumplido con el encargo?

—Por supuesto —dijo tranquilamente el jefe—. Somos unos profesionales.

—¿Habéis tenido algún problema?

—En absoluto. Ha sido uno de los golpes más sencillos que hemos dado en los últimos tiempos.

—Mejor, mucho mejor. ¿Dónde está mi entrega?

El jefe del grupo cogiendo la caja de encima de la mesa, se la entregó.

—Aquí la tiene. Revise que todo esté correcto.

El visitante abrió la caja y cogió el objeto de su interior, observándolo durante unos instantes con detenimiento.

—Parece que todo está correcto.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó uno de los integrantes del grupo.

Su jefe giró la cabeza rápidamente y mirándolo fijamente le dijo.

—¿Cuántas veces te he dicho que a nuestros clientes no hay que hacerles preguntas?

El hombre agachó la cabeza en señal de disculpa y mirando fijamente al suelo como si ya no estuviese en la habitación no dijo nada.

—Discúlpele —añadió dirigiéndose al visitante, para acto seguido preguntarle—. ¿Ha traído nuestro pago?

El visitante realizó con su mano el movimiento de sacar algo de la cazadora que llevaba. Por acto reflejo dos de los hombres del grupo le apuntaron al pecho y a la cabeza con sus armas.

—Veo que hay bastante tensión y desconfianza en el ambiente.

Cuidadosamente y con únicamente dos dedos, extrajo del interior del bolsillo, una bolsa de terciopelo negro que depositó en la mesa de donde momentos antes había recogido la caja. El jefe del grupo, palpó la bolsa y viendo que había en su interior múltiples objetos, la volcó para que su interior cayera encima de la mesa. Al hacerlo se vio que el contenido de la bolsa eran diamantes.

—¡Fácil de ocultar! ¡Fácil de transportar! ¡Fácil de vender! ¡Me encantan los diamantes! — exclamó contento el jefe del grupo.

—Ahora que hemos cumplido todos con la primera fase. ¿Qué tal va la segunda?

—¡Cómo la primera! Un segundo equipo de mis hombres, está viajando hacia su destino.

—Espero que igual que ustedes cumplan con su parte —dijo fríamente el visitante.

—No se preocupe: somos profesionales —respondió el jefe, al que no le había gustado el tono de voz empleado por su cliente.

—¡Perfecto! Cuando tengan el otro objeto en su poder, me llaman por el método que hemos convenido y vendré con el último pago.

Y dicho esto se dirigió hacia la puerta de salida abandonando el apartamento y dejando tras de sí al grupo de mercenarios.

—Ese hombre es frío como el hielo —dijo uno de los hombres.

—Sí, no me gusta nada. Entra aquí, entre cuatro profesionales armados apuntándole y se pasea entre nosotros tan tranquilo.

—Sí, hay que tener cuidado con él hasta que terminemos el trabajo y nos pague la última entrega.

—Hasta ahora ha cumplido con su parte —añadió el jefe mientras jugaba con los diamantes entre sus manos.



—Usted se llama Gordon ¿verdad? —dijo amablemente Sergio al entablar conversación con el guarda de seguridad.

—¡Sí señor! Gordon Hall para ayudarle en lo que usted necesite. Soy el responsable de la seguridad del edificio durante este turno —respondió solícito el guardia—. ¿Que desea que veamos primero?

—Si le parece, seguiremos la ruta que ellos hicieron desde el principio. ¿Por dónde entraron?

—La policía dijo que no estaba muy claro. Probablemente por alguna puerta del edificio por la que volvieron a salir más tarde. Pero a nosotros nos extraña mucho que ese fuese el camino elegido. Todas las puertas tienen una cámara de videovigilancia y no se registró nada.

—¿Tienen un sistema de grabación que recoja los movimientos realizados por el ascensor en una determinada fecha?

—¡Ni idea!

—¿Lo podrías preguntar?

—¡Por supuesto señor! ¡Ahora mismo! —dijo mientras cogía su transmisor de radio de bolsillo y llamaba al puesto central ubicado en la planta baja— Rourke —dijo a la voz que respondió al otro lado— averigua inmediatamente si los movimientos realizados por el ascensor se graban en algún sitio.

Se oyeron unos ruidos a través del radiotransmisor de alguien que a su vez hablaba con un tercero por teléfono y al cabo de un rato, el tal Rourke, volvió a hablar a través de la radio

manteniendo con Gordon una conversación de unos minutos en los cuales a Sergio le pareció entender que le explicaba algo relacionado con el mantenimiento del ascensor. Al terminar Gordon se dirigió hacia él, comentándole la conversación con su compañero.

—¡Pues tiene usted razón! Sí que existen esos registros. Que han hablado con la empresa que lleva el mantenimiento del ascensor y disponen de un sistema de grabación que se encarga de ello. Me comentan que están almacenados en un ordenador de nuestro centro de control en la planta baja. Me ha dicho mi compañero que el personal de mantenimiento entiende que en un edificio tan alto como el nuestro, los ascensores son un medio de transporte de vital importancia y que es necesario vigilar el más mínimo detalle. Así como en otros edificios de menor altura, los ascensores se revisan por periodos de tiempo, trimestrales, semestrales u otros, en nuestro caso se hace en función de los kilómetros recorridos por dichos ascensores. ¡No tenía ni idea de que esto se llevase así! —dijo en un tono entre sorprendido y curioso—. Desde luego, ¡todos los días se aprende algo!

—No lo dudes Gordon. ¿Podemos echarles un ojo a los datos de la noche del robo?

—Por supuesto, de repente se me ha despertado una tremenda curiosidad.

Otra vez hizo uso de su radio y llamando a su compañero, le dijo:

—Rourke, ¡vete preparando los registros que tenemos de la noche del robo! Vamos para allí. Necesitamos verlos.

Se encaminaron al ascensor bajando a la planta baja, dirigiéndose hacia el centro de control. Estaba situado en un cuarto cuyo acceso se realizaba a través de una puerta lateral en una esquina del enorme *hall* del edificio. Gordon abrió la puerta con una llave de seguridad y una vez dentro, mantuvo la puerta abierta para que pasase Sergio, mientras le preguntaba a su compañero.

—Ya estamos aquí, ¿tienes listo lo que te he pedido?

—He lanzado un informe por la impresora con los datos de esa noche. Un minuto más y estará preparado.

—¿Desea un café mientras esperamos? —le preguntó Gordon amablemente.

—Si no te importa, prefiero un poco de agua, gracias —le respondió en el mismo tono Sergio.

Mientras Gordon se servía un café y cogía de un frigorífico cercano un botellín de agua, la impresora expulsó un par de hojas de papel con múltiples líneas en ellas. Sergio se acercó y las cogió para observarlas, poniendo el listado delante de los dos.

4. Finlandia: desarrollo de *software*

Turku. Miércoles 18, Junio 2014

Madrugó, eligió unos vaqueros y un jersey cómodo para viajar, recogió sus cosas en su maleta y se dirigió al aeropuerto en taxi. Una vez allí recogió los billetes electrónicos que Carl Murray había reservado para él y estuvo en la cafetería haciendo tiempo hasta la salida de su vuelo. Por primera vez en mucho tiempo tuvo cierta sensación de soledad. Tenía un mal gusto en la boca debido a lo acontecido o peor, a lo no acontecido la noche pasada. Decidiendo centrarse en el trabajo, aprovechó el tiempo para repasar los horarios y el plan de viaje. Su primera escala hacia Europa, era Estocolmo en Suecia, donde cogería otro avión de enlace hasta Helsinki, ya en Finlandia. Allí cogería un tren hacia Turku, lugar de residencia del profesor Bjarne Haavio.

Decidió cambiar algo su aspecto, por lo que se dirigió al cuarto de baño más cercano, donde adquirió de nuevo su aspecto informal favorito. Desaliñándose el pelo con los dedos, se sacó la camisa por debajo del jersey estirando las puntas en sentido diferente, dejándolas de forma asimétrica. Para terminar con su caracterización sacó de la mochila unas gafas de concha que terminaron de darle el aspecto de la persona despistada que deseaba aparentar.

Cuando llegó la hora de su vuelo, se dirigió hacia el control de pasaportes. La seguridad en los aeropuertos desde el atentado del once de septiembre del 2001 había aumentado, entrando cada año nuevas medidas en vigor. Actualmente había que enseñar los portátiles y no se permitía llevar consigo envases con líquidos y geles superiores a cien mililitros, por temor a explosivos.

Sergio como viajero habitual conocía las reglas y estaba continuamente al tanto de las reglamentaciones de los diferentes países que visitaba con el fin de evitar problemas y retrasos en sus desplazamientos. Cuando le tocó su lugar en la cola ya había extraído el portátil de su maletín, desalojado sus bolsillos de las llaves, móvil y otros objetos metálicos y los había depositado en una bandeja de plástico que el personal de seguridad le había señalado al efecto. Así mismo se había quitado el cinturón ya que la hebilla de metal solía hacer saltar el arco del detector de metales.

Pasó los controles sin ningún tipo de inconveniente y caminó por los pasillos hasta llegar al avión en donde la azafata le señaló su asiento. Se acomodó el mismo y se dispuso a relajarse mientras durase el vuelo. Debido a lo mucho que viajaba y a lo irregular de su horario, había adquirido la habilidad de dormir y descansar prácticamente en cualquier lugar, horario y medio de

transporte. Se decía así mismo, que con los peligros y urgencias de un trabajo, no se sabía cuándo iba a ser el siguiente momento en que estuviese tranquilo, por lo que había que aprovechar todos los minutos disponibles para descansar. Una mente relajada analiza y decide en poco tiempo, una mente cansada no. Así mismo un cuerpo descansado y preparado ejecuta las acciones más rápidamente.

Durmió plácidamente hasta una hora antes de aterrizar en Estocolmo. Para pasar el resto del tiempo, hojeó la revista que las compañías aéreas depositan en los asientos del avión. El piloto dominaba el moderno aparato a la perfección. El descenso y aterrizaje del avión fueron absolutamente suaves, así como el desplazamiento por la pista a su aparcamiento en un finger. Sergio salió del avión dirigiéndose a la zona de tránsito donde numerosos pasajeros llevaban a cabo las diferentes combinaciones y transbordos entre vuelos, principalmente internacionales. En un panel vio las llegadas y salidas de los próximos vuelos. El suyo hacia Helsinki llevaba retraso, por lo que según indicaban los paneles informativos, no saldría hasta una hora más tarde. Decidió tomarse un café en un kiosco situado en medio de las galerías del *Duty-free*. Mientras esperaba disfrutando del reposo y del café vio cerca una cabina de teléfonos, que le hizo plantearse el llamar a Mónica. Estuvo dándole vueltas a la idea en su cabeza durante varios minutos. El pensamiento iba en contra de su lógica operativa, pero al final decidió llamarla. Unos segundos de conversación serían suficientes se dijo para sí mismo. Echo una moneda y marcó el número de un servidor de comunicaciones telefónicas seguro que le había proporcionado un antiguo cliente. Aunque la infraestructura de líneas y *hardware* necesarias para montar el sistema era complicadísimo, el funcionamiento del mismo de cara al usuario era muy sencillo. Solo era necesario marcar un prefijo de diez dígitos y a continuación el número con el que se deseaba hablar. El prefijo cambiaba a diario, pero era el resultado de unas sencillas operaciones que había que memorizar y después calcular con un simple móvil. Marcó y la línea dio tono de llamada, por lo que esperó y deseó que se estableciese la comunicación. A los pocos segundos oyó su melodiosa y sensual voz, que con tono profesional atendió a la llamada educadamente.

—¿Sí? ¿Dígame? —al habla Mónica Glaría.

—Hola Mónica, necesitaba hablar contigo.

—¿Qué quieres...? —dijo con un deje de voz que denotaba prisa, impaciencia y ganas de colgar.

—Oírte, necesitaba oírte —dejó que un unos segundos de silencio ocupasen el vacío de la línea— no quisiera perder el contacto contigo.

—Yo, yo... —su voz vacilaba— yo tampoco. Ya sé que has tenido que irte por motivos de trabajo, pero esperaba estar unos días en tu compañía y has desaparecido como en un suspiro. Lo siento soy temperamental y no me ha gustado nada.

—¡Por favor! ¡Por favor! —dijo Sergio adquiriendo un tono suplicante—. ¿Tengo alguna esperanza de que me hagas caso si vuelvo con un buen regalo antes de cuatro días?

—Uhm, no sé —aunque su tono algo más relajado, le dejaba albergar a Sergio ciertas esperanzas—. Mi límite de espera está en tres días. Nunca he llegado a cuatro y eso con personas atractivas y bastante interesantes. Yo en tu lugar no confiaría en que te estuviese esperando a tu vuelta.

—Si añadimos una fiesta y un vestido. ¿Voy mejor para conseguir añadir ese cuarto día?

—Uhm, no sé, no sé... —respondió Mónica dejando pasar el tiempo.

Sergio ya veía que las cosas iban girando a su favor, aunque había que poner algo más para que la balanza se inclinase definitivamente de su parte.

—Vestido Dior, zapatos de Manolo Blahnik y la cena donde quieras. —Sergio pensó que iba a ser la cita más cara de su historia, pero estaba dispuesto a salirse con la suya.

—Por lo que veo, estás sinceramente interesado en salir conmigo —dijo Mónica con cierto asombro y orgullo a la vez en su voz.

—¿Qué más pruebas necesitas?

—La promesa de permanecer unos días en Nueva York sin huir de la ciudad en cuanto me confíe.

—¡Prometido!

Aunque Sergio sabía que era una temeridad en medio de un caso tan complicado como el que llevaba entre manos la promesa que acababa de realizar a Mónica, estaba dispuesto a intentar cumplirla.

—¿Prometido de verdad? —por lo visto Mónica necesitaba la confirmación—. ¿Con todo? ¿Dior? ¿Blahnik? ¿y el resto?

—Prometido. El lote completo.

—Espero que cumplas. Hasta dentro de cuatro días —añadió Mónica y colgó.

Sergio se encontró con el teléfono sin comunicación entre sus manos y miró el display de la cabina. Cuatro minutos de comunicación. A pesar del servidor de comunicaciones seguro, había sido un tiempo excesivo. Aunque había sido descuidado no creía que nadie estuviese espiando a Mónica. De todas formas, después de haber mantenido la conversación con ella se había quedado bastante más tranquilo, por lo que volvió a centrarse en el caso. Colgó el teléfono y se fue al kiosco a tomarse otro café.

Al rato anunciaron desde megafonía que ya se podía proceder al embarque desde la puerta asignada. Se encaminó a la misma y procedió a subirse al avión de su siguiente vuelo. Se acomodó en su asiento y realizó el resto del viaje tranquilamente. Una vez atravesado los controles de policía y aduanas en el aeropuerto de Helsinki, preguntó en el primer mostrador de información que se encontró como se podía subir a un tren hacia Turku. Resultó que en el mismo aeropuerto había una estación en la que se podía coger un tren hacia su destino.

Aprovechó las cuatro horas de tiempo de espera antes de subirse al tren para ir al servicio de caballeros de la estación y cambiar de nuevo su aspecto. Se peinó con gomina, se cambió las gafas por unas metálicas, se puso una cazadora de corte moderno encima del jersey y adoptó un aire de consultor informático de empresa multinacional. Contempló su nueva imagen en el espejo y quedó complacido. Para matar el resto del tiempo estuvo leyendo el cuadernillo que había imprimido sobre SoftPlay en Nueva York.

Se acercó al andén de su tren, se sentó en un banco y se puso a mirar con aire de concentración, su *smartphone* como si estuviese leyendo los correos electrónicos de su empresa. En el último momento, por si alguien lo estuviese vigilando adoptó el aire de aquel que pierde el tren y se dirigió corriendo hacia su vagón. En el momento de abordar el vagón se volvió disimuladamente para observar algún movimiento delator de alguien que lo estuviese siguiendo. Satisfecho de no haber visto nada raro, se acomodó en su asiento.

El tren era moderno, del tipo de alta velocidad y el viaje se realizó sin retrasos. Estaba teniendo un viaje cómodo y hasta el momento según los horarios previstos. A pesar de las horas

de viaje, estaba relativamente descansado. Eran las nueve de la noche cuando llegó por fin a Turku. En la estación cogió uno de los escasos taxis que había a aquellas horas y le pidió al taxista que le llevase al hotel que le habían reservado.

Una vez dentro del hotel comprobó que era el típico hotel de negocios en donde las estancias eran de uno o dos días, nadie conocía a nadie y nadie hacía caso de nadie. Pidió su habitación, subió a la misma y una vez en ella, se dio una ducha para relajarse del largo viaje. Una vez seco y encima de la cama, decidió que iba a dormir las horas justas para despertarse a primera hora de la mañana. No disponía de mucho tiempo y el reloj seguía corriendo a favor de los competidores de Carl. Desayunaría, se vestiría e iría a visitar al profesor Bjarne Haavio en su despacho de la Universidad. Con un último pensamiento hacia Mónica se durmió plácidamente.

Cuando sonó el móvil, se despertó, se duchó, recogió sus cosas y bajó al *buffet* a desayunar. Tomo unos huevos con bacon, un poco de fruta y un café. En un cuarto de hora estaba abandonando el hotel. Prefirió caminar un par de manzanas para estirar las piernas y coger un taxi posteriormente.

La mañana era fresca pero con sol, lo que daba luminosidad a la ciudad. El tráfico en la calle del hotel era fluido y no tardó en aparecer circulando en su sentido un taxi, al que hizo señas para que se detuviese. Ya en el taxi, le indicó que se dirigiera a la calle Kotikatu número dos, lugar donde se encontraba la universidad donde el profesor daba clases. Llegaron en veinte minutos y cuando el taxista le indicó que ya estaban cerca Sergio le dijo que avanzase un par de manzanas más allá de la entrada principal.

Se bajó del taxi y se dirigió caminando lentamente hacia la universidad, una vez dentro del *hall* principal, se ladeó la gorra que llevaba ocultándose el rostro. Adquirió cierto andar de persona despistada y se acercó al mostrador de información, preguntando a la empleada que se hallaba al cargo del mismo:

—Buenos días —preguntó amablemente aunque con una voz de persona perdida— ¿me podía indicar dónde se encuentra el departamento de Informática Aplicada?

—¿Entiendo que se refiere usted al departamento de Ingeniería Informática? —indicó la empleada.

—Probablemente. Es la primera vez que vengo aquí. Soy de una empresa de mensajería y me han encargado entregar una carta. ¿Por dónde se va al departamento ese?

—Es el departamento que se encuentra a la derecha del gimnasio. Salga al patio interior de la derecha por ese pasillo, siga todo recto y gire en el tercer bloque. A la derecha está el gimnasio, a la izquierda hay un edificio de ciencias, en el segundo piso se encuentra el departamento de Ingeniería Informática. El primer despacho es el de la secretaria, ella le recogerá la carta o le indicará donde entregarla.

Lo bueno de una universidad, es que nadie se extraña de ver a cualquier persona de cualquier edad, de cualquier nacionalidad, por cualquier sitio. Todo el mundo piensa que es o un profesor o un alumno de carrera o postgrado y en ambos casos puede tener cualquier edad, vestir de cualquier manera y hablar con cualquier tipo de acento o deje. Además puede proceder de cualquier lugar del mundo.

Sergio siguió el camino que tan precisamente le habían indicado y llegó en pocos minutos al edificio que albergaba el departamento en donde estaban los despachos de los profesores de Ingeniería Informática. Es habitual que en estos edificios a la entrada de los mismos haya un plano

especificando el uso de los diferentes habitáculos (clases internas del departamento, laboratorios, fotocopiadoras, etc.), los diferentes despachos y quien los ocupa. Ello permite a los alumnos y el resto del personal dirigirse al lugar adecuado y sobretodo y para lo que principalmente están diseñados, para que no se moleste a los conserjes y al personal del departamento con preguntas innecesarias.

Sergio pudo leer en el plano la situación del despacho del profesor Bjarne Haavio y se dirigió hacia él. La jerarquía universitaria de cualquier país y sus privilegios, es algo instaurado en la base del sistema educativo desde hace siglos. Los profesores de más rango académico tienen más privilegios a la hora de elegir cualquier tipo de prebenda: los mejores despachos, las mejores vistas, los más grandes, con mejor equipamiento, etc.

Esto que lleva así desde tiempo inmemorial, se podía palpar en los pasillos que llevaban hacia las dependencias del profesor. Sergio llegó hasta el despacho, identificándolo por la placa en donde se podía leer el nombre y el rango de doctor universitario.

Una vez en la puerta, acercó la oreja con sigilo a la misma para tratar de averiguar si había alguien en el interior. El aislamiento del cuarto debía ser considerable dado que no se podía percibir con claridad los sonidos de dentro. A pesar de ello, oyó un amortiguado sonido de alguien tecleando en un ordenador, por lo que procedió a llamar con los nudillos a la puerta, de una forma ligera y acompasada, que no denotase prisa o impaciencia.

En el acto el nivel de ruido en el interior de la habitación desapareció y se oyó una voz de persona mayor que preguntó con voz cauta:

—¿Quién es?

Sergio, durante la mañana y en el trayecto hacia el despacho del profesor, había barajado diversas personalidades para su encuentro inicial. La que iba a adoptar para ganarse la confianza del profesor era la de Michael Johnson, ejecutivo de la empresa SoftPlay, Inc. y bajo las órdenes directas de Carl Murray. Esto ya lo había hablado con Carl y estaba de acuerdo. Pero en este momento no sabía si había alguien más con el profesor y si era conveniente pregonarlo en voz alta en el pasillo. Entre los múltiples despachos de los pasillos de las universidades, siempre hay algunos que tienen las puertas abiertas y oídos escuchando. No podía adoptar una personalidad interna a la Universidad, ni finlandesa debido a la carencia del idioma, por lo que se le ocurrió algo a lo que los profesores de Universidad son adictos y siempre están dispuestos a atender. Se presentaría como editor de una revista científica italiana. En este caso no había problemas con el idioma, ya que tanto por su acento latino como por su formación se apañaba bien.

—Buenos días profesor —dijo en italiano— soy Luca Caprici, representante de una revista científica italiana de renombre en nuestro país. ¿Me concedería unos minutos de su valioso tiempo?

Sergio escuchó como alguien dentro de la habitación se ponía de pie y se acercaba a la puerta. En unos momentos, la puerta se abrió y pudo ver el rostro del profesor. Lo identificó rápidamente por las fotos que le había enseñado Carl.

—Hola profesor, encantado de conocerlo en persona. ¿Qué tal se encuentra? —preguntó con un exceso de amabilidad y una sonrisa de oreja a oreja.

—Perfectamente, señor...

—Luca, Luca Caprici a su servicio.

—¿Me podría indicar a que se debe su visita?

—Casualmente, me encontraba de vacaciones en su país y como disponía de hoy como día libre de visitas y eventos, se me ocurrió a última hora de ayer que podía pasar a visitarlo. Espero que no le moleste.

—En principio tengo un par de horas libres antes de la siguiente clase, por lo que se las podría dedicar.

—Gracias profesor. —Sergio se alegró del buen talante del profesor—. Los profesores de universidad de cierto nivel académico, solían ser más distantes y menos cercanos en una primera aproximación.

—Siempre hay alguna excepción —repuso el profesor con un tono de humildad y sencillez.

—No le quitaré mucho tiempo profesor. Perdona si antes de que le presente formalmente mi propuesta, le invito a un café y tomamos algo. Esta mañana he madrugado y hace varias horas desde que he desayunado, por lo que mi estómago me está pidiendo un refrigerio —era la mejor excusa para sacar al profesor de su despacho.

—No hay problema, esta es la hora en la que suelo tomarme un pequeño descanso y un café.

—Perfecto pues. Usted hace de guía hasta la cafetería.

Lo que verdaderamente deseaba Sergio era tener una charla en un sitio público y concurrido en donde no se les pudiese escuchar con facilidad. Además no se fiaba del despacho del profesor. Teniendo en cuenta la complejidad del caso y las posibles implicaciones del mismo, no se fiaba de que hubiese micrófonos en la habitación. Los enemigos de Carl conocerían perfectamente a esas horas el lugar de trabajo del profesor y sus hábitos. A Sergio le dio la sensación de que el profesor era de ese tipo de personas educadas y nobles que no nos encontramos desgraciadamente con frecuencia en la actualidad.

—¿Es su primera visita a nuestro país? —preguntó el profesor amablemente.

—Sí, ya sabe. Los latinos somos más proclives al sol y las playas —dijo con un deje de complicidad Sergio—. Pero su país tiene unos paisajes y costumbres increíbles.

—Es cierto. Aunque para un viejo como yo, las playas y el sol, cada día resultan más atrayentes.

—No es cuestión de la edad profesor. Es pura comodidad y ganas de descansar.

En esos momentos llegaron a la cafetería y como en la mayoría de las universidades, había una separación natural y sin ningún tipo de marcas o letreros en donde se agrupaban los profesores y otra en donde lo hacían los estudiantes. El profesor Bjarne se dirigió hacia una mesa libre y ligeramente apartada del resto, dentro de la zona de profesores. En unos momentos se acercó una camarera que dirigiéndose primero hacia el profesor le preguntó:

—¿Lo de siempre señor profesor?

—Lo de siempre. Gracias Markla.

En los escasos minutos que llevaba Sergio con el profesor, le había parecido que era una persona cercana a la gente. La rapidez con que la camarera se había acercado a ellos y la amabilidad y cordialidad con que trataba al profesor le daban muestras de que sus primeras impresiones parecían ciertas. El hecho de estar con el profesor, hacía que la camarera también se dirigiese a él con amables modales.

—¿Usted que desea? —le preguntó.

—Un café como el del profesor y algo dulce para acompañarlo.

—¿Desea alguno en especial?

—No. Lo dejo a su elección —le dijo con una amplia sonrisa.

En el instante en que la camarera abandonó la mesa para realizar el pedido, el profesor mirando a Sergio dijo:

—Bueno, usted dirá en que puedo servirle.

—Profesor, no se alarme, pero no soy un editor. Vengo de parte de Carl Murray.

Antes de que el profesor provocase la avalancha de preguntas que se le apreciaba en la cara, Sergio se adelantó, siguiendo con las explicaciones.

—No me apetecía tener esta conversación en su despacho. Prefiero que hablemos aquí, con mayor libertad y seguridad en medio de toda esta gente. Nunca se sabe quién y por qué medios está siendo escuchado. Por favor déjeme que le explique la situación antes de que usted me plantee las preguntas que considere oportuno.

Mientras decía esto Sergio depositó sobre la mesa el llavero que Carl le había entregado, El profesor hizo un ademán de querer replicar, pero al verlos se contuvo. Después de lanzar un suspiro se dirigió a Sergio diciendo:

—Por favor, exponga su explicación y los motivos de su viaje. Entiendo que pueden estar relacionados con mi vuelta precipitada desde Londres.

—En parte sí y en parte no. Como muy bien ha dicho, usted no tuvo tiempo de juntarse con Carl Murray y mantener la reunión que tenían pendiente. Carl me ha enviado para que haga de enlace con usted y le ponga al día de cómo está la situación.

En ese momento y mientras la camarera traía los cafés, Sergio echó mano de su móvil y llamando a través del servidor de seguridad de telefonía, marcó el número del móvil privado de Carl. A pesar de la diferencia horaria Carl descolgó a los pocos segundos.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Hola Carl. Soy Michael Johnson y estoy sentado con el profesor Bjarne Haavio, charlando tranquilamente y tomando un café.

—Sí que es usted rápido y eficiente. Por cierto ¿de dónde llama? Jamás había visto un número de teléfono con tantos dígitos y tan raro.

—Es una larga historia. Otro día se la cuento. Le paso con el profesor para que le explique mi presencia aquí.

Sergio, transfirió su móvil al profesor Bjarne y estuvo esperando mientras Carl, hablaba con él y le ponía al corriente de los sucesos de los últimos días y la participación que tenía Sergio en el proyecto. Le comentó que debido a las prisas con que Sergio se había desplazado a Finlandia no habían tenido tiempo de reunirse y contarse la historia del proyecto en detalle. Le pidió al profesor que se la contase él. A su vez el profesor, le dijo que comentaría con su enviado la situación actual en Finlandia. Al cabo de unos minutos terminaron la conversación. El profesor le devolvió el móvil y dirigiéndose a él le dijo.

—Bueno señor Michael o Luca o quien sea. ¿Cómo prefiere que le llame?

—Con Michael está bien profesor.

—Bueno pues tengo una bonita historia que contarle.

—Soy todo oídos y he venido a eso. Todo mi tiempo es suyo.

—Creo que necesitaremos varios cafés para ponernos al día.

—No se preocupe, pago yo. Adelante. Puede empezar cuando quiera.

El profesor se arrellanó en la silla y cerró los ojos un momento como quien está pensando en

el pasado y determinando cual es el instante oportuno y las palabras adecuadas para comenzar la historia.

—A lo largo de los últimos años, he estado investigando *software* para desarrollos gráficos principalmente en el área de alta velocidad de procesado. Mi gente y yo habíamos estado investigando sin ninguna aplicación práctica en el mundo real como a veces se hace en las universidades. Todos los estudios desde un punto de vista teórico. Los avances que habíamos conseguido en este campo nos hicieron relativamente famosos en el mundillo académico por lo que nos llamaban varias veces al año para dar conferencias en congresos en diferentes países del mundo y mostrar nuestros avances en los desarrollos de *software* que estábamos realizando. En uno de estos congresos, después de impartir mi conferencia y en el descanso típico para tomar un café y charlar con los asistentes al congreso, se me acercó Carl Murray y me comentó si le admitiría una invitación a cenar y un par de horas de conversación.

—¿Le sorprendió la invitación? —preguntó Sergio.

—Al principio no mucho. A veces es normal que se te acerquen personas interesadas en el tema que estás exponiendo. Lo que ocurre es que suelen ser personas del mundo académico que quieren compartir conocimientos y sus investigaciones contigo. Lo que no es frecuente es que altos ejecutivos de empresa acudan a congresos académicos.

—¡Extraño acercamiento por parte de Carl!

—Lo cierto es que es una persona que está al corriente sobre los temas que le interesan. Tanto de los artículos más teóricos del mundo universitario, como los de las revistas del mundo profesional. Lo más curioso es que con el personal y dinero que tiene, le siga gustando hacerlo él mismo.

—Entiendo que en la cena le propuso el colaborar con su empresa.

—Cierto, me hizo una propuesta difícil de rechazar. Me comentó que estaba contactando con diferentes equipos de investigación para un nuevo proyecto. Todavía no había decidido a cuál asignárselo pero que le gustaría contar con nosotros. Su empresa se haría cargo de todos los costos: local, equipamiento, materiales, personal, etc. Además, nos pagaba a nosotros como personal que trabajaba en el proyecto y pagaba a la universidad para que pudiésemos compatibilizar ambos trabajos y que no nos pusiesen trabas de participación en el proyecto por rebajar nuestro horario con la universidad.

—Verdaderamente, estaba interesado.

—Muy interesado. Tengo que añadir que en todo momento ha sido, uhm... ¿Cuál sería la palabra adecuada?... Generoso. Sí. Generoso. Nunca ha rechazado ninguna de nuestras peticiones financieras y además desde el principio nos comentó que evidentemente lo que descubriésemos y se patentase iba a ser propiedad de su empresa. Pero nosotros íbamos a recibir un porcentaje de los beneficios en forma de acciones, si los descubrimientos servían para que su empresa los fabricase y vendiese.

—Sí —reconoció Sergio— verdaderamente generoso. Estas actuaciones no suelen ser así en el voraz mundo de los negocios. Los altos directivos y dueños de empresas se suelen comportar como tiburones hambrientos. Por otra parte repartiendo las acciones de la empresa, la fidelidad del equipo y la motivación estaban aseguradas.

—Efectivamente. Desde el principio nos volcamos en el desarrollo del mismo.

—¿Sabían desde el primer instante cuál era el objetivo de la investigación y el fin a

perseguir?

—No, la verdad es que no. Carl apostó por el grupo de investigación sin saber a ciencia cierta si iba a ser provechoso para su empresa. Es más, al principio no sabíamos que aplicación comercial darle.

—¿Y cómo surgió?

—En los inicios dedicamos parte del personal a seguir con las investigaciones teóricas, mientras mis dos ayudantes principales, Hauser Trans, Taimi Rehn y yo nos centramos en buscar una aplicación práctica.

—¿Fue fácil?

—En absoluto. Encerrados como habíamos estado durante años en el mundo académico, nos era difícil centrar un área de actuación, por lo que salían las más disparatadas ideas. Cuando se las exponíamos a Carl, este nos atendía educadamente y dedicaba una parte de su valioso tiempo a mostrarnos por qué había que desestimarlas.

El profesor interrumpió un momento la conversación e hizo señas a la camarera para que les atendiese. Cuando esta vino le solicitó otro par de cafés.

—Un día —dijo retomando la conversación—. Taimi se presentó ante Hauser y ante mí, comentándonos que se le había ocurrido una posible idea de aplicación.

—¿Cuál era?

—Taimi es joven y aunque es muy guapa continúa soltera, por lo que no tiene hijos. Pero tiene sobrinos de ocho y once años. Su hermano un fin de semana, con el fin de poder salir con su mujer a cenar le pidió que si podía pasar la noche del sábado haciendo de niñera. Taimi accedió, y después de cenar con sus sobrinos y escuchar cómo iban en los estudios y sus últimas vivencias, estos le pidieron jugar con ella al último videojuego que habían adquirido. En el momento en que comenzó a jugar, Taimi no pudo evitar comparar lo que veía en la pantalla con su trabajo diario diciéndoles a sus sobrinos que los gráficos eran lentos, de baja resolución y pobres en movimientos. Nos comentó que sus sobrinos pararon el juego y se le abalanzaron encima, atacándola en broma con los cojines del sofá.

—¿Cuál era el motivo?

—Evidentemente el ataque de los cojines era en plan broma y le dijeron en un tono de chanza, que el hecho de ser tan mala en el juego e ir perdiendo, no servía para poner excusas tontas. La consola era la última que se había sacado al mercado hacía tres meses y que el videojuego era de la semana pasada, por lo que los motivos que daba eran malas excusas.

—Taimi se dio perfecta cuenta de que no tenía sentido argumentar con sus jóvenes sobrinos y siguió haciendo de *sparring* del juego, pero su mente no dejaba de darle vueltas a la posibilidad de utilizar nuestros desarrollos en el mundo del videojuego.

—¿Y esto es lo que les comentó a ustedes?

—Sí, después de volver a su casa el domingo por la mañana, había estado todo el día buscando en Internet y analizando las diferentes consolas, juegos y sus posibilidades gráficas. El lunes cuando nos comentó la idea, nos propuso comprar las consolas de última generación existentes, los videojuegos que mejor explotaban las capacidades gráficas y hacer un análisis comparativo con nuestros últimos avances.

—¿Hauser y usted no sintieron extrañeza ante la propuesta?

—¡Extrañeza! ¡Es usted muy educado! —añadió el profesor—. En un primer momento

pensamos que nos estaba tomando el pelo y en el siguiente que había estado trabajando un exceso de horas y estaba desorientada por un exceso de cansancio y que le convenía irse a dormir.

—¿Y qué pasó?

—Cuando vimos que no era ninguno de los dos motivos. Que estaba absolutamente normal y que lo que decía lo hacía en serio, le prestamos más atención, pidiéndole que nos repitiese de nuevo su razonamiento.

—Está visto que al final accedieron.

—¡Así es! Decidimos en una primera fase y hasta no encontrar motivos que nos demostrasen que íbamos por buen camino no molestar a Carl. Ya le habíamos presentado varias ideas improcedentes, por lo que esta vez estábamos dispuestos a ir con mejores argumentos y no solo con base científica, sino con algo de base de mercado. No se imagina lo extraño que nos resultaba ir a una tienda a comprar consolas y videojuegos. Estábamos fuera de lugar y los jóvenes que estaban a nuestro lado mientras realizábamos las compras se reían de nuestra inexperiencia. No solo eso, cuando dedicamos una parte del laboratorio de la universidad a la instalación de consolas, nos dio apuro de que el resto del personal de nuestro departamento que no estaba en el proyecto lo viese y empezasen a circular rumores sobre nuestra actuación. ¡Ya sabe cómo son los celos en esta profesión! El hecho de que se extendiese el rumor de que mientras el resto del departamento se dedicaba a la investigación y a la preparación de las clases, nosotros nos dedicábamos a jugar, nos preocupaba. Por otra parte necesitábamos probar nuestros desarrollos antes de exponérselos a Carl.

—¿Qué hicieron?

—En esta parte inicial de los experimentos buscamos un laboratorio no muy concurrido y montábamos y desmontábamos las consolas cada vez que las utilizábamos. Después las guardábamos bajo llave en mi despacho particular.

—Curioso. Hubiese sido divertido verlo. Entiendo que sus experimentos fueron positivos.

—Al principio nos costó hacer confluir nuestras investigaciones con los videojuegos, pero Taimi, que estaba motivadísima por demostrar que su idea no era fútil, consiguió desarrollar un método de trabajo por el cual analizábamos un videojuego, lo descomponíamos en sus aspectos gráficos más destacados y después lo reproducíamos en nuestros ordenadores con el *software* desarrollado por nosotros. Poco a poco fuimos cogiéndole el tranquillo y mejorando nuestras adaptaciones, hasta que llegó un momento en donde los resultados prometían ser espectaculares. Nuestros gráficos eran decenas de veces mejores en todos los aspectos y el realismo increíble. Evidentemente no copiábamos todo el videojuego, ya que el desarrollo nos hubiese llevado mucho tiempo. Nos centrábamos en aquellas escenas más espectaculares. Al cabo de un mes desde el glorioso fin de semana en el que a Taimi se le ocurrió la idea, teníamos una maqueta que enseñar a Carl. Así como las anteriores demostraciones las habíamos realizado en su empresa, en esta ocasión le pedimos que se desplazase él a Turku. El trasladar todo nuestro laboratorio era bastante más complicado.

—Entiendo que a tenor de la situación en donde nos encontramos, la prueba fue un éxito.

—Humildemente creo que fue más que eso. Carl salió encantado de la demostración y nos felicitó a los tres. Evidentemente él que domina el mundo empresarial, pudo cuantificar mejor las posibilidades que tenía nuestras investigaciones. Estuvo dos días con nosotros y en la tarde del último nos juntó a los tres para exponernos cuál iba a ser la estrategia de futuro.

—A mi entender, de nuevo se portó generosamente. Otro en su lugar se hubiese guardado para sí la explotación comercial sin hacernos partícipes de sus ideas. Podían haber seguido trabajando aquí en formato laboratorio y haber explotado él, sus descubrimientos en USA dijo Sergio.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. Pero no quiso hacerlo de esa forma. Por el contrario nos ofreció un dos por ciento de los beneficios a cada uno de nosotros. Si el proyecto triunfa y sale como hemos previsto ese dos por ciento nos hará ricos.

—¿Qué sucedió a partir de aquel momento?

—Carl decidió que para que el proyecto fuese más rentable y difícilmente copiable, lo íbamos a dividir en una parte de *hardware* y otra de *software*. Su empresa, experta en electrónica, iba a dirigir el microprocesador orientado a gráficos, a los videojuegos para que aprovecharse al máximo nuestro *software*. Por otra parte nosotros nos íbamos a centrar en ajustar el desarrollo de *software* en un sistema específico para su microprocesador, con el fin de que su copiado e implementación en otro tipo de procesadores, fuese muy complicado y costoso. Con este tipo de desarrollo, como mínimo asegurábamos tres años de explotación de nuestro invento antes de que alguien lo copiase legal o ilegalmente. No íbamos a desarrollar una nueva consola, sino solo el motor gráfico. Después Carl lo patentaría y se lo ofrecería a aquellos fabricantes de consolas que estuviesen interesados.

—Parece una idea de implementación costosa, pero muy rentable en caso de rendir frutos.

—Eso pensamos todos y como Carl estaba entusiasmado y nos apoyaba plenamente en el apartado de inversiones, decidimos que el proyecto debía pasar a una fase mucho más confidencial, y que la universidad no era el mejor lugar para ello. En principio nos ofreció trasladarnos a USA, pero le comentamos que pensábamos que éramos más productivos en nuestro lugar habitual y que el estar separados de nuestras familias y amigos podía pasarnos factura. Carl lo entendió a la perfección, por lo que alquiló una propiedad aislada en las afueras de la ciudad y montó un laboratorio con todos los medios que necesitábamos. Así mismo el laboratorio disponía de vallas, cámaras y otros dispositivos de seguridad. Él pensaba que era mejor no correr riesgos.

—Además de ustedes tres. ¿Quién más conocía el proyecto?

—Por nuestra parte y hasta el día de hoy pensábamos que nadie. Al otro grupo más teórico de la universidad lo aislamos de nuestro entorno y siguieron trabajando en los aspectos más generalistas, sin conocer la aplicación práctica que pensábamos darle. Nosotros tres asumimos la fase central del proyecto y solo trabajábamos en el laboratorio, por lo que ningún material salió de allí en ningún momento. Además Hauser, Taimi y yo, no somos personas proclives a alardear, por lo que mantuvimos la confidencialidad, sabiendo lo que nos jugábamos. Cuando alguien nos preguntaba por nuestro trabajo y el aislamiento que llevábamos, le comentábamos que en la universidad era más difícil centrarse en el trabajo. Ante la pregunta sobre nuestras investigaciones comentábamos apartados técnicos no entendibles para un profano, de las áreas que desarrollaba el grupo teórico.

—¿Y para el grupo dedicado a seguir investigando dentro de la universidad y centrado en la parte teórica, que respuesta tenían?

—Previendo esto, nos movimos con rapidez, haciendo que sus trabajos se volvieran más complicados y aburridos, centrandos su investigación en aspectos complejos alejados de nuestros fines reales. Enseguida conseguimos que los más expertos decidiesen que sus carreras académicas eran más importantes que perder el tiempo en unas investigaciones a las que no veían sentido y los

sustituimos por becarios y ayudantes novatos. Instauramos este ciclo de tal forma que el personal no nos duraba lo suficiente para volverse excesivamente curioso.

—¿No era una forma de perder tiempo ineficientemente?

—No. Combinábamos módulos de investigación que nos eran aprovechables con otros inútiles, de tal forma que ellos no tenían la visión global y solo desarrollaban según nuestras necesidades. Más de la mitad de sus trabajos nos fueron muy útiles principalmente en las primeras fases.

—¡Muy inteligentes! ¡La vieja idea del divide y vencerás!

—Entiéndame. No era nuestra intención dejarlos fuera del proyecto y pensábamos recompensarles en un futuro en función de sus méritos. Pero ampliar nuestro grupo principal nos parecía peligroso e innecesario. Ya sabe lo que ocurre cuando los secretos pertenecen a varias personas.

—¡Sí! ¡Que dejan de ser secretos!

—¡Efectivamente! Carl a su vez, se encargó de establecer sus grupos de trabajo en la parte del *hardware* de una forma análoga. Conoce perfectamente a su gente y sabe cómo hacerlo. Es más, tengo mis dudas de cuánto de su personal sabe realmente para qué es el microprocesador que están desarrollando. Él siempre ha sido el enlace entre ambos grupos de trabajo. El del *software* y *hardware*. Está encantado con el proyecto y más que una carga de trabajo, creo que lo ve como el proyecto de su vida.

—Es probable. De lo poco que conozco a Carl, me parece que le ilusionará más el desarrollo del proyecto y llevarlo a buen puerto, que el dinero que le produzca. Aspecto que por otra parte estoy seguro que no es nada desdeñable.

—Le aseguro que según los cálculos de Carl no lo es —añadió el profesor con una cara muy gráfica—. Pues bien, no queriendo aburrirle con los detalles de los últimos meses, le puedo comentar que el proyecto en la fase de prototipos ha sido todo un éxito y nos encontramos a un mes de entrar en la fase de producción. A lo largo de este mes Carl, pensaba establecer los lazos comerciales con las empresas más interesadas.

—Espero que podamos cumplir con los planes previstos...

—¿Cree que realmente estamos amenazados? —preguntó con aire de preocupación.

—Me temo que sí. Ahora que usted me ha puesto al corriente de la historia del proyecto, vamos a intercambiar las últimas novedades y ponernos al día.

—Es su turno por favor —dijo el profesor— hasta el momento he llevado el peso de la conversación, por lo que creo que me he ganado el derecho a escucharle un rato.

—Creo que mi parte será más breve. Después de los hechos acaecidos en los últimos días, Carl cree que el proyecto está amenazado y no sabemos valorar cuán grave es la situación pero debemos prepararnos para lo peor.

—¿Cuál es su opinión?

—A pesar de ser pronto para evaluar el alcance de la operación, mi experiencia en estos casos me dice que estamos sufriendo un ataque despiadado de espionaje industrial. Lo que no sabemos es hasta donde están dispuestos a llegar con la violencia. Le voy a poner un símil para que me entienda y perdone por la comparación, pero puede por desgracia convertirse en algo real. Piense que va mañana paseando por una calle céntrica de cualquier gran ciudad del mundo y es atracado. Hay dos formas extremas de que le roben. Por un ladrón de guante blanco que le robe la

cartera sin que se entere o bien por un navajero que le asalte y cuando está en el suelo desangrándose le quita la cartera. En una operación de espionaje industrial se pueden dar los dos extremos y cualquier combinación de ellos. Más vale estar preparados.

—¿De verdad cree que podemos encontrarnos en una situación tan grave?

—Me temo que lo veremos en los próximos días.

—¿Qué ha pasado que le haga pensar así?

—La semana pasada un grupo de hombres asaltó las oficinas de SoftPlay, Inc. y robó el prototipo final del microprocesador.

Sergio pensó que no comentarle al profesor la verdad, le podía generar una falsa sensación de seguridad que no les beneficiaría en absoluto. Era mejor mantener la tensión que relajarse.

—Como llevamos comentando durante la última hora, el proyecto se divide en dos partes complementarias. Cada una de ellas por separado no es completamente operativa. Hace falta el *software* y el *hardware* para tener el producto integral. Esto nos hace suponer a Carl y a mí, que si han robado el *hardware* vendrán en breve a por la otra copia del *software* que reside en su laboratorio. Mi misión es que no se salgan con la suya.

—¿Y qué piensa hacer para ello?

—Lo primero terminar la composición de lugar que usted me está proporcionando, visitar sus instalaciones, comprobar sus medidas de seguridad y hablar con ustedes tres para preparar un plan de actuación.

—Entonces, me pongo en sus manos. ¿Qué quiere que hagamos a continuación?

—Antes de nada explíqueme que le hizo regresar tan urgentemente a Turku, por si tiene que ver con lo que estamos hablando.

—Pues no me lo había planteado, pero podría tener que ver. Ha sido algo extraño, de lo que estaba procurando olvidarme.

—¿Cuénteme por favor!

—Pues nada más llegar a Londres, recibí una llamada telefónica de una persona que se hizo pasar por policía. Me aseguraba que habíamos sufrido un ataque violento a nuestras instalaciones y que Hauser había resultado gravemente herido y me reclamaba urgentemente. El policía me transmitió la sensación de que podían quedarle horas. Mi teléfono móvil no tenía cobertura internacional por lo que me apuré y sin pensarlo más, cogí el primer avión de vuelta. La insistencia del supuesto policía no me dejó pensar dos veces lo que estaba haciendo. Quizá debiera haberme reunido con Carl antes de volver. Soy un científico que reflexiona la mayoría de sus acciones, pero me puse nervioso con la situación y lo primero que pensé fue en mi amigo. Cuando llegué a Turku y fui a la policía, allí no sabían nada y me convencieron de que probablemente había sido víctima de una broma pesada de alguno de mis alumnos. Como Hauser estaba perfectamente y yo no sabía nada del robo de Nueva York, preferí creer en la versión de la broma pesada.

—No le dé más vueltas. Vamos a centrarnos en lo que tenemos que hacer. No me gusta lo que me acaba de contar, porque tengo la impresión de que traman algo y quieren que ustedes tres estén juntos y cerca del laboratorio. Esa parte me preocupa, tenemos que adelantarnos a su siguiente paso. Me imagino que tiene usted el número de móvil de sus compañeros. Por favor llame en este mismo momento a Hauser y Taimi. Dígales que hagan una maleta como para una semana de viaje, que cojan lo imprescindible, pasaporte, medicinas si las necesitan, algo para el aseo y sus

portátiles de trabajo. ¿Cuánto tardamos en llegar al laboratorio?

—Unos veinte minutos.

—Quede con ellos en que se presenten allí con nosotros cuanto antes.

El profesor sacó el móvil del bolsillo y llamó a Hauser. No cogía el teléfono. Después de insistir varias veces, le dejó un mensaje en el contestador. Acto seguido llamó a Taimi, que respondió rápidamente.

—¿Sí? ¿Dígame? —se oyó una voz al otro lado de la línea.

—Hola Taimi, soy el profesor Bjarne —le dijo el profesor con una voz que denotaba urgencia—. ¿Dónde estás?

—Estoy llegando al laboratorio. Quería realizar unas pruebas.

—Pues espérame ahí. Tengo algo importante que decirte. No hay forma de contactar con Hauser. Mira a ver si tú puedes conseguirlo. Si aparece por el laboratorio que se quede. Lo que tengo que decirte es importante para ambos.

—¡A sus órdenes profesor! —dijo en tono bromista Taimi.

—Voy para allí. Hasta ahora.

El profesor se levantó de la mesa junto con Sergio, pidió la cuenta en la barra de la cafetería y pagó a pesar de que quería hacerlo Sergio. Fue imposible. Era el territorio del profesor y la camarera tenía perfectamente claro a quién iba a hacer caso.

—¡Vamos al *parking*! Tengo el coche aparcado allí. Llegamos enseguida.

Mientras caminaban por los jardines de la universidad, numerosas personas con las que se cruzaron saludaron afablemente al profesor. Sergio se dio cuenta de que el profesor era una persona muy conocida y evidentemente querida tanto por alumnos como compañeros.

Al cabo de unos minutos llegaron al *parking* de profesores. El profesor se detuvo frente a un gran Volvo. Sergio calculó que el modelo tenía unos catorce años y había visto tiempos mejores. Estaba claro que dentro de las aficiones del profesor no estaba la de conducir. El coche era una herramienta para ir al trabajo y mientras cumpliera su función no era necesario cambiarlo. Se acomodaron en el interior del vehículo, el profesor lo puso en marcha y abandonaron la universidad.

—El laboratorio está en Lieto. Llegaremos enseguida. A esta hora de la mañana no suele haber mucho tráfico.

Después de recorrer unas pocas calles de Turku, abandonaron la ciudad por una carretera general con poco movimiento de vehículos. Los paisajes que veían estaban cubiertos de verde. Hierba, árboles de hoja perenne y unos cielos transparentes les acompañaban en su recorrido.

—¡Están preciosos estos parajes! ¡Qué sensación de naturaleza viva y de poca contaminación!

—¡A mí me encanta esta tierra! —asintió el profesor con cierta vehemencia—. ¡No la cambiaría por ninguna otra!

—Sí, pero cuando hace frío, lo hace de verdad.

—Cierto, pero en esos momentos te abrigas más y a todo se acostumbra uno. Merece la pena unos días de frío, por una limpieza de aire y cielo de estas características. A algunos no nos convencen las playas y el calor tropical de continuo. ¿Ve esas casas de ahí?

—¿Esas blancas, de tejados empinados?

—Esas mismas. Esa es la entrada de Lieto. El laboratorio está a un kilómetro nada más cruzar el pueblo.

—Perfecto profesor.

Lo atravesaron rápidamente. Al poco vieron en un desvío hacia la derecha, un amplio recinto que contenía una nave industrial rectangular de tamaño mediano aislada de cualquier otro edificio y rodeada por un muro de dos metros de altura y encima de él una verja de otros dos metros. Todo ello indicaba que se deseaba privacidad dentro de aquel recinto. Además en cada esquina de la verja había una cámara de videovigilancia, cubriendo el perímetro.

—Uhm... Esto no es normal —dijo el profesor alarmado.

—¿Qué pasa?

—La puerta de acceso al recinto está abierta y siempre la tenemos cerrada. Es una medida de seguridad que adoptamos hace tiempo todos.

—¡No entre! ¡Continúe por la carretera que bordea el lugar! ¡Aparque más adelante profesor! ¡De la vuelta al edificio!

—¿Por qué?

—Por si acaso. Hágame caso y confíe en mí.

El profesor aparcó el coche a la vuelta del recinto y ambos lo abandonaron dirigiéndose a la puerta de entrada. En esos momentos oyeron dos disparos. “Bang, Bang”.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Detrás de mí profesor —dijo Sergio con voz fría, enérgica, pero sin alzar la voz.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Detrás de mí profesor —repitió de nuevo Sergio.

Sergio se pegó a la puerta y echó una ojeada dentro. Vio varios coches en el interior y a unos treinta metros la puerta de la entrada al edificio principal. Era nuevo y de aspecto funcional, con amplios ventanales para aprovechar al máximo la luz natural. La puerta de la entrada al edificio también se encontraba abierta, por lo que Sergio se dispuso a entrar.

—Profesor, siga detrás de mí y con mucho cuidado.

—Pero..., pero... —el profesor balbuceaba sin entender que es lo que estaba pasando.

—Tranquilo profesor y esté atento.

Cruzaron el patio y en cuanto llegaron a la puerta principal, Sergio se pegó al lateral de la puerta. Asomó un instante la cabeza y la retiró rápidamente. No se veía a nadie, por lo que decidió seguir avanzando.

—Profesor, ¿hacia qué lado vamos? —preguntó Sergio.

—No sé. Hacia la derecha están nuestros despachos, hacia la izquierda el laboratorio donde realizamos los experimentos.

—¿Cuál elige?

En el momento en el que el profesor iba a responder se oyeron otros dos disparos en el lado del laboratorio. Sergio se dirigió hacia allí pegado a la pared y extremando las precauciones. Al llegar a la primera puerta de lo que parecía una gran habitación Sergio asomó un segundo la cabeza y la retiró rápidamente. Lo que vio le preocupó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el profesor.

—No he podido ver la situación con precisión para no llamar la atención pero creo que no me han visto. Hay dos pistoleros que tienen acorraladas a dos personas. Creo que son un guarda de seguridad y una chica con bata.

—Serán Taimi y el guardia de la mañana: Antek.

—Pues lo tienen muy mal. Los que los amenazan están en la siguiente habitación a esta y Taimi y Antek en el laboratorio. Los pistoleros, tienen la puerta vigilada y es una trampa en ambos sentidos. La puerta que separa ambas habitaciones hace de barrera. Los de fuera no pueden entrar debido a la estrechez y los de dentro no pueden salir, debido a esa misma estrechez. Es un empate, pero la tensión es extrema.

—¿Qué hacemos?

—No sé. De momento que no nos vean. Apartémonos de la puerta.

Se sentaron en el suelo, apartados de la puerta. Sergio con el fin de tener más información, se dirigió al profesor y le preguntó:

—Necesito conocer el entorno. ¿Tienen algún arma en el edificio?

—No. A pesar de que Carl nos lo recomendó, nosotros somos investigadores y no sabríamos que hacer con ellas. Los que sí van armados son nuestros guardias de seguridad.

—Eso es lo que les ha salvado de momento. Si el guardia solo hubiese llevado una porra y el uniforme, estarían muertos en este momento. Los pistoleros no se atreven a pasar por la estrecha puerta. Pero no es bueno estar acorralados en el interior.

Sergio no quería alarmar al profesor, pero si fuese él el que quisiera asaltar la habitación, habría pegado fuego a los papeles y a las mesas, ahumando a los del interior hasta que saliesen. A pesar de que los asaltantes seguían en el interior sin moverse, solo era cuestión de tiempo que se les ocurriese esa u otras ideas. Los hombres que había visto eran de constitución fuerte, origen caucásico y parecían peligrosos. Había que encontrar una manera de ayudar a la ayudante del profesor y al guarda.

—¿Que hay en la habitación en dónde se encuentran? ¿A dónde conduce?

—Es una habitación con varias mesas en las que tenemos varios ordenadores para la realización de las pruebas del *software*. Para poder trabajar con luz natural tiene amplios ventanales da a la calle. No lleva a ninguna parte.

—¿Hay mucha altura de la habitación a la calle?

—No, todo el edificio es de planta baja y está a la altura del suelo.

—¡Vámonos profesor!

—¿A dónde?

—A la calle. Es la única posibilidad. No meta ruido y vigile su espalda. ¡Movámonos de prisa!

Conforme se dirigía a la calle, cogió un pesado perchero metálico del *hall* de la entrada y se lo echó al hombro. El edificio tenía desde el suelo unos cuarenta centímetros de pared, a partir de la que comenzaban los amplios ventanales. Siguiendo el perímetro exterior se fueron acercando a la altura en la que Sergio calculó que se encontraban los amigos del profesor.

—¿Qué es lo que pretende? —le preguntó el profesor.

—Actuar con rapidez. A ver si llegamos a tiempo y tenemos suerte. Por lo visto hemos llegado justo en el momento en que se estaba cometiendo el asalto. Los asaltantes desconocen el edificio y todavía no han decidido la estrategia a seguir. Debemos aprovecharnos de esta breve ventaja. No durará mucho. Vamos a sacarlos de esa habitación por los ventanales.

—¿Y por qué no han salido ellos?

—Por la misma razón. Están indecisos. No saben si hay más asesinos fuera o qué les espera, por lo que prefieren estar a resguardo. Ahora profesor le necesito.

—¿Qué quiere que haga?

—Necesito que sus amigos le vean para que se tranquilicen. Si me asomo yo, como no me conocen me dispararán.

—De acuerdo.

Al llegar al borde de la habitación donde estimaba que se encontraban los amigos del profesor Sergio se detuvo y paró al profesor para darle instrucciones.

—No se asome todavía profesor. Llame a su ayudante sin alzar la voz.

—De acuerdo.

Sergio dejó que el profesor se adelantase y situase al borde del tabique que daba a la habitación.

—Taimi, Taimi —llamó el profesor en voz baja.

Al principio no se oyó moverse nada, pero al cabo de unos momentos y también en voz baja se oyó una voz desde el interior que decía.

—¿Es usted profesor Haavio?

—¡Me ha oído! ¡Me ha oído! —dijo alegremente el profesor.

—¡Chist!, no alce la voz, profesor —le dijo en voz baja Sergio—. Dígale que estoy aquí, que soy su amigo, que no se pongan a tiro, pero que se preparen para salir por la ventana. Cuando termine de comentárselo, cuente hasta tres y romperé la ventana.

—Antek, estoy con un amigo que no conoces, se llama Michael. No te preocupes estamos bien y os vamos a sacar de ahí. Préstame atención y no metáis ruidos. Vamos a romper el ventanal para que salgáis. Cuando abandonéis la habitación no os pongáis en la línea de fuego. Atentos, a la de tres romperemos la ventana —y mirando hacia Sergio, y asegurándose que le oían desde dentro, comenzó la cuenta—. Uno, dos y ¡tres!

Al llegar cerca del final de la cuenta, Sergio se puso en movimiento. Se alejó unos pasos de la ventana, cogió carrerilla y acercándose a la pared, arrojó con fuerza el perchero contra el ventanal que se rompió con gran estrépito y en mil pedazos. En unos segundos aparecieron a través del ventanal, el guardia de seguridad y la ayudante del profesor.

El guarda de seguridad tenía unos cuarenta años, era fornido, de estatura media y se mantenía en forma. La ayudante del profesor era una joven, delgada, alta y guapa. La bata de laboratorio, el pelo negro recogido en una trenza, las gafas y la falta de maquillaje hacían que sacase poco partido a su rostro y cuerpo. Estaba claro que le interesaba más su trabajo que las apariencias o el coquetear con los hombres. A pesar de ello no podía evitar el que se viesen sus encantos.

Evidentemente, no era el momento más adecuado para realizar unas presentaciones formales por lo que Sergio se puso a tomar el control de la situación y a impartir instrucciones.

—¡Taimi! ¡Profesor! ¡Corran hacia el coche sin mirar atrás! Usted Antek, ¡déjeme la pistola!

Después del asalto que acababan de sufrir, el vigilante miró con recelo a Sergio y se apreciaba en su rostro que no se fiaba de dejarle el arma a un extraño. Viendo la situación y la urgencia del momento Sergio se volvió hacia el profesor y le pidió.

—Profesor, dígale que soy un amigo y que se fie. Yo cubriré su retirada. ¡Diríjense hacia el coche!

—Antek, déjale tu arma. Él ha sido el que os ha sacado de ahí.

—Está bien... —y al fin le entregó su arma.

—¿Cuántas balas le quedan?

—Seis, he disparado tres.

—¡Muévanse rápido! ¡Estamos en una área descubierta y somos blanco fácil! ¡Diríjense hacia el coche!

Mientras corrían hacia la puerta de entrada, Sergio se apostó en la esquina del edificio cubriendo ambas puertas, la de salida de sus compañeros del recinto, y la de la salida del edificio por donde podían aparecer los asaltantes. Mentalmente animaba a sus compañeros para que se diesen prisa, antes de que sus enemigos se percatasen de su huida.

Desgraciadamente, los deseos raramente se cumplen y en esos momentos aparecieron los asaltantes por la puerta del edificio. Eran dos individuos, Uno más alto que otro, de entre treinta y cuarenta años, de fuerte complexión y movimientos seguros. Iban vestidos de negro y llevaban en sus manos pistolas automáticas. Al ver que sus presuntas víctimas estaban en terreno descubierta y escapaban a todo correr, abandonaron toda precaución y empezaron a perseguirlos corriendo mientras disparaban sus armas. Ese era el momento que había esperado y temido Sergio. Esperado, porque era la forma más segura de poder disparar a sus perseguidores. Temido, porque las personas que pensaba proteger estaban a su vez en terreno descubierta y todavía no habían traspasado la puerta. En esos momentos Antek y Taimi llegaban a la misma, pero al profesor debido a su edad, todavía le quedaban unos metros.

Sergio se concentró en lo que podía hacer, disparar a sus enemigos y no en lo que no podía hacer, correr en vez del profesor. Expulsó el aire de sus pulmones, tal y como le habían enseñado hacia años y apuntó al individuo más alto que era el que más rápido se movía y se acercaba peligrosamente a sus amigos.

Cuando vemos las películas de cine, parece que apuntar y disparar es sencillo. No tenemos presente que la distancia, como se mueva el blanco, a la zona del cuerpo que queremos disparar, la pistola que manejamos y otros factores, hacen que en la vida real sea bastante más difícil acertar a un blanco en movimiento a más de quince metros.

En esos instantes la mente de Sergio buscaba la mejor combinación de frenar a los asaltantes en su carrera hacia sus blancos y ser lo más mortífero posible para evitar riesgos. La mejor manera era disparar al pecho por ser un blanco más grande y fiable. Apuntó y disparó. Mientras caía abatido el hombre alto, apuntó y disparó dos veces al segundo blanco. De nuevo acertó y el segundo blanco se desplomó al instante.

Con precaución se acercó a los dos asaltantes, que estaban en el suelo dando sus últimos estertores. La puntería de Sergio había sido mortal. Sergio se agachó y mientras comprobaba que estaban muertos, se apropió de sus armas y les registró concienzudamente. No encontró ninguna documentación, ni nada que les identificase. En uno de los bolsillos del más bajo, encontró un mechero de plata grabado y un paquete de cigarrillos que decidió guardar para analizar más tarde con mayor tranquilidad.

Mientras se ponía de pie y se dirigía hacia la salida, vio al profesor tumbado en el suelo.

—¡Mierda! —exclamo corriendo hacia él.

Se agachó a su lado y le cogió entre sus brazos con suavidad. También había recibido un balazo en el pecho y sangraba profusamente. Sergio vio que la herida era mortal y mirando al profesor le dijo.

—Lo siento profesor. Le he fallado.

—Usted no me ha fallado, yo he sido el viejo, lento y torpe.

Las palabras se le agolpaban en la boca y le costaba respirar y pronunciarlas. Su vida se iba

yendo en cada respiración. En esos momentos llegaron a la carrera Taimi y Antek.

—¡Profesor! ¡Profesor! —exclamó Taimi.

—¡Mierda! —exclamó a su vez Antek.

—¿Es grave? —preguntó Taimi, terriblemente nerviosa mirando a Sergio.

Sergio no respondió sino que asintió levemente con la cabeza. El signo lo decía todo. Taimi no queriendo dar crédito a lo que veía dijo con voz atropellada.

—¡Vamos! ¡Corramos y llevémoslo en el coche al hospital!

El profesor cuya energía se agotaba por momentos, giró la cabeza en su dirección y le dijo.

—Gracias Taimi. Fiel hasta el final. Ha sido un placer tenerte a mi lado durante estos últimos años.

—Y los que me va a seguir teniendo profesor —dijo Taimi no queriendo creer en lo que veía.

—Me temo que no Taimi —dijo el profesor—. Pero me tenéis que prometer algo.

—¡Lo que quiera profesor! ¡Lo que quiera! —repitió Taimi.

—Michael... —la voz del profesor cada vez era más débil.

—Si profesor...

—Prométame que averiguará quien nos ha hecho esto.

—Prometido profesor —para sus adentros, se prometió algo más—. Taimi prométeme que terminarás nuestra obra. Por lo visto es más importante...

Y con estas últimas palabras el profesor falleció. Taimi no pudo contener las lágrimas. Antek dijo:

—Era un gran hombre. Se preocupaba de todos nosotros y nunca había hecho mal a nadie. No se merecía este final.

Mirando a Sergio a los ojos fijamente añadió:

—No lo conozco de nada, pero acaba de hacer una promesa a un buen hombre en estado moribundo. ¿Va a cumplir esa promesa o solo quería hacer fáciles los últimos instantes de su vida?

—Cumpliré lo prometido. No eran palabras huecas —dijo Sergio mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Y con qué medios cuenta? —exclamo con vehemencia Antek. Estoy dispuesto a ayudarle. ¿A dónde vamos?

—Lo siento Antek, usted no viene conmigo. Esta gente eran profesionales y no sabemos nada de su origen, quien les ha contratado, que persiguen exactamente, ni cuáles son sus medios o recursos. Lo que está claro es que Taimi corre peligro, no sabemos si usted también y es necesario ponerlos a ambos a salvo. Por mi parte, a veces me tengo que dedicar a estas cosas y a mí me pagan por ello. No se preocupe cuento con recursos suficientes.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Antek.

—¿Tienes familia?

—Mis padres, pero vivo solo.

—Pues envíale dentro de una hora un SMS a tu jefe o a uno de tus compañeros y le escribes que ha fallecido un familiar y tienes que desplazarte a su funeral en el otro lado del país. Desaparece durante una semana. Alójate en algún aparthotel discreto y sal lo menos posible de la habitación. Dame tu número de móvil.

Antek se lo dio y mientras Sergio apuntaba el número le dijo seriamente:

—No lo utilice a partir de este momento. Dentro de una semana le llamaré y le diré si ya es seguro y todo se ha acabado. Hasta ese momento apague el móvil. Asegúrese de que está cargado y enciéndalo en una semana. Ninguna llamada ni a familiares, ni amigos, ni a ninguna otra persona. ¿Ha quedado claro?

—Perfectamente claro.

—Vale pues, sube a tu coche y ponte en movimiento. —Sergio le tendió la mano a la vez que le decía—. Ten cuidado y mucha suerte. En una semana hablamos.

Sergio sacó de su bolsillo una cantidad equivalente a dos mil euros y se los tendió a Antek, mientras le decía:

—Nada de tarjetas, ni uso de identificadores electrónicos. La próxima vez que nos veamos, ya me los devolverá.

—Gracias, muchas gracias —era evidente que Antek estaba sorprendido y visiblemente agradecido.

—De nada, agradézcamelo siguiendo vivo en los próximos días.

—Lo intentaré.

—¡Venga! ¡No podemos estar aquí más tiempo! ¡Coja su coche y márchese! Taimi y yo nos iremos en otro.

—Hasta pronto —y Antek se dirigió hacia su coche y abandonó el recinto.

—Taimi vámonos nosotros también. Seguro que estamos en peligro.

Taimi estaba inmóvil, paralizada delante del cadáver del profesor. Al ver que no reaccionaba a sus palabras, Sergio se acercó a ella y cogiéndola suavemente del brazo le dijo:

—Taimi, el profesor nos ha dado trabajo y tenemos que cumplir sus últimos deseos.

Estas palabras, consiguieron sacar a Taimi de su ensimismamiento, siendo sus primeras palabras:

—Pero no podemos dejarlo aquí, tenemos que llamar a la policía. Ellos tiene que atrapar a quien haya hecho esto y nosotros tenemos que ayudarles.

—¿Qué información tiene? ¿Les conoce? ¿Puede aportar datos relevantes? ¿En qué va a ayudar a la policía?

—No lo sé —exclamo balbuceante—. No lo sé,...

—Entonces, permítame hacerlo a mi modo. Cuando llegamos, estabais siendo asaltados. Está claro que usted está en su lista. Lo más oportuno, es no ser el blanco que ellos se esperan y desaparecer lo más rápidamente posible. Taimi, necesito que en las próximas horas me haga caso sin pensarlo. Necesitamos rapidez y es necesario que confíe en mí. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré —dijo con voz queda—. ¿Qué hacemos?

—Vamos a entrar en el laboratorio, coja lo que considere más importante y quepa en una mochila. Indíqueme del resto de cosas cuales debo destruir para que no caigan en malas manos.

—¿Destruir? —replicó sorprendida Taimi. ¿Quiere destruir el laboratorio?

—Esas personas que están ahí, —dijo señalando los cadáveres— venían buscando algo. No sabemos si van a llegar antes a este edificio la policía o sus compañeros. No podemos dejar información trascendental al alcance de cualquiera. ¿Lo comprende?

—No del todo, pero seguiré sus indicaciones.

—Debemos darnos prisa. ¡Vamos!

Se dirigieron al interior del edificio corriendo y entraron en el laboratorio. Taimi cogió un par

de *pendrives* USB y se puso a almacenar información de varios ordenadores.

—Con la capacidad que tienen hoy en día estos dispositivos, podemos almacenar lo que queramos en ellos.

—Mejor. Así no tenemos problemas para llevarnos todo lo que necesitemos —respondió Sergio.

A pesar de que Taimi intentaba mantenerse tranquila y hacer las cosas en orden, se notaba que los recientes acontecimientos le habían afectado. Su cara como fiel espejo del alma, traslucía la pérdida del profesor.

—Hace unos meses, y en un momento en que íbamos a comprar estos ordenadores nuevos y desprendernos de los viejos, propuse la idea de generar unos programas que borrarán toda la información para que en el caso de que alguien recuperase los ordenadores de la basura, no se hiciesen con la información que contenían. Una vez que haya extraído toda la información los utilizaremos para dejarlos limpios. Con respecto al papel, recoja todo lo que vea en las mesas y lo llevaremos a una estufa que tenemos en el edificio.

—¡Hecho! —asintió Sergio, satisfecho de la que la muchacha tuviese algo en que pensar.

Cogió un par de bolsas grandes de basura e introdujo en ellas todos los papeles que vio por encima de las mesas sin hacer distinciones. Después y con las indicaciones que le dio Taimi, fue hasta el cuarto donde estaba la estufa, la encendió y pegó fuego a los papeles hasta que se convirtieron en cenizas. Repitió la operación varias veces hasta acabar con todos los papeles que vio, Después removió las cenizas por si acaso. Cuando terminó, volvió donde se encontraba Taimi y le preguntó si había terminado.

—He realizado dos copias por si acaso. Ambas están criptografiadas, por si las perdemos o nos las quitan —dijo mientras le entregaba un juego a Sergio y le decía la clave—. Ah y trátame de tú. Tenemos la misma edad y será más ágil.

—Gracias por la confianza al entregarme tus años de investigación —expresó Sergio—. Lo digo sinceramente.

—Ya he visto que falta de escrúpulos tiene la gente que nos ha atacado. Yo no pertenezco a ese tipo de mundo y no lo entiendo. Tú sí y has demostrado que sabes hacer frente a estas situaciones. Además en cierto modo has vengado la muerte del profesor. Me encuentro sola, confundida y me temo que en una situación peligrosa que no llego ni a comprender ni a valorar. No conozco a nadie que me pueda ayudar salvo tú. No tengo otra alternativa, aunque ese no sea el motivo principal. No sé por qué pero si el profesor confiaba en ti, ¿por qué voy ser menos?

—Espero ser merecedor de esa confianza. Bueno, ¡vámonos!

—¿Vas a prender fuego al laboratorio o algo similar?

—No, todo lo contrario. Vamos a dejar todo cerrado como si no hubiese pasado nada. Dado que nos llevamos lo importante y eliminamos todo lo que no es importante, esto ha pasado a ser un simple edificio que espero que en el futuro vuelvas a utilizar en tus investigaciones. Olvidarás lo que ha pasado y disfrutarás con tus logros.

—Yo también lo espero, aunque la parte de olvidar es la que se me antoja más complicada y difícil.

—Seguramente. Eso te hace una buena persona.

Cada uno de ellos, se echó a los hombros una mochila con un portátil y los lápices USB. Luego se encaminaron hacia la salida del edificio y Taimi siguiendo las instrucciones de Sergio

fue cerrando las puertas de las diferentes salas y oficinas. Cuando abandonaron el *parking* y el recinto en el coche de Taimi, también lo cerraron, de tal forma que si alguien los estuviese observando pensaría que terminaban una jornada laboral normal.

Una vez sentados en el coche Taimi, le preguntó.

—¿A dónde vamos?

—Al aeropuerto de Turku, tenemos que abandonar el país cuanto antes y ponerte bajo protección.

—¿Abandonar el país? ¿Por qué?

—Si estuviésemos en Francia, Alemania, USA, Reino Unido, u otro país por donde me suelo mover habitualmente, tendría pisos francos y amigos que te podrían proteger. No dispongo de nada de eso en Finlandia, por lo que lo mejor es llegar a uno de esos países cuanto antes.

—¡Veo tienes bastantes recursos y amigos!

—Algunos que me he ido ganando en años de trabajo.

—¡Valiente trabajo el suyo!

—Eso me digo yo en algunas ocasiones. ¿Por cierto tienes pasaporte?

—Casualmente lo llevo en la mochila. El profesor nos comentó que era probable que en esta temporada nos desplazásemos a Nueva York, por lo que lo llevábamos siempre encima.

—¡Vamos! Primero a mi hotel a recoger mis cosas y después al aeropuerto, —comentó Sergio diciéndole la dirección de su hotel.

Después de eso y mientras se encaminaban a Turku, cesaron las conversaciones durante un rato. Sergio respetó ese momento de silencio que necesitaba Taimi con el fin de meditar sobre los acontecimientos del día. Ya tendrían tiempo de hablar sobre lo que debían hacer. Decidió contemplar el paisaje y relajarse con los mismos.

Al cabo de diez minutos y cuando empezaban a acercarse a la entrada de Turku vio a un coche en sentido contrario que le llamó la atención por los cuatro individuos que iban en su interior. Su aspecto era rudo y su vestimenta similar a la de los asesinos que había abatido Sergio. Por un momento quiso pensar que podían ser cuatro trabajadores de la construcción que salían de su lugar de trabajo, pero sus ropas y modo de mirar no coincidían. Por si acaso decidió fijarse en la matrícula del coche y retener algunas de las caras.

Al llegar a su altura vio sorprendido que una de los individuos miraba una foto que tenía en su mano, y una discusión se formaba dentro del coche. Cuando los coches se habían separado unos cien metros, vio por el retrovisor como el otro coche frenaba y daba la vuelta. Sus temores se estaban confirmando.

—Taimi, acelera y písale a fondo.

—¿Cómo? ¿Por qué? —dijo sorprendida la investigadora—. ¿Qué ocurre?

—Me temo que más compañeros de nuestros asaltantes iban a reunirse con ellos en ese coche y nos han reconocido. ¡Acelera!

—¿Qué? ¡No entiendo! —pero Taimi hizo caso a Sergio y aceleró el automóvil.

—Nos acabamos de cruzar con un coche con cuatro individuos dentro que nada más vernos han dado la vuelta al coche y nos están siguiendo. Es más están acelerando.

—Ese coche azul oscuro que viene detrás de nosotros ¿nos sigue?

—Efectivamente. ¡Acelera! —le apremió Sergio.

—Pero..., pero..., estamos entrando en Turku y debo reducir la velocidad.

—No si quieres que nos atrapen. ¡Acelera!

—Este no es mi mundo. No estoy acostumbrada —y pareció que la desolación se adueñaba de ella.

—¡Animo Taimi! ¡No podemos permitir que nos atrapen! —Sergio tenía que evitar que la chica se derrumbase—. ¡Por el profesor! ¡Se lo debemos!

Esto último pareció surtir efecto, ya que Taimi se recompuso levemente y se concentró en la conducción, El tráfico empezaba a hacerse más denso conforme iban entrando en la ciudad.

—Taimi, necesito que durante los próximos minutos me hagas mucho caso y memorices lo que te voy a decir. Te puede salvar la vida.

—Lo intentaré. Pero hoy no es el mejor día de mi vida.

—Lo que quiero procurar es que no sea el último. Lo que te voy a decir es parecido a lo que le comenté a Antek. En algún momento en las próximas horas nos separaremos e intentaré que los que nos persiguen solo me sigan a mí.

—¡Me vas a dejar sola!

—Sí, es por tu seguridad. Tú eres la importante de nosotros dos.

—¡Vas a arriesgar tu vida por mí!

—Como te dije, a veces es parte de mi trabajo. No le des más vueltas y concéntrate en las instrucciones. Cuando nos separemos, quiero que vayas a mi hotel o a uno de las inmediaciones. Con este dinero —y le metió varios billetes de cien euros— coges una habitación y me esperas. Este es mi hotel, dándole la tarjeta del mismo que llevaba en el bolsillo, mi habitación es la 377. Si puedes me dejas una pista de donde estás. Pero se muy cuidadosa.

—¿Solo espero?

—Sí. Solo esperas. La espera siempre se hace larga y aburrida, pero en estos casos no hay otra solución que el que estés incomunicada y no llares la atención. Procura no estar en la habitación cuando la limpien para que no piensen en el hotel nada extraño al verte tan reclusa. Fuerzas a primera hora de la mañana la limpieza de la habitación con el típico colgador del pomo de la puerta y en ese rato te das un paseo por las plantas del hotel discretamente.

—Intentaré trabajar con el portátil, revisar la información que llevo y hacer que el tiempo se me haga más corto.

—Perfecto, pero nada de conexiones telefónicas o de datos. Nada de *wifi* o Internet. Otra cosa. Tú tiempo máximo de estancia en el hotel será de una semana. Si por lo que sea no aparezco, y no te preocupes por eso, vete directa a la policía y llama a Carl.

—Vale, pero prefiero que aparezcas —y se notó cierto sentimiento puesto en su voz.

—No te preocupes. Siempre aparezco.

Sergio se dio cuenta de que había sido un error dejar que condujese Taimi. En un primer momento le había parecido buena idea por su mayor conocimiento de las carreteras finlandesas, para evitar que pensase en los acontecimientos acaecidos y se concentrase en la conducción. Pero la decisión les estaba pasando factura. Evidentemente los que les seguían eran profesionales y su conductor a pesar de tener un coche similar al de Taimi, estaba empezando a reducir las distancias sensiblemente.

En esos momentos y paralela a la carretera por la que circulaban pudo ver la vía del tren. Estuvo pensando unos segundos y se le ocurrió una idea.

—¿Tenemos cerca una estación de trenes o un embarcadero de *ferrys*? —inquirió a Taimi.

—A unas tres manzanas tenemos la estación de trenes principal de Turku. El embarcadero de *ferrys* está en el otro lado de la ciudad.

—Vale. ¡Dirígete a la estación de trenes e intenta sacarles algo más de distancia!

—Hago lo que puedo.

En esos momentos llegaron a un cruce en donde el semáforo, se estaba poniendo en rojo y Sergio le apremió.

—¡No pares! ¡No pares! ¡Sáltatelo!

—Pero, pero..., ¡está en rojo!

—No importa —y viendo la indecisión en los ojos de la chica no tuvo otro remedio que pisar él, el acelerador por encima del pie de la chica—. Lo siento.

Los coches que venían perpendiculares al cruce y tenían el semáforo en verde casi les arrollan, les dirigieron una abundante serie de pitidos con sus claxon.

—¡Casi nos matamos! ¿Qué has hecho? —chilló presa de un momento de histeria Taimi—. ¿Estás loco?

—Lo siento, pero los que nos siguen quieren eliminar ese “casi” de tu frase —mirando por el retrovisor vio que habían ganado unos segundos preciosos, ya que los coches que estaban cruzando la calle impedían que por el momento les siguiesen. Habían conseguido un efímero respiro.

Su coche dio en esos momentos la vuelta a la manzana y pudo divisar a unos doscientos metros la estación de trenes.

—Acerca el coche todo lo que puedas a la entrada. Lo abandonamos y salimos corriendo al andén.

—¿Qué lo deje en medio? Está prohibido y hay varios taxis. Los taxistas aparcados se nos van a echar encima.

—No te preocupes, ya pagaremos la multa si nos llega y recuperaremos el coche cuando podamos. Concéntrate en hacerme caso y no en analizar cada situación que se nos presente. Estamos en momentos especiales. Esta no es tu vida cotidiana y necesito que respondas a mis instrucciones con rapidez sin meditarlas si queremos salvarnos.

—Lo siento, lo intentaré —respondió Taimi con voz apesadumbrada.

—No te preocupes, lo estás haciendo muy bien. En otras situaciones similares que he vivido, hombres que parecían fuertes y recios, se han derrumbado. De verdad lo estás haciendo muy bien, es importante que sigas así.

—Gracias —respondió Taimi y en su mirada se notaba que necesitaba ese ánimo y apoyo para continuar aguantando.

En esos momentos su coche llegó a la zona de la acera más cercana a la puerta y Taimi cruzó el coche delante del primer taxi aparcado que estaba esperando, viendo la cara de sorpresa del hombre que estaba sentado en el mismo.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡No mires a la gente, no los observes y no pienses en ellos! —le dijo Sergio conociendo la importancia de moverse rápido—. ¡Concéntrate en lo que hacemos! Vamos al andén. ¡Corre y sígueme!

Taimi se apresuró a obedecerle y apartando la mirada del sorprendido taxista, salió del coche y se dirigió corriendo hacia la estación.

Sergio miró hacia la entrada viendo que en esos momentos el coche de sus perseguidores

doblaba a toda velocidad la calle hacia la estación. En su mente calculó que no contaban con mucho tiempo. Que todo saliese bien iba a ser cuestión de segundos de ventaja y de mucha suerte. Siguió a Taimi y ambos cruzaron el enorme *hall* de la estación y varios pasillos hasta llegar a la zona de andenes.

A pesar de ser una de las mayores ciudades de Finlandia, Turku no era comparable a un Madrid, Berlín o Londres, por lo que los controles de los billetes, se seguían haciendo de forma manual y no mediante sistemas automatizados, tornos y otros dispositivos que hubiesen complicado mucho lo que pensaba hacer Sergio.

Este miró los diferentes carteles situados encima de los trenes y vio que habían tenido suerte. En el próximo minuto uno de ellos iba abandonar la estación.

—Dirígete hacia el andén tres —le conminó a Taimi.

—¿Al que está a punto de salir?

—Al mismo. ¡Corre! ¡Corre! —le apremió Sergio.

Ambos se dirigieron esprintando hacia el vagón más cercano del tren y se subieron a él.

—¡Sigue hacia delante! ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Atraviesa los diferentes vagones! —le urgió Sergio—. No disponemos de mucho tiempo.

Conforme iban avanzando a través de los vagones del tren Sergio iba fijándose en el lado izquierdo, el contrario por el que se habían subido y más alejado del andén. También iba mirando hacia atrás y hacia la derecha por si aparecían sus perseguidores. De repente se paró, frenó en seco y detuvo también a Taimi.

—¿Qué pasa? —dijo esta—. ¿Qué ocurre?

—Nada, nada —y acercándose a la puerta del vagón en el que estaban mientras se la llevaba con él, le agarró de los dos brazos juntándoselos al cuerpo, la atrajo hacia sí y le miró a los ojos directamente.

Ella captó la importancia del acto y por consecuencia de lo que le iba a decir, poniéndose tensa e intentando demostrar que prestaba el máximo de atención.

—¿Ves esos trenes que están en este lado? —le dijo señalándole desde la puerta el resto de las vías de su lado izquierdo.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Te vas a bajar por esta puerta y quiero que cruces esas vías por entre los vagones. De esa forma ocultarán tu huida, mientras yo los atraigo hacia mi persona. Cuando abandones la estación, dirígete a donde te he dicho, escóndete, ten mucho cuidado y espera mi vuelta.

—No quiero quedarme sola —exclamó ella con desolación en la voz.

—Es necesario por tu seguridad. ¡Venga! ¡Baja del tren! No tenemos tiempo. Y la empujó suavemente pero con firmeza hacia la vía.

En el último momento y cuando tocaba el suelo, ella se le acercó y le dio un beso.

—Gracias, por todo, procura que no te maten. Me gustaría volver a vernos.

—Lo procuraré. ¡Corre y escóndete! Hasta pronto.

A partir de ese momento, se movió con rapidez. Desanduvo lo andado por los vagones y se puso en una ventana cercana a la puerta de entrada, por donde iban a aparecer sus perseguidores con el fin de que lo viesan. Casualmente en donde se estaba situando había sentada una chica inclinada leyendo un libro. Desde esa distancia la podían tomar por Taimi, por lo que decidió aprovecharse de la situación.

Justo a tiempo, ya que en esos momentos los cuatro individuos, hicieron su aparición atravesando la puerta de la estación. A pesar de que venían corriendo como desesperados, el tren se había puesto ya en movimiento, lo que iba a impedir que lo alcanzasen para subirse al mismo. Se acercó a la chica, se sentó su lado y simuló que le pasaba el brazo por la espalda como si la abrazase, sin que ella se percatase de ello. Se aseguró que desde el andén y para sus perseguidores, el gesto pasase perfectamente por un abrazo real entre una pareja, lo que le permitiría despistarlos más y darle más oportunidades de escapar a Taimi. Al cabo de unos segundos retiró el brazo para no llamar la atención de la chica que seguía concentrada en la lectura.

—Perdone señorita —habló dirigiéndose a ella como compañera de asiento—. Es la primera vez que cojo este tren. ¿Sabe cuál es la siguiente estación?

—La siguiente estación es Masku a unos sesenta kilómetros.

—Muchas gracias. Voy a tomar algo en la cafetería del tren.

Y dándole las gracias por la información, se dirigió a buscar al revisor, al que encontró dos vagones más adelante.

—Buenas tardes. Disculpe pero llegaba tarde y me subí directamente. Me puede expedir un billete.

—Por supuesto. ¿Hasta dónde va? —preguntó amablemente el revisor.

—Hasta tres estaciones más adelante —dijo desconociendo su verdadero destino.

—¿Hasta Laitia?

—Eso es —y Sergio echó mano de la cartera y pagó el billete—. ¿En qué vagón se encuentra la cafetería?

—En el segundo. Siguiendo en la dirección en que va tres vagones más adelante.

—Muchas gracias.

Sergio se encaminó hacia la cafetería y al llegar se encontró con el típico vagón en donde podías encontrar comida fría, sándwiches, refrescos, cervezas, café y poco más. Era ya media tarde y no había comido nada en todo el día desde el café de la mañana con el desaparecido profesor. Su estómago le estaba pidiendo un poco de atención. Se encaminó hacia la persona que atendía la cafetería y le dijo:

—¿Tiene algo caliente de comer? —Preguntó por si acaso había suerte.

—Lo siento —respondió el camarero poniendo cara de circunstancias—. De comer solo tenemos sándwiches de jamón york, de queso, bolsas de patatas fritas y *snacks*.

—Bueno, habrá que conformarse —respondió Sergio con una sonrisa en el rostro—. ¿Me puede poner una bolsa de patatas fritas y dos sándwiches? Uno de queso y otro de jamón. También póngame un par de botellines de agua y un café.

—¿No ha tenido tiempo de comer? ¿Eh?

—La verdad es que no. Cosas de las reuniones de trabajo. ¿No tendrá un mapa de esta zona?

—No hay mucho que reflejar en un mapa. Finlandia de por si no está muy poblada, por lo que ni hay muchas ciudades, ni muchos habitantes. El primer pueblo al que vamos Masku, está a unos sesenta kilómetros que a su vez está a otros treinta del siguiente. Entre ambos pueblos solo hay bosques, algún río y más bosques. En esta época del año todavía se puede pasear de día por estos parajes y esta noche andaremos por los tres o cuatro grados sobre cero. En invierno réstele usted veinte grados y verá que no son zonas por las que se pueda andar, ni hacer excesivo turismo. Por

aquí solo suelen andar de vez en cuando especialistas en bosques.

—La verdad, su exposición no invita a bajarse del tren y pasear por los alrededores —dijo en tono jocoso Sergio.

—Téngalo usted bien seguro, por la noche se quedaría helado si se pierde, —asintió el camarero.

—De lo que dice se deduce que tampoco habrá muchas carreteras por esta zona. ¿No?

—Tiene usted razón. No hay muchas carreteras. Como vías de comunicaciones solo tenemos esta vía del tren y la carretera general que transcurre paralela a la misma.

—Por favor. ¿Me puede poner para llevarme otro par de sándwiches y dos botellines de agua?

—Faltaría más, aquí tiene.

Sergio metió la comida y los botellines en su mochila y se dirigió a otro asiento en la cabecera del tren. Se puso a pensar cuales eran sus opciones. Sus enemigos estarían persiguiéndolo y debía pensar en qué hacer. No sabía de qué medios disponían sobre el terreno, si solo tenían coches o también disponían de transportes más sofisticados como helicópteros. Las carreteras estaban despejadas, y la vía en que se encontraba no era de alta velocidad por las frecuentes curvas con las que contaba. El tren no iba muy rápido, por lo que sus perseguidores con coches medianamente potentes le darían fácilmente alcance. Si disponían de helicópteros con más razón, por lo que seguir en el tren era una carrera hacia delante con un final corto y predecible.

Por otra parte cuanto más avanzaba el tren y más al norte iban, más se alejaba de la civilización y más se adentraba en zonas frías e inhóspitas. El tiempo que le había suministrado a Taimi, era más que suficiente para que ella se pusiera a salvo, por lo que era hora de pensar en sí mismo. El ir hacia el norte no le reportaba ningún beneficio, por lo que tenía que buscar el camino de vuelta cuanto antes. Por otra parte no sabía lo que sus posibles perseguidores conocían sobre él. Si lo seguían desde hacía días: cosa poco probable. Si lo habían fotografiado de alguna manera durante la persecución o si seguía siendo anónimo para ellos. Esto último era relativamente difícil, ya que con la actuación que había hecho para que le siguiesen a él y pensasen que seguía con Taimi, se había dejado ver, por lo que al menos uno o dos de los perseguidores, tendrían grabado su aspecto actual y podrían identificarlo.

Había decidido abandonar el tren en la primera estación, por lo que se preparó para ello. Se dirigió hacia una de las dos puertas de salida del vagón cuando vio a un conjunto de excursionistas o montañeros que parecían preparados para dormir a la intemperie por las mochilas y el equipamiento que llevaban. Decidió aprovecharse de la situación.

En esos momentos empezaron a aparecer en la vía farolas encendidas anunciando la cercanía de la estación. Cuando faltaban unos trescientos metros para llegar al andén y el tren iba prácticamente parado, tiró de la palanca de emergencia del freno, lo que hizo que se detuviese bruscamente.

En situaciones como esta, era mejor cambiar la situación esperada por parte de sus perseguidores e intentar beneficiarse de la sorpresa inicial. Era probable que le esperasen en el andén, preparados para asaltar o cubrir las salidas del tren en el momento que se detuviese. Por eso decidió precipitar la situación y ser el primero en actuar.

Nada más tirar de la palanca de emergencia, se abalanzó sobre una de las mochilas propiedad de los montañeros a la que le había echado un ojo y le había parecido más completa ya que llevaba adosada un saco de dormir para lugares de bajas temperaturas. Estaba situada en las

estanterías que los trenes disponen para almacenar el equipaje. Se apropió de ella, abrió la puerta y se lanzó a la vía. Detrás de él oyó las voces de queja de los montañeros.

—¡Ladrón! ¡Devuélvenos la mochila! —le chilló uno de los hombres.

—¡Sinvergüenza! ¡Trae eso! ¡Es nuestro! —le oyó decir a otra de las chicas.

A pesar de los insultos y debido probablemente a que estaba oscureciendo, ninguno de ellos se atrevió a abandonar la seguridad del tren y perseguirlo.

Sin mirar atrás, corrió como alma que lleva al diablo perpendicularmente a las vías del tren, alejándose de ellas en dirección al bosque. No era momento de mirar a sus espaldas a ver qué pasaba, sino de ganar metros de ventaja. A unos cien metros, entró en el bosque y frenó la carrera adoptando una velocidad de trote más regular. La oscuridad era mayor en la espesura de aquel bosque formado por gruesos árboles, por lo que intentaba buscar una senda que le permitiese mantener la velocidad. No la había en las inmediaciones, por lo que al cabo de unos minutos no le quedó más remedio que detenerse debido a la alta probabilidad de tropezarse y hacerse un esguince o algún incidente similar.

Encontró un pequeño claro y decidió dedicar un minuto a ver que llevaba en la mochila de la que se había apropiado. No tenía sentido cargar con cosas innecesarias. La abrió y encontró varias cosas útiles: una linterna, un cuchillo de monte grande y muy afilado que se sujetó al cinturón, un piolet, varias herramientas para montar tiendas de acampada, una navaja suiza y latas de comida para varios días.

También había una chaqueta contra el frío y un gorro de lana, los cuales se colocó de inmediato. Decidió dejar las herramientas de montaña abandonadas y escondió parte de las latas debajo de unas piedras.

Metió su mochila con el portátil dentro de la mochila más grande y abandonó el claro. Se puso a buscar un lugar cómodo para esperar los siguientes acontecimientos. Lo encontró al cabo de unos minutos junto a unas grandes piedras apiladas que proporcionaban cierto cobijo frente al viento. Se resguardó y se concentró en escuchar los ruidos y lo que podían significar. No sabía si su espera iba a ser de horas o de minutos, si sus perseguidores se atreverían a perseguirle de noche o esperarían hasta la mañana siguiente. Pensó en esperar una hora antes de tomar una decisión y se acomodó lo mejor que pudo. La chaqueta era de buena calidad y lo mantenía aislado del frío.

Al cabo de unos diez minutos se oyeron ruidos que rompieron la quietud y soledad del bosque. Eran los pasos de una o varias personas que se movían en la oscuridad. O no eran muy buenos desplazándose por el bosque o estaban tan convencidos de su superioridad que no pensaban que fuese necesario ocultar sus movimientos. Desde la posición de Sergio se les oía claramente. Conforme los ruidos se acercaron determinó que había por lo menos tres personas en las inmediaciones, separadas por una distancia de unos cincuenta metros entre ellas.

Habían decidido separarse en abanico para cubrir más área de búsqueda, pero no lo suficiente para que perdiesen el contacto visual entre ellos. Sergio, no tenía claro si era para no separarse y no perderse o porque preferían estar cerca uno de otro por si era necesario ayudarse.

Se percató de que de vez en cuando hablaban entre ellos en plan soez y mordaz por el tono empleado. No conseguía distinguir la lengua que utilizaban. Era casi seguro una lengua de origen germánico, parecido al alemán o al holandés, pero no era ninguna de ellas. Este aspecto intrigó a Sergio, que memorizó el sonido de ciertas frases para analizar posteriormente sus implicaciones.

Decidió que era hora de ponerse en acción.

Dejó la mochila en una esquina de su provisional refugio tapada por unas ramas y se desplazó hacia el ala derecha del abanico de sus perseguidores por la parte más exterior. Al contrario que sus enemigos, los movimientos de Sergio eran silenciosos y aprovechaba los grandes árboles y el entorno para mimetizarse con el mismo. Se había bajado el gorro de lana hasta los ojos y manchado el rostro y las manos para confundirse más con la oscuridad. Fue circundando sigilosamente su objetivo y conforme más cerca se encontraba más fácil era pasar desapercibido ya que los ruidos de los otros amortiguaban los suyos.

Cuando se encontraba a unos pocos metros del primer individuo, dedicó unos segundos a analizar a su oponente. Era un hombre corpulento vestido totalmente de negro pero sin gorro, ni pintura de camuflaje. Uno de los errores que estaban cometiendo, era que solo se fijaban en su frente y alrededores, no en lo que pasaba detrás de ellos. Estaban haciendo un barrido hacia delante y daban por supuesto que no habían sobrepasado a su presa. De ese error se aprovechó Sergio en los siguientes segundos, se encaramó silenciosamente a unos tres metros de un gran árbol e interpuso el tronco entre él y sus perseguidores. Cuando adelantaron su posición unos diez metros, descendió en silencio.

Se acercó a su perseguidor y cuando a un metro de distancia, el otro presintió su presencia fue demasiado tarde. Sergio le dio en la nuca un fuerte golpe con el pomo del puñal del montañero. El hombre se empezó a derrumbar como un muñeco y Sergio lo sujetó para que no metiese ruido. Con el cuchillo, cortó rápidamente en tiras las perneras del pantalón de su presa lo ató e inmovilizó. Con otra de las tiras lo amordazó. Además de las ataduras, el propio frío de la noche lo inmovilizaría en pocos minutos. Se apropió de las dos pistolas automáticas que llevaba, de cuatro cargadores y de una navaja del tipo de peleas callejeras.

Dejándolo totalmente indefenso, se movió en un semicírculo para acercarse a la otra punta del abanico. Mientras lo hacía se paró un momento para escuchar a sus enemigos. Confirmó que solo le habían estado siguiendo tres hombres. Le tenía preocupado el cuarto hombre que iba en el coche cuando les perseguían a Taimi y a él. Una de las probables soluciones al enigma era que estuviese vigilando la estación por si volvía. De todas formas no se lo quitaba de la cabeza y era un punto pendiente de atar.

Volvió a concentrarse en su siguiente objetivo. En el momento en que estaba alcanzándolo, los hombres se pusieron de nuevo a hablar entre ellos en ese idioma germánico que era otra de las cuestiones a averiguar. El hombre del centro hacía de enlace y cuando dirigió su conversación hacia donde debía encontrarse el hombre que había eliminado Sergio y no encontró respuesta, repitió lo que decía alzando la voz. Esperó unos segundos la respuesta y al no encontrarla, se dirigió hacia donde suponía que se debía encontrar. Desconfiado y en contra de los movimientos que había hecho hasta ese momento, se giró en redondo mirando atentamente en todas direcciones.

Sergio se encontraba excesivamente cerca como para cambiar de estrategia y posición, por lo que pasó al ataque. Se abalanzó sobre su enemigo y en una rápida llave de Aikido le agarró la mano que sostenía el arma y mientras giraba sobre su enemigo y lo proyectaba, se oyó el crujido del codo al romperse. El hombre empezó a chillar, además de por el dolor del codo roto, para llamar la atención de su compañero. A pesar de que el hombre parecía no ser un peligro inmediato, era un profesional y Sergio no podía confiarse, por lo que se acercó a él por el lado del brazo roto y con un golpe del mango del cuchillo en la cabeza, lo puso fuera de combate.

En esos momentos el tercer hombre llegaba a la carrera entre los árboles. Debido a la oscuridad reinante y a la distancia a la que todavía se encontraba, no era fácil ni que lo viese, ni que tuviese un blanco claro. Sergio lo sabía y se puso detrás de un árbol cercano que lo cubría. Tenía en su poder las pistolas para abatirlo, y el conocimiento de la ruta que iba a seguir su enemigo, pero decidió no disparar.

El ruido que habían metido hasta ese momento solo se podía haber oído en unos metros a la redonda y no desde la estación. Seguía sin saber que le esperaba en la misma por lo que no convenía alertar al resto del enemigo. Viendo la ruta que seguía en línea recta su contrincante hacia donde se encontraba, decidió esconderse en un árbol cercano y apartarse de ese modo del bulto que metía el hombre atado. Tenía que ser rápido y expeditivo sin correr riesgos innecesarios. Sergio no solía empezar peleas y procuraba evitarlas, pero había días que mandaba el “ojo por ojo” y el no haber podido evitar la muerte del profesor pesaba sobre su conciencia.

Cuando se encontraban a unos diez metros de distancia y aún su enemigo no se había percatado de su presencia, Sergio en un rápido movimiento se apartó un poco del árbol que le cubría y le lanzó el cuchillo. Le alcanzó en el pecho a la altura del corazón y lo frenó en seco. El hombre boqueaba mientras la sorpresa se reflejaba en su rostro. En unos segundos Sergio se acercó hasta él y lo remató. No tenía sentido prolongar su agonía.

Lo desarmó igual que a los otros y encontró en los bolsillos del pantalón una llave de coche que se guardó. Volvió hacia el hombre del codo roto que estaba inconsciente. Lo ató de pies y manos y lo amordazó. Lo arrastró hacia su compañero muerto para que lo viese cuando se despertase y de esta forma analizar sus reacciones. Teniendo inmovilizado al del codo roto, lo despertó de un tortazo. No era necesario tener contemplaciones con asesinos.

Al despertarlo de esta manera y ver a su compañero muerto, lo primero que se reflejó en la cara del secuaz fue sorpresa y después miedo. A los pocos segundos se recuperó un poco y pretendió poner un rostro pétreo e indiferente. Sergio le miró a los ojos fijamente y con una voz fría le dijo:

—Necesito información y la necesito rápido. De ti depende como acabe esta conversación. ¿Tienes más compañeros en la estación?

El individuo no respondió y puso cara de no entender. En sus ojos vio que el hombre intentaba averiguar cuál iba a ser el siguiente movimiento de Sergio. Esperaba algo violento, pero no sabía de qué modo, intensidad y si podía soportarlo o no. También adivinó en los ojos del secuaz, que en un primer momento prefería aguantar lo que le pasase y averiguar de qué era realmente capaz Sergio. Este repitió el mensaje en español, alemán e inglés dos veces. Le pareció que cuando lo hacía en alemán el hombre prestaba más atención. Como no podía perder más tiempo, tuvo que aplicar otras medidas. Prefirió seguir expresándose en alemán.

—Sabes, las sensaciones de nuestros sentidos se nos transmiten a través de las conducciones nerviosas de nuestro cuerpo. Una de esas sensaciones es el dolor. Los chinos durante siglos han estudiado estas técnicas y un grupo muy especial de estos estudiosos se dedican a conocer las terminaciones nerviosas que nos producen más dolor. Yo he estado viviendo meses con ellos y me han transmitido parte de su conocimiento.

Acercándose más a él, le apretó con el dedo índice en una zona del codo dañado. El hombre se retorció con el rostro demudado, intentando apartarse de él.

—Te repito la pregunta. ¿Tienes más compañeros en la estación? Cuando quieras hablar me

asientos con la cabeza.

El hombre haciendo acopio de toda la fortaleza que le quedaba apretó la mordaza y no se movió. Esta vez Sergio presionó sobre otra zona de las muñecas. Acto seguido cambió al cuello y apretó más rato. El hombre a pesar de estar atado a las raíces del árbol y tener limitados los movimientos, se retorció espasmódicamente.

Sergio se separó de él unos instantes, dejándolo recobrar fuerzas para que le entendiese lo que le iba a decir.

—Puedo estar así toda la noche, tú cuerpo no. En menos de una hora sufrirás algún tipo de reacción del cuerpo irreversible. Paro cardiaco, derrame cerebral o algo similar. El dolor continuado produce estas reacciones. Según me dijeron los chinos, lo máximo que aguantaba un hombre sometido a estas técnicas eran tres horas. No creo que batas el record en las condiciones que estás. Tú decides.

Y volvió a repetir con la zona nerviosa del codo roto. El hombre se retorció y encogía todo lo que le permitían sus ataduras y se oía gemir a través de la mordaza.

—No me das lástima. Tus compañeros han matado esta mañana a un buen hombre y nos perseguíais a la chica y a mí para hacernos lo mismo o algo peor. Creo que ya no necesito saber lo que tengas que decirme. Vas a pagar por lo de tus compañeros y después iré a la estación a enterarme yo mismo de lo que allí me espera.

Después de dicho esto apretó el codo una vez más. El dolor que debía sentir el hombre era inmenso. Esta vez asustado de verdad por el sufrimiento y las palabras de Sergio, movió desesperadamente la cabeza para indicarle que quería hablar. Durante unos segundos Sergio no se dio por aludido. Al cabo de unos segundos, le quitó la mordaza de la boca y le dijo:

—Ahora quieres hablar y ya no estoy para escuchar —le dijo con ira en la voz.

—¡Déjame! ¡Déjame y diré lo que quieras! ¡No merece la pena morir por el dinero que me pagan! En la estación hay dos hombres por si acaso te escapabas. Se ocultan en el tejado de la misma con rifles de francotirador por si apareces por ahí.

—¿De dónde venís? —preguntó todavía cabreado.

—De Sudáfrica.

Sergio creyó conocer ahora el idioma que les había oído hablar, el afrikaans que era una lengua germánica, derivada del neerlandés, hablada principalmente en Sudáfrica y Namibia.

—¿Para quién trabajas? ¿Dónde está la central? —preguntó intentando enfriar su ánimo y conseguir más información.

Por un momento un asomo de rebeldía volvió a aparecer en los ojos del maniatado prisionero, pero un ademán de Sergio de volver a presionar los puntos nerviosos hizo que cambiase de opinión.

—No sé el nombre de la persona que nos contrata. Nunca lo he visto ni he tenido acceso a sus datos, solo nuestro jefe y algunos de sus más allegados.

—Pero sí conoces donde está su edificio central o algo similar. ¿No es así?

—Sí. El edificio central, esta... —dudó un segundo y añadió— está en Saulsville.

—¿Dónde está eso?

—En Sudáfrica a veinticinco kilómetros de Pretoria.

—¿Cómo se llama la empresa?

—Saulsville Logistic, Inc. O algo parecido.

—¿Qué años tiene la empresa? ¿A qué se dedica?

—No lo sé. El edificio es nuevo, probablemente de este año o el pasado. Un hombre nos citó allí para darnos instrucciones, pero yo estuve fuera esperando y no vi el interior de la empresa.

—Describeme al hombre.

—Unos cuarenta y cinco años, alto y atlético. Con pintas de estar acostumbrado a dar órdenes.

—Algún dato que lo caracterice.

—Tiene el pelo rubio platino, casi blanco y una antigua cicatriz en la ceja. Vestía elegantemente, pero ningún dato adicional relevante. Solo estuve con él unos minutos. Yo no soy muy importante. Solo obedezco.

—¿Qué instrucciones os dio?

Volvió a pararse unos segundos, pero antes de que Sergio hiciese ningún movimiento volvió a hablar. Por lo visto había evaluado que daba lo mismo contar el resto de lo que sabía.

—Nos ordenaron ir al laboratorio de Lieto, robar todo lo que nos pareciese importante y eliminar al profesor y a su ayudante la chica.

—¿No os ordenaron que los secuestraseis y les sacaseis información?

—No, las órdenes eran eliminarlos.

Esto dejó pensativo a Sergio, cuando alguien roba una patente o un nuevo producto, lo normal es que secuestre también a los inventores o técnicos que saben usarlo y manejarlo. Por lo menos hasta que personal propio haya adquirido el conocimiento y los secuestrados sean prescindibles. Por si no había entendido bien, volvió a realizar la pregunta.

—¿Os ordenaron que eliminaseis al profesor y a sus dos ayudantes? ¿O solo a la chica?

—Solo al profesor y a la chica. No se nos dijo nada del otro ayudante.

Aquello, a los ojos de Sergio y hasta que no tuviese más información solo podía significar tres cosas: que ya se habían encargado del otro ayudante con otro equipo de asesinos, que lo habían secuestrado para ayudar a la fuerza o el otro ayudante era un traidor y estaba del lado de los asaltantes. Cualquiera de las opciones era negativa. En la tercera además significaba que el ayudante se había pasado al bando enemigo y no deseaba compartir el conocimiento con nadie. Pensaba sacar partido él solo y para ser imprescindible deseaba que eliminaran a los que le podían hacer sombra, es decir al profesor y a Taimi. En cualquiera de los casos era importantísimo esclarecer aquello.

—¿Dónde está el jefe de este grupo?

—Es el que ha recibido la puñalada.

—¿Cuántos sois el equipo que se ha trasladado a Finlandia?

—Los dos que esta mañana han ido al laboratorio, más los cinco que estamos en esta estación. No pensábamos que un viejo y su ayudante nos fuesen a causar problemas —esto último lo dijo con un tono de odio en su voz—. No pensábamos que contaban con guardaespaldas.

—¿Algún dato más que quieras añadir? —dijo mirando fríamente al maniatado asesino.

—No sé nada más. ¿Me vas a liquidar?

—Hoy no. La próxima vez que te cruces en mi camino.

—Diciendo esto Sergio, le volvió a poner la mordaza y le asestó otro golpe con el pomo del cuchillo dejándolo de nuevo inconsciente.



Un hombre alto de pelo platino, casi blanco y una antigua cicatriz en la ceja, vestido de forma deportiva pero de manera elegante entró en lo que parecía el laboratorio de ingeniería de una empresa industrial dedicada a la fabricación de componentes electrónicos.

El laboratorio estaba amueblado con funcionales puestos de trabajo dando una imagen de nuevo, moderno e impoluto. Estaba dotado con las últimas herramientas, tecnologías y ordenadores que eran necesarios para el fin con que había sido creado. Por las mesas se podían ver libros dedicados a la fabricación desde el punto de vista de *hardware*.

—¿Cómo van los análisis señor Craft? —preguntó sin más ceremonias el hombre del pelo blanco a un hombre calvo, con gafas, vestido con bata y que parecía el responsable técnico del laboratorio.

—Buenos días señor Crancy. Está realizado mediante una tecnología nueva y nunca habíamos visto algo igual. Es la evolución de los procesadores actuales y de cómo será la tecnología dentro de tres o cuatro años. Es sorprendente. ¿Dónde lo ha conseguido? —dijo el hombre de manera curiosa desde un punto de vista totalmente profesional.

Nada más hacer la pregunta se arrepintió de ello viendo como cambiaba la faz de su jefe. El hombre del pelo blanco jamás era amable con nadie, solo esperaba de sus empleados fidelidad y consecución de objetivos. Su rostro se volvió más duro y apareció un asomo de ira en él.

—No le pago para que me haga preguntas. Solo para que me dé respuestas. ¿Cuándo conocerá los secretos de ese microprocesador y cómo fabricarlo en serie? —le preguntó al jefe de laboratorio con una voz fría e impersonal—. Quiero saber enseguida si es tan bueno como todos opináis y cuál sería la manera más rentable de explotarlo comercialmente.

—Averiguar el objetivo para el que ha sido diseñado este prototipo, nos llevará unos cinco días. Conocerlo más a fondo otros quince y espero que en un par de meses seamos capaces de copiarlo y fabricarlo en serie.

—¡Demasiado tiempo! Necesito que lo haga en la mitad. Mis futuros clientes no pueden esperar tanto.

—Haré lo posible —respondió el hombre bajando los ojos, sin atreverse a oponerse a su jefe — pero necesitaré algo más de medios y quizá personal adicional.

—¡Contrate a quién quiera y doble el turno del que tiene! Recibirán el triple de su sueldo habitual si son capaces de producirlo en cinco semanas.

Después dando por acabada esa parte de la conversación, se sentó en un sillón durante unos minutos pensando en los siguientes movimientos, mientras el jefe del laboratorio seguía inspeccionando el microprocesador. En un momento dado dirigiéndose a él de nuevo le preguntó.

—¿Qué podemos hacer con respecto al *software* que debe gestionar el microprocesador?

—Lo siento señor Crancy, no es mi especialidad, como ya sabe yo soy experto en *hardware*. De todas formas si no disponemos del *software* que gestiona al microprocesador, necesitaremos de varios meses para poder desarrollarlo. En mi caso tengo un microprocesador para poderlo copiar, pero no tenemos el *software* para estudiarlo y modificarlo. Tendríamos que empezar desde cero.

—No se preocupe no será necesario. Tengo un conjunto de profesionales trabajando en el tema. Creo que en un par de días ese problema estará resuelto.

El jefe del laboratorio no se atrevía a mirar a los ojos a su jefe. No le gustó nada el tono con que había pronunciado la palabra “profesionales”, ni que el “problema” estaría resuelto. Siguió

trabajando en el microprocesador procurando pasar desapercibido y no molestando al hombre del pelo blanco.

Al cabo de un rato durante el cual el hombre del pelo blanco estuvo concentrado en sus pensamientos mientras miraba la pared del fondo del laboratorio sin verla, se levantó del sillón que ocupaba y se dispuso a abandonar el laboratorio.

Abrió la puerta y antes de cerrarla, miró al jefe del laboratorio y dedicándole una intensa mirada le dijo en voz dura y fría:

—Recuerde señor Craft. Cinco semanas.

—Si señor Crancy.

—Por cierto, al final de cada jornada, me entregas el microprocesador. Quiero guardarlo personalmente. Solo estará en tus manos o en la mías. No quiero que desaparezca —recalcó esta última frase imprimiendo a su voz un tono amenazador.



Dándole vueltas a la información que había obtenido Sergio recogió su mochila. Se dirigió cautelosamente y dando un amplio rodeo de vuelta hacia la estación sabiendo que había dos francotiradores vigilando los alrededores y probablemente con rifles de visión nocturna.

Su intención era acercarse a ellos por el lado opuesto del edificio. No por el lado del andén por donde había abandonado el tren, si no por el lado contrario, el de la entrada principal de la estación. Lugar por donde previsiblemente no esperarían que volviese.

Cuando estuvo a unos doscientos metros, se paró y depositó la mochila en la base de un árbol, para tener mayor libertad de movimientos. Observó que no se oía ningún ruido excepto los de la naturaleza circundante. El tejado del edificio era a dos aguas, salvo una especie de terraza de unos treinta metros cuadrados, con un pequeño muro alrededor del borde del tejado que hacía de parapeto y que impedía ver su interior. El diseño era extraño ya que en aquellas latitudes, lo normal hubiese sido que todo el tejado fuese a dos aguas para que el agua y la nieve se deslizasen con mayor fluidez.

Estaba seguro que las dos personas estaban apostadas en esa terraza. Pero eran sigilosas y se ocultaban bien, ya que Sergio no era capaz de percibir nada en el tejado, ni un cuerpo, ni una sombra, ni un movimiento. La ventaja de Sergio residía en que él aunque no los veía sabía dónde estaban y ellos no.

Para poder abandonar tranquilo la estación, debía eliminar el problema. Con ellos allí era imposible coger el siguiente tren de vuelta. Nada le podía confirmar si los dos hombres seguían en el tejado, o uno de ellos había preferido bajar y ocultarse por los alrededores. El no conocer la situación y solo intuirlo era peligroso.

Bien pensado en vez de coger el tren, si era posible prefería largarse en el coche de los asaltantes cuanto antes sin esperar más. Cada minuto era una pérdida de tiempo que tendría que recuperar. La información que poseía era valiosa y la vida de Taimi corría peligro. Estaba echando un vistazo a los alrededores de la estación por si había algo que le sirviese, cuando de repente vio cercana a la esquina más alejada del edificio, un pequeño cobertizo de madera, que tenía toda la pinta de ser un almacén. Decidió investigar que había dentro.

Se acercó con precaución al pequeño almacén y se alegró al comprobar que la puerta de la entrada al mismo quedaba en el lado del edificio oculto a la vista de los posibles tiradores. Llegó

a la puerta pensando en cómo entrar, cuando se lo ocurrió girar la manilla. Para su sorpresa estaba abierta, probablemente por allí no pasaba casi nadie y la persona de mantenimiento que visitaba la estación todos los días era excesivamente confiada y después de coger algo del interior había olvidado cerrarla.

Extremando las precauciones empujó suavemente la puerta para evitar que hiciese ruido y se coló en su interior. Como había supuesto, contenía herramientas, buzos de trabajo y diferentes máquinas para realizar el mantenimiento del almacén. Para su sorpresa también alojaba un quad. Seguramente lo utilizarían para recorrer las vías y analizar su estado.

Inicialmente pensó en largarse de allí en él, pero inmediatamente descartó la idea. Un quad, produce mucho ruido y es lento, por lo que no iba a llegar muy lejos con él. Dándole vueltas al vehículo se le ocurrió una idea. Los quads funcionan con combustible, por lo que se puso a buscar bidones que estuviesen almacenados.

Estaba de suerte, en una esquina, encontró lo que estaba buscando. Había varios completamente llenos. Rebuscó un poco más en el almacén y encontró botellas y unos trapos viejos. Unas eran de plástico y otras de cristal, pero todas le valían. Las de cristal se romperían y estallarían las primeras y las de plástico se derretirían posteriormente con el calor. Rellenó rápidamente varias botellas con la gasolina y cortando los trapos a tiras fabricó las mechas de los cócteles Molotov.

Con todo ello listo, abandonó sin meter ningún ruido el cobertizo y se fue acercando despacio y en total silencio al edificio central de la estación. Se escondió durante unos segundos detrás de un árbol cercano. Los últimos metros antes de la pared del edificio, estaban en terreno despejado, por lo que si alguien estaba mirando, al cruzar ese área iba a ser un blanco fácil.

Miró a ver que otras posibilidades tenía y vio entre el árbol y el edificio el coche de los asesinos. Era un punto intermedio, a cubierto a unos metros de la entrada y que poseía dos ventajas tácticas: le ocultaba de la terraza y además desde esa posición podía perfectamente lanzar las botellas. Se concentró en el camino a recorrer y en ver si se oía algún tipo de ruidos. Cuando lo consideró oportuno se arrastró pegado al suelo recorriendo los metros que separaban el árbol del todoterreno.

Una vez allí sacó el mechero que le había sustraído al asesino esa mañana y se dispuso a prender las mechas. Había atado las botellas de dos en dos, una de vidrio con una de plástico, de tal forma que el volumen de fuego generado fuese alto, sin que por ello el peso de las botellas le impidiese lanzarlas lejos. A partir de ese momento la velocidad con que se moviese era importante. Prendió en segundos las mechas y lanzó las botellas a diferentes zonas del tejado intentando cubrirlo por entero. En segundos las botellas se rompieron y explotaron, generando un infierno de llamas que iluminaron la noche. Al instante se vislumbraron entre las llamas dos cuerpos cubiertos por las mismas, que no paraban de gritar y moverse por el tejado de forma agitada.

Desde la cercanía en que se encontraba y con el contraste de los cuerpos en llamas contra la oscuridad de la noche, los cuerpos de los asesinos eran dos blancos perfectos. Sergio que había desenfundado una de las pistolas que obraban en su poder, apuntó y disparo dos veces a cada uno de ellos, abatiéndolos sobre el tejado, donde fueron pasto de las llamas.

Recogió la mochila de donde la había dejado, se dirigió hacia el todoterreno y probó el mando de la llave que había sustraído a uno de los asesinos. El coche respondió al instante abriendo los

seguros de las puertas. Sergio se introdujo en su interior, puso la llave en el contacto y arrancó el vehículo. Comprobó que tenía combustible de sobra para llegar a Turku y se encaminó hacia la carretera general.

Una vez en ella se relajó de la tensión vivida en las últimas horas. El conducir era uno de sus aficiones favoritas y tenía la virtud de limpiarle la mente y proporcionarle cierta relajación. En un momento dado, cuando pasaba por encima de un río, decidió parar un segundo, extrajo su mochila personal, introdujo unas piedras en la más grande misma y la arrojó con todas las armas dentro al fondo del mismo. Mientras conducía pensó en que debía buscar de inmediato a Taimi y ponerla a salvo.



Mónica estaba sentada en su pequeño despacho y a pesar del contrato que había firmado el día anterior y las felicitaciones por parte de su jefe, no podía quitarse de la cabeza al apuesto hombre que había entrado en su vida un par de días antes.

Nunca le había pasado nada igual. A pesar de ser una belleza acostumbrada a que los hombres se fijasen en ella, e intentasen que fuese su pareja o bien llevársela a la cama, Mónica era una joven contenta con su trabajo y sus aficiones, poco dada a salir de fiesta hasta altas horas de la noche y de tener novios solo para pasar el rato.

A pesar de vivir en una gran ciudad, llena de espectáculos nocturnos, discotecas y otros clubs de noche, no era el tipo de vida que le agradase. Era una persona sencilla y no era normal que hiciese nuevas amistades y menos en la forma que había conocido a Michael.

Le daba vueltas a la cabeza constantemente a los hechos que había vivido y cuanto más pensaba en ellos, más sentido encontraba a que Michael no era un ejecutivo normal. La manera en que se había deshecho de los hombres que habían intentado propasarse con ella y la pequeña parte de la conversación en la que había participado con Michael y Carl Murray, le hacían pensar que los negocios que llevaban entre ambos no eran precisamente de *marketing*.

La forma en que Michael había reaccionado y se había preparado para salir de viaje en cuanto habían mencionado que el profesor había desaparecido, no se correspondían con la de los ejecutivos con que ella trabajaba a diario.

Tampoco conseguía decidir si era conveniente para ella el seguir viendo a Michael. No se sentía capaz de definir qué tipo de relación había surgido entre ellos y hacía donde se dirigían. Por otra parte y para su sencillo modo de vida la novedad de Michael tenía cierto tipo de atracción.

Los pocos ratos que había estado con él había disfrutado con su presencia. Los pocos pasos de baile que habían podido compartir en la fiesta, habían sido unos momentos de placer que hacía muchos tiempo que no saboreaba.

Por fin decidiéndose a dar un paso al frente aunque parte de su intuición femenina le recomendase hacer lo contrario, buscó en internet el teléfono SoftPlay, Inc. Llamó y preguntó directamente por Carl Murray. Consiguió atravesar las diferentes barreras de las oficinistas que le atendieron. Todas ellas le preguntaban qué quería, que le tomarían nota de su recado y que si era del interés del señor Murray este le volvería la llamada. Para ellas, no era el procedimiento habitual que su presidente atendiese a alguien desconocido para ellas.

Al final a base de paciencia, e insistencia, consiguió hablar con él.

—¿Si? ¿Dígame? —preguntó Carl al otro lado de la línea—. ¿Con quién hablo?

—Perdone que le moleste señor Murray. Seguro que estará usted completamente ocupado. Mi nombre es Mónica y soy la persona que acompañaba la otra noche en su fiesta a Michael Johnson. Con tantos invitado es posible que no se acuerde.

Carl que desde que había conocido a Michael, no había perdido detalle de todo lo que esta había hecho en su presencia, se acordaba perfectamente de Mónica. A ello ayudaba considerablemente la belleza de ella y lo resplandeciente que había acudido a la fiesta.

—Disculpe usted señorita. No la había reconocido telefónicamente, pero nunca me olvidaré del mejor Versace que he visto en mi vida. Y estoy seguro de que el mérito no era del vestido.

—Es usted todo un caballero —dijo más tranquila Mónica viendo que había conseguido establecer una conversación más relajada—. Seguro que se lo dice a todas sus invitadas.

—Le aseguro que no a todas —dijo riéndose al otro lado de la línea Carl—. ¿Qué deseaba de mi persona?

Sabiendo que el tema que podía tocar era delicado probablemente por ser altamente confidencial y no queriendo romper el trato de confianza que estaba recibiendo por parte de Carl, Mónica tardó unos segundos en proseguir con la conversación, mientras buscaba las palabras adecuadas. Por fin con voz suave y poniendo interés en que su tono sonase tímido preguntó:

—Le parecerá una tontería de mujeres, pero Michael me aseguró que me iba a llamar a las pocas horas de llegar a su destino en el extranjero y como no lo ha hecho quería conocer si usted tenía noticias tuyas —paró un segundo y añadió despacio— solo noticias, no deseo conocer el contenido de las mismas.

—Lamento no poder ayudarte Mónica, pero tampoco ha contactado conmigo —respondió Carl queriendo tranquilizarla—. Pero ten en cuenta que las horas de vuelos, los papeleos, el trabajo a realizar, etc. le tendrán muy ocupado.

—Seguro. Que tonta soy. Muchas gracias. No le molesto más.

—No es molestia. De todas formas, si me das el número de tu teléfono móvil, en cuanto tenga noticias tuyas, te llamo.

Agradeciéndole su interés Mónica le dio los dígitos de su número y con amables palabras se despidieron.

Después de colgar el teléfono de su oficina y con la mente todavía pensativa. Una compañera de trabajo, entró en su despacho y le preguntó.

—¿Qué? ¡Trabajadora! ¿Te vienes a tomar un café?

Saliendo de sus pensamientos y pensando que debía centrarse en su entorno y compañeros de trabajo repuso:

—¡Eso está hecho! ¡Pago yo!

*“Debes tener siempre fría la cabeza,
caliente el corazón y
larga la mano”.*

Confucio

5. Volviendo a Nueva York

Finlandia. Miércoles 18, Junio 2014

A pesar de que los treinta kilómetros que tuvo que recorrer hasta llegar a su hotel, no eran mucha distancia, no es lo mismo una autopista de Alemania, que una carretera general de Finlandia. Ni en anchura, condiciones climáticas, curvas y conducción nocturna, por lo que tuvo que concentrarse en el recorrido y llegó a Turku con cierto cansancio.

Al no disponer de GPS, le costó bastante dar con su hotel, perdiendo un tiempo precioso. Cuando por fin lo localizó, decidió abandonar el todoterreno a varias manzanas de distancia. Se dirigió andando hacia la recepción del hotel y pidió la llave de su habitación.

—¿Me puede dar la llave de la 377? —le pidió al recepcionista del turno de noche.

Evidentemente Turku no era una ciudad donde el ambiente nocturno destacase, por lo que siendo las tres de la mañana al trabajador del hotel le extrañó la hora de vuelta de aquel cliente y más con el aspecto que llevaba de haber estado revolcándose por la hierba.

—Por cierto, ¿han dejado alguna nota o mensaje para mí?

El recepcionista miró en el buzón correspondiente a su habitación y encontró una postal que entregó a Sergio. Era una postal turística de Turku en donde aparecía una plaza de la ciudad. Sergio observó con detenimiento la postal y vio que en una esquina de la misma aparecía un hotel. En la postal no había ninguna indicación adicional.

—¿No sabrá quién ha entregado esta postal?

—No señor. Ha debido ser durante el turno de la mañana o de la tarde y yo no estaba —respondió el recepcionista con cara de circunstancias.

—Gracias de todas maneras. Por favor que no me molesten para nada. He tenido un día muy complicado. Otra cosa ¿la plaza de esta postal está muy cerca de aquí?

—Si señor a unas tres manzanas, caminando en aquella dirección —dijo señalando con el brazo.

—Gracias de nuevo. ¿Tienen servicio de habitaciones a estas horas?

—Me temo que no señor. Somos un hotel sencillo y nuestros clientes no suelen requerir de esos servicios. Si lo desea puede sacar algún sándwich de la maquina ubicada en la zona de ascensores de cada planta. Es lo que hemos dispuesto para cubrir estas eventuales necesidades.

—Que pase buena noche —dijo Sergio despidiéndose de él.

El recepcionista lo miró mientras se alejaba hacia la zona de ascensores, intentando averiguar a qué profesión se podía dedicar una persona que volvía a esas horas con una mochila al hombro, sucio y la ropa destrozada. No parecía el típico hombre de negocios.

Sergio decidió que para ir a por un sándwich a la máquina, se comía los que había cogido en el tren y todavía permanecían en su mochila, por lo que se dirigió directamente a su habitación. En cuanto llegó, cerró las ventanas, las cortinas y trabó una silla en la puerta, para impedir el fácil acceso a su habitación. No creía que nadie estuviese sobre su pista ya que hasta esa mañana era una persona anónima a sus enemigos y por otra parte no había quedado nadie del equipo perseguidor que pudiese seguirle. De todas formas su naturaleza precavida, le dijo que la silla no estaba de más.

Se desprendió de la maltrecha ropa que llevaba y la arrojó a la basura. Se pegó una ducha caliente, para deshacerse de toda la porquería y tensión que había acumulado durante las aventuras del día y relajarse. Después comió el par de sándwiches y se bebió las dos botellas de agua. Acto seguido se metió en la cama y durmió como un lirón.

Se levantó a las ocho horas con el cuerpo descansado y recuperado. Se volvió a duchar y se puso la ropa deportiva de su mochila. Recogió sus pertenencias. Bajó a la recepción donde pagó la factura y abandonó el hotel.

Se encaminó hacia la plaza de la postal siguiendo las indicaciones del recepcionista de la noche anterior. Mientras cruzaba las calles vio una pastelería con muy buena pinta, por lo que decidió desayunar en ella un zumo de naranja, un par de pasteles y un café. A los pocos minutos de abandonar la cafetería vio la plaza y en una esquina el hotel representado en la postal. Se dirigió directo hacia la recepción de la misma, donde un solícito recepcionista se le acercó de inmediato.

—Buenos días señor, ¿que desea?

—Hola, me han enviado de mi empresa con un recado. Ayer estuvo en nuestras oficinas una señorita que al marcharse se dejó esta bolsa de viaje —dijo señalando su propia mochila—. Me han encargado que se la devuelva en persona.

—¿Sabe cómo se llama?

—Pues la verdad es que no lo sé. Cuando venía hacia aquí, no sé qué he hecho y he perdido el papel que me han dado con sus datos.

Sergio compuso una cara de persona despistada en un apuro intentando que el recepcionista le echase una mano viéndolo en aquella situación. Al final, el recepcionista reaccionó como esperaba y le dijo.

—A ver —dijo repasando las entradas del día anterior— ayer tuvimos dos entradas femeninas.

—¿Puede mirar si eran personas jóvenes?

—Ahora le digo —respondió el recepcionista mientras miraba los datos de pasaporte de los clientes—. Una de ellas tiene cincuenta años y la otra unos veintisiete. Entiendo que será esta última —añadió con convicción—. Señorita Anneli Treser, habitación doscientos catorce.

—Eso es, es el nombre que me suena haber leído en el papel.

—¿Quiere que le avise por teléfono?

—No hace falta gracias, además mientras le entrego la mochila tengo que comentarle un tema que me habían pedido en la oficina. Muchas gracias.

Antes de que el recepcionista reaccionase de alguna manera, Sergio se dirigió con celeridad a

los ascensores, se subió a uno de ellos que estaba abierto y le hizo la seña de OK al recepcionista que aún le seguía observando. A continuación y mientras se cerraba el ascensor vio como llegaban varios clientes al mostrador y el recepcionista se olvidaba del tema y se disponía a atenderlos.

“Menos mal que el recepcionista no ha tenido tiempo de llamar a la habitación”, se dijo Sergio para sus adentros.

No quería ni asustar a Taimi, ni que pensase que eran sus perseguidores, ni tener una conversación con ella delante del recepcionista. Llegó rápidamente a la habitación y llamó suavemente a la puerta de la misma para no alarmarla.

—¿Sí? —dijo una voz femenina desde dentro.

Sergio a pesar de la recia puerta que amortiguaba la conversación y la distancia desde donde provenía el sonido, identificó fácilmente el timbre de voz de Taimi.

“Bien”, se dijo para sus adentros. Había conseguido llegar hasta ella antes de que le ocurriese nada.

—Sí —repitió Taimi—. ¿Que desea?

—¡Verte! —dijo Sergio entusiasmado aunque con voz baja—. ¡Soy Michael y estoy aquí! ¡Ábreme!

—¡Cómo! ¿Eres tú? —y oyó unos pasos apresurados que se dirigían a la misma y la abrían rápidamente.

Viendo a Sergio con una sonrisa enorme al otro lado de la puerta, Taimi no pudo evitar la emoción del momento: se abalanzó sobre él y le abrazó firmemente sin soltarlo. Sergio riéndose le dijo.

—Me alegro mucho de verte. Pero si no te importa devuélveme la respiración.

—Disculpa, disculpa —respondió ella azorada— es que llevo un montón de horas encerrada en esta habitación y no hago más que darle vueltas a la cabeza de si te ha pasado algo y si debería dejar de aguardar y tomar alguna decisión. Es para volverse loca. La espera ha sido desesperante.

—Te entiendo perfectamente. Y no hace falta que te disculpes. Siempre me han gustado los grandes recibimientos realizados por chicas guapas.

—No me tomes el pelo —dijo mientras su cara se ponía totalmente colorada.

—De verdad. Estás muy guapa con ese color de cara —le dijo Sergio para distender más la situación.

—¡No me digas eso! ¡Todavía me avergüenzo más!

Y ella se puso a reír, mientras aliviaba parte de la tensión acumulada durante las últimas horas. Sergio dejó que estuviese unos momentos así. Al cabo de unos instantes, ella misma se relajó y le preguntó:

—¿Y a ti que te ha pasado? ¿Cuéntame? ¿Cuéntame?

—Enseguida, enseguida, pero primero tenemos que movernos y ver nuestros próximos pasos. ¿Has desayunado?

—Sí ¡En este hotel se come de cine! ¡Estoy repleta!

—¿Tienen conexión a Internet?

—Creo que sí, pero como me dijiste que no conectase el portátil, no lo he hecho.

—¡Perfecto! ¡Buena chica! Voy a probar con el mío que es indetectable.

—¿Cómo que es indetectable?

—Otro día te lo explico.

Sergio, sacó su portátil de la bolsa de viaje, lo encendió y al cabo de unos minutos se conectó a través de la red *wifi* del hotel a Internet.

—¿Qué quieres buscar?

—Los vuelos que salen del aeropuerto.

—¿A dónde vamos?

—Si es posible a Canadá.

—¿A Canadá? ¿Por qué?

—Me gustaría entrar en USA de una forma discreta y rápida. Estoy pensando en llegar a una ciudad de Canadá cercana a la frontera Norteamérica en avión y de ahí entrar en USA vía coche. Una vez dentro de USA nos volveremos a mover en avión.

—¿Por qué vamos a dar todas esas vueltas?

—Todavía no sé quiénes son nuestros enemigos y qué contactos y recursos tienen. Lo que si estoy seguro, es de que quieren liquidarte y están poniendo muchos medios en ello. En el día de ayer han enviado a un equipo de siete personas a liquidaros a ti y al profesor. Con el profesor lo consiguieron, no quiero que te pase a ti lo mismo.

—Tú has conseguido que no me pase nada —dijo mientras afloraban a su rostro lágrimas, tanto por acordarse de la suerte que había corrido su querido profesor, como de agradecimiento por lo que estaba haciendo por ella Sergio—. Por cierto, ¿qué ha pasado con esos hombres?

—No te preocupes por ellos. No te darán más problemas —y no quiso dar más explicaciones.

—Entonces. El dar tantas vueltas ¿es más seguro? —dijo ella no queriendo preguntar más por el paradero de sus perseguidores, viendo que a Sergio no le apetecía continuar con ese tema.

—Sí. Nosotros vamos a utilizar para entrar en USA pasaportes falsos. La mayor vigilancia, análisis de los pasajeros y su documentación desde los atentados en Nueva York del once de Septiembre se lleva a cabo en los aeropuertos. Por eso es más fácil atravesar la frontera con un coche. La de México con USA está más controlada por los temas de inmigrantes ilegales que la de Canadá. Por eso utilizaremos esta última.

—No quiero ni preguntarte porque sabes esas cosas y otras que me imagino.

—No seas imaginativa. Espero no tener necesidad de utilizar, ni de enseñarte otro tipo de habilidades antes de llegar a USA. Allí bajo la tutela de Carl Murray estarás a salvo.

—¿Tú me cuidarás? —mostrando cierto tipo de ilusión en su rostro de que fuese así.

—¿Qué más quisiera! —respondió él para no eliminar esa ilusión de golpe—. Mi obligación es encontrar a la persona que encargó vuestros asesinatos. No te preocupes estarás vigilada y cuidada por auténticos profesionales.

—Me sentiría más tranquila teniéndote a mi lado.

—Gracias por la parte que me toca. Voy a ver qué ruta de viaje es la más rápida, fiable y podemos utilizar desde donde estamos.

—Bueno voy a prepararme mientras tanto —dijo mientras se dirigía hacia el baño.

Sergio estuvo analizando las diferentes conexiones entre vuelos, determinando cuál era la mejor combinación entre rapidez de llegada a USA y menos problemas burocráticos en las aduanas. Al final vio una ruta que le pareció la más aceptable y se decidió por ella.

—¿Taimi? —llamó elevando la voz lo suficiente para que le oyese por encima del ruido que metía el agua del grifo del lavabo.

—¿Sí? —dijo esta— asomando la cara por la puerta del baño.

—¿Tienes alguna amiga de mucha confianza que te pudiese dejar su pasaporte?

—Uhm... Creo, que sí. Mi amiga Andrea haría cualquier cosa por mí. Nos conocemos desde la infancia y hemos mantenido nuestra amistad con el paso de los años.

—Quiero que salgas a la calle. Verás que en la esquina del edificio hay una cabina de teléfonos. Le llamas a tu amiga, le dices que no tienes monedas y que se va a cortar, así no te preguntará debido a la prisa por qué no utilizas el móvil. Le dices que estás terminando un informe que tienes que entregar mañana y que necesitas comparar tu pasaporte con el suyo, para verificar unos datos. Que lo sientes, pero que es urgente. Queda con ella en la cafetería que está a tres manzanas de aquí, en cuanto ella pueda. Intenta que sea cuanto antes mejor.

—¿No meteremos en un problema a mi amiga? ¡Le quiero mucho y no deseo que le pase nada malo! —preguntó con miedo Taimi.

—No te preocupes, procura hacer todo lo más rápido posible, mantén el menor tiempo de contacto y pídele que no diga nada a nadie. Con estas premisas, no debiera pasar nada. Dile que necesitas el pasaporte para el informe y que se lo devuelves en un par de días. Procura cortar la conversación enseguida aunque a ella le suene raro. Es importante no prolongar ni la conversación, ni el contacto.

—¿Tú, estarás conmigo?

—No. Si estoy con vosotras cuando os reunáis, no haremos más que prolongar la reunión y tener que dar más explicaciones. Por cortesía me tendrías que presentar y nos entretendríamos.

—Vale. Me termino de arreglar y bajo a hacer la llamada.

—Piensa en el nombre de alguna amiga más por si no te coge el teléfono o no puedes contactar con la primera.

—De acuerdo.

—Procura emplear poco tiempo en todo el proceso. En cuanto termines la llamada vuelves a la habitación.

—¿Tu qué vas a hacer mientras tanto?

—Ver cuál es el vuelo más conveniente y si tienen plazas reservadas que podamos reservar y comprar cuanto antes.

—Vale. Me voy.

Taimi entró en el baño y como toda mujer un poco coqueta se dio un último repaso en el espejo del baño. Cogió el bolso y se encaminó a la calle.

Sergio volvió centrar su atención en el portátil y estuvo buscando la ruta que iban a seguir. Después de emplear un rato analizando las diferentes posibilidades, se decidió por la que le parecía más segura. Cogerían un vuelo de Turku a Estocolmo en Suecia. Allí enlazarían con un avión hacia Frankfurt en Alemania, en donde cambiarían de nuevo de avión y se dirigirían a Toronto en Canadá. En Toronto alquilarían un coche y finalmente recorrerían en coche los aproximadamente quinientos kilómetros que separaban esa ciudad de New York. Había pensado que cuando estuviesen a unos cien kilómetros de New York, llamarían a Carl, para que tomase las medidas de seguridad que ambos considerasen oportunos.

Repasó varias veces la ruta que iban a seguir, las compañías aéreas, las casas de alquiler de coches en Toronto y las carreteras que iban a recorrer. Sergio era meticuloso y no le gustaba dejar nada al azar mientras pudiese evitarlo. Ya se encargaba el azar de colarse en los planes sin que nadie le llamase. Así mismo estuvo viendo qué plazas del avión estaban disponibles para efectuar

las reservas para Taimi y para él.

Después se puso la televisión para ver si daban algunas noticias sobre los acontecimientos del día anterior. Cambió varios canales y en ninguno de ellos apareció nada. Para pasar el tiempo se puso un canal de entretenimiento y esperó a que Taimi regresase.

Al cabo de unos quince minutos, oyó que llamaban a la puerta. Se levantó, miró por la mirilla y viendo que era Taimi abrió sin más demora.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó.

—Pienso que bien. Hice todo lo que me dijiste y ya ves el tiempo que he tardado. No ha sido mucho. ¿Verdad?

—Verdad. Lo has hecho muy rápido. ¿A qué hora has quedado con tu amiga?

—En un par de horas. Antes ella no podía. Estaba trabajando y tampoco quería alarmarla o meterle excesiva prisa. Además tenía que ir a casa y venir hasta aquí. Turku no es muy grande, pero entiendo que tampoco era cuestión de que hiciese ninguna carrera contrarreloj.

—Lo has hecho bien. Si le metes excesiva prisa o presión, se preocuparía y haría más preguntas. Lo mejor es lo que has hecho, que se haga sin pausa, pero sin agobios excesivos.

—¿Qué hacemos mientras pasan estás dos horas?

—Pedir al servicio de habitaciones del hotel, algo de comida y esperar.

—¿Qué quieres comer?

—Lo que tú quieras pedir mientras que lo que nos traigan tenga algún plato caliente. Llevo dos días a base de sándwiches.

Taimi eligió un par de platos para cada uno de ellos, siendo el primero sopa caliente y el segundo un filete con patatas fritas. Llamó al servicio de habitaciones y mientras esperaba, preguntó a Sergio:

—Llevamos varias horas juntos, me has salvado la vida y te estás preocupando en todo momento por mí. Yo sin embargo no sé nada de ti. ¿Quién eres? ¿Qué haces? ¿A qué te dedicas?

—¿No son muchas preguntas seguidas? —dijo Sergio esgrimiendo como defensa una gran sonrisa.

—Si bueno..., no sé... —dijo a trompicones Taimi, un poco nerviosa—. Disculpa mi curiosidad. Deben ser los nervios, la tensión y lo que todavía nos espera, pero hace unas horas que todas esas preguntas rondan en mi cabeza.

—Bueno —dijo sonriendo Sergio intentando tranquilizarla—. Vamos a ver si puedo responder a alguna de ellas. ¿Cuál prefieres primero?

—¿Quién eres?

—Soy una persona que tiene una serie de habilidades especiales que las dedica a trabajar en una profesión curiosa: trabajo para los que tienen problemas de robo de propiedad intelectual, procurando estar en el bando de los buenos.

—Y ¿siempre es tan peligroso y andas por el mundo a tiro limpio y jugándote la vida?

—La verdad es que casi nunca. Normalmente los casos en los que trabajo, tienen una dosis de tensión, pero muchas veces se soluciona con un arreglo entre las partes implicadas, normalmente económico. Algunas veces el asunto acaba en el juzgado y solo en contadas ocasiones terminamos a tiros.

—Luego..., no es la primera vez.

—No, ni por desgracia sea probablemente la última. En estos asuntos se mueve mucho dinero

y en algunos casos el futuro de grandes empresas.

—¿Y te diviertes con esto?

—En los casos que son como este no. No me divierto en absoluto. No me ha divertido la muerte del profesor, ni la tuya si no hubiese llegado a tiempo. Disculpa, pero sigo teniendo la infantil idea de que alguien tiene que defender a los buenos.

—Perdóname —dijo claramente avergonzada Taimi—. No he querido juzgarte, pero sigo sin creerme la situación en que nos encontramos. Se me hace extraño el que me persigan y me quieran matar, sin que sepa muy bien porqué.

—¿No sabes por qué te persiguen?

—No lo tengo claro. Se me hace estúpido que por una investigación en sistemas gráficos, haya gente que quiera matar al prójimo.

—Cuando es posible que haya tanto dinero de por medio, no es extraño, es desgraciadamente muy habitual.

En ese momento se oyó que llamaban a la puerta.

—Servicio de habitaciones. Les traigo lo que han pedido.

—¡Abre tú! —dijo Sergio, mientras se dirigía sigilosamente a situarse por si acaso detrás de la puerta del baño—. Dale algo de propina y que se vaya.

—Ya voy, ya voy —dijo Taimi dirigiéndose al camarero.

Abrió la puerta, y una persona con el uniforme de servicio del hotel entró el carro con la comida a la habitación. Taimi le dio una propina al camarero y lo despidió. Sergio salió de detrás de la puerta y dijo.

—¡Qué bien huele! ¡Vamos a comer!

Se sentaron en torno a la mesa del centro de la habitación y se sirvieron los platos desde el carrito. Durante la comida, intercambiaron pocas palabras, disfrutando de la misma. Estaba claro que ambos necesitaban una comida normal después de tantas horas de tensión. Al terminar Taimi mirando a Sergio exclamó:

—¡Uhm! Es lo único bueno de las últimas horas.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Quieres que pidamos algo más?

—No gracias. Es suficiente.

Al cabo de un rato de tranquila sobremesa, Sergio miró el reloj y a continuación dirigiéndose a Taimi le dijo:

—Quedan pocos minutos para tu reunión. Vamos a prepararnos.

—¿Qué tenemos que hacer? —dijo Taimi prestando atención.

—Te diriges hacia donde habéis quedado, tranquila y paseando normalmente. Yo te seguiré a cierta distancia vigilando si alguien te sigue y en función de eso decidiré sobre la marcha. Cuando estés con tu amiga no des muestra de excesiva prisa, preocupación o interés. Habla normalmente y con tranquilidad. Si se alarga demasiado, le das la excusa de la prisa por terminar el trabajo y terminas la reunión. Aunque no tenemos nada que hacer hasta mañana, es mejor que no andes por la calle a la vista de todo el mundo. A veces se dan desagradables casualidades y es más que probable que nos anden buscando. ¿Tienes dinero?

—Sí. Tengo de sobra con lo que me diste.

—¡Perfecto! Ya que le pides un favor, es mejor que pagues tú. ¡Pongámonos en movimiento!

—Estoy nerviosa —dijo Taimi mirándole para buscar su apoyo.

—No te preocupes. Lo estás haciendo todo muy bien. Te estaré vigilando en todo momento, me veas o no me veas. ¡Estate tranquila!

—Gracias, eso me servirá de gran ayuda.

—Enseguida nos volvemos a ver aquí. Sal tu primero y yo te sigo.

Mientras Taimi bajaba en el ascensor, Sergio se dispuso a seguirla unos metros por detrás por lo que prefirió bajar por las escaleras. Llegó al vestíbulo, cuando ella abandonaba el hotel. La siguió paseando a unos cien metros de distancia, vigilando las calles en ambas direcciones, así como los portales y los coches aparcados. En principio no observó nada anormal que levantase sospechas.

Vio como Taimi se juntaba con su amiga a la entrada de la cafetería y decidió apostarse fuera a esperar. Comenzó a pasear por la calle en ambas direcciones, deteniéndose en cada escaparate durante varios minutos, dejando pasar el tiempo. En ningún momento perdió de vista la puerta de la cafetería y analizaba con cuidado a cada una de las personas que entraban.

Al cabo de aproximadamente una hora, ambas amigas salieron de la cafetería y se despidieron. Siguió de nuevo a Taimi a distancia y cuando ella entró en el hotel y cogió el ascensor, él subió de nuevo por las escaleras. Cuando llegó a la habitación, llamó a la puerta con los nudillos. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y apareció el rostro sonriente de Taimi.

—¡Tengo el pasaporte! ¡Tengo el pasaporte! —dijo con la alegría de una niña—. ¡Lo he conseguido!

—¡Por supuesto! ¡Eres fenomenal! —asintió Sergio, animándola.

—Gracias.

—Déjame el pasaporte para que le eche un ojo.

—Aquí tienes.

Sergio, abrió el pasaporte y lo miró profesionalmente comparando la foto con el aspecto de Taimi.

—Lo siento, pero me vas a tener que dejar hacer unos retoques en tu aspecto: pelo, pestañas, cara, etc.

—Horror, me vas a hacer la cirugía estética —dijo Taimi, haciendo aspavientos y simulando pánico.

—Por esta vez te vas a librar, porque no tengo los bisturís adecuados —dijo siguiendo la broma Sergio—, pero la siguiente haremos el tratamiento completo. Bueno. A trabajar. Siéntate en esta silla.

Obedientemente Taimi se sentó en el centro de la habitación en una silla de respaldo alto.

—Doctor, soy toda suya. ¿Qué me va a hacer?

—Tenemos dos posibilidades: una hacer que te parezcas a la foto todo lo posible. Otra cambiar tu aspecto con respecto a la de la foto, de forma que parezca que has cambiado de estilo y sea difícil de comparar las diferencias.

—¿Por cuál vas a optar?

—Por la segunda. Ambas tenéis el pelo liso, aunque tú lo tienes más largo, por lo que rizaremos el tuyo, haciendo que los rizos caigan en parte sobre la cara, para que te oculte parcialmente el rostro. Quiero que en el momento de pasar por la aduana juegues con el pelo delante de la cara, para despistar más a los guardias. Yo te enseñaré como.

Sergio salió a dar una vuelta por los alrededores del hotel y adquirió los productos que

necesitaba en las tiendas cercanas. Dedicaron el resto de la tarde a cambiar el físico de Taimi, hasta que se pareciese en parte a la foto. Durante las horas que pasaron juntos, Sergio conoció más de la vida de Taimi y del trabajo que había realizado con el profesor en los últimos meses. Cenaron en la habitación de nuevo y se echaron a dormir hasta la hora de coger el avión.

Se despertaron con la alarma del móvil de Sergio.

—Bueno, pongámonos en movimiento. ¿Estás lista?

—Déjame entrar al baño, que me despierte del todo, asee y espero que entonces esté lo suficientemente espabilada.

Al cabo de un rato, ya despejados y con las mochilas preparadas, bajaron a recepción, pagaron en metálico la estancia y llamaron un taxi. Llegaron en unos minutos al aeropuerto y en el momento en que recogían sus mochilas del maletero y se alejaban del coche, Sergio insistió de nuevo.

—Muy atenta Taimi. Vamos a ir por separado al mostrador de facturación, relajados, tranquilos, pero atentos. Yo iré unos metros por detrás tuya. Tú fijate principalmente en lo que pase en tu lado derecho, yo me fijaré en ambos poniendo más atención en el izquierdo. Cualquier persona que te parezca extraña, que te mire raro o insistentemente coméntamelo cuando me junte contigo en el mostrador.

—De acuerdo.

Atravesaron el aeropuerto sin problemas, facturaron y después de esperar una hora en la puerta de embarque, se subieron al avión y se aposentaron en sus asientos.

—¿Has estado alguna vez en Norteamérica? —le preguntó Sergio.

—No nunca.

—Pues duerme tranquila que en un par de trasbordos, pisaras otro continente.

Y dando ejemplo, Sergio se recostó en su asiento y se dispuso a relajarse y dormir.

Las diferentes esperas y cambios de avión en Estocolmo y Frankfurt los hicieron sin mayor problemas. En cada uno de ellos y mientras esperaban al siguiente, Sergio le enseñó como variar su aspecto y parecer otra persona.

Al llegar al aeropuerto de Toronto, se dirigieron a una compañía de alquiler de automóviles donde preguntaron si había algún problema en cruzar la frontera con el coche.

El operador les comentó que no existía ningún problema en cruzar la frontera y visitar USA. Los papeles del coche estaban en regla y lo permitían. Lo que no podían era dejar el coche en aeropuertos de USA, tenían que devolverlo a Canadá.

La intención de Sergio era cruzar a USA y dejar el coche en el aeropuerto de Buffalo, cogiendo allí otro vuelo a New York. Ya se encargaría Carl Murray, de que alguna persona devolviese el coche. De esta forma dificultaban que alguien averiguase su modo de entrada en USA.

El viaje se realizó sin problemas, tanto el cruzar la frontera, como el dejar el coche, enlazar el avión y llegar a New York.

En el aeropuerto JFK cogieron un taxi y se dirigieron a un hotel del centro. Como Sergio prefería no dejar pistas claras, al taxista le dio una dirección tres manzanas allá del mismo, encaminándose los dos desde allí andando hasta el hotel.

Una vez en la recepción del hotel, eligió una habitación con vistas a la entrada principal y que se pudiese vigilar desde la calle.

Cuando por fin se encontraban en la habitación, Sergio se dirigió a Taimi y le comentó el plan que iban a seguir.

—En unas horas te dejaré al cuidado de Carl Murray y él te asignará un equipo de profesionales que te vigilarán y te esconderán por una temporada.

—No creo que cuiden de mi mejor que tú —dijo Taimi con un tono de voz entre tímido y dolido—. Me gusta como lo has hecho hasta este momento. Me has salvado la vida varias veces. Me siento segura a tu lado.

—Gracias, eres muy amable. Pero no es posible. Tengo un trabajo por acabar y es preferible no poner en riesgo tu vida.

—¿Vas a ir a por los que mataron al profesor? —preguntó Taimi con cara de sorpresa.

—Voy a terminar el trabajo que me encargó Carl Murray y de paso averiguaré quién encargó el que os matasen.

—Es muy peligroso. ¿Por qué no le dejáis el trabajo a los especialistas? Es decir, a la policía. —Su voz reflejaba preocupación por Sergio.

—Créeme, también es mi trabajo —dijo con voz extremadamente fría Sergio.

Viendo la expresión de los ojos de Sergio y el tono de su voz, algo le dijo a Taimi que no iba a conseguir nada insistiendo, por lo que cambiando de tema preguntó.

—¿Qué es lo que vamos a hacer ahora?

—Son las 12:00. Mientras te duchas, te pones cómoda y te relajas, voy a enviarle a Carl un *email* con los datos GPS criptografiados de donde nos encontramos, así como la habitación del hotel. Le diré que venga a por ti con un equipo de guardaespaldas a las 18:00. Tiene tiempo de sobra para prepararlo todo. Sobre las 17:30 yo abandonaré el hotel y vigilaré desde el exterior que nadie os ponga en peligro.

—¿Y no nos volveremos a ver? —preguntó con un tono triste Taimi.

—Por supuesto que sí. En cuanto haya terminado mi trabajo pasaré a visitarte y tendrás noticias mías. ¿Alguien tiene que hacerte de Cicerone en New York? Aunque para cuando vuelva seguro que ya tienes varios voluntarios —a la vez que decía estas frases de ánimo, Sergio le guiño un ojo pícaramente.

Con un acto reflejo y espontaneo Taimi le echó los brazos al cuello y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—No te librarás tan fácilmente. Te tocará hacer a ti de Cicerone —y fue ella la que le devolvió el guiño del ojo.

Intentando que el momento no se complicase, ya que Sergio no quería aprovecharse de la situación emocional de Taimi por las situaciones vividas en las últimas horas, le dio otro beso en la mejilla, retiró los brazos con suavidad y le dijo.

—¡Venga! ¡A preparase tocan! Estarás bien con Carl. Te voy a dar una nota para que se la des, con ciertas instrucciones a seguir y cierto material que quiero que me consiga de manera urgente. Mientras llega la hora aprovecharé para descansar.

Y dicho esto, puso la alarma de su reloj media hora antes de la hora de llegada del equipo de Carl, se tumbó vestido en un lado de la cama y en unos instantes estaba dormido.



A los pocos segundos de sonar la alarma de su reloj, ya se encontraba de pie y preparado para

marcharse. Vio que Taimi, estaba todavía dormida en el otro lado de la cama y la despertó suavemente diciéndole:

—Enseguida será la hora, prepárate y estate lista para cuando te llamen de recepción —y antes de que Taimi se despertase del todo y volviese a reclamar que se quedase, dándole un suave beso en la mejilla, añadió— cuídate mucho. Nos veremos muy pronto.

Cerró la puerta y bajó por las escaleras de servicio del hotel procurando pasar desapercibido. Una vez en la calle se posicionó en una mesita de la cafetería de la acera de enfrente que daba a la fachada del hotel, a la que ya le había echado un ojo esa mañana. La mesa en la que estaba sentado disponía de una ventana desde la cual tenía una vista perfecta de la recepción del hotel. Por el contrario era difícil ver el interior de la cafetería desde la calle, ya que las ventanas estaban tintadas para impedir que la luz del sol molestase a los clientes.

Pidió una taza de café y se dispuso a pasar el rato leyendo un periódico que había cogido de la barra de la cafetería.

Exactamente a la hora prevista, un par de imponentes monovolumen con las ventanas oscuras y de color negro, pararon en la zona de aparcamiento reservada del hotel. Sin dilación tres hombres se bajaron ágilmente de una de los vehículos y se dirigieron hacia la entrada. Uno de ellos era el propio Carl. Tres más se bajaron del otro, para asegurar la zona en torno a los vehículos, lo que tranquilizó bastante a Sergio.

A los pocos minutos, Taimi apareció por la puerta escoltada por los guardaespaldas y fue introducida rápidamente en uno de los monovolumen abandonando inmediatamente la zona. Sergio estuvo durante unos minutos más vigilando que no se producía ningún movimiento sospechoso, ni que ningún vehículo les seguía.

Estando Taimi en manos seguras su siguiente paso era volar a Sudáfrica para seguir la pista de los ladrones. Había un vuelo que salía en unas horas y se debatía entre ir directo al aeropuerto, hacer una visita fugaz a Mónica o al menos llamarla por teléfono.

Él mismo se sorprendía de lo que esta mujer le había calado en su corazón. De normal estando realizando un encargo, su mente solo se centraba en ello, sin desviarse de su objetivo. En esta ocasión el rostro de Mónica se le venía a la imaginación constantemente y no paraba de oír en su cabeza su risa y su maravillosa voz.

Se encontró repitiéndose a sí mismo que en un encargo tan peligroso como se estaba tornando el actual, cualquier distracción podía resultar fatal.

Al final y más como un acto de voluntad dirigido a sí mismo, que por ser lo que verdaderamente le apeteciera hacer, decidió matar el rato dando una vuelta por un centro comercial cercano para distraerse, en vez de llamar y hablar con Mónica. También le pareció más seguro recorrer el centro comercial y verificar que no era seguido que ir al aeropuerto y dar pistas de a dónde se encaminaba, a sus posibles seguidores.

Después de un par de horas entrando y saliendo de diferentes tiendas, tomándose un par de refrescos en diferentes bares del centro comercial y de haber dado varias vueltas por las plantas del mismo, se quedó tranquilo en cuanto a que nadie le seguía. Con el tiempo justo para coger el avión se dirigió al aeropuerto.

6. Entrando en el cubil del enemigo

Saulsville. Viernes 20, Junio 2014

Sergio llegó al aeropuerto de Johannesburgo vía Londres, aterrizó y cruzó sin problemas el control de aduanas. Se detuvo en el aeropuerto el tiempo necesario para extraer de un cajero automático una considerable cantidad de dinero en metálico y cogió rápidamente un taxi. Se dirigió al hotel que en el papel que había entregado a Taimi, le había pedido a Carl que le reservase. A pesar de lo poco que conocía a Carl, estaba seguro que había realizado diligentemente los trabajos que en la nota le había solicitado.

Había solicitado un hotel de lujo. En Europa podías utilizar prácticamente cualquier tipo de hotel, pero en ciertos países, solo estabas seguro en los de cinco estrellas. Además dicho hotel constaba de altas medidas de seguridad para entrar, pero una vez dentro estaba formado por *suites* ubicadas en diversos edificios de baja altura en donde disponías de mayor intimidad que en un hotel clásico.

Además en los hoteles de lujos siempre encontrabas a alguien que te podía conseguir prácticamente cualquier cosa a cambio de dinero.

Una vez que dejó sus cosas en su *suite*, fue a recepción a preguntar dónde podía alquilar una moto de *motocross*, para poder pasear por los alrededores de la ciudad.

Una recepcionista muy guapa y amable, le aconsejó que en vez de una moto, por qué no deseaba alquilar los servicios de taxi del hotel que eran mucho más seguros. Le recordó que Johannesburgo, era una de las ciudades más peligrosas del mundo y más para un hombre blanco.

Sergio le agradeció enormemente su recomendación, pero le aseguró que tendría presente todos los consejos que había leído en el folleto de su *suite* y que era un hombre tranquilo, sin ganas de peligro y que no pensaba andar por zonas peligrosas.

Así mismo le dijo que era un enamorado de las motos, que disfrutaba de ellas cada vez que podía y que una moto le permitía moverse con mayor libertad por lugares por los que un coche no podía andar y eliminando la necesidad de circular por carreteras bien asfaltadas.

Al final la joven, recomendándole por última vez que anduviese con cuidado, le indicó como llegar a la oficina que dentro de las instalaciones del hotel se encargaba de los alquileres de vehículos.

Allí la persona que le atendió, le enseñó el catálogo de motos de las que disponían. Sergio

dentro de las que se podían mover por cualquier tipo de terreno eligió la más potente y rápida. Además compró un mapa con todas las carreteras principales del país.

La persona se encargó de realizar todos los tramites del alquiler sin percatarse de que todos los documentos que le entregó Sergio, igual que los que había empleado en todo el viaje, eran completamente falsos.

El oficinista además de recomendarle de nuevo como la recepcionista que anduviese con cuidado y de decirle las zonas que debía evitar a toda costa, le comentó que evitase llenar el depósito de gasolina fuera del hotel, ya que ellos prestaban ese servicio. Al finalizar todo el papeleo, le pidió a Sergio que le esperase a la entrada del hotel mientras él iba a buscar la moto.

Llegó a los pocos minutos, y Sergio pudo apreciar que la moto no mostraba sus características de fábrica, si no que había sido repintada con un color arena anodino y no se hallaba limpia y reluciente. Al comentarlo con el empleado de la oficina de alquiler, este le respondió que era una medida de seguridad del hotel el que las motos no llamasen la atención y que pareciesen viejas y usadas, pero que no se preocupase. Todos los vehículos eran revisados concienzudamente y estaban en perfecto estado.

Sergio le dio las gracias, se caló en la cabeza una gorra de béisbol y se puso unas gafas de sol que junto con la camisa de cuello alto que llevaba impedían que se le viese el rostro con facilidad. Subió a la moto y dio unas vueltas por las cercanías del hotel para acostumbrarse a las manetas y a los pedales del cambio. Cuando estuvo satisfecho, se puso en camino hacia Saulsville, a 67 Km de Johannesburgo.

Podía haber elegido un hotel más cercano a su destino, en Pretoria. Pero había preferido alejar su centro de operaciones de su objetivo final. Además, a pesar de tener que circular por carreteras africanas, la que une Pretoria con Johannesburgo, era una de las mejores carreteras del país y 67 km no era mucha distancia.

En aproximadamente una hora, llegó a las cercanías de Saulsville. Se paró en una zona desierta y sacó de su mochila una botella de agua que vació con ganas. Era un día caluroso. Echó una ojeada al mapa que llevaba para orientarse y se dispuso a dar unas vueltas por la zona hasta encontrar lo que estaba buscando: la ubicación de la posible fábrica perteneciente a los rivales de Carl.

Puso la moto en una marcha lenta, circulando con el estilo de la persona que ha salido a dar un paseo, tranquila y sin prisa. En todo momento estaba alerta, porque a pesar de estar suficientemente lejos de Johannesburgo, no podía confiar en las intenciones de los coches y furgonetas que pasaban a su lado. Procuraba pasar apartado principalmente de aquellos vehículos en donde iban varias personas.

Se dispuso a recorrer primero, el perímetro externo de Saulsville. Normalmente las fábricas se ubican a las afueras de las ciudades en polígonos industriales de fácil acceso y sin las congestiones que el centro de las ciudades genera.

Había llegado a Saulsville por el Sur y recorrió primero esa zona, pensando que lo lógico si habían tenido en cuenta los aspectos logísticos era que la empresa se encontrase o bien en esa carretera o en la que se dirigía a Pretoria.

Estaba a un par de kilómetros de la ciudad cuando divisó una instalación que le llamó la atención. A unos doscientos metros de donde estaba, había un desvío que después de recorrer aproximadamente un kilómetro terminaba en una puerta metálica que daba accesos a un gran

terreno circundado por una doble valla. En dicho terreno se levantaba un edificio de tres plantas de aspecto moderno y funcional, cercano a lo que parecía una amplia nave de fabricación con la típica forma rectangular de las que tienen dispuestas en su interior cadenas de fabricación y montaje.

Por el interior de las vallas, entre la interna y la externa, se podían ver enormes perros vigilando el contorno. Aunque desde aquella distancia no se podía apreciar claramente, Sergio pensó que se podían tratar de “BOERBOEL”, una raza oriunda de Sudáfrica de extremada robustez y fiereza a la hora de defender a sus amos. Su origen se remontaba a la época de los asirios en donde eran una pieza más de ataque del ejército. En Sudáfrica siempre se habían utilizado para defender las granjas desde el tiempo de los colonos y eran perros acostumbrados a pelear con leopardos y otros depredadores. Era el perro guardián por excelencia. Todo lo juguetón y cariñoso que era con las personas que lo criaban, se convertía en desconfianza y agresividad para las personas extrañas.

Adicionalmente Sergio vio como en cada esquina de las vallas, tanto interna como externa, había cámaras de vigilancia y por el aspecto que mostraban, de última generación, capaces de ver por la noche mediante infrarrojos. No pudo divisarlos en ese momento, pero seguramente había también guardias que realizaban rondas cada determinado periodo de tiempo. Probablemente cada hora.

Decididamente el dueño de aquel lugar no quería recibir visitas por sorpresa. Todo en su disposición hacía que fuese difícil el acercarse sin ser visto y más aún el poder penetrar en su interior.

Para no llamar la atención, se dispuso a volver a su hotel, pensando cómo se las iba a arreglar para poder acceder a esas instalaciones. No había visto ningún cartel, ni enseña identificativa en los edificios, pero estaba seguro de que eso también formaba parte del interés de su dueño de pasar desapercibido. Estaba convencido que los locales pertenecían a la empresa que estaba buscando.

Arrancó la moto y dio un cambio de sentido en la carretera dirigiéndose de nuevo a su hotel, dándole vueltas en la cabeza a cómo salvar los obstáculos que había visto para poder entrar en aquellos edificios.



Había pasado el resto del día, devolviendo la moto y alquilando en su lugar una potente monovolumen. También recorriendo las diferentes barras de los bares del interior del hotel preguntando discretamente, como conseguir algunas cosas que necesitaba. Como era de esperar al final encontró una barra en donde el barman le puso en contacto con un “conseguidor”, dispuesto a encontrarle cualquier cosa que necesitase por el importe de dinero adecuado.

Pensando que las peticiones de aquel turista con cara de despistado iban a ser más excéntricas, se sorprendió al ver que la lista de cosas que le había entregado, no contenía nada relacionado con sexo, drogas o temas similares. Lo que le pedía no dejaba de ser extraño, pero nada de ello significaba algo en contra de la ley.

Al cabo de un rato, dejó de darle vueltas a la cabeza, de para qué podía querer todo aquello aquel turista y se puso manos a la obra para conseguirlo. Al fin y al cabo a él no le pagaban para pensar en que hacían sus clientes con lo que él les conseguía, si no para satisfacer las necesidades

que tenían y que volviesen a solicitarle más cosas. Con eso se ganaba muy bien la vida.

Sergio también paso a última hora de la tarde, por recepción para preguntar por un paquete que estaba esperando. Le comentaron que había llegado uno, aunque no tenía remite. Sergio comentó quitándole importancia que habría sido un descuido. Se hizo cargo del paquete y volviendo con él a su habitación lo desenvolvió. Eran las cosas que había solicitado a Carl y que este se había apresurado a conseguirle. Menos mal que en la recepción del hotel, no tenían un sistema de rayos X para análisis de los paquetes que se introducían en el mismo. Evidentemente iba en contra de muchas de las necesidades de los clientes que iban a Sudáfrica y por lo tanto contraproducente para el negocio.

Estaba comenzando a anochecer cuando Sergio salió de su habitación y se acercó conduciendo el monovolumen alquilado a un edificio a las afueras del hotel que el “conseguidor” le había indicado para su cita nocturna. En cuanto paró el vehículo en la zona discreta y alejada de la vista de personas que pasaran por la zona que le había indicado, una furgoneta destartalada apareció deteniéndose paralela a su monovolumen. Mientras el “conseguidor” bajaba y abría las puertas traseras, Sergio hacía lo mismo con las puertas de su vehículo.

En unos momentos varios paquetes cambiaron de dueño y un fajo de billetes también. Se despidieron sin intercambiar palabra y Sergio se dirigió a su destino.

Iba conduciendo despacio en aquella oscura noche sin luna y prácticamente no se cruzó con ningún vehículo en todo el recorrido. Estaba claro que a la gente de aquella parte del país no le gustaba circular de noche o no lo consideraba seguro. Cuando calculó que estaba a pocos kilómetros de la fábrica, apagó las luces y continuó conduciendo muy despacio. Lo bueno que tenía aquella carretera era que la orografía del lugar formada por una gran altiplanicie, hacía que la carretera fuese como una línea recta, por lo que a pesar de conducir en aquella oscura noche y sin luces, era difícil salirse de la carretera. Por si acaso, además de conducir despacio, iba por el medio de la carretera invadiendo ambos carriles. De esa forma evitaba cualquier riesgo, ante un imprevisto o descuido.

Al cabo de un rato, llegó a donde partía el desvío desde la carretera hacía la fábrica y detuvo allí el vehículo. Era más cómodo acercarse con el monovolumen hasta la puerta metálica del recinto, pero también mucho más peligroso. No sabía cuál era la distancia de seguridad de la vigilancia, ni que alcance perimetral tendrían las cámaras. Por fin abandonó la carretera principal y decidió seguir por el camino hacia la fábrica hasta llegar a unos quinientos metros.

Se desplazó por el interior del vehículo desde su puesto de conductor hasta la parte trasera, en donde se encontraban las cajas con lo que había pedido al “conseguidor”. De una de ellas sacó un traje de neopreno especial, que le cubriría desde la cabeza a los pies y evitaba que las cámaras de infrarrojos detectasen a la persona que lo llevaba puesto. Mientras se lo enfundaba y se ponía un pasamontañas, pensó que menos mal que las noches en aquella zona de África eran frías, ya que aquel traje que por el día le habría hecho sudar, a aquellas horas le protegería de aquellas temperaturas.

Bajó del vehículo y una pequeña brisa le dio en la escasa parte del rostro que no tenía cubierto. Estaba de suerte, el viento soplaba en su dirección en vez de a la inversa, lo que haría más difícil el que los perros lo detectasen.

Contempló el recinto con unos potentes prismáticos de visión nocturna. No se detectaba a simple vista ningún movimiento por las inmediaciones. Pudo apreciar que los perros se

contrataban juntos, dormitando en el suelo a la derecha de la valla de donde él se encontraba.

Después de unos minutos observando la zona y haciéndose una composición del lugar, decidió pasar a la acción. Cogió de la furgoneta una mochila y una caja cerrada del tamaño de una pequeña perrera de viaje que emitía extraños ruidos en su interior y se encaminó hacia la esquina de la valla más cercana por el lado izquierdo. El opuesto a aquel en donde se encontraban los perros. Se movió esquivando el área de visión de la cámara de aquella esquina y cuando llegó a unos tres metros, se tumbó en el suelo para hacer una última comprobación.

Extrajo de la mochila, una pequeña chapa metálica con un potente imán en uno de sus extremos y un par de cables en el otro. La lanzó contra la valla exterior, donde gracias al imán quedó pegada. Cogió los dos extremos de los cables por separado y con cuidado los conectó a un multímetro. El aparato no registraba que por la valla pasase electricidad, por lo menos en aquellos instantes, lo que le quitó a Sergio un gran problema de encima. Lanzó una gran piedra, acertando contra la cámara y esperando conseguir su objetivo de que siguiese funcionando aunque en mal estado, sin alertar excesivamente a los guardas.

Cogió la caja que portaba y con rápidos movimientos le quitó la tapa que la cerraba, se acercó a la valla y la arrojó por encima, aterrizando con un pequeño ruido y quedando ubicada entre las dos vallas. Sergio se alejó deprisa del recinto pero evitando en todo momento producir ruidos. Había sido una buena idea pintar en el exterior de la caja “Extranjeros explotadores”. Estaba convencido de que con ello se aseguraba de que los vigilantes del recinto pensasen que el acto había sido una reivindicación de alguno de los habitantes de la zona.

Le dio tiempo a contemplar, como los grandes gatos encerrados en su interior, se apresuraban a salir fuera de la caja, contemplando con recelo el lugar donde se encontraban. Se les veía con el pelaje erizado y la cola tiesa, emitiendo pequeños maullidos de gato que está totalmente desconfiado y alerta de lo que pasa a su alrededor.

Mientras llegaba a su furgoneta, pudo ver como el ruido emitido por los gatos, comenzaba a alertar a los perros guardianes ya que estos pusieron en movimiento. Él a su vez también puso en marcha el monovolumen, dirigiéndose en silencio a donde había soltado los gatos y estropeado la cámara. Como era de esperar los perros estaban llegando a la zona y los gatos se empezaron a mover en dirección contraria. En el momento en que Sergio llegaba a la esquina los gatos empezaron a moverse a gran velocidad y los perros se lanzaron en su persecución. Tanto maullidos como ladridos rompieron el silencio de la noche.

Sin perder ni un segundo, Sergio colocó la monovolumen paralela a la valla y cogiendo del interior del vehículo una escalera de aluminio del interior, se encaramó al techo. La escalera era la típica que utilizaban los obreros de la construcción para subirse a sitios elevados. Compuesta de dos tramos de unos tres metros de longitud cada uno, uno de ellos se desplazaba por una guía diseñada al efecto sobre el otro, hasta alcanzar una longitud total de seis metros. A pesar de ser de aluminio y no pesar excesivamente para su tamaño, estaba reforzada, por lo que aguantaba sin problemas el peso de Sergio.

Una vez en el techo del monovolumen con rápidos movimientos, extendió la escalera en toda su longitud y apoyándola en el techo de la furgoneta la depositó por encima de las dos vallas. Aunque las vallas eran algo más altas que la furgoneta, la operación se realizó sin problemas. Además tal y como había calculado, la distancia entre la valla exterior y la interior era de unos tres metros, por lo que la longitud de la escalera cubría el tramo sobradamente.

Como un acróbata, se subió por el extremo de la monovolumen a la escalera y se desplazó haciendo equilibrios hasta el otro extremo. Cuando llegó, colgándose del mismo aterrizó en el interior del recinto, arrastrando la escalera con él y depositándola en el suelo a unos metros. Ya estaba dentro, lo difícil iba a ser salir. Se dirigió corriendo hacia el edificio de oficinas y en unos segundos llegó a la puerta principal que daba acceso al mismo.

Esperó unos segundos intentando escuchar si se producía algún tipo de movimiento de personas en su interior. Al no percibir ningún ruido cercano, rompió un cristal de los que componían la puerta y se introdujo dentro del edificio. Como no conocía la disposición del mismo, no tenía ni idea de hacia donde desplazarse. Al final decidió que el ego de las personas hace que la mayoría de los dirigentes de las empresas se reserven para sus despachos los lugares más elevados, por lo que se dirigió a la planta más elevada.

Mientras se desplazaba iba observando el edificio y pudo contemplar que todas las medidas de seguridad tomadas iban encaminadas al acceso exterior, no viendo cámaras de vigilancia en su interior. Evidentemente los dueños habían considerado un gasto innecesario aquellas medidas, ya que consideraban improbable: primero que nadie estuviese interesado en entrar en aquellas remotas instalaciones y segundo, que con las medidas exteriores lo consiguiese. Podía haber una tercera y era que considerasen que si alguien conseguía entrar vivo en el recinto, ya se encargarían ellos de que lo abandonase muerto.

En su carrera hacia las oficinas superiores, le siguió extrañando no oír ruidos de personas intentando averiguar lo que estaba pasando. Al llegar al piso superior, se desplazó de puerta en puerta intentando ver cuál era la oficina de la persona de mayor rango. Al final del pasillo pudo observar una puerta de una madera de calidad superior a las que se había encontrado hasta esos momentos. Se decidió por ella.

Demostrando una vez más que los dueños no esperaban intrusos, la puerta no contaba con cerradura, por lo que simplemente girando la manilla accedió a su interior. Era un despacho de grandes dimensiones con todo tipo de detalles: un gran escritorio con un cómodo sillón, unos sofás en donde sentarse con las visitas y unos armarios en donde había varios libros de actualidad en gestión empresarial.

Sergio se dirigió hacia el escritorio y puso en marcha el ordenador. Como se temía el acceso al mismo no era tan sencillo. Nada más arrancar el sistema, una ventana del mismo le pidió que introdujese un usuario y contraseña. Como no disponía ni del tiempo, ni de las herramientas adecuadas, Sergio hizo lo que estaba en su mano. Apagó el ordenador, lo desmontó y se apropió del disco duro, envolviéndolo en un tapete que cogió de una de las mesas e introduciéndolo en su mochila.

Abrió diferentes cajones, buscando papeles que pudiesen revelar algo. No había muchos. Por lo visto el dueño de aquel despacho prefería manejar la información por medio del ordenador. Los pocos que encontró los introdujo en su mochila para un estudio posterior, en un sitio más tranquilo.

Estaba abriendo el último cajón del escritorio, cuando se encontró en él una caja de madera taraceada de aspecto muy caro y de pequeño tamaño, adecuada para guardar una joya en su interior. La abrió despacio y con precaución y ¡bingo! Efectivamente había una joya de incalculable de valor: el “Phylon” que habían sustraído a Carl. Por el escaso tiempo que había transcurrido desde su hurto, Sergio estaba seguro que no habían tenido tiempo de extraerle todos

sus secretos. Además el hecho de que estuviese en ese despacho y en esa caja, era una muestra más del egocentrismo de su dueño y de que en aquel lugar del globo y en sus instalaciones se consideraba inalcanzable.

A pesar de que se encontraba en medio de sus enemigos un cierto júbilo se apoderó de él. Todavía podía ayudar a Carl y eliminar la amenaza que el robo del microprocesador podía suponer para su empresa.

Introdujo la caja en su mochila y recorrió las paredes de la oficina golpeando levemente las mismas con una vaso que había cogido de encima del escritorio con el fin de detectar alguna zona hueca, en donde se alojase una pequeña caja fuerte o un simple escondite. En el rápido chequeo que realizó no encontró nada.

Después de entrar en un par de despachos más y hacerse con los discos duros de sus ordenadores, se detuvo unos segundos a pensar si debía continuar registrando uno a uno el resto de los despachos o dirigirse a la nave de fabricación. Al final optó por esta última, encaminado hacia allí sus pasos.

Bajó de nuevo con precaución los pisos del edificio, hasta llegar a la puerta de cristal. En esos momentos vislumbró en el exterior un cuadro por cuadro con varios individuos en su interior que se dirigían hacia donde los perros estaban arrinconando a los gatos. Afortunadamente para Sergio, la carrera de los animales, les había llevado hasta al extremo contrario por el que él había entrado al recinto. Aunque no quería ser optimista, ello le concedía algunos minutos de tiempo adicionales.

Se dirigió aprovechando las sombras de la noche hacia el pabellón. Al acercarse a él vio que una pequeña ventana de uno de sus laterales se encontraba abierta. Era una pequeña ventana por la que se accedía a los baños de unos vestuarios y que estaba abierta para que saliese el olor de los mismos. Afortunadamente era lo suficientemente ancha para que Sergio pudiese entrar. No había nadie en su interior. Encontró en el vestuario varios buzos blancos de trabajo. Eligió uno de su medida y se lo puso por encima de la vestimenta que llevaba.

Entreabrió la puerta un par de centímetros y ojeó el exterior. Daba a un pasillo en cuyo extremo había otra puerta que probablemente accediese a la zona de fabricación. Salió de los vestuarios y se dirigió hacia ella. Una vez allí repitió el proceso, entreabriendo un poco la puerta y ojeando el interior.

Lo que vio le sorprendió inicialmente, aunque vino a confirmarle sus sospechas. No se había equivocado de empresa en absoluto. No viendo ninguna persona cerca, atravesó la puerta y se escondió detrás de unos armarios cercanos, mientras estudiaba detenidamente las instalaciones del interior de la nave.

Aquel edificio no alojaba una nave de producción, sino varias. La planta estaba dividida en varias áreas por medio de cristales aislantes y en su interior se alojaban maquinaria y robots de fabricación de última generación.

Eran zonas de producción altamente automatizadas y probablemente con medidas de aislamiento y esterilización ambiental propias de las cadenas de montaje de productos electrónicos miniaturizados de los que alojaban millones de transistores en su interior y en los que la caída de una simple mota de polvo estropeaba el producto realizado. Cada zona estaba separada de la adyacente por cristales y se dedicaba a fabricar un tipo de componente diferente.

Desde su ubicación Sergio podía ver que los productos fabricados eran componentes

electrónicos. Probablemente microprocesadores y placas de circuitos integrados de alta sofisticación. Evidentemente era el lugar con la tecnología adecuada para fabricar el microprocesador que el equipo de Carl había diseñado.

El hecho de que la fábrica estuviese tan escondida, tan vigilada, que no tuviese ningún letrero que indicase cuál era su marca comercial, ni a quien pertenecía, hacía que Sergio sospechase del tipo de productos que en ella se creaban y cuáles eran los clientes a los que iban dirigidos. No sabía por qué pero desconfiaba de que aquellos productos tuviesen usos comerciales corrientes.

Se encaminó hacia una zona en una esquina de la nave que debía utilizarse como almacén y cogiendo varias muestras de cada uno de los productos que allí se fabricaban los introdujo en su mochila. Echando una última ojeada y no viendo nada que atrajese su atención se dirigió con precaución hacia una puerta por la que suponía que se salía al exterior. Pensaba que dicha salida se encontraba en una esquina opuesta a donde se encontraban los perros y los vigilantes.

La puerta se encontraba abierta y la entreabrió unos centímetros para echar una ojeada. No viendo ningún movimiento en las cercanías salió al exterior. En esos momentos la propia nave hacía de barrera entre él y los vigilantes, no pudiéndose verse los unos a los otros. Estudió lo que había en esa zona más alejada del recinto y pudo contemplar que había varias naves más pequeñas que la principal que debían de usarse como almacén de los productos fabricados y también varios depósitos de agua y probablemente de combustible. Esto último le hizo reflexionar.

Pensó para sus adentros, que con una fabricación tan delicada como la de componentes electrónicos y estando en aquella zona de África, era seguro que el suministro eléctrico fallase de vez en cuando, por lo que los dueños de la instalación debían de haber dotado a los edificios con uno o más grupos electrógenos alimentados por combustible, para no parar la fabricación bajo ningún concepto.

Se entretuvo mirando cuál de los diferentes depósitos podía ser el de combustible y mirando la explanada que se encontraba en esa zona, tuvo una agradable sorpresa.

—Hoy es mi noche de suerte —se dijo para sí mismo.

Entre los diversos vehículos que había junto a los depósitos, se encontraba un camión cisterna. Se acercó a él para confirmar que tipo de líquido almacenaba en su interior. Aflojó un par de vueltas la gran tuerca que se encontraba en la parte inferior de la cisterna y dejó caer una pequeña cantidad de su contenido. Se agachó para olerla y tocarla y se dijo de nuevo a sí mismos.

—Efectivamente es mi noche de suerte. El camión está lleno de combustible para los grupos electrógenos.

Se dirigió a la cabina del conductor, abrió la puerta y de un salto se subió al asiento. Palpó la cerradura de encendido y allí estaba la llave que ponía en marcha el camión. De nuevo era increíble la confianza que los individuos de aquella empresa, tenían en que nadie invadiese sus dominios. Estuvo unos segundos pensando en sus siguientes movimientos, y tomó una decisión.

Bajó de un salto de la cabina y fue de nuevo a la zona de atrás del camión. Volvió a aflojar la tuerca, para que derramase constantemente una pequeña cantidad de líquido. Mientras estaba con estos preparativos, pudo escuchar como por fin las patrullas de vigilancia se habían puesto en marcha. Seguro que se habían extrañado de la presencia de los gatos en la valla y estaban repasando todo el recinto. Podía escuchar como los cuatro por cuatro que había visto antes, se movían por la explanada buscando intrusos. Era cuestión de minutos que o bien viesan su monovolumen o bien diesen la vuelta a la nave principal y se dirigiesen hasta donde se él

encontraba. Era el momento de moverse con rapidez.

Cogió una barra de hierro de un lateral del camión y se subió de nuevo a la cabina. Arrancó el motor del camión, seguro de que el ruido del mismo se oiría por los vigilantes y en unos segundos los tendría allí.

Aceleró el camión y lo condujo hacia la nave principal de fabricación. Cuando estaba a pocos segundos de impactar contra el muro de la misma, encajó la barra de hierro entre el asiento y el pedal del acelerador haciendo presión sobre el mismo y saltó fuera del camión.

Se alejó corriendo en la dirección que había recorrido el camión, extrajo un mechero del interior de su pantalón y prendió fuego al reguero de combustible que había dejado en su desplazamiento. Prendió al instante y las llamas se dirigieron a toda velocidad hacia la cisterna del camión, que en esos momentos impactaba contra el muro de la nave principal a suficiente velocidad como para colarse en su interior.

Cuando la llama alcanzó el camión, se produjo una terrible explosión que derribó parte del edificio. El hecho de que la onda expansiva se produjese dentro del edificio hizo que arrasase el contenido de la misma, las áreas de producción, la maquinaria y el mobiliario del interior quedo destrozado. Además las llamas generadas estaban prendiendo fuego en lo poco que quedaba en pie. Parte del material despedido por la explosión había alcanzado una esquina del edificio de oficinas y amenazaba con propagarse al interior del mismo.

Sergio se dirigió corriendo por las sombras hacia donde se encontraba su monovolumen, viendo como los vigilantes sorprendidos por los hechos, no tenían muy claro hacia dónde dirigirse. Por acto reflejo, viendo que poco se podía hacer en relación a la nave de fabricación y con la intención de salvar el resto de las instalaciones, se dirigieron en grupo hacia las oficinas, tratando de contener el incipiente incendio.

Cuando estaba a un par de decenas de metros de su vehículo se paró en seco al contemplar que uno de los vigilantes, o bien se había retrasado en ayudar a sus compañeros, o bien era más listo y había preferido seguir buscando al causante de aquellos problemas.

Afortunadamente y debido a ruido reinante, no había visto a Sergio acercarse. Este aprovechando de que el vigilante estaba totalmente concentrado en acercarse con precaución al monovolumen desconfiado de lo que se podía encontrar en él, se aproximó al guarda por la espalda y descargando un duro golpe con el canto de su mano en su cuello, lo dejó sin sentido.

Se agachó sobre él y le ató las muñecas con unas bridas de plástico que llevaba en la mochila. Se lo echó al hombro y lo introdujo en la furgoneta.

Condujo durante una media hora en dirección a Johannesburgo y al ver un viejo edificio abandonado cerca de la carretera, la abandonó y aparcó detrás del mismo. Sacó al guarda de la furgoneta y de un tremendo tortazo lo despertó.

El hombre sorprendido de la situación en que se encontraba, no sabiendo donde se hallaba y viendo a su captor con un pasamontañas que le tapaba el rostro no reaccionó en un principio, preguntando entrecortadamente unas frases que Sergio no entendió, probablemente en el mismo idioma que los hombres a los que se había enfrentado en Finlandia.

—¿Hablas inglés? —preguntó a su vez Sergio.

El hombre que ya se había despertado, no contestó.

—¿Hablas inglés? —volvió a preguntar Sergio, poniéndole esta vez delante del rostro, la pistola que le había quitado al meterlo en la furgoneta.

El guarda ya totalmente despierto, se refugió en su silencio, sin intención de responder a sus preguntas.

—Como no tengo claro si hablas mi idioma o no y no tengo tiempo que perder, te voy a atar al parachoques de la monovolumen. Después de recorrer un par de kilómetros, veremos realmente cuantos idiomas conoces.

Cogió una cuerda que había en el interior del monovolumen, ató las dos piernas del individuo a un cabo y el otro extremo al guardabarros del vehículo. Se dirigió al asiento del conductor y puso el vehículo en marcha. Este comenzó a desplazarse y cuando llevaba recorridos unos pocos metros, oyó chillar al guarda en perfecto inglés.

—¡Pare! ¡Pare! ¡Hablaré! ¡Hablaré!

Sergio detuvo el monovolumen y se dirigió a la parte de atrás. El pobre individuo, ya presentaba rozaduras en varias partes de su cuerpo y el traje comenzaba a sufrir severos desgarrones.

—Bueno. Ahora ya sabemos los dos que hablas algo de inglés. Te aseguro que si respondes satisfactoriamente a mis preguntas, saldrás vivo de esta situación. Empecemos. ¿Cómo se llama la empresa que acabamos de abandonar?

En un principio el guarda, puso cara de volver a seguir callado, pero cuando Sergio hizo ademán de levantarse, cambió de opinión y dijo:

—La empresa pertenece a Crancy Components Ltd —respondió el hombre.

—¿A qué se dedican? —volvió a preguntar Sergio.

—A fabricar componentes electrónicos de última generación para diferentes clientes.

—¿Qué tipo de componentes?

—¡No lo sé! Solo soy un guarda de seguridad y no entiendo de esas cosas. Me pagan por mi trabajo y punto. Hace años que averigüé que el preguntar cierto tipo de cosas, solo genera problemas.

—¿Guarda de seguridad o mercenario? —preguntó despacio Sergio.

—¡Qué más da! —gritó el hombre atado—. Ambos manejan armas por dinero.

—¿Guarda de seguridad o mercenario? —preguntó de nuevo Sergio en un tono aún más frío.

—Mercenario, mercenario —gritó el hombre.

—¿Has visto u oído hablar de Hauser Trans? —preguntando Sergio por el otro ayudante del profesor.

—No lo he visto, pero he oído hablar de él. Es un científico que un equipo de nuestros comandos secuestró en Finlandia. Lo teníamos encerrado en un local, pero para poder perseguir a la otra ayudante con más efectivos, lo dejaron solo pensando que solo iba a ser durante unas horas. —Mirando hacia Sergio intentando averiguar algo añadió—. Sin embargo varios hombres pertenecientes a tu equipo, eliminaron a nuestro comando. Al estar tanto tiempo sin vigilancia Hauser encontró la manera de escapar de su encierro.

—¿Cómo se llama tu jefe? ¿El de tu pelotón, escuadrón o como le llaméis a vuestro grupo? —preguntó Sergio pensando que era positivo el que pensasen que en vez de él solo, eran varios los que formaban su equipo.

—Peterg, Peterg Hansen.

—¿Dónde está?

—En Estados Unidos, trabajando en una nueva misión.

—¡Mierda! —exclamó Sergio—. ¿En qué tipo de misión?

—No nos lo dijo. Solamente nos da las instrucciones a los hombres elegidos para la misión y cuando estamos a punto de entrar en acción. Eligió a cinco de los mejores hombres de nuestro grupo y se marchó a Nueva York.

—¿La persona que le dio las instrucciones y el dueño de la empresa son la misma persona?

—Sí es el mismo hombre.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sergio.

—Richard, Richard Crancy. Es un multimillonario egocéntrico y muy poderoso. Por lo que he oído a nuestro jefe es despiadado en los negocios, cruel y vengativo.

—¿Dónde puedo localizarlo en Estados Unidos?

—Tiene varias empresas ubicadas en diferentes estados, pero si ha enviado a Peterg a Nueva York, me imagino que le estará esperando allí. No sé si dispone de algún local en la ciudad o bien han quedado en algún hotel o piso alquilado para la ocasión.

—¿Cómo te puedes poner en contacto con ellos?

—No puedo. Cuando salimos en una misión, no queremos que nos encuentren, por lo que el grupo operativo si puede ponerse en contacto con la base, pero al contrario no es posible.

—¿Algo más que me sea de interés? —preguntó de nuevo Sergio.

—No, no creo, le he dicho todo lo que sé —dijo con resignación el mercenario.

—Vale te creo —dijo Sergio, mientras cortaba la cuerda que le unía al monovolumen y la introducía en el interior—. Te he prometido que no te haría daño y cumpliré mi promesa. Te quedas aquí hasta que alguien venga a buscarte. Probablemente tus propios compañeros. Si consigues hablar con tus jefes, diles que dejen en paz a mis amigos o lo lamentarán —lanzándole una mirada glacial a los ojos y hablándole con una voz pausada añadió— no es una amenaza vana. La próxima vez que nos veamos te mataré.

Se puso al volante y condujo de nuevo a Johannesburgo. En media hora divisó las luces de la ciudad y se dirigió a hacia la zona del aeropuerto. Había pedido a Carl que le reservase un hotel diferente para cada noche de su estancia, con el fin de estar en continuo movimiento y dificultar su seguimiento.

Llegó al hotel en unos minutos y dejó la monovolumen en el *parking* del mismo. Se encaminó a la recepción en donde procedieron a tomarle los datos de su falsa identidad, para posteriormente proporcionarle la llave de su habitación.

Sergio preguntó a la recepcionista si su habitación tenía acceso a Internet o si había que pagar algún tipo de suplemento. La recepcionista, amablemente le respondió que en la habitación disponía de una conexión *wifi* y que era un servicio incluido en el precio de la habitación.

Una vez acabados los tramites de registro, se encaminó a su habitación, entró, dejó la mochila en el suelo, se dirigió directamente al baño donde se desvistió y se dio una refrescante ducha.

Después volvió al interior de la habitación, sacó un pequeño portátil de la mochila y poniéndose cómodo en el escritorio colocado contra una de las paredes de la habitación, lo encendió.

Tecleando con la agilidad propia de la persona que es experta en el uso de ordenadores, ejecutó un navegador de internet y abrió una página web de reservas de aviones. Buscó aquellos vuelos que saliendo de Johannesburgo se dirigiese a Nueva York a través de cualquier conexión internacional.

Afortunadamente su destino era uno de los centros de comunicaciones más importantes del mundo y cualquier vuelo que se dirigiese a un aeropuerto internacional desde Johannesburgo, seguro que disponía de una conexión con Nueva York. Después de lo acontecido en Sausville, lo mejor era abandonar cuanto antes el país.

Encontró dos vuelos que tardaban prácticamente el mismo tiempo en llegar a la gran manzana, uno vía París y otro vía Londres. Como el que primero que abandonaba en unas pocas horas el país lo hacía vía París, se decidió por él. Reservó su billete y una vez terminada esa tarea, entró en la página web mediante la cual se ponía en contacto con “Opengate”.

Después de teclear varias contraseñas y pasar varios sistemas de seguridad accedió a su buzón de mensajes. No había nada nuevo para él. Rápidamente escribió un mensaje para “Opengate” pidiéndole toda la información disponible sobre Richard Crancy indicándole que lo primero era averiguar si disponía de alguna propiedad en Nueva York.

Eran las tres de la madrugada y había sido un día agotador. Le quedaban seis horas antes de la salida del vuelo. Decidió aprovecharlas para descansar. Afortunadamente su hotel se encontraba en las cercanías del aeropuerto, por lo que no perdería tiempo en traslados. Llamó a recepción para averiguar si como en la mayoría de los hoteles que se encontraban en los alrededores de un aeropuerto, disponían de un servicio de traslados al mismo. La recepcionista le informó era así, que el hotel disponía de un servicio de autobús y cada media hora hacía el trayecto hotel a aeropuerto y viceversa.

Satisfecho con la información, Sergio puso la alarma de su reloj acorde con la hora de despegue del avión teniendo en cuenta el tiempo de traslado desde el hotel y se dirigió a la cama en donde cayó rendido. A los pocos instantes se durmió.

*“En estrategia, es indispensable
tener la sensibilidad
para la oportunidad”.*

Jorge González Moore

7. Mónica secuestrada

Nueva York. Sábado 21, Junio 2014

—¿Cómo es posible que hayan destruido mis instalaciones de Sudáfrica y recuperado el microprocesador? —dijo con una voz que transmitía una furia inmensa el hombre del pelo rubio platino, casi blanco y una cicatriz en la ceja.

—No lo sabemos con certeza. Uno de mis hombres fue apresado durante un par de horas por el hombre que realizó la incursión, pero no nos ha podido transmitir, mucha información.

—Al menos, ¿lo ha identificado?

—No. Señor Crancy, era un profesional. Mi hombre nos dijo que llevaba uno de los buzos que utiliza el personal de la nave de fabricación. Estaba cubierto además por un pasamontañas y solo se le veía el hueco de la boca y los ojos.

—¿De qué color eran los ojos? —preguntó Crancy, queriendo tener aunque sea algo de información de la persona que había destruido sus instalaciones, haciéndole perder millones de dólares, en edificios, maquinaria y productos fabricados dispuestos para su venta. Sus clientes más importantes probablemente le iban a abandonar por no poder suministrarles los pedidos y seguro que les tendría que indemnizar. Tardaría años en volver a ganarse su confianza.

—Mi hombre, dijo que eran ojos de un gris acerado en una mirada glacial y amenazante.

—Hay que encontrarlo como sea. ¡Necesito vengarme! —sentenció Crancy con un odio intenso que llegaba de deformar su rostro por la rabia que expresaba. Mirando al jefe de los mercenarios le dijo—. No importa lo que cueste. ¡Esta operación me está resultando nefasta! ¡Sois unos inútiles! Habéis matado al profesor, pero la ayudante se os escapó de entre las manos. El ayudante que teníamos secuestrado, con él que contábamos para que nos duplicase el *software* también ha escapado de su encierro y ha desaparecido. ¡Mi fábrica está destruida! —y mirándole a los ojos con una furia asesina le increpó—. ¡Necesito vengarme! Si su equipo no es capaz ¡contrataré a otro! ¡Me entiende!

—El problema es que no tenemos por dónde empezar. No sabemos nada sobre ese hombre. Estamos seguros de que es el mismo o pertenece al mismo equipo que aniquiló a parte de mi grupo en Finlandia, pero tampoco lo sabemos con certeza —y mirando directamente a Crancy añadió—. Y créame, yo y el resto de mis hombres también queremos echarle la mano encima.

—Pues ¡pónganse a trabajar! Tengo que intentar atenuar los problemas financieros que me ha

generado la destrucción de mis instalaciones de Sudáfrica, e intentar retener a alguno de mis clientes. Esta tarde me paso por aquí, para ver si habéis adelantado algo. Haré que os traigan algo de comida y bebida, pero no abandonéis este almacén hasta mi vuelta.

—No se preocupe. Estaremos aquí trabajando en localizar a ese maldito hombre —repuso el jefe del grupo, mientras Crancy se alejaba.

Se encontraban en la zona de oficinas de un gran almacén a las afueras de Nueva York. Como era el comienzo del fin de semana, ninguno de los trabajadores de la empresa, se encontraba por allí.

Disponían de todo el fin de semana para ellos antes de tener que trasladarse a otro sitio. Habían desplegado por las mesas su equipamiento, consistente en sus armas, portátiles y sofisticados sistemas de intrusión y escucha telefónica. Dos de los cinco hombres que le acompañaban eran expertos *hackers* informáticos que ya estaban montando sus equipos y empezando a teclear sobre ellos.



—¡Jefe! —dijo uno de los dos *hackers* llamando la atención de su superior.

—¡Sí! ¡Dime Anje! —exclamó Peterg dirigiéndose al más joven de los dos *hackers*.

—Creo que hemos encontrado algo. Los servidores de las oficinas de *SoftPlay*, están tremendamente protegidos y nos ha sido imposible acceder a ellos, pero la red de alguno de los puestos de trabajo tiene protecciones convencionales y con un poco de suerte hemos conseguido colarnos en el ordenador de la secretaria del mismísimo Carl Murray, Presidente de *Softplay, Inc.*

—¿Y? —pregunto ansiosamente su jefe.

—Dentro de la información más reciente, hemos encontrado reservas de billetes de aviones para una persona, tanto a Finlandia como a Sudáfrica.

—¡Malditos sean! Como nos temíamos, han sido ellos los que están detrás de todo esto —añadió con odio Peterg—. ¿Cuántas personas? y ¿a nombre de quién están los billetes?

—Solo una persona. En cada vuelo, han reservado los billetes con nombre diferentes, pero seguro que es el mismo individuo.

—¿Una sola persona trabajando de forma individual nos ha causado tantos daños?

—Me temo que sí jefe. Debe ser muy peligroso. No nos debíamos tomar nuestra misión a la ligera.

—No lo haremos. Lo cazaremos como cazamos en Sudáfrica a las fieras salvajes. Con precisión y sin compasión.



—Señor Murray —dijo la recepcionista de su oficina llamándole por teléfono—. Tenemos aquí en la entrada a un hombre llamado Michael Johnson, que pregunta por usted.

—¡Hágale pasar ahora mismo! —respondió con alegría en la voz su jefe.

A los pocos segundos, su secretaria abrió la puerta de su despacho, acompañando a Sergio. Se había bajado del avión hacia escasamente media hora y había decidido dirigirse directamente a ver a Carl. Este abandonando su silla detrás de su escritorio, se dirigió velozmente hacia él, dándole un fuerte apretón de manos.

—Me alegro de que estés aquí. ¿Qué tal ha ido todo? —preguntó con una mirada que mostraba

gran interés por la pregunta—. ¿Quieres beber algo?

—Algo de agua no estaría nada mal —respondió Sergio—. Tengo muchas cosas que contarte.

—Sentémonos —dijo Carl dirigiéndose a los cómodos sofás que estaban en una esquina de su despacho—. Soy todo oídos. Alison, cancela todas mis citas y no me pases ninguna llamada hasta que acabemos.

—Si señor Murray.

Carl abrió una puerta de una librería de su despacho en el que se encontraba un frigorífico con todo tipo de refrescos. Cogió un par de botellas de agua y acompañó a Sergio, hasta los sofás.

Sergio, sacando de su mochila varios de los componentes electrónicos que había cogido del almacén de Sudáfrica, los puso encima de la mesa de cristal que había enfrente de los sofás que ocupaban. Mostrándoselos a Carl le preguntó.

—¿Reconoce alguno de estos productos?

Carl, miró con detenimiento lo que Sergio había depositado sobre la mesa y al cabo de unos segundos, separando un par de ellos respondió.

—Estos dos componentes se utilizan en armamento. Son parte de los sistemas de control de un tanque. Me imagino que el resto también, aunque no los había visto con anterioridad. Nunca he querido trabajar en este tipo de mercado. ¿Dónde los ha conseguido?

—En una planta de montaje en Sudáfrica, perteneciente a *Crancy Components Ltd.* —Sergio de momento no quiso decir “que pertenecía”—. ¿Lo conoce?

—No directamente. Se le considera un mal personaje. Siempre anda metido en negocios extraños y tiene fama de despiadado y cruel. Se dice que ha eliminado a alguno de sus competidores con malas artes. La gente honrada no hace negocios con él.

—Pues me temo que es, el que ha ordenado que le roben el *Phylon* y el causante de los asesinatos de sus empleados en Finlandia.

—¡Maldito sea! ¿Para qué quiere un cochino fabricante de componentes armamentísticos nuestros nuevos productos?

Durante uno segundos, ambos hombres se quedaron en silencio, pensando para sus adentros cuál podía ser la respuesta a la pregunta planteada por Carl. Sergio tomó la palabra primero preguntando.

—El microprocesador que habéis diseñado, está especializado en cálculos asombrosamente rápidos para la realización de gráficos. ¿Es así?

—Correcto —respondió Carl.

—Y ¿qué arma necesitaría de ese tipo de cálculos?

—¡Mierda! —exclamó Carl.

—¿Qué pasa? —preguntó Sergio—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Me temo que quiere utilizar nuestro invento, para las placas de guiado de misiles. Es uno de los componentes más sofisticados de la industria armamentística y uno de los más caros. La potencia de cálculo de nuestro microprocesador le daría una ventaja competitiva increíble. Se haría con todo el mercado —bajando la cabeza contra su pecho y con actitud pesarosa añadió de forma triste—. Es para lo último que desearía que se utilizase nuestro invento. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—No te preocupes. Eso todavía no ha ocurrido y tomaremos medidas para evitarlo. Además ahora conocemos a nuestro enemigo y tenemos más información sobre él —añadió Sergio mientras

extraía los discos duros de su mochila—. Haz que algún experto de tu compañía analice en detalle la información que contienen. Poned mucho cuidado por si tienen algún tipo de protección.

Viendo que por unos momentos la desesperación se había apropiado de Carl, decidió no postergar el momento de entregarle la verdadera joya que había conseguido recuperar. Carl necesitaba algo de tranquilidad para pensar en sus siguientes movimientos.

—Además —añadió Sergio extrayendo la caja taraceada de su mochila y depositándola en las manos de Carl— creo que será difícil que se aprovechen de tu invento sin esto.

Mientras Carl, abría la caja y contemplaba su contenido, su rostro iba cambiando del desánimo en que se había sumergido unos momentos antes a una alegría incontenida.

—¡Eres una caja de sorpresas! ¿Cómo has conseguido todo esto? —exclamó Carl con júbilo.

—Lo siento, pero es un secreto profesional —añadió Sergio, intentando animar a la persona que en estos momentos se encontraba a su lado, conmocionado todavía por cómo se estaban sucediendo los hechos a su alrededor.

—¡Eres un auténtico *crack*! Sin tu ayuda seguiría en la ignorancia, sin conocer a mi rival y probablemente habrían apresado o eliminado a Taimi. ¡Has conseguido decantar la balanza hacia nuestro lado!

—¡Pues tendremos que asegurarnos de eliminar el otro lado! —añadió Sergio con energía—. Además Carl, ya sabes: el que me contrata gana.

—¡Pues me alegro de haberlo hecho yo! En estos momentos incluso tu exagerada tarifa me empieza a parecer barata —dijo Carl, lanzándole un guiño.

Poco a poco iba recuperándose de su sorpresa inicial, y a pesar de lo complicado del asunto en donde le habían introducido, Carl era un hombre que se había hecho a sí mismo a base de solucionar los diferentes escollos con que se había encontrado.

—Creo que lo mejor es que averigües que información contienen esos discos, que sigáis trabajando en vuestro producto, lo patentéis cuanto antes y salgáis al mercado. A partir de ese momento todos los fabricantes sabrán quien es el auténtico creador y dueño del conocimiento. Las industrias *Crancy* pasarán a segunda fila.

—Cierto, vamos a acelerar todo el proceso.

—¿Cómo se encuentra Taimi? —pregunto Sergio.

—A salvo, permanentemente vigilada e intentando recuperarse del trauma sufrido. Constantemente pregunta por ti —repuso Carl—. No se olvida de su salvador y tiene muchas ganas de volver a verte.

—Primero tendremos que solucionar todo este asunto —sentenció Sergio—. No le digas todavía que he vuelto. Voy a descansar durante unas horas y después te llamo. ¿Dónde te localizo?

Carl, levantándose del sofá abandonó su despacho, dirigiéndose a la mesa de su secretaria. A los pocos segundos volvió con una caja que contenía un móvil nuevo y escribiendo en un papel el número privado de su móvil personal, entregó ambas cosas a Sergio.

—Me puedes llamar a cualquier hora del día o de la noche. No dudes en hacerlo.

—Te llamaré en unas horas para ver que habéis averiguado sobre el contenido de los discos duros —levantándose del sofá y dirigiéndose hacia la salida añadió—. ¡Hasta dentro de un rato!



—¡Jefe! Creo que tenemos una pista —exclamó de nuevo el joven *hacker* dirigiéndose a su

superior.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó interesado Peterg.

—Como no hemos encontrado mucha información en el ordenador de la secretaria, nos hemos dedicado a analizarla en detalle y a buscar patrones anómalos o aspectos que nos parecían extraños. Hemos encontrado algo que puede que no implique nada o puede que sí. No lo sabemos con certeza.

—¡Cuéntame! —le ordenó su jefe.

—Dentro de la información, está la lista con todos los nombres de los invitados de la fiesta que el señor Murray dio hace unos días.

—¿Y? —preguntó con energía su superior animándole a que continuase.

—En la fiesta hubo noventa y ocho personas y las hemos analizado en detalle. Profesión, relación personal o de negocios con el señor Murray, historial delictivo y otras características que nos han parecido significativas.

—¿Y? —volvió a preguntar, cada vez con más ansiedad y urgencia Peterg.

—Hay dos personas que en principio, no cumplen ninguno de los requisitos del resto para encontrarse en la fiesta. Una chica llamada Mónica Glaría. No es un nombre habitual, por lo que nos ha sido fácil localizar sus datos. Es de procedencia española y trabaja como consultora en una firma neoyorquina. Es un puesto corriente, sin mayor relevancia. La mayoría de los asistentes a la fiesta son gente importante, generalmente empresarios del sector en que se mueve el señor Murray, con sus respectivas mujeres o maridos, en función de quién sea el dueño de la empresa. Además no hemos encontrado ningún tipo de relación de esta chica con el señor Murray —añadió el experto en informática.

—Es como si se hubiese colado en la fiesta —repuso su jefe.

—Sí. Pero no se coló. Estaba en la lista de invitados.

—¿La otra persona? —preguntó su superior.

—Esto es lo que nos hace sospechar que puede ser importante para lo que estamos buscando. La otra persona es un tal Michael Johnson. Aunque hemos encontrado varias personas con ese nombre en las cercanías de Nueva York, no hemos encontrado ninguna persona, con ese nombre que pudiese tener algún tipo de relación el señor Murray. Otro dato curioso es que aparecía en la lista de invitados como la pareja de la señorita Mónica Glaría. Son dos coincidencias.

—Dos coincidencias son más de lo que necesitamos encontrar.

—¿Tienes algún dato de dónde viven?

—De la chica tenemos toda la información que queramos. Del tal Michael Johnson nada.

—Vamos a hacer una visita a la tal Mónica.



—¿Si, dígame? —respondió automáticamente Sergio al coger el teléfono móvil que Carl le había entregado.

Se encontraba en una habitación de un hotel cercano a las oficinas de *SoftPlay, Inc.*, en donde había hecho una reserva para un par de días. Según su costumbre de intentar estar siempre al cien por cien por lo que pudiese ocurrir se encontraba dormido descansando de los múltiples vuelos y cambios de horario de los últimos días. Intentaba desprenderse del *jet-lag* y retomar fuerzas, cuando el sonido del móvil le despertó.

—¡El material que nos has traído vale su peso en oro! —le espetó Carl al otro lado de la línea sin poder controlar su emoción.

—¡Cuéntame! —le animó Sergio.

—Mis expertos han accedido al contenido de los discos duros. Tenían un tipo de protección sencilla y ha sido fácil saltárnosla. Están llenos de información sobre los productos que fabricaban en esa planta, los materiales empleados, los procesos de fabricación, la maquinaria empleada, clientes, destinos de envío: ¡TODO!

—¿Hay algo relacionado con el *Phylon*?

—Sí. Estaban preparando una nueva cadena de montaje, donde se iban a poner a fabricarlo. Su jefe no debía fiarse mucho de nadie, porque hemos encontrado la información de la cadena seccionada y repartida por los discos duros que nos has traído. Es más tiene todo el aspecto de que la información relacionada con el posible montaje de nuestro microprocesador la habían dividido en cinco partes y solo hemos encontrado tres, una por cada disco duro que nos has traído. Probablemente en su afán de tener la información repartida no tendrán una copia de seguridad de todo este material completa, lo que puede significar, que tienen que volver a crearlo casi de cero. Con tú acción les has generado un retraso importante en su carrera de sacarlo al mercado antes que nosotros.

—¡No sabes cuánto me alegro! —le dijo Sergio, viendo que Carl había recuperado parte de su energía, a pesar de las noticias que Sergio le había traído sobre quien era su enemigo.

—No hemos encontrado en los discos duros nada de información relevante sobre el diseño del *Phylon*, lo que confirma tu teoría de que los científicos de *Crancy* todavía no habían tenido tiempo suficiente para estudiarlo —y bajando el tono de voz y adquiriendo un más tranquilo y reposado añadió—. Gracias Sergio, no sabes cuánto te debo. Hace dos días pensaba que todo estaba perdido y que de todo el trabajo que hemos llevado a cabo en los últimos años, se iban a aprovechar personas sin escrúpulos. Ahora hemos recuperado todo nuestro material y tomaremos medidas para que nadie se apropie de él. Se lo debemos a las personas que han perdido la vida a causa de ello.

—Es mi trabajo —repuso Sergio y adquiriendo un tono más solemne añadió—. Además se lo prometí al profesor Haavio. Y yo siempre cumplo mis promesas.

Sergio, prefirió seguir sin comentarle nada sobre la destrucción de la fábrica. A pesar de la tranquilidad que le hubiese supuesto a Carl el conocer que su rival no tenía ya las instalaciones en donde fabricar el producto, ni ningún componente vital del mismo, consideraba a Carl una buena persona y no iba a sentarle bien los métodos que Sergio había tenido que emplear.



—¿Qué? ¿Habéis averiguado algo? —preguntó en tono de mal humor Crancy al entrar de manera brusca en las oficinas que ocupaban los mercenarios.

—No estamos seguros señor Crancy.

—¿De qué no estáis seguros? —dijo en tono autoritario e impertinente Crancy—. ¡Os pago para que siempre estéis seguros! No lo contrario.

—¡Venga conmigo! —repuso Peterg haciéndole pasar a un pequeño cuarto, contiguo a las oficinas que en donde se encontraban.

—¿Qué es esto preguntó Crancy? —viendo a una joven atada a una silla en el centro de la

estancia.

La joven estaba amordazada para que no pudiese chillar, con una venda en los ojos para que no pudiese ver y con unos grandes auriculares en los oídos para que no pudiese escuchar nada. Esas condiciones estaba totalmente aislada del mundo real y la falta de referencias a través de sus sentidos aumentaba su condición de indefensión y desorientación.

El jefe de los mercenarios, le explicó el análisis que habían hecho de la información encontrada en el ordenador de la secretaria de Carl Murray y como les había llevado a esta joven.

—Como era nuestra única pista, hemos ido a su piso y la hemos secuestrado. Acabamos de llegar y nos disponíamos a hacerle algunas preguntas, para saber hasta dónde está involucrada o que sabe del caso. ¿Quiere presenciar el interrogatorio? —le preguntó el jefe de los mercenarios.

—No —dijo con una cruel mirada en sus ojos—. Quiero realizarlo.

Y dirigiéndose decidido hacia Mónica, le quitó los auriculares de sus oídos y la mordaza, manteniéndole la venda de los ojos. Al notar esta las manos sobre su cabeza, se sobresaltó y un chorro de preguntas brotaron de su boca.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me hacen esto?

Richard Crancy alzando su mano sobre la indefensa e invidente Mónica le descargó una bofetada salvaje en el rostro. Un verdugón comenzó a aflorar en su bella cara.

—¡Cállese! ¡Soy yo quien hace las preguntas! Y si no quiere acabar esta noche ahogada en medio del río, más vale que coopere.

Después del brutal golpe, Mónica empezó a sollozar, asomando unas pequeñas lágrimas por debajo de la venda, aunque se calló al requerimiento de su captor y no dijo ninguna palabra más.

—Así está mejor —como toda persona cruel y despiadada, el tener a una persona sometida a su voluntad le hacía sentir alguien importante y aumentaba su estúpido ego.

—¿Qué relación tiene con Carl Murray?

—¿Quién? ¿Yo? —respondió sorprendida Mónica—. Ninguna. La primera vez que lo vi fue el otro día en una fiesta y crucé con él cuatro frases.

—Entonces ¿cómo es que estaba invitada a una fiesta tan exclusiva? —preguntó con ironía Richard.

—¡Yo no estaba invitada! ¡Fui acompañando a un amigo! —respondió con voz angustiada Mónica.

—¿Quién era su amigo?

—Michael Johnson, responsable de *marketing* de la última campaña de Carl Murray.

—¿A qué empresa pertenece? —preguntó de nuevo Richard.

—A *Johnson Ideas, Ltd.* —respondió con prontitud Mónica.

El jefe de los mercenarios salió de la estancia encaminándose a sus dos expertos en informática, volviendo a donde se realizaba el interrogatorio en un par de minutos. Dirigiéndose a Richard, le dijo:

—No hemos localizado ninguna empresa con ese nombre dedicada al *marketing* y cualquier empresa dedicada al *marketing* dispone hoy en día de una página web y presencia en redes sociales. Me temo que dicha empresa no existe.

Richard, dirigiéndose a Mónica y sin mediar palabra le arreó otro bofetón en la otra mejilla. El golpe fue tan brutal que casi vuelca la silla.

—¿De qué conoce a Michael Johnson? —le preguntó acercándose a la oreja de Mónica y

elevando la voz.

La joven estaba totalmente aturdida por el tremendo golpe que acababa de recibir y era incapaz de centrar su atención. El hecho de estar vendada aumentaba su desorientación. Tardó varios segundos en recuperarse y cuando Richard levantaba la mano para descargar sobre ella otro golpe, atinó a responder balbuceante.

—Le conocí hace unos pocos días, coincidí con él en el avión que venía a Nueva York, se me acercó amablemente y congeniamos. Desde entonces hemos tenido un par de encuentros.

—¿Cómo podemos dar con él? ¿Tiene alguna forma de contactar? —preguntó elevando un poco más la voz Richard, presa de su ansiedad por conocer más a la persona que le había infringido tantas pérdidas.

—¡No! —le respondió rápidamente Mónica—. Es él el que contacta conmigo. ¡Se lo juro! —añadió en su desesperación.

—¿Qué más sabe de él? Descríbanoslo.

La joven, con todas sus defensas derribadas, no pudo evitar que un chorro de palabras saliese de su boca.

—Es joven, guapo y está muy en forma. El otro día nos atacaron tres jóvenes y en escasos segundos los derribó. La confianza que despide, genera confianza en las personas a su lado. Parece muy fiel a sus amigos. Se muestra inteligente y es muy reservado. ¡Es todo lo que sé y les puedo decir! —añadió, dejándose llevar por la desesperación y derramando lágrimas incontroladas.

—Vaya, para conocerlo desde hace unos pocos días, parece que te ha calado hondo. ¡Estúpida! Se ha aprovechado de ti. Te ha utilizado como una herramienta más en su trabajo y encima hablas con admiración de él —y queriendo descargar sus frustraciones con ella le propinó otra bofetada salvaje que le dejó sin sentido.

Viendo que poca más información iba a conseguir de ella, haciendo un gesto al jefe de los mercenarios, abandonaron la estancia y volvieron a las oficinas.

—¿Qué se te ocurre que podemos hacer? —preguntó dirigiéndose a Peterg.

—No sabemos que ha averiguado realmente el tal Michael sobre nosotros. Qué organización está detrás de él y con qué medios cuenta. Carl Murray dispone de dinero pero no es un especialista en el sector de armamento y no creo que cuente ni con los contactos, ni con los recursos adecuados. Pienso que Carl y Mónica son las únicas personas que han hablado y conocen al tal Michael. Es casi seguro que Carl lo haya contratado, pero no sabemos por qué medios.

—¿Y? —volvió a preguntar ansioso Richard.

—Estoy prácticamente seguro de que ni Carl, ni Mónica, saben dónde se encuentra, sino que es un especialista y él es el que se acerca a ellos cuando es necesario. Ninguno sabemos dónde se halla en estos momentos. Después de los hechos acaecidos, seguro que Carl ha tomado algún tipo de medidas de seguridad, tanto para él como para el microprocesador. Será arriesgado acercarse a él ahora. Nos costó semanas preparar el golpe del robo del microprocesador. No creo que en estos momentos podamos conseguir acceder a él y secuestrarle. Lo único que se me ocurre es intentar poner algún tipo de escuchas en el piso de Mónica y en las oficinas de Carl. En estas últimas será más complicado, pero podemos intentarlo.

—No estoy de humor para dedicarme a esperar. ¿No podemos hacer algo más? —inquirió de nuevo Richard mirándole fijamente a la cara.

—Lo que le estoy comentando es lo único que se me ocurre en estos momentos y lo que considero más seguro —replicó el jefe de los mercenarios—. Por cierto si queremos que Michael, se ponga en contacto con ella, debiéramos dejarla en libertad cuanto antes para que regrese a su piso.

Se produjo unos momentos de silencio, en los que Richard pareció reflexionar sobre las palabras que le estaba comentando el jefe de los mercenarios.

—¡Tengo una idea mejor! —exclamó saliendo de su silencio— vamos a forzar el encuentro con el tal Michael.

—¿Cómo? —preguntó Peterg.

—Precisamente utilizando a la chica. Vamos a hacer que llame a Carl y que este a su vez intente contactar con ese tal Michael, después de los últimos acontecimientos seguro que han establecido algún procedimiento de emergencia para establecer contacto entre ellos cuando sea necesario. Haremos que la chica llame a Carl y que le obligue a reunirse con Michael. Una vez juntos les llamaremos y les exigiremos cambiar a la chica por el microprocesador y todos sus componentes.

—A su plan le veo varios inconvenientes. Primero, puede que como usted ha dicho antes, la chica solo haya sido una herramienta y el tal Michael le de igual lo que hagamos con ella. A estas horas, es probable que el personal de Carl haya analizado el contenido de los discos duros y sepan que usted está detrás de todo esto. Pueden llamar a la policía o al FBI y tendernos una trampa. Para mis hombres y para mí, somos mercenarios y nos ganamos la vida de esta manera, pero usted es un multimillonario hombre de negocios, que arriesgaría todo por su venganza. Si llevamos a cabo el plan debe usted o bien desaparecer o bien estar en algún sitio rodeado de gente que pueda confirmar su presencia en todo momento. O se va a un congreso o a una fiesta que dure varios días mientras nosotros nos encargamos de todo.

—¡No! —exclamó con vehemencia Richard—. No he llegado a donde estoy para que gente como Carl se rían de mí. ¡Quiero venganza! Cuando le arrebate su invento a Carl quiero estar ahí. Quiero que pague por los millones que me ha hecho perder. Como bien has dicho, gracias a la información que tiene en su poder ya sabe que estoy detrás de esto. Debido al acto terrorista que la persona o personas que ha contratado han realizado contra mis instalaciones, él tampoco puede ir a la policía. Es tan delincuente él como yo. En el momento en que hiciese una denuncia y depositase esas pruebas en un juzgado de Nueva York, yo podría demandarle en Sudáfrica y pedir su extradición. En el mejor de los casos nos meteríamos en un juicio que duraría años. Estamos en tablas. Entre él y yo podemos hablar a cara descubierta, pero ninguno de los dos podemos acudir a la policía.

—Bien pensado tiene razón. De todas formas, seremos cautelosos e intentaremos dejar el menor rastro posible. No sabemos si Michael caerá en nuestra trampa, pero como bien ha dicho poco perdemos por probar.

—¡Perfecto! ¿Tienes algún teléfono seguro, que no puedan localizar para establecer la llamada? —preguntó Richard. Estaba febrilmente deseoso de llevar a cabo su plan.

—Sí. No hay problema. Si la conversación es breve la seguridad es mayor. ¡Anje! ¡Trae un teléfono seguro y búscame el número de teléfono de las oficinas de Carl Murray! —ordenó de nuevo al joven. Debía ser el especialista en tecnología, no solo de informática sino también de telecomunicaciones.

A los pocos segundos el joven apuntó en un papel el número solicitado y sacó de una mochila un teléfono especial parecido a los que se utilizan en transmisiones vía satélite. Se acercó a ellos y le explicó el funcionamiento a Richard.

Volvieron donde se encontraba Mónica y Richard arrojó un vaso de agua a la amoratada cara de la desdichada joven. Esta movió la cabeza lentamente recuperando el conocimiento. Su mente debía estar abotargada, dada la expresión de desconcierto que demostraba su cara. Por su experiencia anterior no se atrevía a decir nada. Richard tomó la palabra diciéndole.

—Vamos a llamar a Carl Murray y le vas a repetir fielmente las palabras que te voy a indicar en unos momentos. Si no quieres ganarte una nueva bofetada no te salgas del guion establecido.



Carl estaba sentado en el escritorio de su oficina estudiando parte de la documentación que los expertos en informática de su empresa habían extraído de los discos duros que había conseguido Sergio en Sudáfrica.

La información era un auténtico filón tanto técnico como organizativo, de una de las empresas más importante a nivel mundial de componentes electrónicos militares. Estaba claro de dónde había obtenido Richard Crancy su fortuna. De todas formas su rostro expresaba resignación, ya que además de toda aquella información que valía millones, dentro de los discos duros había encontrado todas las pruebas necesarias para incriminar a Richard en el robo de su microprocesador. Pero muy a su pesar no podía utilizarlas. Sergio se había valido de medios ilegales para adquirirlas. Ante un juzgado no podía explicar cómo habían llegado los discos duros a sus manos.

Estando pensando en todas estas cuestiones, cuando el sonido del teléfono de su escritorio le sacó de su concentrado estado. Pudo ver en la pantalla de cristal la extensión de su secretaria.

—¿Sí? ¿Alison? ¿Qué desea?

—Disculpe, señor Murray. A pesar de que me ha dicho que no le pasase ninguna llamada y cancelase sus citas para esta tarde, hay una persona con un tono de voz muy extraño que pregunta insistentemente por usted. Es más dice que es cuestión de vida o muerte.

—¡Pásemelo! —dijo con voz recelosa Carl.

En unos instantes, su secretaria le transfirió la llamada. Carl pudo observar en el cristal líquido de su teléfono que la llamada se producía desde un teléfono con número oculto.

—¿Sí? ¿Quién es? ¿Dígame? ¿Qué desea? —preguntó aceleradamente Carl.

La voz titubeante e indecisa de una joven se oyó en el otro extremo de la línea.

—Señor Murray. Soy Mónica. La persona que hace unos días acudió a su fiesta de la mano de Michael Johnson. ¡Estoy secuestrada por unos desconocidos!

—¿Qué? —exclamó sorprendido Carl.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡No me interrumpa! Estoy en sus manos y me han amenazado. Si usted no es capaz de conseguir que Michael esté a su lado en ese teléfono dentro de una hora me matarán. Le llamarán de nuevo a las nueve de la noche. ¡Por favor ayúdeme!

Y antes de que la joven pudiese añadir algo más, colgaron el teléfono. La breve conversación había dejado conmocionado a Carl, que no salía de su asombro. Le costaba asimilar que la entrecortada voz que había escuchado por el teléfono hacía unos segundos, se correspondiese con la de alegre y vivaracha joven que había tenido el placer de conocer en la fiesta. La amenaza le

parecía muy real y le dolía de corazón que por la avaricia de ciertas personas, otras estuviesen sufriendo tanto. Tenía muy presente en su cabeza la muerte del profesor Haavio y no quería que algo así volviese a suceder.

Rápidamente echó mano de su teléfono y llamó a Sergio. Sin dar tiempo a que sonase por tercera vez, este se puso al teléfono.

—¡Dime Carl!

—¡No tengo tiempo para explicártelo por teléfono! ¡Ven urgentemente a mi despacho! —y colgó el teléfono para dotar de más urgencia a su llamada.



Sergio se había duchado, vestido y había llegado en menos de veinte minutos al despacho de Carl. Mientras esperaban la llamada de Crancy, este le había contado palabra por palabra toda la conversación que había mantenido con Mónica.

Sergio estaba enfadado y dándole vueltas a que por su maldita estupidez y su encariñamiento con Mónica se había descuidado y la había comprometido. No paraba de pensar en qué momento se podía haber cruzado el camino de Mónica con el de los mercenarios que la habían apresado. No entendía como estos la habían relacionado con él y como habían dado con ella.

Evidentemente Mónica era una presa fácil para aquel grupo y más cuando ella no sabía en que andaba Sergio metido. Estaba decidido a recuperarla y a evitar que le pasase algo por el medio que fuera.

Carl que contemplaba la cara de Sergio, tenía clara la determinación del mismo y habiendo oído la historia que Taimi le había contado sobre como la había defendido de sus enemigos, no dudaba de que iba a ir a la caza de Crancy. La única duda era si llegaría a tiempo de salvar a Mónica.

—Siento mucho haber involucrado a tu amiga en esta guerra entre empresas. Si hay algo que pueda hacer, cuenta desde este mismo momento con ello. Todos mis recursos están a tu disposición —exclamó Carl imprimiendo toda la energía que tenía en sus palabras.

—No es culpa tuya. Es culpa mía. No sé cómo han llegado hasta ella, pero no tenía que haberla puesto en peligro mientras trabajaba en este caso —después mirándolo a los ojos dijo—. Gracias por tu ofrecimiento Carl. Lo agradezco de corazón. Te aseguro que los perseguiré y los cazaré uno a uno como hagan daño a Mónica. Y... es mejor que no te enteres de cómo.

—Espero que no sea necesario llegar a esos extremos, pero comprendo tus sentimientos.

—Carl. Llegado a este punto es mejor que sepas una cosa que no te había contado antes, porque eres una buena persona y no quería que tuvieses esa carga sobre tus hombros. Para escapar de los vigilantes de la empresa de Crancy, no me quedó más remedio que volar las instalaciones, creando tal distracción que me fuera fácil huir. Probablemente te culpa a ti también de todos los millones de dólares que le he hecho perder.

Carl puso durante unos segundos cara de sorpresa, pero se recuperó rápidamente y con total calma dijo a Sergio.

—Crancy, me ha robado el producto de varios años de trabajo. Ha matado a varios de mis amigos y trabajadores y ha secuestrado a tu amiga. No creo que sea merecedor de lástima. Si además lo que hiciste era necesario para que salvases la piel y pudieses huir, estoy contigo. Hiciste lo correcto.

En esos momentos la conversación que mantenían se vio interrumpida por el sonido del teléfono. Carl pulso un botón en la base del mismo, para poder hablar con manos libres.

—Señor Murray —dijo su secretaria— creo que es la llamada que estaba esperando.

—¡Pásame Alison! —dijo con energía Carl.

—Señor Murray —dijo una fría voz al otro lado de la línea.

—¿Sí? ¿Dígame? —preguntó Carl.

—¿Está Michael Johnson con usted?

—Sí, estoy aquí —dijo Sergio tomando la palabra.

—Me ha causado usted millones de dólares de pérdidas.

—¿Quién? ¿Yo? —repuso irónicamente Sergio—. Imposible. ¡Si no nos conocemos!

—¡No intentes tomarme el pelo! ¡Tengo a tu amiga!

—¿A cuál de ellas? ¡Tengo muchas! —respondió Sergio no queriendo demostrar excesivo interés. Intentaba averiguar algo más de su enemigo.

—Se llama Mónica. Pero si no te acuerdas de ella, la pongo al teléfono.

—¡Michael! ¡Carl! ¡Ayudadme! ¡Me han golpeado y quieren matarme! —chilló con desesperación Mónica al otro lado del teléfono.

—¿Quién es usted? —preguntó Sergio cambiando su anterior tono irónico por otro mucho más frío.

—¡Ya sabes quién soy!

—No. No sé quién es. Solo tengo claro que hablo con un maldito cobarde que se esconde tras una mujer.

—¿Quieres ver lo cobarde que soy? —chilló Crancy al otro lado de la línea—. Te espero dentro de una hora en *Union City*. Verás un almacén al final de Andrew Street. Ven con Carl y trae el microprocesador, su *software* y todos sus componentes.

Ante la sorpresa de Carl y estando Crancy chillando y en medio de la frase que estaba hablando, Sergio colgó el teléfono.

—¿Qué es lo que has hecho? ¿Estás loco? —dijo con unos ojos como platos Carl.

Sergio mostraba una cara serena y fría como el acero y dirigiéndose a Carl, le dijo con voz templada.

—Carl, tengo mucho interés en salvar a Mónica. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano. Y créeme, cuando digo todo, ES TODO. Imagino que tú estás acostumbrado a negociar con directivos en los despachos de diferentes empresas. Yo estoy acostumbrado a negociar en todo tipo de personas y de circunstancias. Aunque te parezca extraño, sígueme la corriente y hazme caso en todo lo que te diga mientras estemos en esta situación de crisis —y mirándole fijamente a los ojos le preguntó—. ¿Estás conmigo?

En esos momentos, Carl se dio cuenta de que no conocía en absoluto a ese joven, ni conocía las situaciones que estaba acostumbrado a vivir. Solo sabía que la situación en que se encontraba estaba fuera de su mundo y de su control. La única baza que tenía para jugar era ese extraño al que conocía desde hacía unos días y que había sobrevivido a situaciones peligrosas devolviéndole todo lo que consideraba perdido.

—Estoy contigo. Disculpa mi comportamiento, pero quiero salvar a esa chica y no tengo ni idea de cómo hacerlo —dijo mientras bajaba la cabeza entre los hombros y meneándola de lado a lado mostraba la sensación de indefensión en la que estaba sumido.

—Hay pocas posibilidades de que Mónica salga bien parada, pero déjame jugar a mi estilo. ¿De acuerdo? —le preguntó Sergio para que se reafirmase en su postura y se recuperase.

—De acuerdo. Como te he dicho estoy contigo. En todo —y tomando una amplia bocanada de aire levantó la cabeza y le dijo—. ¡Tú mandas!

En esos momento sonó de nuevo el teléfono y Carl volvió a cogerlo. Era de nuevo su secretaria.

—¿Si Alison? ¿Dime?

—Es de nuevo la persona con la que estaba hablando y está chillando muy furiosa.

—Pásame.

—¡Estás loco! —Se oyó la voz histérica de Crancy chillando por la línea.

—Sí. Estoy loco. Total y absolutamente loco —respondió Sergio—. Puede que le cuelgue el teléfono y esta voz de forma definitiva. Y puede que desaparezca por la puerta y nunca más vuelva a oír de mí. Ni del microprocesador, ni de sus esperanzas de recuperar algo de su dinero, ni de recuperar a sus clientes. Ni de abandonar el profundo agujero en donde le he metido.

Un intenso silencio que se prolongó casi durante un minuto fue lo único que se oyó a ambos lados de la línea después de que Sergio parase de hablar.

—¿Estas interesado en la chica o no? —se oyó preguntar a Crancy desde el otro lado del teléfono con una voz que a duras penas podía contener que sonase calmada.

—Yo no. Puedo encontrar cinco chicas como esa cada semana. Ella ha sido una mera herramienta que he utilizado por unos días para este encargo. Para mí no significa absolutamente nada y probablemente a partir de mañana no vuelva a verla nunca más.

Sergio hablaba con voz de póker, mientras por dentro sentía una rabia incontenible hacia las personas que habían raptado a Mónica. Esperaba que le estuviese escuchando al otro lado, para que a su vez la rabia se apoderase de ella. La necesitaba despierta y atenta. En el estado en que se encontraba la joven, el único modo de conseguirlo era a base de provocarle una subida de adrenalina y la forma más rápida que conocía Sergio era a través del odio. Prefería perder a Mónica emocionalmente que físicamente.

Carl a su vez lo contemplaba estupefacto. Le parecía increíble la forma en cómo se estaba comportando Sergio y la manera de negociar que tenía y de jugar sus cartas.

—La única razón por la que todavía sigo aquí perdiendo el tiempo hablando contigo y no estoy sentado en un avión rumbo al otro lado del mundo a por mí siguiente trabajo, es que me lo ha pedido mi cliente: el señor Carl. Pero no me tiene. Increíblemente a pesar de ser un tiburón en las finanzas, Carl es una buena persona fuera de ellas, y no está dispuesto a tener sobre su conciencia la muerte de la muchacha. Está dispuesto a aceptar sus pretensiones a cambio de la chica. Me parece estúpido por su parte, pero no todos somos iguales. La única razón de que yo siga en este negocio, es que no fallo nunca. El que me contrata gana. Y si mi cliente me ha pedido que le acompañe en esta negociación, le acompañaré. A cambio él está dispuesto a pagarme un plus más que razonable y a recomendarme a futuros clientes. Como ve su trato también me conviene.

A Carl, le parecía increíble como Sergio había cambiado toda la perspectiva de la negociación. Crancy no conocía a Sergio salvo a través de sus logros, en los que había eliminado a varios peligrosos mercenarios empleando la inteligencia y la violencia.

Las personas crueles y despiadadas cómo él, tienden a ser desconfiados y a pensar que el resto de sus congéneres se comportan de igual manera. El tono que Sergio había utilizado, había

sido frío, despiadado y totalmente acorde al significado de sus palabras. En la situación en la que se encontraba Crancy, la única forma de sacar todavía algo de provecho era negociar con Sergio.

—¡Pues dígame a Carl que si no hace lo que yo digo y sigue mis indicaciones, mataré a la chica! —dijo volviendo a su anterior tono amenazador.

Sergio dejó de nuevo transcurrir unos segundos de profundo silencio antes de que con una voz aún más pausada y fría añadiera:

—Le he dicho que haremos el cambio por deseo de Carl, pero como vuelva a lanzar una amenaza, cuelgo el teléfono, me largo y les dejo a ustedes dos que se las arreglen —siguiendo en el mismo tono suave continuó—. Dentro de un par de días llamo a Carl y le pregunto por la chica. Si le ha pasado algo, él estará dispuesto a pagarme cualquier cantidad de dinero para enmendar su error y me pedirá que lo cace. Y créame, no importa cuánto tarde, ni los medios que tenga que emplear, lo cazaré. Como puede ver, cualquier decisión que usted tome beneficia a mis intereses. Le toca jugar a usted.

Carl, estaba pasmado de cómo Sergio llevaba la negociación. Había pasado de ser la presa, al cazador. Si él estuviese en el lugar de Crancy, en estos momentos estaría realmente preocupado.

Pasaron otros pocos segundos, al cabo de los cuales, se volvió a oír la voz mal contenida de Crancy al otro lado de la línea.

—Veo que a todos nos conviene acabar cuanto antes el intercambio. Como le he dicho antes, le espero en mi almacén de *Union City* dentro de una hora. No se dejen nada.



—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Carl ansiosamente.

—Coja el microprocesador y el *software* y vayamos a su encuentro.

—¿Así? ¿Sin más? —preguntó escéptico Carl.

—Sí, sin más. Nos esperan a nosotros solos y no tenemos tiempo, ni argumentos con los que acudir a la policía.

—¿Llamo a alguno de los guardas de seguridad que he contratado para mi protección y la de Taimi?

—No. Tampoco tenemos tiempo para negociar con ellos el involucrarlos en este asunto. Además no sabemos si están dispuestos a trabajar en estos turbios asuntos y si son especialistas o no en los mismos. No nos toca más remedio que apañárnoslas nosotros mismos —mirándole a los ojos le dijo—. Tal y como he jugado la baza y conociendo a los tipos de su calaña, creo que conseguiré que usted y Mónica no corran peligro.

—¿Y usted? —preguntó Carl.

—Eso es otro asunto —y guiñándole un ojo para relajarlo añadió—. Pero, para eso me paga. ¿No? Venga coja el microprocesador. ¿No tendrá por aquí un arma?

Acercándose a su escritorio, sacó una caja de uno de sus cajones, la abrió con una pequeña llave y se la tendió a Sergio. En su interior había una *Glock* con un par de cargadores.

—La compré el otro día cuando me comentaste que habían matado al profesor Haavio. No sé ni cómo se utiliza, ni si sería capaz de hacerlo.

—No se preocupe. Yo sí —dijo Sergio mientras se metía el arma dentro de su cazadora.

Cogieron el material que Crancy les había pedido y bajaron al garaje donde eligieron entre los diversos vehículos que poseía la empresa, un robusto monovolumen. Carl que conocía mejor las

carreteras de Nueva York se puso al volante.

Cuando iban desplazándose por Nueva York, Sergio vio un par de manzanas más adelante, en la misma calle por la que iban circulando una enorme tienda de deportes que ocupaba varios pisos. Ya había comenzado a oscurecer y las luces de neón de su fachada la iluminaban de tal manera que llamaba la atención. Un par de grandes paneles de televisión mostrando anuncios contribuían más a ello.

—¡Para! ¡Para! —dijo pillando por sorpresa a Carl—. ¡Aparca ahí en doble fila!

Carl sorprendido por la voz de Sergio, con un alarde de buenos reflejos, maniobró rápidamente y aparcó siguiendo sus indicaciones en el lugar que este le había dicho.

—¿Qué pasa? —preguntó Carl cogido desprevenido por la urgencia de sus palabras.

Sergio sin tiempo a responder, salió rápidamente hacia el interior de la tienda. Al cabo de unos minutos, salió con un par de bolsas de deporte.

—¿Qué llevas ahí? —la curiosidad que dejaba entrever sus palabras era manifiesta.

—Es largo de explicar y probablemente me tomes por loco si lo hago. Además dudo que te guste lo que he pensado. Es mejor que conduzcas atento y lleguemos pronto a nuestro destino. Sería lo más estúpido del mundo que por culpa de los nervios tuviésemos un accidente de circulación.

Con marcada resignación, Carl miró hacia adelante y se centró en la conducción.

Unos minutos antes de llegar a la calle donde se encontraba el almacén Sergio se dirigió de nuevo hacia Carl y le dijo.

—Te voy a dar unas instrucciones y quiero que las sigas sin pensarlo. Además pase lo que pase, céntrate en salvar a Mónica y olvídate de mí. ¿De acuerdo?

Viendo que Carl tardaba en responder y que le debía estar dando vueltas a la cabeza a que Sergio no le había hecho participe de sus planes le volvió a preguntar.

—¿De acuerdo Carl?

—De acuerdo —respondió Carl a regañadientes.

—Te quiero atento y rápido. No discutas mis instrucciones y síguelas al pie de la letra — después sacando una nota doblada de su bolsillo le dijo—. Esto es para Mónica. Se la entregas cuando os encontréis a salvo.

8. Emboscada

Nueva York. Domingo 22, Junio 2014

—¿Hay alguien a la vista? —preguntó por radio Peterg a uno de sus hombres.

—No todavía —el hombre tenía entreabierta levemente la puerta de la nave que daba a la calle y miraba a hurtadillas a través del hueco.

—Cuando lleguen, les dejas pasar y cierras la puerta en cuanto lo hagan. Quédate ahí y estate atento a mis instrucciones.

Al cabo de unos minutos se oyó fuera de la nave el ruido de un potente motor que se acercaba. El hombre que había estaba apostado en la puerta, llamó su jefe.

—Creo que son ellos. Veo a dos personas en un monovolumen.

—Abre la puerta para que entren y escóndete dentro donde no te vean.

El mercenario hizo lo que se le había ordenado y al cabo de unos segundos la furgoneta conducida por Carl se introdujo en el interior del almacén. Afortunadamente para los planes de Sergio, había tenido tiempo de ver como el mercenario que había abierto las puertas, se escondía por el lado del conductor.

Mientras la monovolumen avanzaba lentamente hacia el interior, por unos segundos el propio vehículo tapó la visión del mercenario. Ello dio la oportunidad a Sergio de lanzar las bolsas que llevaba a una esquina fuera de la visión de aquel hombre.

Carl, condujo la monovolumen unos metros más por el interior de la nave mientras Sergio estudiaba su interior. Era una nave dedicada a almacén de más de cien metros de largo por otros tantos de ancho y unos quince de alto.

A unos veinte metros de la entrada grandes estanterías de unos dos metros de ancho llegaban desde el suelo hasta el techo y hasta el otro lado de la nave. Entre estantería y estantería había también unos dos metros de pasillo, formando calles entre las estanterías. Estaban repletas de pales rellenos de producto, por lo que era difícil ver de un pasillo el otro.

Carl avanzó hasta llegar a las estanterías que les cerraban el paso y detuvo la monovolumen sin apagar el motor. Por uno de los pasillos, vieron aparecer a Crancy y sus hombres llevando a rastras a Mónica.

Ambos hombres bajaron de la monovolumen y se pararon delante de ella esperándoles. Los mercenarios portaban metralletas de asalto en sus manos, apuntando en su dirección. Cuando

estaban a unos metros se detuvieron y Crancy tomando la palabra dijo:

—Así que tú eres Michael. El que me ha generado tantos problemas.

Mónica iba en medio de dos de los mercenarios, sujeta por los brazos, colgando de los mismos y medio a rastras. Al oír mencionar a Sergio, se sobrepuso por un momento y moviendo la mordaza que llevaba preguntó.

—¿Carl? ¿Michael? ¿Estáis ahí? —preguntó desesperadamente la joven.

—Si tranquila —respondió Carl—. En unos minutos estarás a salvo.

—Haz que se calle —exclamó Crancy.

Peterg, volvió a ponerle la mordaza y sus hombres tiraron de sus brazos, tensándolos e impidiéndole la libertad de movimientos.

—¿Habéis traído el microprocesador? —preguntó Crancy.

—Aquí tienes lo que buscas —respondió Carl enseñándole una caja del tamaño de una de zapatos.

—¡Dámela! —le ordenó Crancy.

—Hasta que la chica no esté a salvo en nuestras manos, no tendrás la caja —dijo Sergio agarrando la caja de manos de Carl.

—¿Eres estúpido o qué? Estás rodeado de hombres armados y todavía tienes valor de tratar de imponernos condiciones ¡Pásame la caja!

—¡Pásame a la chica! —replicó Sergio sin inmutarse, mientras sacaba el microprocesador de la caja y lo ponía debajo de su bota—. Si aplasto este delicado microprocesador, será difícil que tus técnicos lo hagan funcionar. Solo tendrán un trozo de chatarra para estudiar.

La rabia contra el rostro de Crancy y dirigiéndose hacia Peterg le ordenó:

—Suelta a la chica y que se vaya con Carl —dirigiéndose hacia Sergio le espetó—. Nunca he querido hacerle nada a tu cliente. Prefiero que sufra día a día, sabiendo que me estoy haciendo rico gracias a su trabajo de los últimos años.

—¡Maldito sinvergüenza! —exclamó Carl no pudiendo contenerse y haciendo ademán de abalanzarse sobre Richard, hasta que los hombres de Peterg levantaron sus metralletas apuntándole a la cabeza.

—Carl —dijo Sergio agarrándole del brazo y reteniéndole—. Coge a Mónica y largaros de aquí.

Mientras los hombres de Crancy soltaban a Mónica, Carl se dirigió hacia ella y cogiéndola suavemente del brazo, mientras le quitaba la venda de los ojos, le dijo al oído.

—Tranquila Mónica, soy Carl. No tengas miedo.

Cuando pasaba a su lado, Sergio no le dirigió la mirada mostrando un rostro totalmente indiferente mientras en su interior la sangre le bullía de ganas de abalanzarse sobre Crancy y hacerle pagar por los moratones que presentaba la cara Mónica. Tuvo que hacer un inmenso acto de control, para no hacerlo. A pesar de los metros que los separaban y de los mercenarios, no dudaba de poder alcanzarlo y eliminarlo en unos segundos.

Carl había llegado junto con Mónica a la altura de la puerta de la monovolumen y le ayudó a subirse a su asiento. Después se acomodó en el suyo y dando marcha atrás abandonó el local, momento que aprovechó el mercenario a espaldas de Sergio para salir de su escondite y cerrar la puerta del almacén.

Todos los mercenarios levantaron sus armas apuntando con ellas a Sergio. Este tenía a un

hombre a siete metros a su espalda y al resto a la misma distancia por delante. Estaba rodeado.

—¿Qué? ¿Nos entregas el microprocesador antes o después de que te matemos? —le preguntó con una sonrisa triunfante en su rostro Crancy.

—¿Piso el microprocesador antes o después de que me disparéis? —le respondió haciendo el ademán de clavar la puntera de su bota en el microprocesador. Aunque sabía que su amenaza era una estupidez, tenía que ganar algunos minutos.

—Ambos sabemos que aunque pises el microprocesador, no le vas a causar mucho daño —le espetó Crancy, disfrutando del momento de su venganza—. Recuerda que lo he tenido en mi manos y sé lo resistente que es. Me he divertido un montón con tu actuación, pero ya puedes dejar de hacer el estúpido. ¿Cuánto tiempo pensabas seguir con esta farsa?

Lo que Crancy no sabía era que Sergio estaba mucho más atento a la marcha de la furgoneta, con todos sus sentidos puestos en los ruidos del motor de la misma. Acababa de escuchar como el vehículo se había detenido unos segundos nada más atravesar la puerta y en esos momentos oía como se ponía de nuevo en movimiento.

—Hasta que Carl y Mónica estuviesen a salvo —y se preparó para entrar en acción.

En esos momentos las luces de la nave se apagaron y todo se sumió en una gran oscuridad. La noche cerrada que había en el exterior y la ausencia de almacenes cercanos contribuyeron más a ello.

Mientras se acercaban a la nave, Sergio se había fijado en los cables de electricidad que alimentaban la nave. Sacando una cuerda de alpinismo y unos ganchos del interior de una de las bolsas que había adquirido en la tienda de deportes, le explicó a Carl como enganchar un extremo de la cuerda a los cables de electricidad y el otro a la parte de atrás de la furgoneta.

Le dijo a Carl contaría con escasos segundos, mientras él los entretenía en el interior de la nave. Carl lo había hecho a la perfección y no le había fallado.



Carl conducía la monovolumen a gran velocidad, con la intención de llevar a Mónica a un buen hospital de Nueva York para que analizaran como estaba y la atendiesen debidamente. A primera vista solo parecía que tuviese los tremendos cardenales que cubrían su hermoso rostro, pero Carl, no tenía ninguna intención de arriesgarse.

A pesar de que quería poner en buenas manos cuanto antes a Mónica, su cerebro no paraba de darle vueltas a si había hecho bien en abandonar a Sergio a su suerte. Una parte de su conciencia, le decía que debía dar la vuelta al vehículo y volver. Pero Sergio había sido tajante. Él era el especialista y Carl no debía arriesgar su vida y la de Mónica.

Mónica por su parte, seguía traumatizada y hecha una bola en su asiento. Tenía la cabeza agachada y oculta entre los brazos y su cuerpo, como si le diese vergüenza que la viesen en esa situación o cómo si quisiera aislarse del mundo. Carl, incómodo por la situación, habiéndole dirigido la palabra un par de veces sin haber recibido ninguna respuesta, lo volvió a intentar de nuevo.

—Mónica, te pido perdón si me consideras culpable de lo que te ha pasado —a pesar de que sabía que lo que iba a decir ponía a Sergio en mal lugar, era totalmente cierto y en esos momentos necesitaba que la muchacha reaccionase—. En ningún momento he tenido ninguna relación contigo, ni te he querido involucrar en mis asuntos. Enseguida llegaremos a un hospital en donde te

atenderán adecuadamente.

—¿Dónde está Michael? —fueron las palabras que salieron de su boca en un tono totalmente apagado.

—Se ha quedado en la nave, sacrificándose para que nosotros saliésemos vivos de allí — repuso Carl, intentando con ello reparar lo dicho en su frase anterior.



Mientras la oscuridad se cernía sobre el inmenso almacén, el único que esperaba lo que iba a pasar y estaba con el cuerpo en tensión esperando aquel momento fue Sergio. Nada más apagarse las luces, se puso en movimiento.

—Gracias Carl —exclamó para sus adentros mientras se lanzaba de cabeza al suelo, extraía la *Glock* de su cazadora y disparaba dos tiros al mercenario a su espalda sin parar de girar sobre sí mismo y apartarse de la posición que ocupaba hacia unos instantes.

Su acción se vio recompensada al escuchar dos impactos sordos y oír como el cuerpo de su enemigo caía al suelo. Durante uno segundos valiosos, los mercenarios se vieron pillados por la sorpresa, pero acto seguido reaccionaron y el lugar que ocupaba hacia unos instantes se vio salpicado de decenas de balas.

Sergio en continuo movimiento llegó donde se encontraba la bolsa que previamente había arrojado. La cogió y sin dejar de moverse corrió a lo largo de un pasillo a la derecha de los mercenarios. Con cuidado se encaramó a una de las estanterías y ascendió trepando con la bolsa al hombro hasta la parte superior de la misma, donde se detuvo unos segundos.

Extrajo de la bolsa que había adquirido, un arco de poleas y unas flechas de caza, que situó en un carcaj a su espalda. También extrajo de la bolsa unas gafas especiales que se empleaban para ver en la oscuridad cuando se iba de caza nocturna. Poseían la misma funcionalidad que las gafas que utilizaban los comandos en misiones especiales.

Así como la mayoría de las habilidades que poseía las había adquirido a raíz de comenzar en su profesión, el tiro al arco era la que dominaba desde que era un niño. Su padre era un gran aficionado y le había inculcado el practicar dicho deporte desde su más tierna infancia. Sergio seguía entrenando al menos un par de veces al mes y continuaba manteniéndose en forma.

En un local como el que se encontraban en donde reinaba la oscuridad, era el arma ideal. Aún sin las gafas de visión nocturna, él podía detectar a sus enemigos, por el ruido y el fogonazo que provocaba el cañón de las ametralladoras al disparar. En cambio su arco era totalmente invisible y silencioso. La presa había pasado a ser el cazador.

Puso la flecha aserrada en el arco y acarició la cuerda con sus dedos. La familiar sensación hizo aflorar una sonrisa a sus labios.

Se desplazó en silencio por la parte superior de las estanterías, en pocos segundos localizó a los mercenarios que se encontraban a sus pies todavía sin moverse debido a la oscuridad reinante.

Apuntó y disparó la primera flecha. El impacto con un arco de poleas de setenta libras, ese tipo de flecha y a esa distancia, fue brutal. El mercenario quedó literalmente clavado al suelo.

—¡Moveos! ¡Moveos! —ordenó su jefe—. Desplegaros, buscadlo y matadlo.

—Señor con esta oscuridad hay que tener cuidado, lo más probable es que si disparamos a ciegas, nos matemos entre nosotros. Tenemos gafas de visión nocturna en la oficina, con el resto de nuestro equipamiento. Creo que debiéramos ir a por ellas —exclamó uno de sus hombres.

—Cierto. Elegid cada uno un pasillo y repleguémonos hasta las oficinas.

Uno de sus hombres tuvo la desafortunada idea de encender una linterna que portaba y apuntó hacia uno las estanterías pasillos con el fin de localizar algún pasillo. Fue el siguiente blanco de Sergio. Mientras la linterna caía a sus pies la luz desprendida fue suficiente para ver la flecha que le atravesaba el cuerpo.

—¡Señor! ¡Nos están cazando con flechas! —exclamó otro de sus hombres.

—No encendáis linternas. Delatarán nuestras posiciones.

—¡Peterg! ¡Estoy desarmado! ¡Dame una de tus pistolas! —le ordenó Richard.

—Coja una de los caídos —le respondió el jefe de los mercenarios y dirigiéndose hacia sus hombres les ordenó—. Aquí somos un blanco perfecto. Intentad moveos cada uno por un pasillo diferente y refugiémonos en las oficinas. No nos podrá disparar a todos a la vez.

Mientras hablaba otro de sus hombres cayó alcanzado por otra flecha. Los dos mercenarios que quedaban, junto con Crancy y él mismo se separaron intentando localizar cada uno de ellos un pasillo por el que llegar a las oficinas.

Uno de los mercenarios elogió el pasillo a la derecha de la estantería donde se encontraba Sergio. Teniéndolo perfectamente visible con sus gafas, cuando llegó a su altura, Sergio aprovechó para lanzarle un palé lleno de pesados sacos. El hombre cayó aplastado bajo el terrible peso que se le vino encima.

Desplazándose al otro lado de la estantería, Sergio tuvo tiempo de lanzar otra flecha contra el último mercenario. Le alcanzó a la altura del corazón y cayó fulminado.

Mientras Crancy y Peterg cada uno por un pasillo, habían alcanzado la puerta de la oficina, refugiándose detrás de ella. Sergio no viendo peligro decidió bajarse de la estantería para perseguirlos. No sabiendo que se iba a encontrar detrás de aquella puerta que se encontraba a unos veinte metros de distancia y sabiendo que disponía de todo el tiempo del mundo, decidió salir por la puerta del almacén por donde había salido el monovolumen y dar la vuelta al edificio.

Se movía en silencio pero deprisa. Fue bordeando el exterior del edificio, con el cuerpo agachado y pegado a sus paredes. Cuando llegó a la parte opuesta, se encontró con una puerta cerrada. Afortunadamente solo estaba empujada, por lo que con una tarjeta de crédito fue suficiente para abrir el resbalón. Se introdujo en silencio en el edificio y fue avanzado a través del mismo. Atravesó una especie de salita compuesta de un mostrador en donde se debía atender a las personas que fuesen a recoger los productos de aquel almacén. Cuando llegó a la siguiente puerta que exhibía un cartel donde ponía oficinas, se paró para escuchar.

Se oían movimientos en su interior. Probablemente los dos hombres que quedaban estaban tomando posiciones parapetándose detrás de algún mueble, esperando que les atacase por la otra puerta.

Dejó el arco en el suelo y puso sus cinco sentidos en abrir la puerta unos milímetros sin emitir ni el más mínimo ruido. Debido a que los hombres del interior tenían toda su atención puesta en defenderse de un ataque proveniente del otro extremo, no se apercibieron de su presencia.

Recorrió la estancia con la mirada hasta encontrar a sus dos objetivos. Como era de esperar Peterg se encontraba más cercano a la puerta de entrada al almacén y el cobarde de Richard se encontraba varios metros por detrás y afortunadamente a escasos metros de él.

Sergio volvió a coger en silencio el arco y apuntó hacia Peterg. Soltó la flecha y mientras esta se dirigía hacia su blanco, abrió la puerta de golpe y arrojando el arco contra Crancy se abalanzó

sobre él.

La fuerza del peso del arco, había pillado desprevenido a Richard y había conseguido que soltase el arma. Mientras se intentaba recuperar de la sorpresa, Sergio llegó hasta él propinándole una brutal patada en la rodilla. Se oyó el crujir del hueso y Richard trastabilló y cayó al suelo. De otra patada Sergio alejó la pistola de su alcance.

El hasta hace unos minutos despiadado, sádico y cruel magnate de armamento militar, estaba a sus pies, hecho un ovillo y sujetándose con ambas manos la rodilla rota, mientras su rostro contraído solo expresaba el dolor que sentía.

Sergio que solo tenía en su mente, el bello rostro de Mónica, maltratado y amorado, por el miserable individuo que estaba a sus pies, no sintió ningún tipo de lástima y agarrándolo con ambas manos por el pelo, lo puso de pie tirando fuertemente de su cabellera.

Los chillidos de dolor que esto arrancó de Richard fueron terribles. Soltando su rodilla intentó agarrar las manos de Sergio para soltarse del firme agarre, cuando se oyó un disparo y Crancy empezó a convulsionarse por el impacto recibido, mientras Sergio lo soltaba y mediante un ágil salto se parapetaba detrás de una mesa.

Sin querer, al levantar del suelo a Richard lo había interpuesto entre su cuerpo y la trayectoria de la bala. Sergio sacó su pistola y atento intentó escuchar lo que pasaba a continuación. Solo se escuchaban los últimos estertores de Crancy. Según los cálculos de Sergio en aquellas oficinas había tres personas Peterg, Crancy y él, por tanto había cometido el error de pensar que Peterg, estaba eliminado.

Se puso cautelosamente en movimiento hacia Peterg pasando entre las mesas que ocupaban la oficina cuando estimó que estaba a unos tres metros de él y solo los separaban un par de mesas.

En un rápido movimiento asomó fugazmente la cara para volverla a esconder inmediatamente. Poniéndose de pie y con el arma por delante, se acercó al hombre tumbado que se encontraba delante de él en un enorme charco de sangre, con una flecha clavada en el pecho.

Aunque no se movía, por si acaso le dio un puntapié en la mano alejando el arma que sostenía. Esperó unos segundos más y de nuevo utilizando su pierna le dio la vuelta. No había duda, el mercenario estaba muerto y había empleado sus últimos segundos disparar al hombre que ahora lo contemplaba. Si no hubiese sido por la suerte, ahora los dos serían unos cadáveres.

Echó una ojeada al material dejado por los mercenarios, con el fin de conocer algo más acerca de ellos. Nunca se sabía lo suficiente del enemigo y tampoco cuando te lo podías volver a encontrar. Volvió al almacén recogió el Phylon y la caja que pertenecía a Carl. Ya se la enviaría a su oficina mediante un método seguro. El caso se había acabado y no tenía ganas de dar explicaciones. El cobro de sus honorarios se podía hacer sin problemas mediante métodos electrónicos.



Carl observó con cierto alivio, como Mónica al parecer se iba recuperando, estirándose y adquiriendo una posición más normal en el asiento que ocupaba. Ella levantó la cabeza y dirigiéndose hacia él le preguntó:

—¿En qué están ustedes metidos? —preguntó Mónica—. ¿Por qué me ha pasado a mí esto?

—Esto no tenía que haber pasado. Las personas que se han quedado con Michael en el almacén son unos crueles mercenarios que hace unos días me robaron un invento que hemos

desarrollado en los últimos años en mi empresa. Nosotros queríamos utilizarlo para fines comerciales normales y ellos querían utilizarlo para desarrollar componentes para crear armamento. Michael es un especialista en temas de espionaje industrial que un amigo me había recomendado y que yo contraté para que recuperase lo que me habían robado. ¡Créeme! —dijo intentando poner mucho énfasis en su expresión—. ¡Somos los buenos!

—Ya —exclamó Mónica, no poniendo mucho ánimo en su afirmación.

—No sé qué relación tienes con Michael, ni qué triste cadena de hechos ha permitido que llegues a esta situación. Solo te conozco de la noche en la que os presentasteis en mi fiesta —tomando aire continuo—. Lo que si tengo claro es que le importas mucho. Nunca llegarás a entender lo que ha tenido que hacer para que tú y yo salgamos sanos y salvos de esa maldita nave en donde él ha ocupado tu lugar como prisionero de esos asquerosos individuos.

En esos momentos viendo a Mónica un poco más despierta y saliendo de su abotargada situación anterior, se acordó de la nota que Sergio, le había entregado. Sacándola del interior de su cazadora se la entregó.

—Me la dio Michael, cuando veníamos a liberarte y me dijo que cuando estuvieses a salvo te la entregase. Seguro que dará respuesta a tus preguntas y aclarará tus dudas. Pienso que es importante que la leas.

Mónica tomó la nota entre sus temblorosas manos y desdoblado los pliegues de la nota, comenzó a leerla para sí misma.

«Mónica, espero que cuando leas esta nota, estés completamente a salvo. Lo primero y más importante que tengo que decirte es: perdón, perdón, perdón.

Al principio apareciste en mi vida de forma casual y sin querer fue sencillo mezclarte en mi trabajo. A quién no le gusta pasar un rato agradable cerca de una maravillosa mujer como tú.

Hoy, lamento profundamente haberte complicado la vida y el daño que esos mercenarios por mi culpa te hayan llegado a hacer.

Te aseguro que los que te hayan causado ese daño, pagarán por ello.

Seguramente quieras saber quién soy en realidad y a que me dedico. Soy un experto en temas de espionaje industrial y mis casos son con frecuencia complicados. Generalmente se solucionan satisfactoriamente sin llegar a la violencia salvo en contadas ocasiones. Lamento profundamente que este lo sea y te haya salpicado a ti.

En cuanto a mi nombre y donde encontrarme, olvídate, no soy una persona que te convenga a pesar de ser una persona que te quiere.

Si alguna vez tienes un problema y me necesitas para cualquier cosa, no lo dudes. Habla con Carl. Tiene el único sistema capaz de localizarme. En pocas horas estaré a tu lado».

FIN

Agradecimientos

A la hora de que tus ideas sobre la creación de una novela se plasmen en algo material, hay algunas personas que te ayudan a hacerlo realidad: principalmente tu familia y amigos cercanos.

Hay otras, los lectores, que una vez que han leído tu primera novela, esperan con ganas que publiques la segunda y después te animan a la tercera y que acaban siéndote fieles.

A todos ellos, gracias. Sin embargo en esta página quisiera reconocer con especial cariño, el trabajo altruista que ciertos amigos se han tomado en leer las hojas de este libro con algo más que afición. Amigos que han dedicado su precioso tiempo a ir leyendo en detalle, párrafo a párrafo esta novela y en ir tomando nota de los errores de ortografía y estilo que han ido encontrando entre sus letras. Amigos que aportaron sus notas para que la siguiente edición de la novela fuese mejor. Amigos que han hecho que estas páginas se enriquezcan.

Como me enseñaron desde pequeño que es de bien nacido ser agradecido, quisiera que por merecida justicia dichas personas fuesen mencionadas en este libro. Ellos son: Ricardo García, Juan José Goizueta, José Ángel Gutiérrez, Francisco Hidalgo, Pablo Machain y Alberto Martínez Arribas.

A TI, QUERIDO LECTOR

Si esta novela que tienes entre tus manos, ha hecho que pases un buen rato, me puedes ayudar a que siga escribiendo, sin más que regalarme un par de minutos de tu tiempo y dedicarme un comentario positivo en la página del libro en Amazon.es. Con ello conseguirás que otros lectores sigan tus pasos y también la adquieran.

Si escribes la reseña, envíame un correo electrónico contándomelo nlopezci@gmail.com y recibirás dedicado un sorprendente *capítulo extra* de esta novela.

Gracias por tu inestimable apoyo y nos vemos en la siguiente aventura.

Nicolás López Cisneros



NICOLÁS LÓPEZ CISNEROS (Ordicia, Guipuzcoa, 25 de Agosto de 1963). Está casado y tiene dos hijos. Es Ingeniero Industrial la E.T.S.I.I de Bilbao desde 1989. Posee un Máster en Telecomunicaciones y diversas certificaciones en el mundo de la Calidad (Evaluador EFQM, Auditor IRCA en ISO 27001).

En 1995 trabajó en *Delphi Packard Electric* España como Responsable de Proyectos Informáticos (sector automoción). En 1995 pasó a ocupar el mismo puesto en *Electronic Data Systems* (sector TIC). De 1997 a 1998 ocupó el puesto de Director Técnico en el Grupo GTEI (sector TIC). De 1998 a 2005 estuvo como Director de Organización y Sistemas en *Tenaria*, operador de telecomunicaciones de Navarra y Rioja (sector telecomunicaciones).

Entre el 2005 y 2008 fue Director General de *Cromasa Identificación Electrónica* (sector industrial, RFID).

Desde 2008 ocupa el puesto de Director Gerente en Producción Informática de Navarra (sector tecnologías de la información).

Dentro del ámbito de la formación ha sido durante más 21 años profesor de la Universidad Pública de Navarra (U.P.N.A.) y durante 13 años profesor del Máster de Tecnologías de la Información en las escuela de negocios Foro Europeo. Este máster ha sido elegido varias veces como Máster número uno a nivel nacional en el ámbito de los masters tecnológicos.

Trabajador incansable. Desde el pico y la pala de peón de albañil a profesor de varias universidades ha pasado por todo tipo de oficios: labrador, barman, impresor, trabajador de planta industrial, directivo de multinacional, etc.

Su experiencia en patentes (tiene varias) y secretos industriales, le permite trasladar ese

complicado mundo a sus novelas.

En sus viajes negociando por todos los continentes del mundo ha recorrido más de 20 países. Desde Rusia a Argentina, pasando por la India y USA, refleja en los capítulos de sus libros parte de sus vivencias en estos lugares.

Practicante de diferentes artes marciales como Judo, Aikido y Kendo, los protagonistas de sus novelas son expertos en las mismas. Asiduo practicante del tiro al arco en varias modalidades, no puede faltar el uso del mismo en sus relatos.

Ganador del Premio Cristóbal de la Puerta 2010.